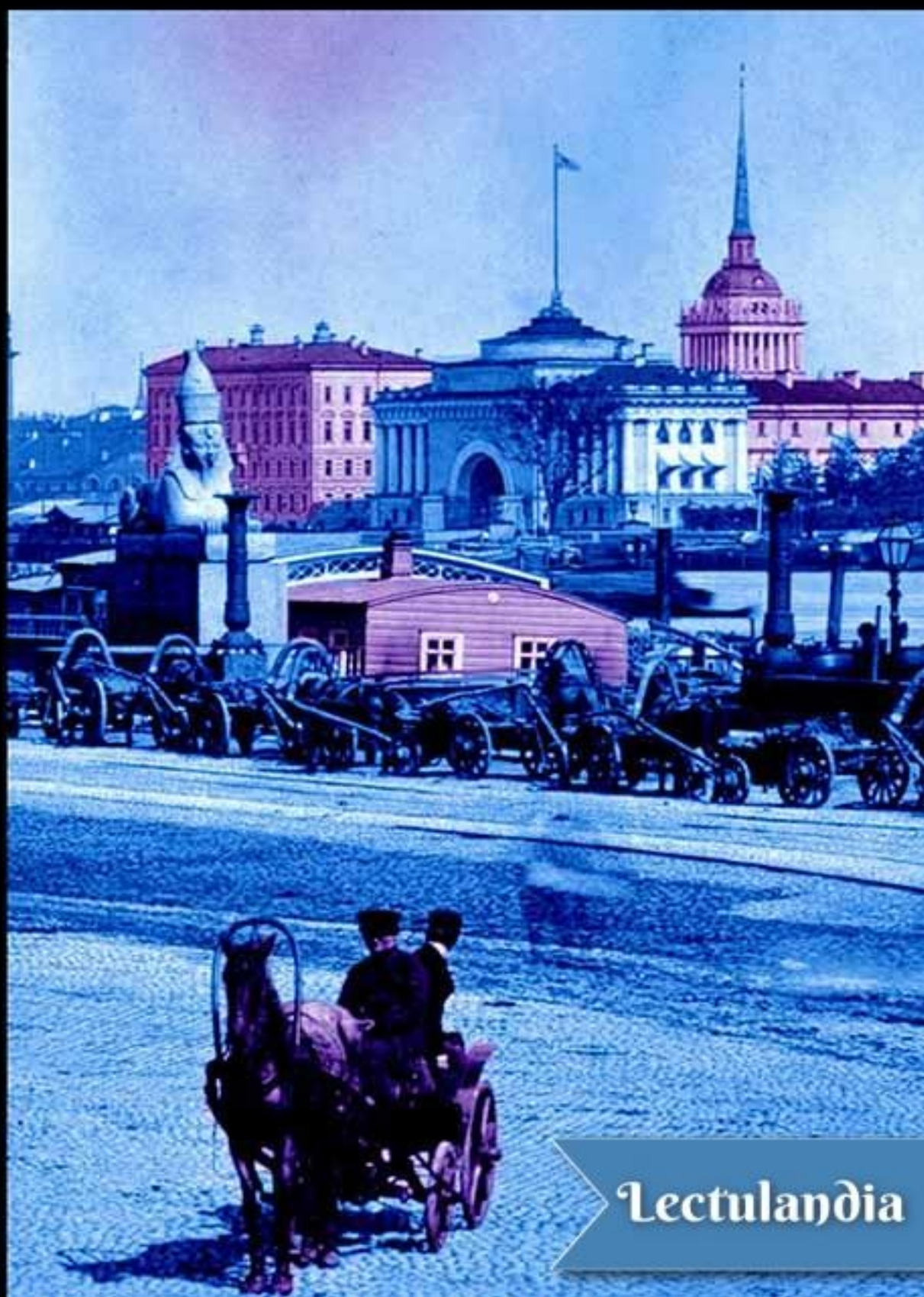


Petersburgo

Andrei Biely

Traducción de José Fernández Sánchez



Lectulandia

Petersburgo, la ciudad, es el verdadero protagonista de esta novela. Concebida y presentada como un espacio geométrico cerrado, configurado entre la Perspectiva Nevski y el Neva, entre las callejuelas grises y los palacios rojizos, aparece como un ser vivo, pensante y sintiente.

Un ser palpitante sobre el que aparecen los personajes como títeres atormentados y grotescos, y que atraviesan dos misteriosos fantasmas: el Jinete de Bronce (la estatua de Pedro I, símbolo del poder paternalista y opresor, concebido como alma de la ciudad y del poder por Pushkin, pero todavía hoy emblema de la ciudad) y el Holandés Errante, que es el Neva, y el puerto y lo Otro.

Un desfile que se va transformando mediante el extraordinario uso de la sintaxis y merced a la significación otorgada a ciertos símbolos, como el color (rojo y negro, sobre el gris de la niebla, el azul del Neva, el verde grisáceo del mar, el bermellón de los palacios, el bronce de la fiebre), en uno de los sueños más subyugantes que jamás haya dado la literatura.

Lectulandia

Andrei Biely

Petersburgo

ePub r1.0

Titivillus 02.05.15

Título original: *Петербургъ*
Andrei Biely, 1916
Traducción: José Fernández Sánchez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Señoras, señores, ciudadanos todos:

¿Qué es nuestro Imperio Ruso?

Nuestro Imperio Ruso es un cuerpo geográfico, es decir, una parte del planeta conocido. El Imperio Ruso comprende: en primer lugar, la Gran Rusia, la Pequeña, la Blanca y la Roja; en segundo lugar, los reinos de Georgia, de Polonia, de Kazán y de Astraján; en tercer lugar, comprende..., etcétera.

Integran nuestro Imperio Ruso muchas ciudades: capitales de Estado, de región, de provincias y villas; además: la primera corte y la madre de las ciudades rusas.

La primera corte es Moscú; y la madre de las ciudades rusas es Kiev.

Petersburgo, o San Petersburgo, o Píter (que tanto da), pertenece al Imperio Ruso de hecho. Zargrado, Konstantinogrado (o, como suele decirse, Constantinopla) le pertenece por derecho de herencia. Pero no nos extenderemos en este punto.

Nos extenderemos más sobre Petersburgo: existe un Petersburgo, o San Petersburgo, o Píter (que tanto da). En base a esas mismas razones la Avenida Nevski es una avenida petersburguense.

La Avenida Nevski tiene una sorprendente propiedad: es un espacio destinado a la circulación del público; está delimitada por casas numeradas; la numeración coincide con el orden de las casas, lo que facilita en grado sumo la identificación de la casa buscada. La avenida Nevski, como cualquier avenida, es una Avenida pública; esto es, una avenida para que circule el público (no el aire, pongamos por caso); las casas que forman sus límites laterales son — ¡ejem! bien dicho... para el público. Por la noche la Avenida Nevski se alumbra con luz eléctrica. De día la Avenida Nevski no requiere alumbrado.

La Avenida Nevski es (debo decirlo) rectilínea, siendo como es una avenida europea; toda avenida europea es algo más que una avenida, es (como queda dicho) una avenida europea, ya que... bien mirado...

Por eso precisamente la Avenida Nevski es una avenida rectilínea.

La Avenida Nevski es una avenida de mucha importancia en esta ciudad-capital, no rusa. Las demás ciudades rusas son un apiladero de casuchas de madera.

De todas ellas Petersburgo difiere asombrosamente.

Si ustedes afirman y sostienen la disparatada leyenda de que los moscovitas suman un millón y medio, deberán conceder que la capital es Moscú, ya que sólo las capitales tienen un millón y medio de habitantes; ningún centro de provincia tuvo, tiene ni tendrá un millón y medio de habitantes. De dar fe a la disparatada leyenda resultaría que la capital no es Petersburgo. Que su existencia es pura apariencia.

Con todo, Petersburgo, amén de parecer, también aparece: en los mapas; en forma de dos redondeles, uno dentro del otro, con un punto negro en el medio; desde este centro matemático, que carece de dimensión, manifiesta enérgicamente que existe: de

allí, de ese punto, sale en torrente un enjambre de libros impresos; de ese punto invisible parten rápidas las circulares.

CAPÍTULO PRIMERO

que trata de un personaje digno; de sus juegos cerebrales y de lo efímero de la existencia

Fue una época horrible,
está fresca en el recuerdo...
sobre ella, amigos míos,
comenzaré mi relato.
Mi relato será triste...

A. PUSHKIN

APOLÓN APOLÓNOVICH ABLEÚJOV

Apolón Apolónovich Ableújov era de ilustre procedencia: tenía en sus orígenes a Adán. Pero hay algo más notable: a esta ilustre familia perteneció Sem, padre de los pueblos semitas, hebreos y pieles rojas.

De aquí pasemos a antepasados de una época no tan remota.

Habitaban éstos en la horda kirguiz-kaisak, de donde en el reinado de la emperatriz Anna Ioánnovna el emir Ab-Lai, tatarabuelo del senador, se incorporó intrépido al servicio ruso, y en el bautismo cristiano recibió el nombre de Andrei y el apodo de Ujov. Posteriormente, y para abreviar, Ab-Lai-Ujov fue transformado en Ableújov a secas.

Este tatarabuelo dio origen a la estirpe.

Un lacayo gris de galones dorados quitaba con un plumero el polvo del escritorio; por la puerta abierta atisbó el gorro del cocinero.

—¿El señor, ya se ha levantado?...

—Se está dando friegas con colonia, pronto pasará a tomar el café...

—Esta mañana el cartero decía como que había para el señor una carta de España; con sello español.

—Oiga lo que le digo: que no ande fisgando en las cartas...

De pronto la cabeza del cocinero desapareció. Apolón Apolónovich Ableújov pasó al despacho.

Un lápiz sobre la mesa acaparó la atención de Apolón Apolónovich. Apolón Apolónovich adoptó una decisión: conferir una forma acabada a la punta del lápiz. Se aproximó rápido a la mesa escritorio y se apoderó... del pisapapeles, al que hizo girar un largo rato, madurando un pensamiento.

La distracción se debió a que en ese instante preciso le vino una profunda idea; e inmediatamente, a destiempo, se desplegó en un hilo de pensamientos.

Apolón Apolónovich se apresuró a anotar el hilo de pensamientos: apuntado el hilo, pensó: «Es hora de ir al negociado». Y pasó al comedor a tomar su café.

Previamente preguntó con insistencia a su anciano ayuda de cámara:

—¿Nikolai Apolónovich se ha levantado?

—No, señor: aún no se ha levantado...

Apolón Apolónovich se frotó contrariado el entrecejo:

—E-e... dígame: cuando — dígame — Nikolai Apolónovich, es decir...

Inmediatamente, sin esperar la respuesta, pasó a tomar el café, lanzando una mirada al reloj.

Eran las ocho y media en punto.

Todos los días el senador se informaba de la hora en que se despertaba su hijo. Y todos los días fruncía el ceño.

Nikolai Apolónovich era el hijo del senador,

EN UNA PALABRA, ESTABA AL FRENTE DE UN NEGOCIADO...

¿Qué posición social ocupaba el personaje que aquí se levantó de la nada?

Creo que la pregunta está bastante fuera de lugar: a Ableújov le conocía Rusia por la extraordinaria extensión de sus discursos; estos discursos destilaban sutilmente ciertos venenos, debido a lo cual las propuestas del Partido eran rechazadas en su debido lugar. Con la incorporación de Ableújov a un puesto de responsabilidad el Noveno Departamento se hizo inoperante. Con ese Departamento Apolón Apolónovich mantenía una reñida pugna burocrática con papeles y, cuando llegaba el caso con discursos, para lograr la importación a Rusia de gavilladoras americanas. (El Noveno Departamento no era partidario de la importación).

Apolón Apolónovich estaba al frente de un Negociado; de *ese*... ¿cómo se llama?

Comparando a mi ilustre personaje, flaco y feo, con la enormidad inconmensurable de los mecanismos bajo su mando, cualquiera caería en un prolongado e ingenuo estupor; en verdad a todos dejaba estupefacta la erupción de energía mental de su caja craneal, a despecho de Rusia entera.

Mi senador acababa de cumplir los sesenta y ocho años; su cara pálida recordaba el gris pisapapeles (en los momentos solemnes) o el cartón piedra (en los momentos de asueto); los pétreos ojos senatoriales, sumergidos en una fosa verdinegra, en los momentos de cansancio parecían más azules y mayores.

Por parte nuestra agregaremos: Apolón Apolónovich no se inquietaba en absoluto cuando contemplaba sus orejas completamente verdes que adquirían enormes proporciones al proyectarse sobre el fondo sangriento de la Rusia en llamas. Así había aparecido hacía poco: en la portada de una trivial revista de humor, una de esas revistuchas «judaicas», que con sus portadas sangrantes aquellos días proliferaban rápidamente en las avenidas abarrotadas de gente...

EL NORDESTE

En el comedor de roble cantó el reloj de cuco; Apolón Apolónovich se sentó ante la taza de porcelana y fue quebrando la corteza caliente del pan; también a la hora del café, también bromeaba:

—Semiónich ¿quién es el personaje más importante?

—Supongo, Apolón Apolónovich, que el más importante es el consejero privado numerario.

Apolón Apolónovich sonrió con los labios:

—Supone usted mal: el deshollinador...

El ayuda de cámara se sabía el final del equívoco, pero se lo reservaba.

—¿Por qué? permítame preguntarle.

—Al consejero privado numerario, Semiónich, le ceden el paso...

—Creo que sí...

—El deshollinador... A él le cede el paso hasta el consejero privado: el deshollinador mancha.

—Vaya.

—Como lo oyes: pero hay un oficio aún más importante...

Y agregó:

—El de limpiarretretes...

—Fuh...

Y dio un sorbo al café.

—Mire, Apolón Apolónovich, también Anna Petrovna...

Al decir «Anna Petrovna» el canoso ayuda de cámara interrumpió la frase.

—¿El abrigo gris?

—El gris...

—¿Y qué guantes?

—Los guantes de gamuza...

—Haga el favor, excelencia, de esperar: los guantes están en el guardarropa: estante — be — nordeste.

Apolón Apolónovich sólo en una ocasión se dignó ocuparse de las nimiedades de la vida para inventariar las cosas; las cosas quedaron inventariadas en un orden; con ello quedaron clasificados todos los estantes y anaqueles; los anaqueles recibieron las letras a, be, ce; y los cuatro lados de los estantes obtuvieron los nombres de los cuatro puntos cardinales.

Apolón Apolónovich se colocó las gafas y anotó en su registro con letra menuda, diminuta: gafas, estante — be y NE, es decir, nordeste; el ayuda de cámara recibió una copia del registro.

En la casa lacada las tormentas de la vida transcurrían sin ruido; pero las tormentas de la vida eran aquí mortales.

BARÓN BORONA

De la mesa destacaba el bronce patilargo; no deslumbraba la lámpara de pantalla rosaviolácea, con delicados dibujos: nuestro siglo ha perdido el secreto de esa pintura; el cristal se volvió opaco con el tiempo; también el primoroso dibujo.

Desde todas las paredes los espejos dorados engullían el salón con sus verdosas superficies; Cupidos de mejillas doradas los remataban con sus alas; brillaba una pequeña mesa de nácar.

Apolón Apolónovich abrió rápido la puerta, apoyando la mano en el pomo aristado de cristal; su paso resonó en las brillantes tablillas del parquet; desde todos los rincones se lanzaron a su encuentro repisas con chucherías de porcelana, las chucherías las habían traído de Venecia Ana Petrovna y él, hacía de ello unos treinta años. El recuerdo de una laguna brumosa, una góndola y un aria, que gemía a lo lejos, surgió inoportuno en la cabeza del senador.

Al instante pasó los ojos al piano.

Allí, en la tapa de laca amarilla refulgieron las hojitas de una taracea de bronce; de nuevo (inoportuna memoria) recordó Apolón Apolónovich una noche blanca de Petersburgo; tras las ventanas corría el río; y la luna estaba quieta; y sonaban unos trinos de Chopin: recordaba que tocaba a Chopin (no a Schumann) Anna Petrovna...

Centellearon las hojas de la taracea — nácar y bronce en los estuches, en los estantes adosados a las paredes. Apolón Apolónovich se posó en un sillón estilo imperio, donde en el raso de un pálido celeste se retorcían unos ramos; y tomó de una bandeja china una pila de cartas cerradas; se reclinó sobre los sobres su cabeza calva.

Rasgaba los sobres: sencillo, por correo, con el sello ladeado:

—Veamos, veamos, bien...

—Una solicitud...

—Bueno, una solicitud...

Con el tiempo, más tarde: en su momento...

Un sobre de duro papel: con monograma y escudo en el lacre.

—Hum... El conde Dobleuve... ¿Qué?...

—Hummm...

El conde Dobleuve era el director del Noveno Departamento.

Otro... Un sobrecillo de un rosa pálido, minúsculo; tembló la mano del senador; reconoció la letra: — observó el sello español, mas no abrió el sobre:

—¿Ya enviaron el dinero?

—¡¡¡El dinero será enviado!!!

Y Apolón Apolónovich, creyendo sacar el lápiz, extrajo del chaleco el cepillo de hueso para las uñas y con él se dispuso a tomar nota...

—¿...?

—El coche, señor...

Apolón Apolónovich levantó la cabeza calva y abandonó la habitación.

Sobre el piano colgaba una copia reducida de «Distribution des aigles par Napoléon premier», de David.

El cuadro presentaba al altivo Emperador con corona y púrpura de armiño.

La magnificencia del salón era glacial por la ausencia total de alfombras: brillaba el parquet; si el sol lo alumbrara por un instante, se hubiera vuelto cegador.

Pero el senador Ableújov había dado al frío categoría de principio.

El frío estaba grabado: en el dueño, en las estatuas, en los criados, hasta en el oscuro bulldog atigrado, que vivía en algún sitio próximo a la cocina; en esta casa se acomplejaban todos, cediendo al parquet, a los cuadros y a las estatuas, sonriendo, turbándose y comiéndose las palabras: adulaban, hacían reverencias y crujían los dedos fríos en un afán de obsequiosidades estériles.

Desde la partida de Anna Petrovna: se mantenía en silencio el salón, cayó la tapa del piano: no sonaban los trinos.

Apolón Apolónovich descendió al vestíbulo; su canoso ayuda de cámara, que también bajó al vestíbulo, observó las venerables orejas, mientras oprimía en el puño una tabaquera, regalo de un ministro.

Apolón Apolónovich buscaba las palabras adecuadas:

—Y, en concreto, ¿qué hace?... eso... hace...

—¿...?

—Nikolai Apolónovich.

—Está bien...

—¿Y qué más?

—Se encierra y lee libros.

—¿Libros?

—Pasea por la habitación...

—Pasea — ... ¿Y cómo?

—¡En bata!

—Bien... ¿Qué más?

—Ayer esperaba...

—¿A quién?

—Al guardarropa...

—¿Qué guardarropa es ése?

—El guardarropa, señor...

Apolón Apolónovich se frotó el entrecejo: su cara se iluminó y se hizo de pronto vieja:

—Oiga, usted es un barón.

—¿...?

—¿Come usted borona?

—Comíamos borona: en el pueblo.

—Ya ve, para que usted diga.

EL COCHE VOLÓ EN LA NIEBLA

La llovizna mojaba las calles, las avenidas, las casas y los tejados.

Mojaba a los transeúntes: y les premiaba con gripes; las influencias y las gripes se escurrían con la lluvia menuda bajo la capa del escolar, del estudiante, del funcionario, del oficial y de un sujeto; el sujeto miraba alrededor con melancolía; observaba la avenida; caminaba sin un murmullo hacia el infinito de las avenidas en medio de un torrente de otros iguales a él — entre el viento, el fragor y los trinos de los automóviles.

Hasta chocar contra el malecón, donde se acababa todo: los trinos y el sujeto.

En la remota lejanía, como más allá de lo debido, se humillaron asustadas y se agacharon las islas; y se agacharon las casas; parecía que iban a subir las aguas para en un instante volcar sobre ellas el fondo, el légamo verdoso; sobre ese légamo verdoso retumbaba en la niebla y trepidaba el puente Nikoláevski.

A la mañana sombría abrió sus puertas la casa amarilla: la casa se asomaba al río Neva; y el mayordomo de galones se fue a llamar al cochero. Los caballos rucios arrancaron y allegaron el coche, que llevaba blasón: un unicornio empitonando a un caballero.

Un postinero inspector policial al pasar ante la entrada quedó embobado y se estiró como un huso, cuando Apolón Apolónovich Ableújov, de abrigo gris y sombrero de copa, con rostro pétreo, que recordaba un pisapapeles, cruzó rápido el umbral y más rápido aún puso el pie en el estribo del coche, calzándose sobre la marcha un guante negro de gamuza.

Apolón Apolónovich Ableújov lanzó una rápida mirada desconcertada al policía, al coche, al cochero, al gran puente negro, a la vastedad del Neva, donde tan pálidas se difuminaban las lejanías con multitud de chimeneas y de donde asomó con sobresalto la isla Vasilev.

El mayordomo gris cerró apresurado la portezuela. El coche penetró veloz en la neblina; el policía casual observó por encima del hombro la turbia neblina en la que había penetrado rápido el coche; suspiró y se fue; miró en la misma dirección el mayordomo: a la vastedad del Neva, donde se levantaban imprecisas las múltiples chimeneas y de donde asomó con sobresalto la isla Vasilev.

Aquí, al comienzo, interrumpo el hilo de mi relato, para presentar al lector el escenario del drama.

CUADRADOS; PARALELEPÍPEDOS; CUBOS

Allí, donde había sólo vaho suspendido, surgió primero borrosa la catedral de San

Isaac, que fue descendiendo como un manchón negruzco del cielo a la tierra; apareció poco a poco hasta volverse precisa la estatua ecuestre del emperador Nicolás; a su pie un granadero imperial asomó entre la niebla su gorra peluda.

El coche volaba hacia la avenida Nevski.

Apolón Apolónovich Ableújov se mecía en el mullido asiento de raso; los cuatro tableros perpendiculares le separaban de la calle desapacible; le apartaba de la gente y de las mojadas portadas rojas de las revistas, que vendían en las bocacalles.

El trazado regular y simétrico de las calles calmó los nervios del senador, tensados por la vida doméstica irregular y el girar impotente de nuestra rueda estatal.

Sus preferencias eran de una sencillez armoniosa.

Nada le gustaba tanto como la avenida rectilínea; esa avenida le recordaba el transcurrir del tiempo entre los dos extremos de la vida.

Allí las casas eran cubos que formaban hilera regular de cinco plantas; esa hilera era distinta a la línea de la vida: aquí, a la mitad del camino de la vida de un dignatario con las más altas condecoraciones, finalizaron su viaje muchos altos cargos.

El senador se entusiasmó cuando su coche lacado cruzaba la avenida Nevski: vio las casas numeradas y la circulación; allí, de allí, en los días diáfanos en la remota lejanía, refulgían cegadores: la aguja dorada, las nubes, el rayo arrebolado del ocaso; allí, de allí — en los días de niebla — nada, nadie.

Y allí estaban las Líneas: el Neva y las islas. Probablemente, en aquellos días lejanos, en que emergían de las ciénagas musgosas los altos tejados, los mástiles, las agujas, que con sus dentículos traspasaban la neblina aguanosa, verdusca,

— llegó volando en sus velas de sombra a Petersburgo el Holandés errante, que venía de los plúmbeos espacios de los mares bálticos y germanos, para levantar aquí sus ilusorias tierras brumosas y dar el nombre de islas a un alud de nubes movedizas.

Apolón Apolónovich no amaba las islas: allí vivían obreros groseros; allí un apretado enjambre humano marchaba cada mañana hacia las fábricas de múltiples chimeneas; pero los habitantes de las islas formaban parte de la población del Imperio; también ellos figuraban en el censo.

Apolón Apolónovich no quería otra solución: ¡aplantar las islas! Amarrarlas con los hierros del enorme puente, traspasarlas con las flechas de las avenidas...

El hombre de Estado, mientras oteaba con la imaginación la niebla infinita del cubo negro del coche, de pronto comenzó a expandirse en todas las direcciones y se remontó sobre ella: habría querido que el coche avanzara veloz, que las avenidas, una tras otra, volaran a su encuentro; que toda la superficie esférica del planeta quedara ceñida, como por anillos de serpiente, por los cubos negruzcos de las casas; que toda la tierra oprimida por avenidas surcara las inmensidades en carrera cósmica lineal de acuerdo a las leyes rectilíneas; que una malla de avenidas paralelas, entrelazada con una malla de avenidas, se extendiera hacia los abismos siderales con los planos de

cuadrados y cubos: a cuadrado por habitante, que...

Después de la línea, ninguna regularidad le calmaba tanto como el cuadrado.

A veces se entregaba a una contemplación maniática de pirámides, triángulos, paralelepípedos, cubos, trapecios.

Apolón Apolónovich, mientras permanecía en el centro del cubo negro, perfecto y forrado de raso, gozaba largamente de los tableros rectangulares. Apolón Apolónovich había nacido para habitar una celda solitaria; sólo el amor a la planimetría estatal le ayudaba a encajar en la poliedricidad de un alto cargo.

La avenida mojada, resbaladiza, quedó atravesada en ángulo recto de noventa grados por otra avenida mojada; en el punto de intersección estaba un municipal...

Y se levantaban exactamente las mismas casas, y las mismas grises muchedumbres humanas transitaban allí, y flotaba allí la misma niebla verdiamarilla.

Paralela a la avenida, corría otra avenida con la misma hilera de cajones, con la misma numeración, con las mismas nubes.

Era una infinitud de fugitivas avenidas cruzadas por una infinitud de fantasmas. Petersburgo es una avenida infinita elevada a la enésima potencia.

Más allá de Petersburgo no hay nada.

LOS HABITANTES DE LAS ISLAS OS ASOMBRARÍAN

Era el último día de septiembre.

En la isla Vasilev, al final de la Decimoséptima línea, emergía de la niebla una casa enorme y gris; una escalera desaseada llevaba a los pisos: había puertas y más puertas; una se abrió.

Y en su umbral aparecía un desconocido de bigotes negrísimos.

En su mano penduleaba un hatillo, ni pequeño, ni demasiado grande, hecho con una servilleta mugrienta con festones colorados de faisanes desteñidos.

Era la escalera de servicio, sembrada de peladuras de pepino y de hojas de berza, aplastadas por el pie. El desconocido resbaló en ellas: describió un zig-zag; el desconocido quería preservar el hatillo de que por una desagradable casualidad cayera sobre los peldaños de piedra; el ademán del codo insinuó un movimiento funambulesco.

Después, en el encuentro con el portero, que subía la escalera con un haz de leña de álamo al hombro, el desconocido dio muestras crecientes de preocupación por la suerte del hatillo, que podía quedar enganchado en un leño.

Cuando el desconocido bajaba el último escalón se le cruzó un gato negro con el rabo enhiesto, que dejó caer a los pies del desconocido las tripas de una gallina; y una convulsión atravesó la cara del desconocido.

Así se comportan las señoritas.

A veces también se comportan así los contemporáneos extenuados de insomnio. El desconocido padecía insomnio: la atmósfera cargada de humo de su habitáculo así

lo insinuaba; y lo confirmaba su tez azulenca.

El desconocido se detuvo en el patio, un rectángulo asfaltado y cercado por las cinco plantas del coloso de múltiples ventanas. En medio del patio se apilaba húmeda leña de álamo; a través del portón se veía un tramo de la línea Decimoséptima, barrida por el viento.

¡Oh, líneas!

Vosotras conserváis el recuerdo del Petersburgo de Pedro Primero.

Estas líneas paralelas las trazó en otra época Pedro; después fueron parcelándose con tapias de granito, de ladrillo, de madera; las líneas de Pedro se fueron convirtiendo en líneas de una época posterior: en líneas de la emperatriz Catalina, con redondeces, en una hilera de columnas.

Entre los colosales edificios quedaron intercaladas las casitas de Pedro; allí una de troncos, allí una verde, allí una azul de planta baja, con el letrero rojo chillón de una «Casa de comidas»; las narices ventean variados olores: huele a sal marina, a arenque, a maromas, a zamorra de cuero y a pipa, y a lona ribereña.

¡Oh, líneas!...

¡Cómo cambiaron, cómo las cambiaron los días duros!

El desconocido recordó: una tarde de verano a la ventana de aquella casita lustrosa una vieja mascaba con los labios; en agosto la ventana se cerró; en septiembre pasó un ataúd forrado de glasé.

Pensó el desconocido que la vida se ponía cara; la gente trabajadora vivía malamente; desde la otra orilla Petersburgo se clavaba con las flechas de las avenidas y un tropel de gigantes de piedra.

Allí se levantaba Petersburgo; entre un nimbo de nubes se incendiaron allí los edificios; de allí, del caos ululante, alguien sacó por encima de la niebla el cráneo y las orejas y observó con mirada pétrea.

En todo esto pensó el desconocido; crispó el puño en el bolsillo; y se acordó de que caían las hojas.

Todo lo sabía de memoria. Estas hojas caídas, para cuántos serían las últimas: se detuvo sombra azulada.

Nosotros agregaremos: ¡ay, hombres rusos, hombres rusos! ¡No consintáis que la muchedumbre de sombras abandone las islas! Sobre las aguas del Leteo ya han tendido puentes negros y húmedos. Haríais bien en destruirlos...

Ya es tarde...

Tropeles de las sombras cruzaron el puente; también la oscura sombra del desconocido.

En su mano penduleaba un hatillo, ni muy pequeño, ni demasiado grande.

Y, AL VERLO, SE DILATARON; SE ILUMINARON, BRILLARON...

Con la turbamulta que le precedía, el anciano senador mantenía contactos a través de hilos (telegráficos y telefónicos); el torrente de sombras fluía tranquilo como una noticia de paz. Apolón Apolónovich iba pensando: en los astros; meciéndose en el asiento negro calculaba la intensidad de la luz que llegaba de Saturno.

De pronto...

su cara se arrugó y crispó nerviosa; los ojos bordeados de azul se agrandaron convulsivos; sus brazos se alzaron hasta el pecho. Su cuerpo se reclinó y la chistera golpeó contra el tablero y se posó en sus rodillas...

El involuntario movimiento no tenía explicación; el código de reglas del senado no lo preveía...

Contemplando el fluir de las siluetas, Apolón Apolónovich las comparó a puntos luminosos; uno de esos puntos abandonó su órbita y marchó hacia él con celeridad vertiginosa, convertido en enorme bola purpúrea; desde su rincón descubrió entre los bombines un par de ojos; los ojos expresaban lo intolerable: reconocieron al senador; y al reconocerlo se enfurecieron, se dilataron, se iluminaron, brillaron.

Más tarde, al repasar los pormenores del hecho,

Apolón Apolónovich recordó, más bien cayó en la cuenta, que el transeúnte llevaba un hatillo en la mano.

Apretujado entre el torrente de carruajes, el coche se detuvo en una encrucijada; la muchedumbre de transeúntes se arracimó en torno al coche del senador, con la decepción de Apolón Apolónovich, convencido de que cuando rodaba por la Nevski volaba a millones de verstas lejos del ciempiés humano: Apolón Apolónovich se pegó desasosegado al cristal; fue entonces cuando descubrió al transeúnte. Más tarde, al recordar aquella cara, comprobó con disgusto que era incapaz de incluirla en cualquiera de las categorías existentes...

Fue entonces cuando los ojos del desconocido se dilataron, se iluminaron, brillaron.

Se recostó sobre el espaldar del coche que rodaba envuelto en volutas de humo sucio, pero sus ojos conservaban la misma visión; el corazón le palpitaba; y se dilataba; le pareció que en el pecho crecía una bola purpúrea, pronta a estallar en pedazos.

Apolón Apolónovich padecía dilatación cardíaca.

Apolón Apolónovich, que se había colocado mecánicamente la chistera y se había llevado la mano al pecho palpitante, se abandonó a la contemplación dilecta de los cubos, para reflexionar con calma sobre lo ocurrido.

Los caballos se detuvieron. El municipal se llevó la mano a la gorra. Tras el cristal del portal, al pie de un atlante barbudo que soportaba las piedras de un balconcillo, Apolón Apolónovich vio lo mismo: allí brillaba una maza de bronce, de testa pesada; allí se ladeó sobre un hombro un oscuro tricornio: el gerente dormitaba sobre el *Noticiero Bursátil*. Dormitaba igual que anteayer y que ayer.

Llevaba durmiendo un lustro... Así seguirá...

Desde aquel día en que Apolón Apolónovich entró en el negociado en calidad de jefe del mismo, habían pasado más de cinco años. Y aquí habían ocurrido acontecimientos: China se amotinaba y se había rendido Puerto Arturo.

Se abrió la puerta; golpeó la maza. Apolón Apolónovich trasladó la mirada de la puerta del coche al porche.

—Excelencia... Siéntese... Mira, tú: se sofoca...

—No para usted de correr, como si fuera un chiquillo...

—¿Se le ofrece... un poco de agua?

Pero la cara del alto personaje se volvió toda arrugas: —Dígame: ¿quién es la esposa del cartero?

—¿De cuál? Permítame preguntarle.

—¿Es que no hay cartero a secas?

—¿...?

—La cartera.

—Ji-ji, qué señor más gracioso...

A DOS ESTUDIANTILLAS POBREMENTE VESTIDAS

Entre la muchedumbre que transcurría lenta marchaba el desconocido; más bien huía, aturdido, de aquella encrucijada, en la que le aplastaron contra un coche, del cual le miraron una oreja y una chistera.

¡El ya había visto aquella oreja!

Echó a correr.

Mientras traspasaba las columnas de conversaciones iba captando fragmentos que se componían en frases.

—¿Sabe? —se oyó a la derecha y se desvaneció.

Y emergió:

—Se disponen...

—A tirar...

Susurraron detrás:

—¿Contra quién?

Un traje negro dijo:

—Abl...

Y pasó:

—¡¿Contra Ableújov?!

El traje terminó ya de lejos...

—Habl...as mucho y ha...ces...poco...

El traje tenía hipo.

Pero el desconocido se detuvo impresionado por todo lo oído:

—¿Se disponen?...

—¿A tirar?...

En torno susurraron:

—Apruebo.

El desconocido creyó escuchar «provo», y él mismo acabó la frase:

—¡¿Provo-cación?!

La provocación cundió por la Nevski. La provocación dio un nuevo sentido a las palabras oídas.

Sólo con cambiar el diptongo *ue* por la letra *o*, la frase inocente había adquirido un horrible contenido; lo peor era que la sílaba la había cambiado él mismo, el desconocido.

Entonces, la provocación anidaba en él.

¡Ay, hombres rusos!

Os volvéis sombras de los girones de nubes: las nubes siempre llegan de los espacios plomizos del Balto ebullente; contra las nubes apuntaron los cañones.

A las doce un sordo cañonazo dio solemne la hora a Petersburgo, suntuosa capital del Imperio: y se desgarraron las nubes y se disiparon las sombras.

Sólo una sombra — la del joven — no tembló ni se disipó con el cañonazo, y corrió sin trabas hacia la orilla del Neva.

De pronto vio clavada en sí la mirada fija de dos estudiantillas pobremente vestidas...

¡CÁLLESE!...

«Baja...»

Y se oyó:

—Caja...

Y una tertulia de sastres famélicos comenzó a chillar:

—¡Ah-ahja-ja-aha-ja!

En otoño las calles de Petersburgo son un helero; el frío penetra hasta el tuétano y cosquillea; pero cuando de la calle entras en casa, la calle fluye por tus venas como la fiebre.

Todo eso sentía el desconocido, al entrar en el vestíbulo empañado y saturado de vapor, atiborrado: de abrigo negro, azul, gris, amarillo, de gorros con orejeras y de chanclos de todos los tipos; se esparcía un vaho con olor a buñuelos:

—¡Aaah!

El restaurante era un cuartucho descuidado; el suelo encerado; las paredes, pintadas por un pintor de mala muerte, representaban los restos de una flota, y en la

parte superior Pedro Primero apuntaba con la mano a lo lejos.

—¿El aguardiente con esencia?

—¡Sin esencia!

Pensaba: ¿por qué se había asustado de aquella mirada tras el cristal del coche? Los ojos se habían agrandado, petrificado, cerrado; la cabeza se había ladeado hasta ocultarse; la mano se había movido inerte; no era una mano, era... una *manita*...

Mientras, en el mostrador, se oreaba la comida: se agriaban unas hojas mustias con una pila de albóndigas rancias.

Allí, en un rincón, se acomodó un señor sudando de ocio con barba de cochero, chaqueta azul y botas enebadas: vaciaba copa tras copa; llamaba al camarero:

—Ponme algo de comer...

—¿Le apetece melón?

—Tu melón es jabón azucarado...

—¿Hace un platanito?

—Es una fruta indecente...

Mi desconocido por tercera vez apuró el veneno rascón. Su conciencia se separó del cuerpo y, como la empuñadura de un manubrio, comenzó a girar en torno al cuerpo.

Por un instante se iluminó la conciencia del desconocido: ¡el hatillo! Allí estaba el hatillo, a sus pies...

Aquel encuentro le tenía trastornado.

—¿Y una sandía?

—Al diablo la sandía: no es más que crujido...

—Entonces, beba aguardiente...

—¿Una copita?

El barbudo que sudaba de ocio guiñó.

—Pero ¿por qué?

—Ya he bebido...

—Beba para hacerme compañía...

Mi desconocido pensó algo: miró con desconfianza, agarró el hatillo húmedo, la hoja (de periódico); con ella tapaba el hatillo:

—¿Usted es de Tula?

—¿De Tula? Faltaba más...

Pensaba; no; los pensamientos se pensaban solos; y le ofrecían unas imágenes: lonas, maromas, arenques; fardos llenos de algo: entre los fardos, un obrero con una piel muy negra, cargaba los fardos, destacando claramente entre la bruma de las superficies volantes; y el fardo caía con un ruido sordo en la gabarra llena de vigas; el obrero (el conocido) de pie sobre los fardos, encendió la pipa.

—¿Se dedica al comercio?

(¡Qué cosas!)

—¡No!

—Bien: pues yo soy cochero...

—Eso ¿qué?: mi cuñado está de cochero con el gran duque...

—Bueno ¿y qué?

—No, nada...

De pronto...

Pero de lo de pronto hablaremos después.

HABÍA ALLÍ UN ESCRITORIO

Apolón Apolónovich repasó mentalmente los asuntos de la jornada; surgieron en su memoria los informes de la víspera; se imaginó en su mesa los papeles, el orden en que fueron entrando las notas que él ponía a lápiz: con el azul: «*aprobado*» y un rabito en la «o» final; con el rojo: «*a examen*», y la «n» subrayada.

Apolón Apolónovich, con la voluntad, trasladó el centro de la conciencia de la escalera del negociado a las puertas del despacho; el juego cerebral se desplazaba hacia el límite del campo visual, como los dibujos borrosos del empapelado; la pequeña pila de los expedientes se colocó en el centro del campo visual, como un retrato.

¿Un retrato? — Sí, aquél:

Ya no está: ya ha dejado Rusia...

—¿Quién? ¿El senador? ¿El? ¿Apolón Apolónovich Ableújov? No, hombre: Viacheslav Konstantínovich... Y con él, Apolón Apolónovich, ¿qué pasará?

Me parece que ya llega mi turno...

Mi Delvig entrañable me reclama...

A la cola, a la cola: todo tiene su turno:

Sobre la tierra se ciernen nuevas nubes

Y el huracán las...

La pila de papeles emergió a la superficie de la conciencia: Apolón Apolónovich se concentró en la jornada laboral.

—Haga el favor, Guerman Guérmánovich, de preparar eso; déjeme acordarme...

—El expediente del diácono Zrákov.

En esto recordó (lo había olvidado): sí, los ojos: se asombraron, se enfurecieron... ¿Y para qué hizo el zig-zag?... Muy desagradable. Y le parecía que al transeúnte ya le había visto en otra ocasión: o, tal vez, en ninguna parte, nunca...

Apolón Apolónovich abrió la puerta del despacho.

Allí estaba el escritorio, y en la chimenea chisporroteaban los leños; Apolón Apolónovich calentaba ante la chimenea las manos frías; mientras, el juego cerebral seguía construyendo planos vagos:

—Nikolai Apolónovich...

A eso Apolón Apolónovich...

—¿...?

Apolón Apolónovich se detuvo ante la puerta.

El inocente juego cerebral retornó espontáneamente al cerebro: es decir, al montón de expedientes e instancias; Apolón Apolónovich tal vez hubiera creído que el juego cerebral era el empapelado de la habitación; pero el plano en ocasiones se separaba y dejaba entrar en el centro de la vida mental a la sorpresa.

Apolón Apolónovich recordó:

Al transeúnte le había visto una vez — figúrense — en su casa.

En una ocasión bajaba él las escaleras; Nikolai Apolónovich, asomándose por encima del pasamanos, conversaba con alguien...; el hombre de Estado no se consideraba con derecho a preguntar sobre las amistades de Nikolai Apolónovich; la discreción, naturalmente, le impidió preguntar:

—Dime, Kólenka, amiguito, ¿quién es tu visitante?

Nikolai Apolónovich habría bajado la vista:

—Bah, papá: son visitas...

Por eso en aquella ocasión Apolón Apolónovich no se interesó ni poco ni mucho por la personalidad de aquel transeúnte, que vio en el vestíbulo con un gabancete; el desconocido tenía el mismo bigote y los mismos ojos sorprendentes (ustedes habrán visto estos ojos de noche, en la iglesia de San Panteleimón Mártir de Moscú, próxima a las puertas de Nikolski; los habrán visto en el retrato adjunto a la biografía de un gran hombre; y en cualquier clínica neuropatológica).

También en aquella ocasión sus ojos se dilataron, se iluminaron, brillaron; aquello ya había sucedido una vez y volvería a repetirse.

De pronto, Apolón Apolónovich vio al otro lado de la puerta: ¡Pupitres! ¡Pupitres! ¡Pilas de expedientes! ¡Y cabezas agachadas! ¡Qué intensa y eficaz producción de papeles!

El juego cerebral del portador de condecoraciones con brillante tenía unas propiedades raras, muy raras, rarísimas: su caja craneal se convertía en un vientre de imágenes mentales, que se encarnaban inmediatamente en este mundo ilusorio.

¡Oh, más valiera que Apolón Apolónovich no dejara escapar una sola idea vana, que guardara todos sus pensamientos en la cabeza; pues cada pensamiento suyo se transformaba indefectiblemente en una imagen espacio-temporal; y fuera de la cabeza senatorial, realizaba sus actos incontrolados!

Apolón Apolónovich era como Zeus: de su cabeza nacían diosas y genios; uno de estos genios (el desconocido del bigote negro) surgió en forma de imagen e inició su *existencia* en los espacios amarillentos; y afirmaba que había surgido de ellos: no de la cabeza del senador; las ideas de aquel desconocido también eran vanas; y tenían las

mismas propiedades.

Escapaban y se encarnaban.

Una de las ideas huidas era la idea según la cual existía en la realidad; esa idea retornó de nuevo al cerebro del senador.

El ciclo volvió a cerrarse.

Apolón Apolónovich era como Zeus: así, apenas de su cerebro surgió el Desconocido-Pallas, de allí inmediatamente resurgió otra Pallas, exactamente igual.

Pallas era la casa del senador.

El lacayo subía la escalera; ¡oh, magnífica escalera! Y los peldaños suaves: suaves como circunvoluciones cerebelosas, por los cuales en más de una ocasión subieron ministros; el lacayo ya estaba en la sala...

La sala también era magnífica. Las ventanas y paredes un tanto frías...

Nosotros hemos observado la casa igual que el senador solía juzgar a todas las cosas.

Así:

—en las raras ocasiones en que Apolón Apolónovich se adentró en el floreciente seno de la Naturaleza, vio: el floreciente seno de la Naturaleza; para nosotros este seno adquiriría diversos aspectos y se dividía en violetas, en francesillas, en claveles; el senador reintegraba las partes al todo; nosotros habríamos dicho:

—¡Una francesilla!

—¡Un clavel!

Apolón Apolónovich decía simple y escuetamente:

—Una flor...

Quede entre nosotros: inexplicablemente, Apolón Apolónovich creía que todas las flores eran campanillas...

Con esa misma brevedad lacónica habría descrito su propia casa, que para él constaba de las paredes (que formaban cuadrados y cubos), las ventanas, el piso y las mesas; lo demás eran detalles...

Pero no estaría de más que recordáramos: lo que pasaba por alto (los cuadros, el piano, los espejos, el nácar, la incrustación de las mesas) — todo lo que pasaba por alto — era sólo una irritación de la piamater o acaso una enfermedad... del cerebelo.

Se producía una ilusión de habitación: que después se esfumaba sin dejar huella; el golpe al cerrarse de las puertas del sonoro pasillo era sólo un martilleo en las sienas.

Al otro lado de la puerta cerrada no había un salón, sino espacios cerebrales: circunvoluciones, sustancia gris y blanca, la glándula pineal; las pesadas paredes de chispas centelleantes (que producían los aflujos) — eran una sensación plúmbea y dolorosa: de los huesos occipital, frontal, temporal y parietal.

Apolón Apolónovich, sentado a la mesa con los expedientes, tenía la sensación de

que su cabeza era seis veces más grande de lo debido y doce veces más pesada de lo debido.

NUESTRO PAPEL

Las calles de Petersburgo tienen una propiedad indiscutible: transforman en sombras a los transeúntes. Por el contrario, las calles de Petersburgo transforman las sombras en personas.

Así nos lo ha demostrado el caso del misterioso desconocido.

Surgido como idea, entró en contacto, no se sabe por qué, con la casa del senador; en nuestro relato apareció en la avenida inmediatamente después del senador.

De la encrucijada hasta el restaurante en la calle Milliólnnaya hemos seguido puntualmente el itinerario del desconocido hasta llegar al mentado «de pronto», con el que todo quedó interrumpido.

Exploremos su alma; pero antes exploremos el restaurante; incluso los aledaños del restaurante; hay razones para ello.

Con esa misión de espionaje, asumida voluntariamente, no hicimos más que anticiparnos al deseo del senador Ableújov de que un agente de la Dirección de Seguridad siguiera cada paso del desconocido; mientras el indolente agente permanece inoperante en la comisaría, seremos nosotros ese agente.

Mas ¿no estaremos cometiendo un desatino? ¿Servimos nosotros para agentes? Ese agente existe. Y no duerme, lo juro, no duerme.

Cuando el desconocido desapareció tras la puerta del restaurante, nos volvimos y advertimos dos siluetas, que caminaban entre la bruma; una era gorda y alta y destacaba por su corpulencia; pero no pudimos distinguir su cara (las siluetas no tienen cara); no obstante, logramos ver: el paraguas abierto, los chanclos y el gorro de nutria con orejeras.

Enclenque y diminuta era la silueta del segundo; se le veía la cara: no nos fijamos mucho, sorprendidos por una enorme verruga: de esta forma los rasgos faciales quedaron opacados por el desmesurado accidente (una actitud propia del mundo de las sombras).

Fingimos contemplar las nubes y dejamos pasar a la oscura pareja; a las puertas del restaurante la pareja se detuvo.

—¿Hum?

—Es aquí...

—Me lo imaginaba.

—¿Qué medidas ha tomado usted?...

—Allí, en el restaurante, he situado a un hombre.

—Hum... No tengo más remedio... ¡Hum!... que desearle éxitos...

La acción había sido planeada con la precisión de un reloj.

—¿Hum?
—¿Qué ocurre?
—El maldito resfriado.
—Óigame: usted debía de admitir el sueldo...
—No. ¡Usted no me comprende!
—Le comprendo: no tiene ni para pañuelos.
—¿Qué?
—¡Por el resfriado!...
—Yo no trabajo por dinero: ¡soy un artista!
—A su manera...
—¿Qué?

—Me curo con una vela de sebo.

La figurilla extrajo su pañuelo enmocado:

—Transmítalo así: «Nikolai Apolónovich lo ha prometido...»

—¡La vela de sebo es un remedio excelente!

—¡Cuénteselo todo a ellos!

—Al ir a la cama te frotas la nariz por dentro, y amaneces como nuevo.

El pañuelo volvió a pasarse por la verruga. Las dos sombras se desvanecían ya en la húmeda turbiedad. Poco después la sombra del gordo resurgió de la niebla y miró distraída la aguja de la fortaleza de Pedro y Pablo.

Y entró en el restaurante.

ADEMÁS, LE RELUCÍA LA CARA...

Estás acostumbrado a los «de pronto». Entonces, ¿por qué te ocultas como el avestruz cuando se aproxima el inevitable «de pronto»?

«Eso» se aproxima con sigilo por la espalda; a veces entra antes que tú en la habitación; te saca de quicio: en la espalda tienes la sensación de que por la espalda, como por una puerta, entran en tropel; te vuelves y pides a la dueña:

—Señora, ¿me permite que cierre la puerta? Me pongo muy nervioso: no aguanto estar de espaldas a la puerta.

Ríen. Tú también ríes: como si no hubiera existido el «de pronto».

«Eso» se nutre del juego cerebral; le encanta devorar todas las infamias del pensamiento; mientras «eso» engorda, tú te vas derritiendo como un cirio; el «de pronto», un perro cebado, pero invisible, te precede en tu marcha y el observador tiene la impresión de que estás a resguardo de las miradas por una cortina de niebla: eso es tu «de pronto».

Habíamos dejado al desconocido en el restaurante. *De pronto* él se revolvió; tenía la sensación de que algo viscoso le resbalaba por el espinazo; se volvió; no había nadie a su espalda: pero allí, por la puerta, algo entraba, entraba.

Apenas el desconocido dio la espalda a la puerta, entró el gordo antipático; se dirigió hacia el desconocido, haciendo crujir la tarima; su cara amarillenta, afeitada, ligeramente ladeada, flotaba en el doble papo; además, la cara relucía.

En ese instante nuestro desconocido se dio la vuelta: *el personaje* le saludó agitando la gorra con orejeras de nutria:

—Aleksandr Ivánovich...

—¡¡Lippánchenko!!

El personaje llevaba corbata: de un rojo arrasado, chillón, prendida con un falso diamante de gran tamaño; vestía un traje amarillo oscuro a rayas; los zapatos amarillos brillaban.

A la vez que se sentaba a la mesa del desconocido, el personaje pidió:

—Una cafetera... Oiga, y coñac: ahí tengo una botella, yo...

Y en torno se oía:

—¿Has bebido?

—He bebido.

—¿Has comido?

—He comido.

—Perdón, pero eres un cerdo...

—Cuidado —gritó el desconocido: el gordo, al que el desconocido había llamado Lippánchenko, intentó poner el codo amarillo oscuro sobre la hoja de periódico que cubría el hatillo.

—¿Qué pasa? —Lippánchenko retiró la hoja y vio el hatillo: le temblaron los labios.

—Esto... ¿esto es la...?

Los labios temblorosos parecían rodajas de salmón, no del amarillo rojizo, sino del amarillo aceitoso.

—En verdad, Aleksandr Ivánovich, que es usted muy imprudente.

Lippánchenko tendió hacia el hatillo unos dedos torpes en los que brillaron las piedras falsas de las sortijas, hinchados con las uñas mordidas (en las uñas quedaban manchas de tinte de un marrón igual al color del pelo; el observador atento habría sacado esta conclusión: el personaje se teñía el pelo).

—Un movimiento más (con correr el codo), y pudo ocurrir... una catástrofe...

Poniendo un cuidado especial, el personaje colocó el hatillo sobre la silla.

—Los dos hubiéramos quedado... —bromeó de un modo repelente el desconocido.

En torno se oía:

—¿Cerdo yo? No insulte...

—Yo no insulto.

—Insulta, me echa en cara que ha pagado...

—Ande, coma, coma: será mejor...

—Aquí tiene, Aleksandr Ivánovich, aquí tiene, querido, este hatillo — Lippánchenko miró alrededor de soslayo—; lo lleva inmediatamente a Nikolai Apolónovich.

—Pero, bueno: el hatillo estará bien guardado en mi casa...

—No conviene: a usted pueden detenerle; estará más seguro allí.

Y el gordo se inclinó y le susurró algo al oído:

—Su-su-su...

—¿De Ableújov?

—Su...

—¿A Ableújov?...

—Su...

—¿Con Ableújov?...

—Pero no con el senador, con el hijo: con el hatillo entréguele esta cartita: aquí está...

Lippánchenko arrimó a la cara del desconocido su cabeza de frente estrecha; se ocultaron sus ojos inquisitivos; el belfo le temblaba ligeramente; y sorbía; el desconocido prestó oído al susurro del señor gordo; se esforzaba por entender el contenido del cuchicheo que ahogaba el bullicio del restaurante; y chucheaban los abominables labios (así, las patas de las hormigas susurran sobre el hormiguero revuelto); y parecía que el cuchicheo tenía un horrible contenido; como si cuchichearan de universos y de sistemas planetarios; pero bastaba prestar oído y: el horrible contenido del susurro se reducía a cosas cotidianas.

—Entréguele la carta...

En torno se oía:

—¿Qué es la verdad?

—La verdad es verdura...

—Lo sé...

—Pues si lo sabes, trágatela...

El traje de Lippánchenko recordaba al desconocido el color del empapelado amarillo de su cubil en la isla Vasilev: el color del insomnio; el insomnio trajo a la memoria una cara repelente con unos ojos pequeños, mongoles; la cara le miraba con insistencia desde el empapelado... A la luz del día, cuando examinaba ese lugar, sólo encontraba las huellas húmedas, que dejaban al trepar las cochinillas. Para apartar de la mente la dolorosa alucinación, se volvió tremendamente parlanchín:

—Preste oído al ruido...

—Alborotan mucho.

—Los ruidos acaban en «i», pero se oye «e»...

Lippánchenko, soñoliento, pensaba en sus cosas.

—En el sonido «e» suena algo torpe y resbaladizo... ¿Digo mal?...

—No, en absoluto —y Lippánchenko se despegó de su pensamiento...

—Todas las palabras con *e* son impúdicamente triviales; la «i» ya es otra cosa: «i-i-i» —cielo, dicha, cristal—; el sonido «i-i-i» me recuerda el pico corvo del águila; pero las palabras con «e» son triviales; por ejemplo, *pez*; preste oído: p-e-e-ez, algo que tiene sangre fría... O esta otra: veleta, algo deleznable; pedregal, algo amorfo; peste — algo desagradable...

El desconocido cortó su parlamento: Lippánchenko le miraba con cara de pez, y el humo de su cigarrillo apestaba: Lippánchenko estaba envuelto en una nube; el desconocido le observó y pensó: asqueroso, tártaro... Eres una vulgar “E”...»

De la mesa vecina alguien, eructante, exclamó:

—Eructo, que eres un eructo...

—Perdóneme, Lippánchenko: ¿es usted mongol?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Todos los rusos tienen sangre mongola.

¿QUÉ GUARDARROPA?

Nikolai Apolónovich disponía en la casa de un dormitorio, un estudio y un recibidor.

El dormitorio lo ocupaba una enorme cama, cubierta con un edredón de raso y una colcha.

El estudio estaba atestado de estanterías de roble llenas de libros, ante las cuales se desplazaba por unas anillas la seda, descubriendo los lomos de cuero.

El mobiliario del estudio estaba tapizado de verde oscuro; había un hermoso busto... naturalmente, de Kant.

Desde hacía dos años Nikolai Apolónovich nunca se levantaba antes del mediodía. Con anterioridad se despertaba a las nueve, y aparecía con el uniforme de estudiante abrochado hasta el cuello.

Entonces no andaba por la casa en bata de Bujará; no llevaba el bonete que transformaba la habitación en salón oriental; dos años y medio hacía que Anna Petrovna, madre de Nikolai Apolónovich y esposa de Apolón Apolónovich, había abandonado el hogar familiar, enamorada de un artista italiano; desde esa fuga con el artista, Nikolai Apolónovich comenzó a andar por casa en bata de Bujará: los encuentros diarios con su padre a la hora del desayuno cesaron por sí solos.

Ahora el hijo desayunaba mucho más tarde que el padre.

Nikolai Apolónovich comenzó a usar bata; se agenció unas babuchas tártaras; se hizo con un bonete.

De esta forma un brillante estudiante quedó transformado en hombre oriental.

Nikolai Apolónovich había recibido una carta de letra desconocida: unos versos

detestables con una sorprendente firma: «Un alma ardiente».

Nikolai Apolónovich recorrió apresurado la habitación en busca de las gafas, revolvió los libros, y las plumas:

—Ah-ah...

—¡Maldita sea!...

Nikolai Apolónovich hablaba a solas igual que Apolón Apolónovich.

Impetuoso, como su padre, era, igual que Apolón Apolónovich, de escasa estatura, y mirada inquieta en la cara afable; cuando se concentraba en un pensamiento se le petrificaba la mirada; los rasgos de su cara blanca se volvían: secos, precisos y fríos como en un icono; el punto de nobleza de la cara se revelaba en la frente: desembarazada, con las venas abultadas: la pulsación de las venas en la frente anunciaba la esclerosis.

Las venas azulencas concordaban con las orejas de los enormes ojos de color añil (en los momentos de excitación los ojos se volvían negros: al dilatarse las pupilas).

Nikolai Apolónovich llevaba un bonete tártaro; si se lo hubiera quitado habría dejado ver una mata de pelo rubio como el lino, que suavizaba aquella expresión exterior fría y severa en la que asomaba la terquedad; encontrar los cabellos de ese color no es frecuente en un adulto; ese color es más corriente en los niños pequeños, sobre todo en Belorrusia.

Aquí, en su habitación, Nikolai Apolónovich se transformaba en un auténtico centro abandonado a su suerte: en — en una serie de premisas lógicas emanantes de un centro, que predeterminaban la idea, el espíritu e incluso la mesa: él era aquí el único centro del universo imaginable y del inimaginable.

Ese centro hacía deducciones.

Apenas Nikolai Apolónovich había logrado escapar de las minucias cotidianas y de la ciénaga de ambigüedades denominadas mundo y realidad cuando lo trivial le secuestró de nuevo.

Nikolai Apolónovich se apartó del libro:

—¿Qué pasa?...

Una voz sorda y respetuosa respondió:

—Preguntan por el señorito...

Cerrado a llave y meditando en las tesis de su sistema, que iba perfilando paso a paso, él sentía su cuerpo derramado en el «todo»; a su vez, la cabeza coincidía con el bulbo panzudo de cristal de la bombilla eléctrica.

Esa convergencia transformaba a Nikolai Apolónovich en un ser verdaderamente creador.

Le gustaba encerrarse bajo llave: los susurros y los pasos desintegraban la idea.

Eso había ocurrido ahora.

—¿Qué pasa?

De lejos respondió una voz:

—Pregunta una persona.

En la cara de Nikolai Apolónovich se dibujó la alegría:

—Ah, es el guardarropa: el guardarropa me ha traído el traje...

Y recogiendo el bajo de la bata se dirigió hacia la entrada; en la escalera se reclinó sobre el pasamanos y gritó:

—¿Es usted...? ¿El guardarropa?

—¿Qué guardarropa?

En la habitación de Nikolai Apolónovich apareció una caja de cartón; Nikolai Apolónovich echó la llave a la puerta; cortó apresuradamente el cordón; levantó la tapa y sacó de la caja: una careta con barba negra rizada; después, un suntuoso dominó de un rojo subido, que susurró en los pliegues.

Al rato se colocó ante el espejo, todo vestido de raso y rojo, con la minúscula careta levantada sobre el rostro; el negro encaje de la barba se desparramó y le cayó sobre los hombros, formando a la derecha y a la izquierda un par de fantasmagóricas alas.

Terminado el disfraz, Nikolai Apolónovich, con cara muy satisfecha, devolvió a la caja primero el dominó rojo y a continuación la careta negra.

EL OTOÑO HÚMEDO

En enjambre verdoso pasaron jirones de nubes. El enjambre verdoso se elevaba sin tregua sobre la lejanía desoladora de las avenidas del Neva; entre el enjambre verdoso huía un chapitel... desde el barrio de Petersburgoski.

Describiendo en el aire un arco luctuoso, una franja oscura de hollín se elevaba de las chimeneas; y como una cola caía en el agua.

Se agitaba el Neva y gritaba por medio de la sirena de un barquito chillón, rompía las láminas de acero contra los apoyos de los puentes; y lamía el granito.

Y sobre este fondo tenebroso del hollín rabudo que se cernía sobre las húmedas piedras de los parapetos del malecón, fija la mirada en las turbias aguas del Neva, infectadas de bacilos, se recortaba precisa la silueta de Nikolai Apolónovich.

Ante un gran puente negro él se detuvo.

En su cara apareció una sonrisa desagradable; el recuerdo de un amor fracasado le embargó. Nikolai Apolónovich recordó una noche brumosa; aquella noche él estaba apoyado en la barandilla; giró el cuerpo, encaramó la pierna, calzada con el chanclo liso, en la barandilla; el desenlace parecía inevitable, pero... Nikolai Apolónovich desmontó la pierna.

Cuando ahora recordaba aquel intento frustrado, Nikolai Apolónovich esbozaba una sonrisa desagradable, y ofrecía un aspecto bastante ridículo: tapado con la capa, cargado de hombros y como sin brazos con la larga ala de la capa agitándose al viento.

—Qué guapo —se oía en torno a Nikolai Apolónovich...

—Una carátula clásica...

—La palidez del rostro...

—Ese perfil marmóreo...

Pero si Nikolai Apolónovich hubiera reído, las señoritas habrían dicho:

—Horrible...

Allí donde a la entrada dos leones entrecruzan jocosamente las patas de granito gris, allí se detuvo al ver la espalda de un oficial que pasaba; tropezando en los bajos de la capa, se dispuso a dar alcance al oficial:

—¿Serguéi Serguéevich?

Por un instante una idea iluminó la cara del oficial; por la expresión de los labios temblorosos se podía pensar que el oficial dudaba entre *reconocerle* o no:

—Ah... Hola...

—¿Qué dirección lleva? —preguntó Nikolai Apolónovich, dispuesto a pasear con el oficial por la calle Moika.

—La de casa.

—Entonces vamos en la misma dirección.

Sobre ambos, entre las ventanas de un edificio amarillo se alineaban mofletes y blasones ornados con follaje de piedra.

Como tratando de eludir en la conversación algo pasado, ambos, interrumpiéndose mutuamente, comentaban cómo los disturbios de las últimas semanas habían repercutido en la obra filosófica de Nikolai Apolónovich.

Sobre ambos, en los entrepaños de un edificio público amarillo, se alineaban mofletes y blasones ornados con follaje.

Llegaron a la Moika: era el mismo edificio claro de tres plantas con cinco columnas a la entrada; y las molduras entre los pisos: un medallón tras otro; inscrito en cada medallón un casco romano sobre dos espadas cruzadas; rebasaron el edificio: aquella era la casa; y las ventanas...

—Adiós... ¿Usted sigue?...

El corazón de Nikolai Apolónovich palpitó; ni un solo instante le había abandonado el deseo de preguntarle algo; pero, no: no le preguntó; permaneció solitario ante la puerta cerrada; le asaltó el recuerdo de un amor desdichado, más bien de una atracción sensual.

Era el mismo edificio de cinco columnas con molduras: en el medallón, un casco romano sobre espadas cruzadas.

De noche una calina de luz inunda la avenida. Se elevan iguales los focos eléctricos en medio. En los costados hay un juego de luces intermitentes de los letreros; de pronto aquí brotan los rubíes luminosos; allí brotan esmeraldas. Tras un instante: allí los rubíes; y las esmeraldas aquí.

Nikolai Apolónovich no veía la Nevski; ante sus ojos permanecía aún aquella

misma casa: ventanas y sombras tras las ventanas; tal vez, voces alegres: del coracero amarillo, del barón Ommau-Ommergau; y de ella, la voz de ella...

APOLÓN APOLÓNOVICH RECORDÓ

Sí, Apolón Apolónovich recordó: hacía poco había oído un chiste sin mala intención sobre él:

—El entona una sola nota: la del desprecio...

Alguien salió en su defensa:

—Señores: la culpa es de las almorranas...

En ese instante se abrió la puerta: entró Apolón Apolónovich.

El chiste se cortó (así, el ágil ratoncillo desaparece rápido en la madriguera). A Apolón Apolónovich no le molestaban los chistes.

Apolón Apolónovich se acercó a la ventana: frente por frente, más allá de los dobles cristales, distinguió dos cabecitas: la cara borrosa de un anciano desconocido.

Aquí, en el despacho del gran Negociado, Apolón Apolónovich se erigía en el epicentro de despachos oficiales y de pupitres verdes. Aquí él era un foco emisor de fuerza, una intersección, un impulso; era fuerza en el sentido newtoniano: y la fuerza en el sentido newtoniano es una fuerza oculta.

La conciencia se desprendía del individuo, alcanzaba un grado increíble de concreción, centrándose en un único punto (entre los ojos y la frente): una lucecita, al encenderse entre los ojos y la frente, despedía haces de rayos; las ideas-rayos se dispersaban como serpientes, de su cabeza calva; un creador de fantasías sin duda habría descubierto en aquella cabeza la de Gorgona Medusa.

La conciencia se independizaba del individuo: y el individuo era en la imaginación del senador como una caja craneal y como una funda vaciada.

Desde ese sillón él repasaba con la conciencia toda su vida; desde este sitio las circulares atravesaban los apartadijos de la existencia del filisteo, que él identificaba con una necesidad sexual, vegetal u otra.

Sólo desde aquí él se elevaba, se cernía delirantemente sobre Rusia, sugiriendo a los enemigos una inevitable comparación (con el murciélago).

Apolón Apolónovich hoy mostraba una rigidez especial; en lo que duró el informe no asintió una sola vez con la cabeza: por caminos que sólo Dios conoce, Apolón Apolónovich había llegado a la conclusión de que su propio hijo, Nikolai Apolónovich, era un malvado.

Se divisaba el atlante de la entrada: el barbudo de piedra.

El barbudo de piedra se alzaba sobre el ruido de la calle, sobre la época del año: el mil ochocientos doce le había liberado de los andamios. El mil ochocientos veinticinco rugió a sus pies en muchedumbre; también ahora, en el mil novecientos

cinco, pasaba la muchedumbre. Hace ya cinco años que Apolón Apolónovich contempla desde aquí la sonrisa esculpida en piedra; los dientes del tiempo la roen. En cinco años se produjeron acontecimientos: Anna Petrovna estaba en España; Viachesláv Konstantínovich ya no existía; el pie amarillo escaló temerario las colinas de Puerto Arturo; se insurreccionó China y cayó Puerto Arturo.

Se abrió la puerta; el secretario, un muchacho joven, con palpitaciones de una condecoración menor, llegó solícito hasta el alto signatario y crujió con respeto el puño excesivamente almidonado de la camisa. Y a su tímida pregunta tronó Apolón Apolónovich:

—¡No, no!... Haga tal como yo le he dicho... Y, sabes tú —dijo Apolón Apolónovich. Se detuvo y corrigió.

—Tusted...

Quiso decir usted, pero le salió: «sabes... tusted...».

De sus distracciones corrían leyendas.

LOS DEDOS FRÍOS

Apolón Apolónovich Ableújov, con abrigo gris y sombrero de copa negro, con cara pétrea que recordaba a un pisapapeles, abandonó rápido el coche y subió ágil los peldaños de la entrada, quitándose sobre la marcha los guantes.

Entró en el vestíbulo. La chistera pasó al lacayo.

—Dígame: ¿por aquí viene con frecuencia un joven?

—Aquí suelen venir jóvenes, excelencia.

—Pero... ¿con un bigotito?

—¿Con un bigotito?

—Sí, y... con gabán...

El portero cayó en la cuenta:

—Una vez estuvo aquí uno... vino a ver al señorito.

—¿Con bigotito?

—¡Exactamente, señor!

Apolón Apolónovich permaneció un rato parado: de pronto Apolón Apolónovich entró.

Cubría las escaleras una alfombra de terciopelo gris; ese mismo terciopelo gris tapizaba también las paredes. Las paredes bruñían, adornadas con armas antiguas: bajo un escudo tocado por el verdín brillaba un yelmo lituano; fulgía la empuñadura de una espada de caballero; aquí se oxidaban las espadas; allí se reclinaban las alabardas; se entrecruzaba el cachorrillo con la maza.

El vano superior asomaba a una balaustrada; aquí, desde su opaco pedestal, una Niobe inmóvil elevaba al cielo sus ojos de alabastro.

Apolón Apolónovich abrió preciso la puerta, cargando su mano huesuda sobre el pomo tallado.

ASÍ OCURRE SIEMPRE

Una veta fosforescente, brumosa y mortecina, recorrió el cielo; un brillo fosforescente enturbió las alturas, arrancó fulgores en los tejados y chimeneas de cinc. Corrían aquí las aguas del río Moika; en una de sus orillas se levantaba aquella casa de tres plantas; en la parte superior sobresalía la cornisa.

Nikolai Apolónovich, embozado en las pieles, caminaba por la Moika: la cabeza caída sobre la capa; sacudían su alma pasiones para las que no existían nombres; algo pavoroso, dulce...

Pensaba: ¿y si es el amor? Recordó.

Se estremeció.

Pasó un haz de fuego: un carruaje negro de palacio: ante las concavidades sanguinolentas de las ventanas desplazó sus faroles, como inyectados en sangre; sobre el agua negra del Moika brincaron y refulgieron: el perfil fantasmagórico del tricornio del cochero y el contorno de las alas del capote pasaron veloces con fuego de la niebla a la niebla.

Nikolai Apolónovich permaneció un rato ante la casa y, de pronto, penetró en el portal.

La puerta cedió ante él; y su ruido al cerrarse le golpeó la espalda; quedó rodeado de oscuridad; como si hubiera quedado despojado de todo (así, probablemente, ocurre en el instante primero de la muerte); Nikolai Apolónovich ahora no pensaba en la muerte, pensaba en sus propios actos; y su comportamiento en la oscuridad adquirió una impronta fantástica; se sentó en el peldaño frío ante la puerta, enterró la cara en las pieles, escuchando los latidos del corazón.

Nikolai Apolónovich permanecía sentado en la oscuridad.

La sinuosidad de piedra del Canalillo de Invierno ofreció a la vista unos espacios lacrimosos; el Neva se abalanzó con empellones de viento húmedo; fulguraban mudos los planos volátiles, la fachada lateral de los cuatro pisos del palacio brillaba con la luna.

Nadie, nada.

Sólo el canal dejaba correr el agua; subió presurosa al puente aquella sombra femenina, ¿para arrojar al agua?... ¿Era Liza? No, una petersburguesa cualquiera; cruzó el Canalillo, y se alejó de la casa amarilla en el malecón Gagarin, al pie de la cual ella permanecía cada noche y pasaba mucho tiempo mirando por la ventana.

Más adelante iba abriéndose la plaza; las estatuas verdosas, de bronce, ya surgían por todas partes; Hércules y Poseidón seguían observando; tras el Neva se levantaba una mole: las siluetas de las islas y de las casas; la mole traspasaba con sus ojos ambarinos la niebla y parecía llorar.

Más arriba unas siluetas difuminadas alzaban implorantes al cielo sus manos hechas jirones; enjambre tras enjambre se levantaban sobre el agua del Neva,

desplazándose hacia el cenit; y cuando rozaban el cenit, del cielo se lanzaba impetuosa sobre ellas una mancha fosforescente.

La sombra femenina, hundida la cara en el manguito, corrió a lo largo del río Moika hacia el mismo portal, de donde salía al anochecer, en el cual ahora, sentado en un peldaño frío, ante la puerta, estaba Nikolai Apolónovich; se abrió ante ella la puerta de la calle, y tras ella se cerró la puerta de la calle; quedó envuelta en las sombras como si a sus espaldas todo se hubiera desvanecido; la dama de negro en el portal pensaba en cosas sencillas y terrenales; se disponía a alargar la mano para tirar de la campanilla, y vio una silueta, probablemente un enmascarado, que se levantó del peldaño ante ella.

Se abrió la puerta y la oscuridad del portal quedó por un momento iluminada por un haz de luz; la exclamación de la asustada doncella le confirmó a ella todo, porque en la puerta abierta apareció un delantal, una cofia almidonada; después se retiraron bruscamente de la puerta: el delantal y la cofia. En el resplandor se reveló una escena de una extrañeza inenarrable; la negra silueta de la señorita se lanzó hacia la puerta abierta.

A su espalda, de las tinieblas surgió un payaso susurrante con una máscara barbuda, temblona.

Se veía desde la oscuridad: silenciosas y lentas se deslizaron del hombro las pieles de la capa, dos brazos rojos se tendieron hacia la puerta; se cerró la puerta, interrumpiendo el haz de luz, sumergiendo otra vez la escalera de entrada en la oscuridad más total.

Un segundo después salió a la calle Nikolai Apolónovich; por debajo de la capa le asomaba un trozo de seda roja; escondiendo la nariz en la esclavina, corría hacia el puente.

En el puente de hierro se volvió; y no vio nada; sobre el pretil húmedo, sobre el agua verdosa infestada de bacilos bajo el viento del Neva sólo vio pasar un bombín, un bastón, un abrigo, unas orejas, una nariz y un bigote.

¡NO LE OLVIDARÁS JAMÁS!

Hemos visto en este capítulo al senador Ableújov; hemos visto también los pensamientos ociosos del senador concretados en la casa del senador, concretados en el hijo del senador, que también albergaba en su cabeza pensamientos ociosos propios; finalmente, hemos visto también una sombra ociosa: al desconocido.

Esta sombra surgió casualmente en el pensamiento del senador Ableújov, allí desarrolló su efímera existencia; pero el pensamiento de Apolón Apolónovich es un pensamiento fantasma, porque su existencia es efímera y fruto de la fantasía del autor: un ejercicio innecesario, ocioso, cerebral.

El autor, una vez colgados los cuadros de las ilusiones, debería de retirarlos lo más pronto posible, quebrando el hilo del relato en esta misma frase, por ejemplo; pero... el autor no procederá así: tiene para ello suficientes razones.

El juego cerebral no es más que una máscara; bajo esta máscara se produce la invasión del cerebro por múltiples fuerzas: y aunque Apolón Apolónovich haya sido tejido por nuestro cerebro, no obstante, logrará intimidar con una cierta existencia abracadabrante, que ataca de noche. Apolón Apolónovich está dotado con los atributos de esa existencia; todo su juego cerebral está dotado con los atributos de esa existencia.

Su cerebro quedó excitado por el misterioso desconocido; por lo tanto, ese desconocido existe, existe realmente: y no desaparecerá de las avenidas petersburguenses mientras exista un senador con semejantes pensamientos, porque la idea tiene en la consecuencia una existencia propia.

¡Sea, pues, nuestro desconocido un desconocido real! ¡Y sean las dos sombras de mi desconocido sombras reales!

¡Esas sombras oscuras seguirán los pasos del desconocido igual que el desconocido sigue de cerca al senador; también el senil senador te perseguirá a ti, lector, en su coche negro: y desde ahora no le olvidarás jamás!

FIN DEL PRIMER CAPÍTULO

SEGUNDO CAPÍTULO

que trata de una cita, llena de consecuencias

Aunque me dediquen mis colegas
burlas escritas y orales,
soy un burgués, como es notorio,
y demócrata, por tanto.

A. PUSHKIN

LA CRÓNICA DE SUCESOS

Nuestros ciudadanos no leen la «Crónica de sucesos» de los periódicos; en octubre del año mil novecientos cinco los respetables ciudadanos probablemente leían los editoriales de *El Camarada*, siempre que no estuvieran suscritos a los periódicos de reciente aparición.

Todos los demás habitantes genuinamente rusos se volcaban en la lectura del *Diario de Sucesos*; también me volcaba yo; con la lectura del *Diario* estoy muy bien informado; ¿acaso alguien leía las noticias de robos, de brujas y de duendes? Leían los artículos de fondo. La noticia que aquí se expone no la recordará nadie.

Aquí están los recortes de prensa de aquella época (el autor se mantendrá callado): además de las noticias sobre atracos, violaciones, robo de brillantes, la desaparición, en una pequeña ciudad de provincia, de un literato con brillantes valorados en una suma considerable, tenemos informaciones de auténtica fantasía, que harían perder el seso hasta a los lectores de Conan Doyle.

EL DIARIO DE SUCESOS

Primero de octubre. «Basándonos en el relato de la practicante N. N., damos noticia de un misterioso acontecimiento; la noche del primero de octubre, N. N. pasaba cerca del puente de Chernyshov. Allí, en las proximidades del puente, contempló un extraño espectáculo: sobre el canal, cerca del puente, se agitaba un dominó rojo; el rostro del dominó iba cubierto con una careta negra.»

Dos de octubre. «Basándonos en el relato de la maestra de escuela M. M., informamos al respetable público de un misterioso acontecimiento; la maestra M. M. impartía sus clases diurnas; las ventanas de la escuela daban a la calle; la maestra, junto con los pequeños revoltosos, se acercó a la ventana; ¡es tan fácil imaginarse el desconcierto de la clase y de su pedagoga, cuando un dominó rojo, rodeado del polvo que él mismo levantaba, asomó por la ventana su cara cubierta con una careta negra! En la escuela de O. O. las clases fueron suspendidas...»

Tres de octubre. «En una sesión de espiritismo en casa de la baronesa de R. R., los espíritus congregados formaron una cadena: en el centro de la cadena fue descubierto un dominó rojo, que con los pliegues de su mano rozó la punta de la nariz del consejero S. Un médico del hospital de G-us detectó en la nariz de S. una quemadura: se especula con que la punta de la nariz podría quedar cubierta de manchas violáceas.»

Finalmente: *Cuatro de octubre.* «Los habitantes de la barriada de I. emprendieron la huida al aparecer un dominó rojo: se recogen firmas de protesta; ha sido llamada una centuria de cosacos.»

¿Quiénes son N. N., quién es M. M., responsable de clase, R. R., etc.?

¿Qué es un corresponsal de prensa? Es el colaborador de un periódico; como colaborador de un periódico (la sexta potencia del mundo) cobra por línea cinco, siete, diez, quince o veinte kopeks.

Tales son las propiedades venerables de los colaboradores de la prensa de derechas, del centro, de los moderadamente liberales y de los revolucionarios; y se descubre la clave de la verdad sobre el año mil novecientos cinco, la verdad sobre lo que el *Diario de Sucesos* publicó bajo el título de «El dominó rojo». Eso es lo que ocurrió: el colaborador de un prestigioso diario se valió de un hecho relatado en una casa particular por la dueña; así pues, la responsabilidad no es del honorable colaborador, que cobra a tanto la línea; así pues, la responsabilidad es de la señora...

¿Qué señora?

Una señora.

Esa señora, en una ocasión, contó entre risas que acababa de tropezar en el portal oscuro con un dominó rojo; la confesión de la dama llegó al *Diario de Sucesos*; una vez en el *Diario de Sucesos*, se fraccionó rápidamente en una serie de acontecimientos que no habían tenido lugar. ¿Qué ocurrió?

SOFÍA PETROVNA LIJÚTINA

Sofía Petrovna Lijútina se caracterizaba por su exuberante cabellera, y era extraordinariamente plástica: si Sofía Petrovna Lijútina se soltara su cabellera negra, el pelo le cubriría toda la espalda y le llegaría hasta la pantorrilla; francamente, ella no sabía qué hacer con ese pelo, tan negro, que probablemente... debido al pelo, o a su negrura, sobre el labio de Sofía Petrovna apuntaba un bozo, que le amenazaba con un bigotito a la vejez; su tez era algo extraordinario; era de un color auténticamente perlado, con un matiz de un blanco rosáceo como los delicados pétalos del manzano; cuando algo turbaba a la pudorosa Sofía Petrovna, ella se ponía colorada.

Los ojitos de Sofía Petrovna no eran ojitos, sino ojos: unos ojazos de un color azul oscuro (dejémoslos en ojos). Esos ojos ora brillaban, ora se opacaban, ora daban la impresión de torpeza, de estar desteñidos, empotrados en las cuencas hundidas, de un tétrico azul: bizqueaban; sus labios rojísimos eran unos labios demasiado grandes,

pero... los dientes (¡qué dientes!): eran ¡dientes de perlas! Además, aquella risa infantil... Aquella risa confería a los labios abultados un encanto especial; y no hablemos ya del talle, muy flexible: todos los movimientos del talle y de la nerviosa espalda eran unas veces impetuosos, otras indolentes.

Llevaba un vestido negro con cremallera en la espalda, ajustado a sus generosas formas; digo *generosas formas*, lo cual evidencia un agotamiento de mi vocabulario; y la banal expresión «generosas formas» encierra una amenaza para Sofía Petrovna: la gordura prematura a los treinta años. Sofía Petrovna Lijútina tenía veintidós.

¡Ay, Sofía Petrovna!

Vivía en un apartamento en la Moika; de las paredes descendían cascadas de inquietos y deslumbrantes colores: de un rojo encendido allí; subcelestes aquí. En las paredes, abanicos japoneses, encajes y perifollos, lacitos, y en las lámparas unas pantallas de raso desplegaban sus alas de papel, como mariposas de países tropicales (los oficiales conocidos la llamaban siempre ángel Peri, mezclando descuidadamente los dos conceptos: el de *Angel* y el de *Peri*).

Sofía Petrovna Lijútina había colgado paisajitos japoneses que ofrecían vistas del monte Fujiyama: todos hasta el último; los paisajitos carecían de perspectiva; y en las habitaciones atiborradas de divanes, butacas, canapés, abanicos, crisantemos japoneses vivos, tampoco había perspectiva: la perspectiva era el lecho de raso, del cual surgía Sofía Petrovna, y la cortina susurrante de bambú que caía de la puerta, y tras la cual aparecía Sofía Petrovna; o el Fujiyama, como telón de fondo para su maravilloso pelo. Cabe señalar: por la mañana, cuando Sofía Petrovna Lijútina cruzaba envuelta en su *quimono* rosa de la puerta hacia la alcoba, era la encarnación de una auténtica japonesita. Pero faltaba la perspectiva.

Las habitaciones eran pequeñas: cada una estaba ocupada por un objeto enorme; la bañera en el minúsculo baño; en el salón, el lecho azulado; la mesa con el bar en el comedor; en la habitación del marido el objeto era, por supuesto, el marido.

En tales condiciones, ¿cómo iba a haber perspectiva?

Las seis minúsculas habitaciones se calentaban por calefacción central, con lo que en el piso te asfixiaba el calor seco; los cristales de las ventanas se empañaban; de sudor; sudaba el visitante; sudaba el servicio, y el marido; la propia Sofía Petrovna Lijútina transpiraba una especie de tibio rocío de crisantemo; ¿cómo iba a haber perspectiva?

En fin: que no la había.

LOS VISITANTES DE SOFÍA PETROVNA

El visitante del invernáculo, del *ángel Peri*, obligado a suministrar los crisantemos, elogiaba los paisajes japoneses, agregando sus juicios sobre la pintura; frunciendo las cejitas negras, el ángel Peri soltaba: «El paisaje pertenece a la pluma de *Hadusai*» (quería decir Hokusai); decididamente, el encantador angelito se hacía

un lío con los nombres propios; con las palabras. Si el visitante era pintor, en estos casos siempre se sentía ofendido; en lo sucesivo dejaba de obsequiar al ángel Peri con charlas sobre pintura: mientras, este ángel, con sus últimos dineros, compraba paisajes; y se pasaba mucho tiempo extasiado contemplándolos.

Sofía Petrovna no entretenía al visitante con nada: si éste era un galanteador mundano, ella celebraba con carcajadas todas las palabras dichas en broma, las dichas no en broma y las dichas en serio: carcajeaba por todo; y se encendía con la risa; y brotaba el sudor en su diminuta naricita; el joven se tornaba arrebolado; y se cubría de sudor: el joven se asombraba de sus carcajadas jóvenes, espontáneas; y al asombrarse, clasificaba a Lijútina como perteneciente al *demimonde*; mientras, aparecía una hucha petitoria que llevaba esta inscripción: «*Recaudación benéfica*», y Sofía Petrovna Lijútina, el ángel Peri, exclamaba: «Ha vuelto a decirme una *fuca*, pague.» (Sofía Petrovna había establecido un impuesto benéfico por cada *fuca* frívola: ella daba el nombre de *fuca* a cada tontería dicha intencionadamente, derivándola de la interjección «fu».) Y el barón Ommau-Ommergau, el coracero amarillo de Su Majestad, y el conde Awen, coracero azul, y el húsar imperial Shpóryshev y Werhefden, funcionario para asuntos especiales en el departamento de Ableújov (jóvenes de sociedad) decían una *fuca* tras otra e introducían en la hucha de hojalata una moneda tras otra.

Cuando el visitante de Sofía Petrovna era músico, crítico musical o simple aficionado, Sofía Petrovna le revelaba que sus ídolos eran la *Duncán* y el *Nikísch*; expresando su admiración más con aspavientos que con palabras, declaraba que iba a estudiar meloplástica para interpretar la danza del vuelo de las Walkyrias en el Bayreuth; y el músico, el crítico musical o el simple aficionado, traumatizado por la deficiente pronunciación de los nombres, llegaba a la conclusión de que Sofía Petrovna Lijútina era una frívola y adoptaba un tono más coquetón. Sofía Petrovna Lijútina no se perdía una sola ópera de moda; los músicos que tocaban para la sociedad mundana no frecuentaban el invernáculo; formaban su tertulia el conde Awen, el barón Ommau-Ommergau, Shpóryshev y Werhefden; con ellos fue un tiempo asiduo un estudiante, Nikolenka Ableújov. Y un buen día desapareció.

Los visitantes de Sofía Petrovna, naturalmente, se dividían en dos categorías: los visitantes mundanos y los *visitantes por así decir*. Estos, por así decir, visitantes, eran bienvenidos... como descargo para aliviar el alma; los visitantes no se afanaban por ser aceptados en el invernáculo; los traía a la fuerza el ángel; y les devolvía la visita; en presencia de ellos el ángel Peri permanecía sentado con los labios bien cerrados: no carcajeaba, no se encaprichaba, no coqueteaba, era tímido y mudo; mientras, los *visitantes por así decir* no cesaban de discutir; y se oía: «La revolución-evolución.» Y vuelta otra vez: «La evolución social.» El ángel Peri siempre confundía lo uno con lo otro.

UN OFICIAL: SERGUEI SERGUÉEVICH LIJUTIN

Entre la juventud estudiantil era asiduo de los Lijutin un personaje lúcido: una estudiante, Varvara Evgráfovna.

Influida por el personaje lúcido, asómbrense ustedes, el ángel honró con su presencia un mitin. Influida por él, el ángel sacó la hucha de bronce con la vaga inscripción de «Recaudación benéfica». Naturalmente, la hucha era para los visitantes; los personajes incluidos en la categoría de *visitantes por así decir* quedaban libres de impuestos; pagaban prenda: el conde Awen, el barón Ommau-Ommergau, Shpóryshev y Werhefden. Influida por el personaje lúcido, el ángel Peri empollaba el «Manifiesto» de Carlos Marx; por aquellas fechas a casa del ángel acudía diariamente Nikólenka Ableújov, que podía ser presentado sin riesgo tanto a Varvara Evgráfovna (enamorada de Nikólenka) como al coracero amarillo de Su Majestad.

Desde que Nikólenka cesó sus visitas, aquel ángel, a ocultas de los *visitantes*, se pasó de pronto al espiritismo; sobre la mesa de Sofía Petrovna ahora se exhibía un librito lujosamente encuadernado, titulado *El hombre y sus cuerpos*, de la señora Henri Bezançon (Sofía Petrovna seguía equivocándose).

Sofía Petrovna ocultó del barón Ommau-Ommergau y de Varvara Evgráfovna su nueva afición; pese a su minúscula frente, el ángel era reservado hasta extremos insospechables: Varvara Evgráfovna nunca coincidió con el conde Awen; sólo en una ocasión ella por casualidad vio en el vestíbulo una gorra de húsar imperial con plumero.

Había otro visitante de Lijútina, un oficial: Serguei Serguéevich Lijutin; rigurosamente hablando, se trataba de su marido; él era jefe de algo relacionado con víveres; salía de casa muy de mañana; volvía pasada la medianoche; saludaba con sencillez a los visitantes, para quedar bien decía tímidamente una *fuca*, introducía la moneda (si estaban presentes el conde Awen u Ommau-Ommergau), o asentía modestamente con la cabeza a las palabras de *Revolución-evolución*; se tomaba una taza de té, y pasaba a su pequeña habitación; los jóvenes mundanos le llamaban *soldadete*, y los jóvenes estudiantes, *espadón*. Serguei Serguéevich Lijutin también habría preferido prescindir de las *fuca*s y de las palabras *Revolución-evolución*; no le habría disgustado acudir a las reuniones de espiritismo de la baronesa; pero no imponía sus gustos recurriendo a los derechos conyugales; no era precisamente un déspota para Sofía Petrovna; se había casado con ella hacía dos años y medio contra la voluntad de sus padres, acaudalados latifundistas; por ello fue maldecido por el padre y privado de la herencia.

Había otro visitante, el pequeñorruso Prilippánchenko, o simplemente Lippánchenko; éste era voluptuoso, no llamaba a Sofía Petrovna ángel, sino... pichona; Lippánchenko se mantenía dentro de los marcos del buen tono; por eso tenía entrada en esa casa.

El buenazo del marido, Serguei Serguéevich Lijutin, teniente del regimiento de Su Majestad el Rey de Siam, era benevolente con los revolucionarios conocidos de su entrañable cónyuge; con los representantes del círculo mundano no era más que indulgente; al pequeñoruso Lippánchenko sólo le soportaba: este astuto ucraniano más bien parecía un cruce de ucraniana con mongol, aunque se consideraba ruso puro; llevaba Lippánchenko una corbata roja prendida con un falso brillante, y se teñía descaradamente el pelo de color castaño; de sí mismo Lippánchenko decía que se dedicaba a la exportación de cerdos rusos.

Como fuere, Lippánchenko no gozaba de las simpatías del teniente Lijutin (de Lippánchenko se rumoreaban cosas tenebrosas). Mas sería ocioso preguntar a quién no quería el teniente Lijutin: el teniente Lijutin, indudablemente, quería a todo el mundo: muy especialmente Lijutin simpatizó un tiempo con Nikolai Apolónovich Ableújov: ambos se conocían de la adolescencia: Nikolai Apolónovich fue padrino en la boda de Lijutin y visitante diario del apartamento en la Moika; ahora había desaparecido sin dejar huellas.

De todo ello la culpa no era de Serguei Serguéevich.

EL GALLARDO PADRINO

Ya el primer día de la boda, cuando Nikolai Apolónovich mantenía sobre Serguei Serguéevich la solemne corona, Sofía Petrovna Lijútina se sintió atraída por el padrino apuesto y guapo, por el color de sus ojos, por la blancura de su tez y de su pelo; entonces los ojos de él no miraban, como con frecuencia posteriormente, tras los cristales de las lentes, y la cara reposaba sobre un cuello dorado de estudiante (no todos podían ofrecer algo semejante); y... Nikolai Apolónovich se hizo visitante asiduo: primero venía una vez cada dos semanas, después una vez a la semana y, finalmente, no faltaba un solo día; pronto Sofía Petrovna descubrió que la cara de Nikolai Apolónovich se había convertido en una máscara: su absurdo frotarse las manos sudosas y su sonrisa de rana, ay, le hicieron a ella olvidar cómo había sido su cara. Cuando Sofía Petrovna hizo tal descubrimiento, comprendió que estaba enamorada de aquella cara, de aquella, no de ésta; inconscientemente ella intentó ver más allá de la boca de rana, para recobrar el sentimiento perdido de enamoramiento: y hacía sufrir a Ableújov; con todo, y sin confesárselo a sí misma, no le perdía de vista, se interesaba por sus aspiraciones y gustos, con la esperanza de recobrar a través de ellos lo perdido; y se volvió extravagante: primero apareció en escena la meloplástica, después el coracero; surgió Varvara Evgráfovna con la hucha para el cobro de fucas.

Desde entonces Serguei Serguéevich Lijutin pasó a la categoría de visitante del apartamento de la Moika: se dedicó a administrar no sé qué víveres; salía de casa de mañana y retornaba cerca de la medianoche.

Sofía Petrovna no soportó la libertad: era corta de entendimiento; pero junto con

el corto entendimiento en ella se ocultaban pasiones; era una dama; y en las damas no procede provocar el caos; en la dama se oculta una delincuente: pero si se llegara a consumir el delito, en el alma de la dama no quedaría nada más que santidad.

Pronto demostraremos al lector, sin dejarle lugar a dudas, que Nikolai Apolónovich tenía el alma dividida en dos mitades; la dualidad es una propiedad de la mujer: la dualidad no es un atributo masculino, sino femenino; verdaderamente: el símbolo del hombre es la unidad. Sólo así se produce la trinidad, sin la cual ¿acaso es posible el hogar doméstico?

Si Serguei Serguéevich Lijutin y Nikolai Apolónovich fueran auténticas unidades, y no dualidades, la triplicidad se habría producido; Sofía Petrovna habría encontrado la armonía en la alianza con el hombre; el gramófono, la meloplástica, Henri Bezaçon y Lippánchenko se habrían ido al cuerno. Pero no existía un Ableújov único. Por eso ocurrió todo.

¿Qué ocurrió?

EL PAYASO ROJO

Hablando con propiedad, los últimos meses Sofía Petrovna mantenía una actitud provocadora: frente a la bocina del gramófono, que vomitaba «La muerte de Sígfrido», ensayaba movimientos corporales, levantando su falda crujiente poco menos que hasta las rodillas y su pierna en más de una ocasión rozó a Ableújov. Por eso no era para asombrar: este último ardía en deseos de abrazar al ángel, pero éste se escabullía, tratando fríamente a su adorador: y volvía a las andadas; una vez Nikolai Apolónovich no pudo contenerse: se le subió la pasión a la cabeza (Nikolai Apolónovich la dejó caer en el sofá)... y ella mordió, hasta hacerlos sangrar, los labios que la buscaban; cuando el dolor obligó a Nikolai Apolónovich a bajar la guardia, una sonora bofetada retumbó en la habitación japonesa.

—Hu-u... Oh... Horripilante, oh... renacuajo... Oh, payaso rojo.

Nikolai Apolónovich respondió tranquilo:

—Muñeca japonesa...

Se incorporó lleno de dignidad: su rostro adquirió la expresión ya lejana, que ella había captado en una ocasión y por la cual ella le amó; cuando él se fue, ella cayó al suelo, arañando y mordiendo la alfombra; de pronto se incorporó, y extendió los brazos hacia la puerta:

—¡Vuelve!

En respuesta la puerta golpeó: Nikolai Apolónovich corría hacia el Puente de Petersburgo; ante el puente tomó una decisión fatal (la de, después de cumplir cierta misión, poner fin a su vida). La expresión «Payaso Rojo» le había dolido muchísimo.

Sofía Petrovna Lijútina no volvió a verle más: en señal de protesta contra las aficiones de Ableújov por la *Revolución-evolución* el ángel Peri se fue apartando de los jóvenes estudiantes; Varvara Evgráfovna frecuentaba menos la casa; y otra vez se

hicieron asiduos: el conde Awen, Ommau-Ommergau, Shpóryshev, Werhefden y hasta... Lippánchenko: éste más que los otros. Ella reía sin tregua con el conde Awen, con Ommau-Ommergau, con Shpóryshev, con Werhefden y... hasta con Lippánchenko; y de pronto preguntaba desafiante:

—Soy una muñeca ¿verdad?

Y ellos le respondían con fucas. Y Lippánchenko le dijo: «Usted es una pichona, una pimpona, una monona». Le trajo de regalo una muñeca de tez amarilla, un bi-ba-bo.

Cuando ella se lo dijo al marido, nada le respondió el marido; él era jefe de algo relacionado con víveres; se retiró, como si fuera a dormir; y se puso a escribir una carta a Nikolai Apolónovich: él, Serguei Serguéevich, teniente del regimiento de Su Majestad el Rey de Siam, ruega encarecidamente (subrayó la palabra «encarecidamente») que deje su casa; no alteró su comportamiento en lo más mínimo: seguía saliendo muy de mañana; regresaba a medianoche; decía para quedar bien una *fuca* si veía al barón Ommau-Ommergau, se enfurruñaba un tanto si veía a Lippánchenko, asentía apacible a las palabras de *evolución-revolución*, se tomaba una taza de té y desaparecía sin hacer ruido.

Era alto, de barba rubia, tenía nariz, boca, pelo, orejas y ojos; lamentablemente, llevaba gafas azules oscuras y nadie sabía el color de sus ojos; ni la maravillosa expresión de sus ojos.

ES UNA CANALLADA, UNA CANALLADA, UNA CANALLADA

En estos gélidos primeros días de octubre Sofía Petrovna sentía una emoción poco común; cuando se quedaba a solas arrugaba la frentita y se sonrojaba; se acercaba a la ventana, para limpiar el cristal empañado con el pañuelo de batista, finísimo, transparente; el cristal comenzaba a gruñir; se abría la vista al Canal con un señor de sombrero de copa: nada más; desilusionada en sus presentimientos, el ángel Peri comenzaba a deshilar con los diente-cillos el pañuelo húmedo, corría a ponerse su abrigo de felpa y el gorro para, con la nariz cobijada en el manguito, deambular de la Moika al malecón; en una ocasión hasta entró en el circo de Ciniselli, vio al portento de la naturaleza: a la mujer barbuda; pero las más de las veces se metía en la cocina, a chismear con la joven doncella Mávrushka, una niña con delantal y cofia. En esos instantes sus ojos bizqueaban de exaltación.

En una ocasión, en presencia de Lippánchenko, con una carcajada cogió un alfiler del sombrero y se lo clavó en el meñique.

—Fíjese: no me duele; soy... una muñeca.

Lippánchenko no comprendió nada: repuso:

—Usted no es una muñeca: es una pichona.

Lo expulsó enfadada. Lippánchenko agarró el gorro con orejeras y se fue.

Ella anduvo de un sitio para otro del invernáculo, limpiando cristales; aparecía el

canal y un coche que pasaba ante la casa: nada más.

¿Qué más quería?

Unos días antes regresaba Sofía Petrovna Lijútina de casa de la baronesa R. R.: en casa de la baronesa R. R. se registraron golpes; y brincó la mesa: nada más; pero los nervios de Sofía Petrovna se tensaron naturalmente (después de la reunión estuvo deambulando por las calles); el portal de su casa no se alumbraba; dentro del portal advirtió claramente que la miraba, como una mancha negra, una máscara; bajo la máscara se notaba algo rojo, y Sofía Petrovna tiró de la campanilla; se abrió la puerta y un chorro de luz cayó en la escalera; Návrushka dio un grito y palmeó: Sofía Petrovna entró apresuradamente en el apartamento. Mávrushka había descubierto: a espaldas de la señora un dominó rojo estiró hacia adelante su careta negra con una barba de encaje, naturalmente, también negra; menos mal que ella no volvió la cabeza; el dominó rojo tendió a Mávrushka su sanguinolenta manga, de la cual asomaba una tarjeta de visita, que en lugar del escudo de nobleza llevaba una calavera con las tibias; y esta nota: «Le espero en el baile de máscaras tal día».

Sofía Petrovna se pasó toda la noche excitadísima. ¿Quién era el dominó rojo? ¿Quién iba a ser? El, Nikolai Apolónovich: ¿acaso ella no le había motejado con ese nombre?... Pues ahí estaba el payaso rojo. En tal caso ¿cómo calificar semejante comportamiento con una mujer indefensa?

Era una canallada, una canallada, una canallada.

Que regresara pronto el marido: él ajustaría las cuentas al descarado; se ruborizaba, bizqueaba, mordía el pañuelo; y se cubría de sudor. ¡Por qué no viene nadie!

Pero no venía nadie.

¿Y si, de pronto, no fuera él? Notó claramente que se disgustaba: se resistía a renunciar a la convicción de que el payaso era él; estos pensamientos le proporcionaban una sensación dulce ya experimentada; probablemente pretendía que él se revelara como un canalla redomado.

No, no era él: ¡él no era un canalla, no era un niño!... ¿Y si fuera un payaso rojo auténtico? Ella no habría podido explicar eso del payaso rojo auténtico: no obstante...

Dijo a Mávrushka que se callara: y asistió al baile de máscaras; en secreto.

Serguei Serguéevich Lijutin le tenía terminantemente prohibido asistir a los bailes de máscaras.

Tímido, sí, mucho... pero hasta un punto, mientras no estuviera empeñado su honor de oficial. Bastábale decir: «Doy mi palabra de oficial que eso se hará, pero eso otro, no». Y no había quien le moviera: ¡qué hombre más inexorable y cruel! Se subía las gafas a la frente y se volvía seco y antipático, como tallado de ciprés blanco; y descargaba el puño de ciprés; el ángel Peri huía aterrada de la habitación del marido; con la naricita arrugada y derramando lágrimas.

Entre los visitantes de Sofía Petrovna que parlaban de la *revolución-evolución*

había un honorable colaborador de prensa: se apellidaba Neintelfain; Sofía Petrovna le tenía un enorme respeto; y con él se franqueó; él fue quien la llevó al baile de máscaras, donde arlequines, españolas, mujeres orientales hacían brillar sus ojos bajo antifaces de terciopelo: de la mano de Neintelfain, honorable colaborador de prensa, ella recorrió las salas con discreción; un dominó rojo iba de aquí para allá, buscaba a alguien, estiraba su máscara negra, bajo la cual se agitaba una tupida barba de encaje.

Fue entonces cuando Lijútina contó al honorable Neintelfain lo ocurrido, ocultando, claro está, la trama: ¡El era un honorable colaborador de prensa! Desde entonces no había día sin información en el *Diario de sucesos*.

El dominó era tema de opiniones y de discusiones; unos veían en ello el terrorismo revolucionario; otros callaban y se encogían de hombros.

También en el invernáculo de los Lijutin se habló de la aparición del dominó: el conde Awen, Ommau-Ommergau, el húsar imperial Shpóryshev; y con tal motivo soltaban sus fucas; el astuto pequeñorruso reía con una mueca. Sí, sí: Neintelfain se había portado como un cerdo, pero Neintelfain no se dejaba ver: seguía fabricando asiduamente sus crónicas periodísticas; y el disparate se prolongaba.

UNA CARA TOTALMENTE TABACOSA

Nikolai Apolónovich se hallaba sobre la balaustrada de la escalera en una bata de colorines; lanzaba en todas las direcciones destellos tornasolados, contrastando con la columna y el pedestal de alabastro, desde el cual la blanca Niobe elevaba al cielo sus ojos alabastrinos.

Se dobló sobre la balaustrada, gritó algo hacia el portal; al grito respondió el silencio: y después una voz en falsete en tono de protesta:

—Nikolai Apolónovich, usted me ha confundido con otro...

Nikolai Apolónovich asomó los dientes al esbozar una sonrisa desagradable:

—¿Es usted, Aleksandr Ivánovich?

Y agregó, hipócritamente:

—Sin gafas, no le reconocí...

Imponiéndose a la presencia del desconocido, desde la balaustrada hacia abajo, asentía con la cabeza:

—Perdóneme, pero acabo de levantarme: estoy en bata (nosotros agregaremos que últimamente Nikolai Apolónovich trasnochaba).

El desconocido del bigotito negro proyectado sobre el ornamento de armas antiguas ofrecía una triste imagen; no obstante, seguía tranquilizando a Ableújov: o se estaba mofando, o era un simplón:

—Eso no significa nada en absoluto, que usted... — qué más da: usted no es una señorita, ni yo tampoco.

No había nada que hacer. Procurando dominar la impresión desagradable Nikolai

Apolónovich se disponía a bajar, pero se le cayó muy inoportunamente la babucha; y el pie descalzo se agitó bajo la bata; Nikolai Apolónovich tropezó; creyendo que Nikolai Apolónovich en un arrebato de cortesía se disponía a bajar, el desconocido se lanzó escaleras arriba, imprimiendo unas huellas húmedas en los escalones; a medio camino, entre el portal y el descansillo, se detuvo desconcertado y sonrió turbado.

Con un desparpajo rayano en la desesperación se quitó el gabancete y apareció con un traje gris a cuadros, apolillado: al ver que el imponente lacayo estiraba la mano para apoderarse del hatillo mojado, mi desconocido se sonrojó:

—No: *esto me lo llevo conmigo...*

El desconocido lanzaba miradas asombradas, fugaces, a la perspectiva de habitaciones, mientras Nikolai Apolónovich, recogiendo los bajos de la bata, desfilaba delante del desconocido; ambos encontraban fastidiosa la marcha entre las perspectivas refulgentes: Nikolai Apolónovich sentía alivio dando la espalda tornasolada, no la cara; la sonrisa había desaparecido de sus labios dilatados; Nikolai Apolónovich sentía miedo; pensaba: «Si se tratara de una colecta con fines caritativos: un obrero inválido, compra de armas...» en lo más íntimo de su alma una voz protestaba: no, no.

Al llegar a la puerta Nikolai Apolónovich giró rápidamente; resbaló una sonrisa; se interrogaron mutuamente con una mirada expectante.

—Adelante...

—No, no, usted primero...

El recibidor de Nikolai Apolónovich contrastaba con su estudio, abigarrado como... como la bata de Bujará, que se repetía en todos los objetos de la habitación: en el bajo diván, semejante a un lecho oriental, en el escabel de un marrón oscuro, incrustado de marfil y de nácar, y en el escudo africano de sólido cuero, colgado de la pared, y en las flechas herrumbrosas sudanesas con recias empuñaduras, en la piel de un abigarrado leopardo con las fauces abiertas; sobre el escabel había un aparato azul oscuro para el kalián; y el tripoidal narguile con la media luna; pero lo más asombroso era la abigarrada jaula, en la que se agitaban unos periquitos verdes.

Nikolai Apolónovich arrimó el abigarrado escabel. El desconocido se instaló en un extremo del asiento y sacó una pitillera.

—¿Me permite?

—Por favor.

—Usted no...

—No, no tengo ese...

Para agregar inmediatamente:

—Aunque, cuando otro fuma, entonces...

—¿Abre usted el ventano?

—Ah, eso no: me gusta el olor del humo.

—Nikolai Apolónovich, no haga defensa del tabaco: se lo digo por experiencia...

El humo penetra la sustancia gris... los hemisferios se embotan.

De pronto el desconocido comenzó contrariado a mesarse el bigotito.

—Fíjese en mi cara.

Nikolai Apolónovich aproximó los párpados pestañeantes a la cara.

—¿Se da cuenta?

—Sí...

—Una cara totalmente tabacosa —cortó el desconocido—, la cara de un fumador.

Nikolai Apolónovich notó cómo se le embotaban los hemisferios y cómo la desidia penetraba en su organismo, pero ahora más que los efectos del humo del tabaco, le preocupaba cómo salir con dignidad de la delicada situación si el desconocido...

La angustia no tenía nada que ver con el cigarrillo barato, sino con el estado de depresión del dueño. Nikolai Apolónovich esperaba que el visitante cortara la insulsa conversación, que no servía más que para hacer más angustioso el desenlace; ah, a propósito, cortaría el otro la conversación para recordarle que Nikolai Apolónovich en cierta ocasión había...

En una palabra, había hecho una promesa, que estaba dispuesto a cumplir obligado no sólo por el honor; había hecho la promesa en un instante de desesperación, obligado por una desventura; la desventura había desaparecido. Era lógico esperar que la promesa quedara sin efecto; pero resultaba que la promesa se mantenía en pie, entre otras razones, porque Nikolai Apolónovich no la había retirado: la tenía olvidada por completo; pero ella, la promesa, conservaba su vigencia; aunque el propio Nikolai Apolónovich considerara que la promesa no era más que una broma.

La aparición del desconocido llenó a Nikolai Apolónovich de profundo pavor. Nikolai Apolónovich recordó las dolorosas circunstancias: todos los detalles de las circunstancias en que había contraído la terrible promesa; y las encontró horrendas.

¿Por qué?... no por qué hizo la promesa, sino ¿por qué se comprometió con un Partido frívolo?

Nikolai Apolónovich investigaba la metodología de los fenómenos sociales.

Ahora empalideció, se tornó verde; este último matiz lo había provocado la atmósfera de la habitación.

—Verá usted, Nikolai Apolónovich (Nikolai Apolónovich se estremeció de pavor)... en realidad lo que importa no es el tabaco... lo del tabaco es un decir...

—El tabaco allá él, yo me refiero al *asunto*...

—Yo ni siquiera hablo del asunto: se trata de un favor...

Nikolai Apolónovich se tornó más azul aún; comenzó a forcejear con un botón del diván; a pellizcar la crin de relleno.

—Me es violento, pero recordando...

Al oír cómo la voz de falsete pronunciaba el «recordando», Nikolai Apolónovich exclamó:

—¿Mi ofrecimiento?...

Pero se rehízo y sólo observó:

—Estoy a su disposición —dijo, mientras pensaba que su cortesía le había perdido...

—Perdón... el cenicero...

LAS PELEAS CALLEJERAS SE HACÍAN MÁS FRECUENTES

Eran días nubosos, extraños: con pisadas de escarcha pasaba el malsano octubre; en el sur colgaban aguanosas nieblas; octubre barrisqueaba el dorado susurro del bosque; y se tendía sumisa a los pies la grana rumorosa del chopo; se enrollaba y perseguía en torno a los pies; y murmulaba, trenzando con las hojas placeres rojiamarillos; pero la apacible pajarería, que en septiembre se zambulle en el oleaje de las hojas ya no se bañaba; solo y huérfano el herrerillo brincaba entre los ramajes negruzcos que durante todo el otoño silban sin cesar en los bosques, en los huertos y en los parques.

El cierzo helado ya avanzaba sobre nosotros con sus nubes plumizas: pero todos creían en la primavera: de primavera hablaba un popular ministro.

Los labradores ya no arañaban su tierra; abandonaban las gradas, los arados, y formaban corrillos ante las isbas; hablaban y discutían y después en muchedumbre compacta llegaban hasta la casa porticada del señor; en las largas noches perduraba el sanguinolento arrebol de los incendios campesinos.

¡Sí! Eso pasaba en los pueblos.

Eso mismo pasaba en las ciudades. En los talleres, en las imprentas, en las barberías, en las lecherías, en los bares, no cesaba de deambular un sujeto, elocuente; con la peluda gorra calada, llegado de los campos de la Manchuria ensangrentada; llevaba un browning agenciado en alguna parte en el bolsillo del pantalón, y ofrecía con insistencia una octavilla mal impresa.

Todos temían algo y esperaban algo; salían a la calle, se congregaban en muchedumbre; y volvían a disolverse; en Arjanguelsk, en Nizhne-Kolimsk, en Sarátov, en Petersburgo, en Moscú: todos obraban igual; todos temían algo y todos esperaban algo, salían a la calle; se congregaban en muchedumbre y volvían a disolverse.

Petersburgo está circundado por un anillo de fábricas de múltiples chimeneas.

Todas las mañanas un enjambre multitudinario se dirige hacia ellas: y los arrabales son un hervidero. Entonces todas las fábricas estaban muy agitadas: los obreros se habían vuelto elocuentes; entre ellos circulaba el browning; y alguna otra cosa.

El bullicio que abrazó en anillo a Petersburgo, penetraba hasta el mismo centro de la ciudad; primero invadió las islas, pasó a esta orilla de los puentes Litéini y Nikoláevski; en la avenida Nevski circulaba el ciempiés humano; pero la

composición del ciempiés cambiaba; el observador ya detectaba la aparición de la peluda gorra llegada de los campos ensangrentados de Manchuria; bajó mucho el porcentaje de los sombreros de copa; surgieron ya los gritos impacientes de los muchachos subversivos, que como alma que lleva el diablo, corrían entre la estación y el Almirantazgo pregonando las revistuchas.

Eran días brumosos, extraños: transcurría el malsano octubre; trombas grises de polvo recorrían las calles; susurrante la grana se tendía sumisa a los pies, murmurando y trenzando con hojas placeres de palabras rojas y amarillas.

Así eran los días. De noche ¿llegaste hasta los descampados de los arrabales para escuchar esa nota prolongada y penetrante en «u»? Uuuu-uuuu-uuu: así sonaba en el espacio; pero ¿era un sonido? Un sonido que expresaba un sentido desconocido hasta entonces; y alcanzaba una enorme fuerza y claridad excepcional; «uuuu-uuuu-uuu» se escuchaba a media voz en los campos de las cercanías de Moscú, de Petersburgo, de Sarátov: pero las sirenas de las fábricas no sonaban; no soplabla el viento; y los perros callaban.

¿Oíste tú esa canción de octubre: en mil novecientos cinco?

ME LLAMA MI DELVIG ENTRAÑABLE

Al ir a apoyarse en el mármol del pasamanos, Apolón Apolónovich se enganchó con la punta de la bota en el capote: y dio un trapiés; acertó involuntariamente el paso; con toda naturalidad sus ojos se posaron en el enorme retrato del ministro.

Un hormigueo recorrió la espina dorsal de Apolón Apolónovich: tan mala era la calefacción.

El tenía miedo a los espacios.

El paisaje rural le llenaba de pánico: más allá de las nieves, de los hielos y de la línea dentada de los bosques se levantaba la ventisca; allí, estuvo a punto de morir congelado por una estúpida casualidad.

Desde entonces habían pasado cincuenta años.

Cuando estaba ya casi congelado unos dedos gélidos llegaron hasta su pecho y le frotaron con rudeza el corazón: y la mano gélida le llevó consigo; mientras iba subiendo los peldaños en su carrera, tenía ante los ojos el mismo espacio increíble; allí, de allí, le llamaba la mano gélida; pasaban las inmensidades: el Imperio Ruso.

Apolón Apolónovich Ableújov permaneció muchos años parapetado tras las murallas de la ciudad, odiando las huérfanas lejanías provincianas, el humo de las aldeas; y las cornejas; sólo en una ocasión se arriesgó a surcar esas lejanías en tren expreso: con una misión importante — de Petersburgo a Tokio.

De su estancia en Japón, Apolón Apolónovich Ableújov no comentó nada con nadie.

Decía al ministro:

—Rusia es una llanura helada; por ella vagan los lobos.

El ministro le observaba, acariciando con la mano blanca el mimado bigote cano; y callaba, y suspiraba; cuando terminara el servicio él se disponía...

Pero murió.

Y Apolón Apolónovich quedó completamente solo; corrían los siglos hacia atrás, hacia la inmensidad; ante él una mano gélida abría inmensidades.

Las inmensidades volaban al encuentro.

¡Rusia, Rusia!

¿Eres tú, la que ululas con tus vientos, ventiscas y nieves? Al senador se le antojó que una voz le llamaba desde un altozano; allí sólo los lobos hambrientos se reúnen en manada.

Indudablemente el senador había contraído el miedo a los espacios.

La enfermedad se agudizó: desde aquella trágica muerte; y la imagen del amigo le visitaba en las noches; en las noches le observaba con la mirada fija, mientras acariciaba con la mano el mimado bigote cano:

Ya no está, ya abandonó la Rusia
que él ensalzó...

Esos versos acudían a su memoria cuando él, Apolón Apolónovich, cruzaba aquella sala:

Y tras aquel fragmento recordaba este otro:

Y me parece que llegó mi turno...
Mi Delvig entrañable me reclama,
amigo de la infancia alegre,
amigo de la infancia triste,
amigo de los cantos jóvenes,
de juergas y de ideas puras,
allí, al concurso de sombras queridas,
acudió para siempre el genio.

Cuando recordaba estos versos aparecía decidido e impetuoso ante los solicitantes: a ofrecerles sus dedos.

PERO LA CONVERSACIÓN TUVO CONTINUACIÓN

El diálogo de Nikolai Apolónovich con el desconocido tuvo continuación.

—Traigo la misión —dijo el desconocido, aceptando de Nikolai Apolónovich el cenicero— de entregarle este hatillo, para que lo guarde.

—¡Sólo eso! —exclamó Nikolai Apolónovich sin dar aún crédito; su cara desarrolló una enérgica actividad; se incorporó rápidamente y se dirigió hacia el

hatillo; el desconocido se incorporó también; cuando la mano de Nikolai Apolónovich iba a alcanzar el hatillo, la mano del desconocido le sujetó los dedos sin contemplaciones:

—Le ruego encarecidamente, Nikolai Apolónovich, tenga más cuidado...

—Aah... claro... claro... —Nikolai Apolónovich no había oído nada: agarró el hatillo por el borde de la servilleta:

—Nikolai Apolónovich, le repito: más cuida-do...

Nikolai Apolónovich se asombró:

—¿Material de propaganda?...

—Hombre, no...

En ese instante se oyó un preciso sonido metálico: algo castañeoó; en el silencio se escuchó el chillido agudo de un ratón; rodó al suelo el escabel; los pasos del desconocido corrieron hacia un rincón:

—Nikolai Apolónovich, Nikolai Apolónovich —sonó su voz—, un ratón, un ratón... Pronto, un criado... eso... eso... quítelo: eso yo... no puedo...

—¿Tiene miedo a los ratones?...

Justo es reconocer que Nikolai Apolónovich, con la ratonera en la mano, ofrecía un aspecto ridículo; Nikolai Apolónovich observaba con suma atención al cautivo gris:

—Un ratoncito —puso los ojos en el lacayo que entraba; el lacayo repitió:

—Así es, señorito...

—Mira, mira cómo corre...

Ahora miró el desconocido.

—Un ratoncillo... —dijo Nikolai Apolónovich: Nikolai Apolónovich sentía cariño por los ratones.

Por fin Nikolai Apolónovich trasladó el hatillo a su habitación: se sorprendió, aunque sólo de pasada, que pesara tanto; al entrar en el estudio dio un traspiés al tropezar el pie en un pliegue de la alfombra abigarrada; se oyó un tintineo; el desconocido dio un brinco; a espaldas de Nikolai Apolónovich la mano del desconocido describió el zigzag que había asustado al senador.

Pero no pasó nada: y el desconocido se puso a hablar:

—Me mata la soledad: ya no sé ni expresarme; se me enredan las palabras.

Nikolai Apolónovich musitó:

—Eso, créame, nos pasa a todos.

Y tapó el hatillo con un retrato de medio cuerpo, el retrato de una mujer morena; Nikolai Apolónovich tapó con la *morena* el hatillo y quedó pensativo; una expresión de rana se dibujó en sus labios.

A su espalda sonó:

—Me hago un lío con cada frase; en lugar de una palabra digo otra distinta. De

pronto olvido cómo se llama el objeto más corriente; me pongo a repetir: lámpara, lámpara; hasta que de pronto se me antoja que esa palabra no existe. Y a veces no tengo a quién preguntárselo.

En cuanto al hatillo, si Nikolai Apolónovich hubiera prestado más atención a las palabras del visitante de que moviera con más cuidado el hatillo, tal vez habría comprendido que el inofensivo hatillo no era tan inofensivo; pero él, repito, estaba ocupado con el retrato.

—Cuesta mucho vivir en el vacío torricelliano...

—¿Torricelliano? —Nikolai Apolónovich no había prestado oído.

—Eso mismo: y esto por el bien de la sociedad; pero ¿qué sociedad es la mía? La sociedad de las cochinillas de humedad; huuuff... en mi cuarto aparecieron cochinillas...

El desconocido había entrado casualmente en el tema favorito; una vez dentro del tema favorito se olvidó del objeto de su visita, del hatillo húmedo y del número de cigarrillos consumidos: parlanchín por naturaleza y condenado al mutismo, a veces tenía necesidad de desahogarse con quien fuere: con el amigo, el enemigo, el portero, el municipal, un niño... el maniquí en la ventana de la barbería. De noche hablaba consigo mismo. Ahora, en el ambiente de la sala lujosa, sintió de pronto la necesidad de hablar.

—Se dice que yo no soy yo, que soy «nosotros». Perdón, ¿por qué? Pero la memoria me falla: la soledad me mata. ¡A veces hasta me enfado!

El desconocido cortó su parlamento. Nikolai Apolónovich apartó la mesa, se volvió hacia el desconocido y vio que éste ya paseaba por su breve estudio, echando la ceniza al suelo y contemplando el dominó de raso; al percatarse de ello, Nikolai Apolónovich enrojeció vivamente; con ello no hizo más que ayudar al cambio del tema de la conversación.

—Es un dominó muy bonito, Nikolai Apolónovich.

Nikolai Apolónovich retiró rápidamente el dominó.

Mas bien lo rescató; como un ladrón sorprendido, lo guardó apresuradamente; lo guardó y se tranquilizó: el desconocido, como si tal cosa, se olvidó del dominó y retornó a su tema favorito:

—¡Ja-ja! —encendió sobre la marcha un cigarrillo—. A usted le asombra cómo puedo yo actuar. Actúo llevado por mi voluntad; qué puedo hacer yo si mi voluntad me encamina hacia ellos; sinceramente, yo no estoy en el Partido, es el Partido que está en mí... ¿Se asombra?

—Sinceramente: me asombro; sinceramente, yo no colaboraría con usted.

—Y no obstante, admitió mi hatillo: entonces, ya colaboramos.

—Bah, ¿a eso llama usted colaborar?...

—Desde luego, desde luego —y calló, miró; y dijo con toda franqueza:

—Hace tiempo que quería abrirme a usted; me trato con muy pocos; usted conoce la metodología de los fenómenos sociales y conoce a Marx; yo no lo he leído, aunque

no se crea: he leído bastante; pero no me refiero a eso, no hablo de cifras.

—Entonces ¿de qué?... Si gusta, tengo coñac en el armario.

—No lo rechazo...

Nikolai Apolónovich abrió el armario; aparecieron: un frasco tallado, unas copas talladas.

Nikolai Apolónovich invitaba a coñac.

Mientras servía el coñac, Nikolai Apolónovich pensaba que aquella era una buena ocasión para retirar su ofrecimiento; pero por cobardía no quería mostrarse cobarde; y además, para evitar una conversación embarazosa prefería renunciar por carta.

—Ahora estoy leyendo a Conan Doyle —seguía charlando el desconocido— comprendo que mis lecturas le dejarán a usted estupefacto: leo la historia del agnosticismo de San Gregorio Niseno, a Siriano, el Apocalipsis. Son mis privilegios; a fin de cuentas soy coronel del movimiento, trasladado (por méritos) al estado mayor; y usted, Nikolai Apolónovich, con su metodología y su inteligencia, no pasa de teniente; aunque usted es un teórico y los generales no son muy fuertes en teoría; ellos son los obispos; el joven seminarista que estudia a Harnack es para el obispo un fastidioso apéndice eclesiástico; eso es usted: un apéndice ¡nada más!

El desconocido quedó pensativo, volvió a llenar la copa: la apuró de un trago; y volvió a llenarla.

—Creo que estuvo usted deportado.

—Sí, en la región de Yakutia.

Se hizo un silencio.

Apuraron las copas.

—De la región de Yakutia escapé con suerte; me sacaron en una barrica de salar verduras; ahora soy un dirigente en la clandestinidad; no se crea que he estado actuando animado por utopías o por una mentalidad ferroviaria como la de usted; yo era nietzscheano. Todos somos nietzscheanos: usted también es nietzscheano; usted no lo reconoce; para nosotros, los nietzscheanos, la masa social, animada por instintos sociales (como hubiera dicho usted) es un instrumento en el que todos los hombres (hasta los que son como usted) son el teclado que los ágiles dedos del pianista (observe mi expresión), recorren sin ninguna dificultad. Todos somos iguales.

—¿Algo así como unos deportistas de la revolución?

De nuevo se hizo un silencio embarazoso. Nikolai Apolónovich extraía crines del relleno; no quería entrar en una discusión teórica; estaba acostumbrado a discutir de acuerdo a unas reglas.

—Todo tiene su antítesis: mi entrega a la sociedad me llevó a las regiones heladas; y a medida que yo me adentraba en el desierto me iba despojando de los prejuicios de la condición del militante, como habría dicho usted.

Allí, tras los cristales, entre la neblina glauca desfilaba un pelotón; los soldados marchaban con sus capotes; las bayonetas negreaban en la niebla.

Nikolai Apolónovich sintió un frío extraño: de pronto...

—Eh, ¿qué ocurre?

Nikolai Apolónovich levantó la cabeza.

—Nada de particular: acaba de llegar su padre.

Apolón Apolónovich aborrecía sus habitaciones con los muebles enfundados; el entarimado chillaba sonoro y preciso.

La sala misma era un pasillo de grandes dimensiones. Del artesonado del techo, de un florón de yeso, descendían las lágrimas de cristal de la araña, cubierta con una funda de gasa; y temblaban las lágrimas.

El parquet era como un espejo.

A lo largo de las paredes — de la nieve — se alineaban esbeltas sillas con acanaladuras doradas, forradas de peluche pálido; por todas partes se levantaban peanas de alabastro blanco; sobre las peanas se erguía un Arquímedes de alabastro; una mano solícita había colgado marcos redondos, en los que una pintura de tonos pálidos imitaba los frescos de Pompeya.

La mano solícita pertenecía a Anna Petrovna: y Apolón Apolónovich apretó los labios: pasó al despacho con algo voluminoso y redondo en la mano: a echar la llave; la lejanía provocaba en él una tristeza instintiva; de allí, se le antojaba, alguien extraño llegaba corriendo.

EL PERSONAJE

El desconocido se iba excitando: el alcohol surtía efecto: las conversaciones consigo mismo y con los demás siempre le producían una sensación de culpabilidad; la conversación le producía asco y ese asco lo transfería a sí mismo; esas conversaciones aparentemente tan inocuas le debilitaban terriblemente; cuánto más hablaba tanto más ganas tenía de hablar: de hablar hasta sentir espasmos en la garganta; incapaz de detenerse, llegaba a la extenuación; a tal punto se excedía en la charla, que sufría auténticos ataques persecutorios, que se prolongaban en el sueño: tres pesadillas por noche: tártaros, japoneses, unos hombres orientales le hacían guiños con sus ojos; había algo más sorprendente aún: en ese estado le venía a la memoria una palabra sin sentido, tomada quién sabe de qué idioma: *enfranchis*; esa palabra le ayudaba a luchar; también se le aparecía cuando estaba despierto un rostro siniestro en un trozo del empapelado amarillo sucio: las apariciones fatídicas iban precedidas de accesos de angustia, debidos a que permanecía demasiado tiempo en un mismo sitio; entonces Aleksandr Ivánovich huía de casa: también iba a las tabernas. El alcohol le producía una pasión perversa: por las medias en las piernas de una candorosa estudiante; todo acababa en un sueño con *enfranchis*.

—Usted, Nikolai Apolónovich, presta atención a mi parloteo. Pero yo no estoy discutiendo con usted: discuto conmigo mismo. El interlocutor es lo de menos: hablo hasta con las paredes y con los postes. No oigo las razones ajenas: sólo oigo lo que a

mí me concierne. Lucho. Ofrezco resistencia a la soledad: permanezco semanas enteras enclaustrado, fumando; y empieza a parecerme que no es eso. ¿Experimenta usted esas sensaciones?

—No puedo imaginármelo bien. He oído que es debido al corazón.

—Mi alma es como un espacio universal; y desde allí observo todas las cosas.

Sin esperar la respuesta, agregó:

—Llamo espacio a mi *habitáculo* en la isla Vasílev: cuatro paredes empapeladas con papeles amarillos; no me visita nadie; viene Morzhov, y cierto *personaje*.

—¿Cómo cayó usted allí?

—Por causa del *personaje*...

—¿Otra vez?

—¡Siempre es él: custodio del umbral húmedo!

—Ahora comprendo desde dónde proyecta usted su sombra, la sombra del Inatrapable.

—Desde las cuatro paredes amarillas.

—¿Cuánto paga de alquiler?

—Doce rublos; no, perdón, doce cincuenta.

—¿Y allí se entrega a sus contemplaciones?...

—Sí, allí: allí llegué a la conclusión de que todas las ventanas son cavidades que asoman al infinito.

—¿Y tal vez también a la idea de que los de arriba en el Partido saben algo que es inaccesible a los de abajo, porque los de arriba: ¿qué hay arriba?

Aleksandr Ivánovich respondió:

—El vacío.

—¿Para qué entonces todo lo demás?

—En nombre de la enfermedad...

—¿Cómo?

—Sí, de esa enfermedad que me consume: el nombre de la terrible enfermedad aún no se conoce, pero conozco los síntomas: la angustia, las alucinaciones, la bebida, el tabaco; el dolor de cabeza frecuente y obtuso; una sensación especial intraespinal: eso por las mañanas. ¿Cree usted que soy el único? Usted también, Nikolai Apolónovich, también está enfermo. Casi todos están enfermos. Por favor, no diga nada, sé qué me va a decir; no obstante, todos los funcionarios del Partido padecen esa enfermedad; tal vez en mí se haya agravado; ya en años anteriores, cuando me encontraba con algún viejo compañero, me gustaba estudiarle: asambleas de muchas horas, asuntos, conversaciones sobre temas nobles, sublimes; después, ya se sabe, el compañero te invita al restaurante.

—Bueno ¿y qué?

—Pues, la bebida; y todo lo demás; las copas; y yo observo; si en los labios apareció esa sonrisita (cómo es, Nikolai Apolónovich, no sabría explicárselo), ya sé: que no se puede confiar en el interlocutor; ese interlocutor mío está enfermo; y nada

le garantiza que no sufrirá un reblandecimiento del cerebro: un interlocutor así es capaz de incumplir lo prometido (Nikolai Apolónovich se estremeció); es capaz de robar y de traicionar, de violar; su presencia en el Partido es una provocación. Desde entonces sé qué significan esos pliegues junto a los labios y las muecas; en todas partes, en todas encuentro la enajenación mental, la provocación imperceptible; y *esa risita*, ¿cómo es?, tal vez nunca se lo podría explicar. ¡Pero la reconozco sin equivocarme!

—¿Y usted, no lo padece?

—¡Sí!

—Luego, ¿usted es un provocador?

—¿Yo? Sí; soy un provocador; pero es una provocación en aras de un gran ideal; más que de un ideal, de una moda.

—¿De cuál?

—¿Quiere que la defina con palabras? Puedo definirla como un ansia general de muerte; me emborracho con ella.

—¿Hace mucho que bebe?

—Sí, sí: además siento pasiones lascivas: no me enamoraba de las mujeres: ¿cómo explicarlo? sino de determinadas partes del cuerpo femenino; y de sus prendas de vestir: de las medias, por ejemplo.

—Vaya...

Ambos callaron.

—Cuando padezco insomnio mi postura preferida es, le diré, arrimarme a la pared y crucificarme, abrir los brazos en cruz. En una ocasión, cuando me hallaba en esa postura de crucificado en la pared (así me paso, Nikolai Apolónovich, horas) llegué a una conclusión insólita; esta conclusión, guardaba una relación un tanto extraña con un fenómeno, explicable, si se toma en consideración que la enfermedad se va incrementando.

Aleksandr Ivánovich estimó oportuno no señalar el fenómeno.

El fenómeno eran las alucinaciones: en el empapelado surgía una cara; la cara aparecía envuelta en un fulgor de un amarillo azafranado; un mongol manifiesto fijaba en Aleksandr Ivánovich su mirada llena de odio. Aleksandr Ivánovich encendía un cigarrillo; el mongol a través del humo del tabaco movía los labios amarillos, y hasta Aleksandr Ivánovich llegaba una sola palabra:

«Helsingfors».

En Helsingfors había estado Aleksandr Ivánovich después de evadirse del destierro: allí se encontró con *cierto personaje*.

Pero ¿por qué Helsingfors?

La excitación de Aleksandr Ivánovich se transmitió a Ableújov, a quien las doce colillas sin duda le irritaban:

—La cabeza se me parte: allí, al aire fresco, podremos seguir la conversación. Espérese. Sólo me cambiaré de ropa.

—Una idea estupenda.

Un golpe brusco cortó la conversación; Nikolai Apolónovich quiso saber quién llamaba; Aleksandr Ivánovich, distraído, entreabrió la puerta; en el resquicio apareció un cráneo con orejas; el cráneo y la cabeza estuvieron a punto de chocar sus frentes; Aleksandr Ivánovich retrocedió desconcertado.

En la puerta abierta estaba Apolón Apolónovich con... una sandía bajo el brazo...

—Me parece que he interrumpido...

—Kolenka, aquí tienes: una sandía...

Como era tradición en la casa, en otoño Apolón Apolónovich solía regresar a casa con una sandía de Astraján, que le gustaba mucho.

Por un instante callaron los tres; cada uno sentía un temor manifiesto.

—Aquí, papá — un compañero de la universidad... Aleksandr Ivánovich Dudkin...

—Encantado.

Apolón Apolónovich vio ante sí a un hombre tímido, abatido por la pobreza.

Aleksandr Ivánovich sólo vio ante sí a un viejo que suscitaba compasión:

Nikolai Apolónovich, aunque él también se tranquilizó.

Apolón Apolónovich medió en la conversación; las respuestas de Aleksandr Ivánovich eran incoherentes; se ruborizaba y sus respuestas no venían al caso. Ponía atención sólo a las últimas palabras; y captaba algunas exclamaciones sueltas...

—En párvulos Kolenka ya se sabía todos los pájaros... Leyó «El mundo de las aves», de Kaigoródov...

Así, con frases entrecortadas, gritaba a Aleksandr Ivánovich el anciano de sesenta y ocho años; se removié en él algo parecido a la compasión.

—Tú... es decir... con Aleksandr...

—Ivánovich...

—Con Aleksandr Ivánovich...

Para sí Apolón Apolónovich pensaba: Bueno, tal vez sea para bien: pero esos ojos son una pesadilla... Apolón Apolónovich pensaba: la pobreza no es un vicio. Sólo que: ¡qué necesidad tenían de beber!

—¿A dónde va usted?

—Tengo un asunto...

—¿Qué le parece... si come... Aleksandr Ivánovich: si comparte la comida?

Aleksandr Ivánovich miró el reloj:

—Bueno... si no molesto...

—Hasta otra ocasión, buen señor...

—Ha sido un honor...

Cuando abrieron la puerta y caminaban por el sonoro pasillo, el pequeño Apolón Apolónovich apareció allí, tras ellos, en la semipenumbra del pasillo.

Y mientras cruzaban la semipenumbra del pasillo, allí permaneció Apolón

Apolónovich: con el cuello alargado en dirección a la pareja, observaba con curiosidad:

—Aleksandr Ivánovich Dudkin... Estudiante de la universidad.

En el vestíbulo Nikolai Apolónovich se detuvo ante un lacayo, atrapando una idea que se le había escapado.

—¿Y?... ¡El ratón!

Nikolai Apolónovich seguía frotándose la frente para recordar qué quería expresar, por medio del símbolo verbal de «ratón»; solía padecer una pérdida de la memoria después de la lectura de tratados serios.

—Oiga ¿qué ha hecho usted con el ratón?

—Lo hemos soltado en la calle...

Tranquilizados con respecto a la suerte del ratón, Nikolai Apolónovich y Aleksandr Ivánovich emprendieron el camino.

Emprendieron, sí, porque les pareció que desde la balastrada alguien les observaba: con mirada escrutadora y triste.

LA HUELGA

Salieron a la calle los peludos gorros manchurianos y se diluyeron entre la muchedumbre; la muchedumbre crecía; los sujetos, los gorros manchurianos marchaban hacia un edificio lúgubre con frontón carmesí; la muchedumbre reunida ante el lúgubre edificio estaba compuesta únicamente por sujetos y por gorros manchurianos.

Se apelonaban ante la puerta principal: cada vez más. ¿Podía ser de otro modo? El obrero no tiene tiempo para andar con finuras.

En la esquina, por el borde de la acera, paseaba un grupito de policías desconcertados; el comisario del barrio, turbado, grisáceo, con un gabancete grisáceo, chillaba, sujetaba con recato el sable, con los ojos en el suelo; mientras por la espalda le reprendían, le reñían, se reían de él y hasta ¡increíble! le soltaban palabras soeces el artesano Iván Ivánovich Ivanov, su cónyuge («la del Iván») y el empresario Tripónov (pesquerías, consignaciones y fletamentos), que pasaba por allí y se unió al corro. El comisario de policía chillaba mansamente:

—¡Circulen, señores, circulen!

Tras las tapias bufaban con creciente porfía las cernejudas monturas: de cuando en cuando por encima de las empalizadas dentadas emergía una peluda testa; encaramándose a la empalizada se habría podido ver cómo, traídos de las estepas, la fusta en el puño, y el cañón del fusil asomando sobre la espalda, acumulaban odio y brincaban impacientes en la silla; los peludos caballitos piafaban.

Era un destacamento de cosacos de Orenburgo.

Dentro del edificio había una bruma azafranada, alumbrada por velas; aquí sólo se

veían cuerpos, cuerpos y cuerpos: encogidos, semientocogidos, apenas encogidos y desencogidos: todos los cuerpos acurrucados, incorporados; ocupaban las filas de asientos en anfiteatro; y no se veía la cátedra:

—«Uuu-uuu-uuu», se oía ulular en la lejanía y a través del «uuu» a veces se oía:

—Revolución... Evolución... El Proletariado... La huelga... y otra vez: la huelga... y Más: Huelga...

Y arreciaba el ulular.

Se decía que en tal parte, en tal otra y en tal otra ya había huelga; que en tal parte, en tal otra y en tal otra se preparaba la huelga; por eso había que ir a la huelga: ir a la huelga aquí mismo: y aguantar.

LA HUIDA

Aleksandr Ivánovich regresaba por una avenida próxima al Neva; pasó fugaz una luz: asomó el Neva bajo la bóveda del Canalillo; en el puente enarcado vio otra vez la misma sombra.

Aleksandr Ivánovich regresaba a su tabuco para permanecer en la soledad y observar: la vida de las cochinillas. La salida de la mañana fue para evadirse de las cochinillas que trepaban; en base a sus observaciones Aleksandr Ivánovich había llegado a la conclusión de que la tranquilidad de la noche depende de cómo había transcurrido el día; el hombre lleva a casa lo vivido en la calle, en el bar, en el café.

¿Con qué retornaba él?

Las emociones de aquel día aparecían ante sus ojos como una cola invisible. Aleksandr Ivánovich revivía las emociones a la inversa: de la espalda hacia atrás; era como si su espalda estuviera abierta; de esta espalda, como de una puerta, salió, se retrepó y se dispuso a abalanzarse sobre él, como el cuerpo de un gigante: lo vivido aquel día.

Aleksandr Ivánovich esperaba que nada más retornara a su habitáculo, los acontecimientos de aquel día llamarían con insistencia a la puerta.

Había dejado atrás el puente fulgurante.

Al otro lado del puente, ante la catedral de San Isaac surgió de la turbiedad una roca: un misterioso jinete extendió el brazo pesado, cubierto de cardenillo; sobre el gorro peludo de granadero imperial corveteó el caballo; el peludo gorro de granadero se curvó bajo los cascos.

Una sombra empañó la imagen enorme del jinete; el brazo incidió en el aire enlunado.

Desde aquel día grávido en que hasta aquí llegó al galope el jinete de metal, desde el día que subió el caballo a la roca de granito finlandés, Rusia se partió en dos: también los destinos de la patria se partieron en dos; dos partes se hizo Rusia, para sufrir y llorar hasta el último instante.

¡Oh, Rusia, eres como un caballo! Sobre la oscuridad, sobre el vacío se

levantaron los dos brazos; las patas traseras se afirmaron con fuerza en la roca de granito.

¿Pretendes abandonar la roca que te sostiene, igual que se desterraron algunos de tus hijos insensatos? — ¿Pretendes abandonar la roca que te sostiene, para corvetear y lanzarte al caos de las aguas? ¿O pretendes galopar sin frenos, por los aires desgarrando la bruma y perderte entre nubes junto con tus hijos? ¿O, tantos años encabritada, tú,

Rusia, has meditado en el terrible destino que te dejó abandonada aquí, en medio de este norte lúgubre, donde hasta las horas del ocaso son veleidosas, donde el tiempo mismo tan pronto se sumerge en la noche helada como en la claridad del día? ¿O, temiendo el salto, pondrás otra vez los cascos en tierra y, resollando, trasladarás al enorme jinete de las latitudes quiméricas a las remotas llanuras?

¡No será así!...

Encabritado, midiendo con los ojos el espacio, el caballo de bronce ya no posará sus cascos: dará un salto sobre la historia; habrá una gran convulsión; se abrirá la tierra; el gran terremoto derrumbará las montañas y del terremoto las llanuras patrias por todas partes se alzarán corcovadas. Sobre las corvas quedarán asentadas Nizhni, Vladímir y Uglich.

Petersburgo se hundirá.

En esos días todos los pueblos de la tierra abandonarán sus lugares; habrá una gran batalla, una batalla como no hubo otra en el mundo: hordas amarillas de asiáticos, arrancadas de sus lugares habituales, bañarán los campos europeos con océanos de sangre; ¡habrá, habrá una Tsushima! ¡Habrà una nueva Kalka!...

¡Campo de Kulikovo, espero tu llegada!

Ese día brillará sobre mi tierra patria el último Sol. Será él nuestro Señor Cristo. Si no te levantarás, Sol, entonces ¡oh, Sol!, las costas europeas cederían al pesado pie mongol, y sobre esas costas se rizaría la espuma; los seres terrestres retornarían al fondo de los océanos, al caos de la protopatria, hace tanto olvidada...

¡Levántate, Sol!

Una franja de esmeralda surcó el cielo; y a su encuentro volaba entre las nubes una mancha de fósforo ardiente, que súbitamente se volvió luna brillante; todo se incendió: las aguas, las chimeneas, el granito, las dos diosas sobre el arco, el tejado de la casa de cuatro plantas; la cúpula de San Isaac también miró esclarecida; y relumbró a la luna la corona de laureles de bronce; se fueron apagando las luces de las islas; un navío ambiguo en medio del Neva se transformó en barco pesquero; del puente de mando llegó hasta él el rescoldo de la pipa del patrón de nariz bermeja con gorro de orejas; — una linterna brillante del marinero de guardia.

Aquí los destinos del hombre se iluminaron ante Aleksandr Ivánovich con una claridad especial: podía ver lo que pasaría y lo que jamás ocurriría: así de claro se vio; le faltó valor para escudriñar su propio destino; quedó conmocionado.

Y la luna penetró una nube.

De nuevo se desplazaron briosos los brazos hechos girones, las hilachas neblinosas; fulguró ambigua la mancha del fósforo...

¡Un rugido inhumano, ensordecedor! Un automóvil hizo brillar sus faros y, fugaz, exhalando gasolina, pasó debajo de un arco, en dirección al río; y unas jetas amarillas, mongolas, llenaron la plaza.

STIOPKA

De Kólpino serpentea el camino: no hay parajes más lúgubres. ¡Cuando el tren te aproxima a Petersburgo, al despertar, tras la ventanilla ves la desolación: ni un alma, ni una aldea, la misma tierra es un cadáver!

¡Kólpino, con muchas chimeneas y mucho humo!

De Kólpino serpentea el camino; y la línea de postes telegráficos. Un obrero caminaba allí; se llamaba Stiopka. Trabajaba en la fábrica de pólvora; había sido expulsado e iba a pie a Petersburgo; yacían muertas las pesadas piedras; subían y bajaban las barreras, se sucedían los mojones kilométricos listados y los alambres en los postes trepidaban.

Las moles de muchos pisos se agazaparon detrás de las fábricas; las fábricas se agazaparon detrás de las chimeneas: allí, y allí; y allí; en el cielo no había una sola nube, y allí el horizonte expiraba hollín.

La venenosa humareda lo envolvía todo: entre la humareda se erizaban las chimeneas; una chimenea se elevaba muy alta; y se agachaba; allí se elevaba una hilera de chimeneas ahiladas, que de lejos parecían cabellos; podían contarse los cabellos; asomaba la manecilla del pararrayos.

A todo esto mi Stepka, ni caso: se sentó por un momento, se quitó las botas, se arregló los peales; y adelante: cada vez más cerca de la mancha de hollín venenoso.

A la noche se abrió la puerta de una portería: la puerta chirrió; y el portero, Morzhov, levantó la cabeza; la rolliza portera (siempre con dolor de oídos), tumbada sobre los mullidos almohadones, aquel día había estado exterminando chinches.

En eso se abrió chirriando la puerta de la portería; en el umbral se detuvo vacilante Stiopka (Morzhov era su paisano: es natural que Stiopka acudiera a él).

Al anochecer apareció una botella; aparecieron pepinos a la vinagreta; y el zapatero Bessmertni con la guitarra.

—¡Hombre... Paisano, paisano! —sonreía Morzhov.

—Todo eso, porque no saben lo que se traen entre manos —se encogía de hombros el zapatero Bessmertni, tocaba con el dedo una cuerda; sonaba: ban, ban.

—¿Y tu padre? ¿Qué tal anda?

—Siempre borracho.

—Vaya, hombre... Paisano, vaya con el paisano —se enternecía Morzhov; agarró con los dedos un pepino, con el pepino se acompañaba la bebida.

—Todo eso, porque no saben lo que se traen entre manos —se encogía de hombros el zapatero Bessmertni: tocaba con el dedo una cuerda; sonaba: ban, ban: Y Stiopka contaba lo de siempre: que en el pueblo estuvieron unos tíos con cabeza y que, según los tíos con cabeza, iba a pasar: en el pueblo anunciaban el nacimiento de un niño, la libertad para todos; que eso estaba al caer.

—Todo eso, porque no saben lo que se traen entre manos. Que no, que no saben lo que se traen: nadie lo sabe.

Y Stiopka no dijo esta boca es mía: se calló que en la fábrica de Kólpino habían repartido unos papeles; y todo lo demás: qué y cómo. Stiopka no dijo esta boca es mía; cantó unas coplas:

¿Por qué no hacemos un cambio
Anita, la que yo quiero?
Tú a mí me das el gallito,
Yo a ti te doy el dinero.

Como única reacción a la copla el zapatero se encogió de hombros; puso la manaza en la guitarra.

Y cantó:

Que no volveré a verte,
no te veré nunca más,
ya tengo aquí en el bolsillo
el veneno que me matará.
Me lo beberé de un trago
el veneno que me matará:
caeré tembloroso en la acera
y no te veré nunca más.

Stiopka no quiso ser menos: asombró:

Un ángel desde los cielos
con su trompeta dorada
de la maldad nos preserva.
Señor, concédenos gracias,
Señor, somos hijos tuyos:
Señor,
que en el cielo te hallas.

Escuchaba en la portería el señor, el de la buhardilla; se interesó por los tíos con cabeza: qué anunciaban, cuándo se cumplirá. El señor estaba flaco: y bebía su copa; Stiopka le aconsejaba:

—Usted es un señor enfermo; con el tabaco y la bebida, va a durar poco: yo, lo reconozco, bebía, pero ahora, dije: se acabó. Por el tabaco y por la bebida comenzó eso: que estoy bien enterado.

—¿Tú, de qué lo sabes?

—¿Lo de la bebida? Lev Tolstoi ¿ha leído usted su librito? eso mismo dice.

—Y lo de los japoneses ¿cómo te enteraste?

—Lo de los japoneses, de nada: lo de los japoneses, eso lo saben todos... A ver, acuérdense de aquella tormenta de Moscú ¿eh?; decían que eso, que eran las almas de los que habían matado; que venían del otro mundo; que no se habían confesado; le diré más: que habrá jaleo.

—¿Y qué va a ser de Petersburgo?

—Que los chinos están construyendo un templo a sus ídolos.

Entonces el señor llevó a Stiopka a su buhardilla: la habitación del señor era mala. Se lo llevó, lo sentó ante sí, sacó de la maleta un papel; le leyó el papel:

«Se acerca una gran época; hasta el comienzo del fin queda un decenio: anotad y transmitidlo a la posteridad; entre todos los años, el más importante será el 1954. Eso se refiere a Rusia y Rusia es la cuna del futuro.»

Stiopka resolló:

—Bien explicado eso. ¿Y qué señor lo escribió?

—Uno que vive en el extranjero, un exiliado político.

—¡Bien explicado eso!

—¿Y qué va a pasar?

—En primer lugar, matanzas; después, descontento de todo el mundo; y después toda clase de enfermedades; habrá peste, hambre; bueno, y los más sabios dicen que habrá jaleo: los chinos se levantarán contra sí mismos; se amotinarán los mahometanos; pero de eso no les saldrá nada.

—¿Y después?

—Todo lo demás se juntará al final del año doce; y sólo en el año trece... ¡Eso no es nada! Hay una profecía, de que si sacas... si vienen con el sable... entonces de que la corona: y dicen más: de que si el emperador prusiano... ¡Esas son las profecías, señor! ¡Nada, que hay que construir el arca!

—¿Cómo construir?

—Bueno, eso ya veremos, señor. Ya charlaremos.

—¿De qué vamos a charlar?

—Pues de eso, de lo mismo.

—Todo eso son tonterías...

FIN DEL SEGUNDO CAPÍTULO

TERCER CAPÍTULO

en el que describe cómo Nikolai Apolónovich Ableújov avanza inoportunamente su idea

Es un muchacho corriente,
pero un Don Juan de segunda,
ni demonio, ni gitano,
un simple petersburguense.

A. PUSHKIN

LA FIESTA

En un centro importante tuvo lugar, es decir, se produjo un acontecimiento.

Con tal motivo acudieron al ya citado lugar con uniformes bordados; y consignaremos, estaban en su lugar.

Era un día de hechos excepcionales. Era un día diáfano; refulgía todo lo que estaba en condiciones de refulgir: los tejados de Petersburgo y las agujas de Petersburgo.

Si nos hubiéramos dignado lanzar una mirada a aquel lugar importante, habríamos visto: brillo en las ventanas; y brillo tras las ventanas; en las columnas y en el parquet: ¡barniz, belleza y brillo!

En esa mañana excepcional, entre las sábanas de una blancura inmaculada, que de pronto se agitaron sobre la cama, surgió una figura, toda de un blanco fulgurante: recordaba a una ecuyer de circo; como habitualmente, se dispuso a fortalecer el cuerpo con la gimnasia, flexionando el tronco hasta doce (y más) veces. Después frotó la cabeza y las manos con agua de colonia.

Efectuado el lavado del cráneo, de las manos, del cuello y de las orejas, Apolón Apolónovich Ableújov, como cualquier anciano, se introdujo en el almidón, metiendo en el hueco de la camisa, rígida como una concha, ambas orejas y la calva; Apolón Apolónovich entró en la habitación de aseo y sacó de un armario (como cualquier alto dignatario anciano) sus estuches de barniz rojo, en los que, bajo la tapa, en un lecho acolchado de terciopelo, descansaban todas las condecoraciones excepcionales; le llevaron el diminuto uniforme lustroso con el pecho resplandeciente, los pantalones blancos de paño y el par de guantes, una caja de cartón de forma caprichosa, la vaina (de la empuñadura pendía una cinta plateada); a la presión de la uña amarilla saltaron las diez tapas; y fue rescatando: el Aguila Blanca, la correspondiente estrella; y la banda azul; todo se posó en su pecho. Apolón Apolónovich estaba ante el espejo, blanco y dorado (¡brillo y temblor!), apretando con la mano la elegante espada contra el muslo, mientras mantenía en la derecha el sombrero bicornio con plumaje y el par de guantes.

Por su parte Nikolai Apolónovich no había dormido en toda la noche: muy tarde llegó un coche a casa; Nikolai Apolónovich, desorientado, saltó del coche, y se puso a llamar con todas sus fuerzas; cuando le abrieron, sin quitarse la capa y tropezando en los bajos, corrió por la escalera: pasó de largo ante una crujía de habitaciones; frente a la casa amarilla se movían unas sombras, y Nikolai Apolónovich anduvo de un lado para otro de su habitación; a las dos de la madrugada en la habitación aún resonaban sus pisadas: a las dos y media, a las tres, a las cuatro.

Desaseado y amodorrado, Nikolai Apolónovich se sentó ante la chimenea. Apolón Apolónovich se detuvo involuntariamente, reflejándose en el parquet, en la profundidad del espejo, rodeado por una familia de mofletudos cupidos, que con sus antorchas engarzaban coronas doradas; Apolón Apolónovich se levantó y entornó los ojos: ¡un viejecito de blanco y oro!

Nikolai Apolónovich detestaba su envoltura mortal, y, como estaba hecho a imagen y semejanza de su padre, detestaba a su padre; su similitud tenía que odiar al padre. Nikolai Apolónovich comprendía sentimentalmente a su padre, hasta los mínimos recovecos y hasta los estremecimientos imprecisos; sensualmente era absolutamente igual a su padre: no sabía dónde terminaba él y dónde en él comenzaba aquél senador, portador de las relumbrantes insignias sobre el pecho entorchado; más que imaginarse, él se revivió a sí mismo en el rico uniforme; y algo le obligó a levantarse ante el anciano de blanco y oro.

—¡Buenos días, papá!

El senador, con una candidez llevada a su último extremo, respondió jovial y expansivo:

—¡Mis respetos!

Cuando ambos se relacionaban, eran como dos respiraderos frente por frente; y surgía una corriente de aire sumamente molesta.

Esta proximidad era lo menos parecido al afecto; Nikolai Apolónovich la identificaba con el más execrable acto fisiológico; en ese momento él consideraba que los sentimientos no se manifestaban sino se segregaban.

—¿Hoy de gala?

Y los dedos se cruzaron con los dedos; y los dedos se destrabaron. Tal vez Apolón Apolónovich quería expresar algo, explicar de palabra los motivos de su aparición con uniforme; pero, Apolón Apolónovich se limitó a toser. Apareció un lacayo para decir: «¡Los caballos esperan!» Apolón Apolónovich se alegró y se apresuró.

Nikolai Apolónovich recordó la última circular importante firmada por el anciano Ableújov y Nikolai Apolónovich llegó a la conclusión: ¡el autor de sus días, Apolón Apolónovich, era un malvado!...

Mientras: el pequeño viejecito ya subía la escalinata alfombrada de fieltro rojo; las piernas, al levantarlas, describían ángulos, lo que calmaba su espíritu: le gustaba la simetría.

Acudieron a él viejecitos: patillas, barbas, calvas, mentones y pechos,

condecorados, los encargados de hacer girar nuestra rueda estatal; ante la balaustrada se mantenía solemne un grupito de pechos entorchados, que discutía el fatídico giro de la rueda, hasta que el maestro de ceremonias con el bastón les invitó a ponerse en fila.

Inmediatamente después de salir los viejecitos enjambróse nuevamente ante las columnas de la balaustrada; de pronto se dispersó el enjambre del que surgió el zumbido grave, como aterciopelado, de una avispa; ese alguien era más pequeño de estatura; le taparon los viejecitos; no se le veía; cuando el gigantesco conde Witte con una banda azul pálido cruzándole el pecho, alisando las canas con la mano, desenvuelto, se acercó y entornó los ojos, vio: zumbaba Apolón Apolónovich; Apolón Apolónovich cortó su parlamento y con una cordialidad un tanto apagada, pero cordialidad, dio su mano a la mano que acababa de firmar las condiciones de un tratado; el conde Witte se inclinó hacia la cabeza que le llegaba al hombro; y bromeó; su broma no provocó sonrisas: tampoco sonrieron la broma los viejecitos; y se esfumó el grupito; Apolón Apolónovich bajaba la escalera de honor con Witte; más arriba que ellos bajaban los viejecitos; debajo de ellos un embajador de nariz aguileña, un viejecito de labios rojos, oriental; entre ellos, dorado, y como una vara tieso, descendía un senador, destacando sobre el fondo escarlata del fieltro que cubría la escalinata.

A esa hora había desfile; allí, en el Campo de Marte, en cuadrado formaba la guardia imperial.

Tras el férreo puado de las bayonetas de los granaderos aparecían en hilera los destacamentos sobre caballos blancos; un espejo de oro, total, refulgente, inició lentamente la marcha hacia las tribunas; se zarandeaban al viento los abigarrados estandartes de los escuadrones; apelaban con sus melodías las orquestas de plata; allí una hilera de escuadrones de coraceros, de la guardia real a caballo; también podían distinguirse los jinetes que formaban en los escuadrones, los coraceros, los jinetes de la guardia, rubicundos, enormes, cubiertos con coraza, los calzones blancos, tersos, ajustados. Y con corazas y con cascos coronados, éstos con una paloma plateada, aquéllos con el águila bicéfala; trotaban las filas del escuadrón; coronado con una paloma metálica, garceó en su caballo el barón Ommergau; también coronado con igual paloma, jineteó el conde Awen, — ¡coraceros, guardias imperiales! Entre el polvo, en nube sanguinolenta, con los chacos bajados, galoparon sobre sus caballos tordos los húsares; enrojaban sus dormanes; a sus espaldas blanqueaban las pellizas; trepidaba la tierra, y con entrechoques metálicos los sables surgieron en el aire como chorros de plata. En línea oblicua se retiró la nube roja de los húsares: quedó limpia la plaza. Y otra vez allí, en la vastedad, surgieron ahora jinetes de añil, constelados de los reflejos de plata de sus armaduras: el grupo de gendarmes de campo; expresaba sus quejas en los toques de corneta; de pronto quedó oculto a las miradas por un remolino de polvo; crujía el tambor: y pasó la infantería.

EN EL MITIN

Después de las lluvias los tejados de Petersburgo se bañaban de sol.

El ángel Peri se quedó solo; su marido no estaba: su marido administraba los víveres; el ángel despeinado revoloteaba en kimono entre los jarrones de crisantemos y la montaña de Fujiyama; el kimono batía sus alas de raso, y su propietario, sugestionado por una misma idea, mordía tan pronto el pañuelo como el extremo de la trenza. Nikolai Apolónovich seguía siendo un malvado; pero el colaborador de prensa, menudo cerdo.

Para recobrar el ánimo, el ángel apesadumbrado se acomodó en un canapé acolchado: abrió su librito: «El hombre y sus cuerpos». El ángel había abierto el libro en infinitas ocasiones, pero... el libro resbalaba de las manos; el ángel Peri cerraba los ojos; y comenzaba a silbar y a resollar.

La baronesa R. R. ya se había interesado por el libro: «¿Qué me dice, ma chère?» «Ma chère» no dijo nada; y la baronesa R. R. agitó su dedito, como amenazando: por algo la baronesa comenzaba su dedicatoria en el libro con las palabras: «Mi amigo debacánico» y firmaba «la baronesa R. R. — envoltura mortal, pero con una chispa búddhica».

Un momento: ¿qué quiere decir eso de «amigo debacánico», ¿de «envoltura»? Eso lo explica Bezançon. Y Sofía Petrovna se enfrascó en la lectura de Henri Bezançon; metió la naricita en Henri Bezançon, olfateando las fragancias de la propia baronesa (opopónaco) y se oyó el timbre; e irrumpió Varvara Evgráfovna:

—¿Qué es eso? —dijo Varvara Evgráfovna y se inclinó sobre el libro...

—¿Qué es eso? ¿Quién se lo dio?

—La baronesa...

—Claro... ¿Qué es?

—Bezançon...

—Usted quiere decir Annie Besant... ¿Una memez?... ¿Ha leído usted el «Manifiesto»?

Pero los labios encarnados se fruncieron.

—¡La burguesía, presintiendo su próximo final, se entregó a la mística!

Y Varvara Evgráfovna a través de los lentes lanzó al ángel una mirada triunfal e incuestionable: por suerte, no buceó en la historia; pierna sobre pierna, se puso a limpiar los lentes.

—¿Irás al baile de los Tsukátov, verdad?...

—Sí, voy —respondió el ángel.

—A ese baile asistirá nuestro conocido común: Ableújov.

Aquí el ángel se ruborizó.

—Pues, bien: usted le entrega esta carta. Puso la carta en la mano del ángel.

—Usted se la entrega; y nada más: ¿lo hará?

—Sí, se la en-entre-garé...

—Perfecto. Ahora me largo: voy al mitin.

—Varvara Evgráfovna, cariño, lléveme con usted.

—Puede haber palos...

—No importa ¡lléveme!

—Bien, vámonos. Sólo que usted ahora va a empezar a vestirse; y todo eso: a ponerse polvos... Venga, procure abreviar...

—Ahora mismo: ¡en un dos por tres!...

—Ay, Dios mío, rápido, rápido... El corsé — ¡Mávrushka!... El negro de lana, ese: y los zapatos; esos no, mujer: los de tacón alto. El kimono sobrevoló la mesa y aterrizó en la cama... Mávrushka andaba de cabeza: Mávrushka volcó una silla...

—No, mujer, así no: más fuerte... Ni que fuera corta de manos... Las ligas ¿qué? Las veces que se lo tengo dicho. Recrujió el corsé.

Y Sofía Petrovna Lijútina con una horquilla de carey en los dientes miró de reojo la carta; en la carta decía: A Ableújov.

Un mechón rebelde se le soltó en la nuca.

¡Una carta! La carta decía «A Ableújov». Lo raro era que la letra era de Lippánchenko...

Y con el vestido negro de lana con cremallera a la espalda salió del dormitorio:

—Ya vamos, ya vamos... Ah, por cierto, la carta... ¿De quién es?...

—¿...?

—¡No me lo diga, no me lo diga!

¿Para qué se daba tanta prisa? ¿Para pesquisar, preguntar, sonsacar por el camino? Preguntar ¿qué?

En el portal tropezaron con Lippánchenko.

—Vaya, vaya: ¿a dónde van ustedes?

Sofía Petrovna contrariada hizo un ademán:

—Al mitin, al mitin.

Pero el astuto ucraniano no desistía:

—Estupendo: me voy con ustedes.

Varvara Evgráfovna se sonrojó, se detuvo, miró fijamente al ucraniano.

—Me parece que le conozco: usted está de posada en casa creo que... de Mantonsha.

El descarado ucraniano esta vez se turbó, resolló, levantó su gorro, y se quedó rezagado.

—¿Quién es ése?

—Lippánchenko.

—¡Qué va!: es un griego de Odesa: Mavrokordato; suele visitar la habitación vecina a la mía: creo que no debería recibirlo.

Sofía Petrovna no le escuchaba. Mavrokordato o Lippánchenko, tando daba...

ES NOBLE, ESBELTO, PÁLIDO...

Pasaban por la calle Moika.

El jardín ya se había despojado del último oro y del último carmesí.

—«Uuuu-uuu-uuu», así sonaba en la lejanía.

—¿Oye usted?

—¿Qué es eso?

—«Uuuu-uuu...»

—No oigo nada...

Pero el sonido se dejaba oír no muy fuerte en los bosques y en los campos, en los arrabales de Moscú, de Petersburgo, de Sarátov. ¿Oíste tú esa canción de octubre del año mil novecientos cinco?

—Probablemente sea la sirena de una fábrica: alguna huelga.

Las sirenas de las fábricas permanecían mudas, no había viento; y callaban los perros.

Bajo sus pies ya azuleaba el canal de la Moika; el mismo edificio claro de tres plantas, apoyado por columnas; sobre la segunda planta corrían en franjas las piezas ornamentales: un círculo tras otro, molduras en círculo.

Ante ellas, donde el canal hace un recodo, más a la izquierda, sobre un saliente de piedra, con un fondo turquí vidrioso, se alzaba deslumbrante la cúpula de San Isaac, tan severa.

Llegaron al Malecón: la profundidad, el azul verdoso. Allí, en la remota lejanía y como más allá de lo debido, se humillaron, quedaron rebajadas las islas: y se humillaron los edificios; parecía que de un momento a otro iban a ser arrasadas, por las aguas, que sobre ellas caería lo profundo, el azul verdoso. Y sobre ese azul verdoso un ocaso implacable enviaba en una y otra dirección sus fulgores y se arrebolaba el puente Troitski, se arrebolaba el Palacio de Invierno.

De pronto sobre esa profundidad y sobre ese azul verdoso, recortada sobre el ocaso, apareció una silueta precisa: al viento aleteaba la gris esclavina; se echó hacia atrás indolente una cara de cera, con los labios abultados; parecía que sus ojos estaban buscando algo en las lejanías azules más allá del Neva y no podían hallarlo, no se percataron del sencillo gorro; no vieron ni a ella ni a Varvara Evgráfovna: sólo vieron la profundidad, el azul verdoso; se levantaron y cayeron allí, más allá del Neva, donde se humillaban las islas y se arrebolaban los edificios de las islas. Precediéndole, resollando, pasó un bulldog listado, llevando en la boca su fusta de plata.

Cuando llegó a la altura de ellas, entornó ligeramente los ojos, rozó ligeramente la visera con la mano; no dijo nada y se fue; y sólo se arrebolaban los edificios.

Sofía Petrovna, biqueante, ocultó aceleradamente la cara en el manguito, e hizo un movimiento con la cabeza: no destinado a él, sino al bulldog. Varvara Evgráfovna

le clavó la mirada:

—¿Ableújov?

—Sí... creo.

Y, al escuchar la respuesta (así de miope era ella), murmuró para sí:

Noble, pálido y esbelto
pelo de lino, de ideas rico,
en pasiones pobre:
N. A. A. ¿no aciertas?

—¿Quién es?

Revolucionario famoso
aunque de la aristocracia
pero es cien veces mejor
que todos los de su laya.

Era él; el transformador de un régimen podrido, a quien ella propondría su mano: una vez terminada la misión señalada, tras la cual se produciría la deflagración mundial; en ese instante ella se atoró (Varvara Evgráfovna tenía la costumbre de tragar la saliva).

Pero Sofía Petrovna no la escuchaba: se volvió, vio: allí, en un resalto, en el tiento bermejo de los últimos rayos, extrañamente vuelto hacia ella, retorcido, enterrando toda la cara en el cuello, al punto de que se le ladeó la gorra, estaba Nikolai Apolónovich: le pareció a ella que él sonreía de la manera más repelente y que en todo caso ofrecía un aspecto bastante ridículo: embozado en la capa parecía encorvado, sin brazos, con un ala de la capa agitándose absurdamente al viento.

Permaneció mucho rato retorcido, y se sonreía a sí mismo, de la manera más repelente, ofreciendo la ridícula impresión de un manco ante la mancha arrebolada de una jamba; el ala de su capa se agitaba absurdamente al viento; a ella no la miraba: con su miopía, ¿habría logrado verla? El miraba a lo lejos, como más allá de lo debido; hacia donde se humillaban los edificios de las islas, difuminados por el humo cárdeno.

¿Ella? Ella habría deseado que su marido, Serguei Serguéevich Lijutin, se acercara al malvado, y le golpeará de pronto la cara con su puño de ciprés, y le dijera algo.

El ocaso implacable lanzaba un golpe tras otro desde el mismo horizonte; y partían del mismo horizonte; y se desplazaban las iridiscencias de las cabrillas rosáceas; más arriba, las nubes blancas como pequeñas esquirlas de nácar machacado, se sumergían en un todo turquí; el todo turquí se derramaba uniforme mezclándose con los trozos del nácar rosáceo; sí, ya pronto se desbordaría el azul oscuro, la profundidad azul verdosa: sobre las casas, sobre el dique de granito, sobre el agua.

Y terminaría el ocaso.

¡COMTE! ¡COMTE! ¡COMTE!

Apolón Apolónovich apareció en la puerta; el lacayo destapó la sopera humeante.

Por la puerta de la izquierda asomó Nikolai Apolónovich, con uniforme de estudiante; y con un cuello altísimo.

Apolón Apolónovich saltó con la mirada de un objeto a otro: Nikolai Apolónovich se sintió incómodo: de los hombros le colgaban dos brazos innecesarios; en un arrebato de obsequiosidad infructuosa comenzó a crujir los dedos al acercarse al padre.

Apolón Apolónovich se levantó ante el hijo rápidamente (todos habrían dicho que saltó).

Nikolai Apolónovich tropezó contra una pata.

Apolón Apolónovich acercó sus labios; Nikolai Apolónovich arrimó los labios a los labios.

Apolón Apolónovich se sentó. Apolón Apolónovich cogió el pimentero. Apolón Apolónovich sazonaba la sopa con pimienta.

—¿De la Universidad?...

Una expresión de rana recorrió la boca abierta del respetuoso hijito; de la *carátula griega* no quedaba rastro; las sonrisas, las muecas, las cortesías se derramaron en cascada ante la mirada saltarina del distraído papá; la mano que llevaba la cuchara tembló:

—Papá, ¿vienes del Negociado?

—No, de ver al ministro...

Hemos visto: sentado en su despacho, el senador llegó a la conclusión de que su hijo era un malvado: así, el padre, de sesenta y ocho años, perpetraba contra la propia sangre y carne un acto de terrorismo mental.

Pero aquellas eran conclusiones de despacho, que no transcendían al comedor.

—Kólenka, ¿quieres pimienta?

—Quisiera sal...

Apolón Apolónovich, revoloteando con la mirada tornadiza, de acuerdo a una tradición establecida para esta hora, evitaba cuidadosamente pensar en el Negociado.

—Pues a mí me gusta la pimienta: sabe mejor...

—¡Ya...!

—¡Ya...!

—Está bien...

Con la conversación ocupaba a su hijo (o, más exactamente, a sí mismo).

Un silencio angustioso.

El silencio no cohibía al senador; Nikolai Apolónovich padecía un auténtico

suplicio en busca de temas para la conversación.

Inesperadamente soltaba:

—Pues... yo...

—¿Qué?

—Bah... nada...

Nikolai Apolónovich, de nuevo inesperadamente para sí mismo, soltaba:

—Pues... yo...

—¿Qué pues yo?

Y no hallaba continuación a las palabras escapadas.

Pero Apolón Apolónovich, desasosegado por la turbación verbal del hijo, de pronto alzó caprichosamente la vista.

—Permíteme, ¿qué es eso?

En la cabeza del hijo se removieron asociaciones absurdas. Farfulló:

—Pues... yo... leí en la *Theorie der Erfahrung*, de Cohén...

Y volvió a callar.

—¿Qué libro es ese, amiguito mío?

Apolón Apolónovich llamaba al hijo respetando todas las fórmulas tradicionales del pasado: en sus contactos con el *malvado redomado*, le llamaba «Kólenka», «hijito» y «querido»...

—Cohen es un representante del movimiento neo-kantiano.

—Perdón: ¡querrás decir comtiano!

—No, papá, kantiano...

—¿Comte refutó a Kant?

—Pero Comte es anticientífico...

—No sé, no sé, amiguito: en mis tiempos se pensaba de otra manera...

Apolón Apolónovich restregaba lentamente los ojos con los puños menudos, repitiendo distraídamente:

—Comte...

Apolón Apolónovich pensó que su cerebro volvía a experimentar las desagradables congestiones, provocadas por la afección hemorroidal de toda la última semana; sus ojos de un azul oscuro se fijaron de pronto:

—¿Qué libro es ese, Kólenka?

Nikolai Apolónovich, con una picardía instintiva, se entregaba a los escarceos filosóficos; la conversación sobre Cohen no podía ser más inocua; ella hacía imposible *las demás conversaciones*; la explicación entre ambos se posponía (de un mes para otro); además: Apolón Apolónovich alentaba en su hijo las conversaciones de ese tipo; antes, al regresar del colegio, Nikolai Apolónovich explicaba con detalles todo sobre las *cohortes*; y Apolón Apolónovich alentaba el interés hacia las cohortes. En los últimos tiempos Apolón Apolónovich colocaba su mano sobre el hombro de

Kólenka:

—Tú, Kólenka, tendrías que leer la *Lógica* de Mill: es un libro útil... Los dos volúmenes... En mis tiempos los leí de cabo a rabo...

Nikolai Apolónovich, que estaba entusiasmado con Ziegwart, ahora aparecía con un tomo de Mili; Apolón Apolónovich, como quien no quiere la cosa, le preguntaba:

—¿Qué estás leyendo?

—A Mill, papá.

—Bien, bien... ¡Excelente!

Ahora, separados definitivamente, de manera inconsciente, retornaban a los viejos recuerdos.

Apolón Apolónovich fue en otros tiempos profesor de filosofía; entonces leía muchos libros hasta el final; pero todo eso había pasado, sin dejar huella; ante las elegantes piruetas de una lógica afín a la suya, Apolón Apolónovich sentía una pesadez inexplicable: y no sabía objetar.

Pensaba: «Hay que hacer justicia a Kólenka: su aparato mental, valga la expresión, funciona.»

Nikolai Apolónovich sentía con satisfacción que su padre era un oyente consciente.

Y cuando llegaba el postre ya había surgido una especie de amistad; en ocasiones sentían tener que interrumpir la conversación, como si ambos temieran que cada uno de ellos, en su soledad, se preparara contra el otro...

Ahora ambos se levantaron: y comenzaron a pasear por el pasillo; el pasillo se ennegrecía; y de lejos, del salón, llegaban fulgores rojizos; crujía el fuego.

Así paseaban ellos en otros tiempos por el pasillo vacío: un niño y... el padre: él golpeaba en el hombro al niño rubito, le mostraba las estrellas:

—Las estrellas, Kólenka, están muy lejos: de la más próxima el haz de luz recorre hasta llegar a la Tierra más de dos mil... ¡Imagínate, querido!

Y también el papá escribió al hijo un verso:

Tontiño, pequeñito
está bailando Kolia:
se ha puesto un gorrito
y cabalga ahora.

Se revelaban los contornos de las mesas; un rayo de luz salía del cristal: comenzaban a brillar las incrustaciones. ¿Habría el padre llegado a la conclusión de que su sangre era malvada? ¿Estaría el hijo burlándose de él?

Tontiño, pequeñito
está bailando Kolia:
se ha puesto un gorrito

y cabalga ahora.

¿Fue así, o no fue así... en ninguna parte, jamás?

Ambos se sentaban en el salón de raso, para prolongar sin ningún propósito estos encuentros: se miraban mutuamente a los ojos; y la llama de la chimenea transpiraba calor; y en la llama temblona se dibujaba ahora Apolón Apolónovich, afeitado y viejo, con las orejas y el cráneo: exactamente igual a como le caricaturizaban en las portadas de las revistuchas:

—Te visita con frecuencia, amiguito..., hum...

—¿Quién?

—¿Cómo se llama... ese joven?...

—¿Un joven?

—Con bigotito.

Nikolai Apolónovich enseñaba los dientes en una sonrisa:

—¡Aleksandr Ivánovich Dudkin!... No...

Después de pensarlo, agregó:

—Bah, pasa alguna vez.

—Si... si... la pregunta es indiscreta, entonces...

—¿Qué?

—¿Viene por asuntos de la universidad?

—Aunque... si mi pregunta está, digamos, fuera de lugar...

—¿Es estudiante?

—Sí, es estudiante.

—¿No es de la escuela técnica?...

—No...

Apolón Apolónovich sabía que su hijo le mentía; miró el reloj; se incorporó indeciso. Nikolai Apolónovich sentía penosamente las propias manos y desviaba los ojos:

—Pues, sí... en el mundo son muchas las ramas del saber: cada especialidad es profunda, tienes razón. ¿Sabes, Kólenka? Estoy cansado.

Quedó parado, miró... no preguntó, sino bajó la vista: Nikolai Apolónovich sintió vergüenza.

La mano sacudió... dos dedos.

—¡Buenas noches, papá!

—Mis respetos.

Corrió, susurró y chilló: un ratón.

La puerta del despacho del senador se abrió: con una vela en la mano, Apolón Apolónovich cruzó la incomparable habitación para entregarse... a la lectura de la

prensa.

Nikolai Apolónovich se detuvo ante la ventana.

Una franja fulgurante recorría evanescente y fugaz el cielo; se ennucló la lejanía del Neva, y centellearon verduscos los planos que volaban silenciosos; se encendía una lucecita roja, guiñaba y desaparecía en la extensa turbiedad. Más allá del Neva, oscuros, se levantaban los enormes edificios de las islas; y lanzaban entre las brumas los ojos luminosos-mudos, dolorosos, y parecía que lloraban. Más arriba extendían frenéticas los brazos hechos girones unas siluetas difuminadas; un enjambre tras otro se elevaban sobre las olas del Neva.

El malecón estaba vacío: pasaba la sombra de un policía; ennegrecida en la niebla y esfumándose luego; se perdían en la bruma los edificios de la otra orilla del Neva; la aguja de la fortaleza de Pedro y Pablo lanzó un destello.

Una sombra de mujer: no desaparecía en la niebla, sino miraba hacia la ventana; Nikolai Apolónovich esbozó una sonrisa muy repelente: calándose los lentes, observó la sombra.

No, no: no era ella.

La sombra oscura se desvaneció en la bruma.

Sonó el cerrojo metálico en la profundidad del pasillo; en la oscuridad centelleó una luz: Apolón Apolónovich, con la vela en la mano, regresaba del lugar incomparable: la bata de color ratonil y los enormes contornos de las orejas muertas se revelaron claramente en los destellos brincantes; Apolón Apolónovich surgió de las tinieblas absolutas para sumergirse de nuevo en las tinieblas absolutas.

Nikolai Apolónovich pensó: «Es la hora.»

Nikolai Apolónovich sabía que el mitin duraría hasta la noche, que *ella* estaba en el mitin. Nikolai Apolónovich pensó: «Es la hora...»

¡TATAN: TAN, TAN!

Sofía Petrovna ocultó modestamente su naricita en el manguito de plumón; el puente Troitski, a su espalda, corría hacia aquellos parajes mudos, y en el puente de hierro, sobre las barandillas húmedas, sobre el agua verdusca plagada de bacilos, pasaban sobre ella, llevados por las ráfagas del viento del Neva — un bombín, un bastón, un abrigo, unas orejas, una nariz.

De pronto, los ojos de ella se detuvieron, parpadearon, se entornaron: al pie de las barandillas húmedas, esparrancado, estaba un bulldog listado, baboseaba entre los dientes una fusta plateada; ella alzó la mirada, y sobre la barandilla húmeda vio: una cara de cera de labios abultados asomaba de la capa; parecía sumido en unos

pensamientos que habían inducido el estado de ánimo de ella en los últimos días, porque en los últimos días ella cantaba con mucho sentimiento una romanza:

Mirando un rayo del purpúreo ocaso,
estaba usted a la orilla del Neva.

A la orilla del Neva estaba él, con la mirada inexpresiva puesta en el verde; o, no, puesta allí, donde se humillaban las islas, donde se agazapaban los edificios de las islas y donde sobre las blancas murallas de la fortaleza, tan fría bajo el cielo, dolorosamente aguda e inclemente, se elevaba la aguja de Pedro y Pablo.

¡Toda ella se lanzó hacia él! ¡Para qué las palabras! ¡Con el pensamiento! El no advirtió su presencia; los ojos vidriosos agrandados, parecía un monstruo sin brazos.

Ella se apartó; Nikolai Apolónovich se volvió lentamente hacia ella; y se alejó a paso ligero, tropezando y enredándose en el largo faldón de la capa; en la esquina le esperaba un coche de alquiler: y el coche partió a toda velocidad; la rebasó; Nikolai Apolónovich, reclinando el cuerpo, sujetando con las manos el bozal del bulldog, se volvió hacia ella; la miró, sonrió; el coche pasó fugaz.

De pronto cayó la primera nieve; fulguraba como breves diamantes vivos; el redondel claro de un farol iluminó: el costado del Palacio de Invierno, el Canalillo y el puente de piedra: hacia la sombra corría el Canalillo; en la esquina, un coche esperaba a alguien; en el coche, abandonada con descuido, había una capa.

Sofía Petrovna permaneció un largo rato en el espinazo del puente, asomada soñadora al Canalillo lengüeteante que exhalaba vaho; en otras ocasiones también se detuvo aquí para suspirar por Liza, y pensaba en serio en las desventuras de la protagonista de la ópera «Dama de picas», en las melodías divinas, asombrosas, maravillosas; y a media voz canturreaba:

—¡Tatan: tan, tan!... ¡Tatan: tan, tan!

Oyó el ruido de unos pasos apresurados; miró y ni siquiera gritó: de pronto, como desconcertado, de la fachada lateral del Palacio se escurrió un dominó rojo, corría de un lado para otro, como si buscara a alguien, y al ver en el espinazo del puente una sombra femenina, se lanzó a su encuentro; tropezando en el empedrado, exhibiendo su antifaz con la burlona hendidura de los ojos; bajo el antifaz, un soplo helado jugaba con la densa maraña de filigrana; el enmascarado corría hacia el puente; a Sofía Petrovna Lijútina no le dio tiempo a comprender que se trataba de un dominó burlesco, que un barrabás de mal gusto (sabemos quién) quería gastarle una broma, que bajo el antifaz de terciopelo y de la barba afilegranada había un rostro humano; observó fijamente la mirilla alargada. Sofía Petrovna pensó (con su pequeño cerebro) que en el mundo se había abierto una brecha y que de la brecha, no del mundo, el payaso corría hacia ella: quien fuera aquel payaso, no podría precisarlo.

El dominó subió a trompicones al puente; se agitaron susurrantes las aspas de raso y, rojas, cayeron al otro lado de la barandilla; de pronto, quedaron al descubierto las

trabillas de color verde pálido del pantalón; el payaso se había convertido en un payaso grotesco; un chanclo le resbaló en la redondez del arco: el payaso cayó al suelo; sobre él sonaron simplemente carcajadas.

—¡Monstruo! ¡Payaso rojo!...

Acudían apresurados unos hombres barbudos; se oyó un silbato; el payaso se precipitó hacia el coche; se vio: en el coche se rebullía impotente lo rojo, en un intento de echarse la capa sobre los hombros.

Tras el coche, desde más allá del Canalillo de Invierno, corrió ladrando el bulldog: se agitaban sus patas cortas; sobre llantas de goma fueron en su persecución dos agentes de seguridad.

LAS SOMBRAS

Decía una sombra a otra sombra:

—Ni una palabra sobre el dominó rojo.

—¿Sabe usted quién es?

Le he seguido desde su propia casa.

—¡No me diga!

—El caso no ha madurado del todo.

—¿Pruebas?

—¿Qué dice? No necesito ir muy lejos a buscarlas: haga el favor.

—¿Pruebas? ¿Usted necesita pruebas? *El Diario de Sucesos de Petersburgo*. ¿Ha leído el *Diario*?

—Sinceramente: no lo he leído.

—Su deber es conocer aquello de lo que habla todo Petersburgo; habría usted comprendido que la noticia sobre el dominó se anticipó a su aparición cerca del Canalillo de Invierno.

—Hum.

—Pregúnteme quién ha escrito todo eso en el *Diario*.

—¿Quién?

—Neintelpfain, un hombre mío.

—Sinceramente, no esperaba esa argucia.

—Y usted aún me ataca, me lanza puyas: la empresa funciona como el mecanismo de un reloj: usted permanece en la santa inopia, mientras mi hombre, Neintelpfain, pone en circulación la sensacional noticia.

—Espero que usted ordenará a sus agentes que por ahora dejen en paz a Nikolai Apolónovich.

LADRÓ UN PERRO RABIOSO

Sofía Petrovna no podía dejar sin respuesta ese suceso que la manchaba para siempre: habría preferido que Nikolai Apolónovich la hubiera ofendido de cualquier otra forma; habría preferido que la hubiera pegado, que se hubiera lanzado del puente envuelto en su dominó: le habría recordado estremecida de pavor el resto de su vida, le habría recordado hasta la muerte. Para Sofía Petrovna Lijútina no era el Canalillo un lugar prosaico cualquiera, en el que se podía hacer todo lo que él hizo; no en vano ella suspiró tantas veces escuchando la melodía de la «Dama de picas»: sí, sí, su situación guardaba cierta analogía con la de Liza (ella no hubiera podido precisar en qué consistía la analogía); y, naturalmente, ella habría querido ver aquí a Nikolai Apolónovich transformado en Guerman. ¿Guerman?... Ese Guerman se comportó como, como... él; en primer lugar, procedió como un cobarde cuando la miró a través de su antifaz desde un costado del Palacio; en segundo lugar, él, cuando agitaba apresurado ante ella el dominó, cayó rodando en el puente, mostrando prosaicamente las trabillas del pantalón (estas trabillas fueron la última gota); para colmo de tales desatinos, impropios de un Guerman, ese Guerman, en vez de arrancarse la careta con ademán heroico y trágico, en vez de exclamar con voz sorda y desvaneciente: «Te amo», en vez de pegarse un tiro, puso pies en polvorosa al llegar la policía. ¡La inicua conducta de su Guerman había opacado la luz de estos días! ¡La inicua conducta de su Guerman había convertido al dominó en una bufonada; la inicua conducta era humillante para ella! ¡Cómo podía ser ella Liza si no existía Guerman! ¡Se vengaría de él, se vengaría de él!

Entró en el apartamento como un huracán. En el vestíbulo colgaba un capote y una gorra: el marido estaba en casa, y Sofía Petrovna Lijútina, sin quitarse el abrigo, irrumpió en su habitación, abriendo las puertas de par en par, con la boa ondeante, con el suave manguito, con la carita encendida, feamente abotargada.

Serguei Serguéevich se disponía a acostarse; su guerrera colgaba recatada en la percha, y él, en camiseta de una blancura cegadora, seccionada en cruz por los tirantes, permanecía, como quebrado, de rodillas; brillaba la cruz, crujía la lamparilla del icono. En la penumbra de la lamparilla se perfilaba la cara, con una barbilla puntiaguda y una mano del mismo color; la mano, la cara y la barba de chivo, y el pecho blanco estaban tallados de una madera muy recia; los labios de Serguei Serguéevich se movían apenas ante la lucecita de un azul pálido; se movían apenas, oprimiendo la frente, apiñados, los dedos azulencos — para hacer la señal de la cruz.

El teniente Lijutin se llevó primero los dedos azulencos al pecho y a ambos hombros y se inclinó; sólo después y con desgana se dio la vuelta; se levantó del suelo y, mientras se sacudía el polvo de las rodillas, preguntó:

—¿Qué te ocurre, Sóniushka mía?

Le irritó y hasta ofendió la fría tranquilidad del marido, igual que le había ofendido la lucecita azul allí en el rincón; cayó sobre la silla, tapándose la cara con el

manguito; su llanto llenó la habitación.

La cara de Serguei Serguéevich se volvió más bondadosa, suave; y unas arrugas transversales surcaron su frente; apareció una expresión compasiva. Pero Serguei Serguéevich tenía una idea muy vaga de cómo debía comportarse: si dar curso libre a sus lágrimas, para soportar la escena, los reproches a su frialdad, o inclinarse suavemente ante Sofía Petrovna, retirar con mano suave su cabecita del manguito y abrazarla, cubriéndola de besos: él temía ver una expresión de desprecio o de indiferencia; y optó por un camino intermedio: simplemente le dio palmaditas en el hombro tembloroso:

—¡Bueno, bueno, Sonia... Bueno... ya está bien, niñita mía!

—¡Déjeme, déjeme!...

—¿Qué ocurre? Vamos a ver.

—¡Déjeme, déjeme!... Usted... tiene la sangre fría...

Serguei Serguéevich se apartó de la esposa, estuvo un rato inmóvil y se dejó caer en un sillón próximo.

—Aaah... ¡Abandonar así a la esposa!... ¡Administrar por ahí víveres!... ¡Marcharse!... ¡Y sin enterarse!...

—¡Te equivocas, Sonia, si piensas que no lo sé... Pero... es que!

—¡Déjeme, se lo suplico!...

—Es que, verás, cariño: desde que... pasé de nuestra habitación a ésta... En una palabra, yo también tengo amor propio: y no quiero coartar tu libertad... Te comprendo; sé perfectamente, que no te es fácil... Tengo fe en que alguna vez de nuevo... ¡Está bien, está bien! Entiéndeme tú a mí también: el distanciamiento, la sangre fría, esa, no se debe en absoluto a la frialdad... ¡Está bien, está bien!...

¿Tal vez, cariño, quieres ver a Nikolai Apolónovich Ableújov? Según parece, os ha pasado algo. Cuéntamelo todo: cuéntamelo; entre los dos estudiaremos la situación.

—¡Le prohíbo que hable de él en mi presencia!... ¡Es un malvado, un malvado! ... Otro en lugar de usted hace tiempo que le hubiera pegado un tiro... Pero usted... No, déjeme.

Y de manera desmadejada y nerviosa lo contó todo, todo.

Serguei Serguéevich Lijutin era un hombre llano. Y a la gente llana le afecta más la irracionalidad inexplicable de un hecho que una canallada o un asesinato; es fácil comprender una traición humana; comprenderla es casi hallarle justificación; pero, ¿cómo explicar que a un hombre de sociedad, honesto, se le ocurra de pronto ponerse a cuatro patas, agitando las faldas del frac? El contrasentido no puede tener justificación. No, es preferible que un hombre totalmente honesto dilapide impunemente el dinero público; pero que jamás se ponga a las cuatro patas.

Serguei Serguéevich Lijutin se imaginó perfectamente a un dominó esparrancado

en el portal sin luz y... se sonrojó hasta alcanzar la rojez de la zanahoria: la sangre se le subió a la cabeza. Con Nikolai Apolónovich él había jugado de niño; se asombraba de la capacidad para la filosofía del otro; a él, Serguei Serguéevich le permitió con nobleza interponerse entre él y su esposa y... Serguei Serguéevich Lijutin se imaginó con ira, claridad y diafanidad los aspavientos histriónicos en el portal oscuro. Paseó nerviosamente por la minúscula habitación, con las manos crispadas, levantando el puño en las vueltas muy cerradas; cuando se salía de sus casillas aparecía en él ese gesto; y Sofía Petrovna entendió perfectamente ese gesto; y se asustó un tanto del silencio expresado en el gesto.

—¿Qué... le ocurre?

—Nada... no tiene importancia...

Y Serguei Serguéevich Lijutin paseaba por la habitación con los puños crispados.

¡Es asqueroso, asqueroso, asqueroso! Con que permanecía tras la puerta de entrada, ¿eh?

El comportamiento de Nikolai Apolónovich asombró sumamente al teniente; sentía una mezcla de asco y de pavor; experimentaba el sentimiento que embarga al contemplar a un idiota que hiciera sus necesidades encima de sí, o al contemplar a un insecto de patas velludas. La perplejidad, la ofensa y el pavor se transformaron en rabia. ¡¡No haber hecho caso de la carta, ofender con una extravagancia arlequiniana el honor de un oficial!!... Serguei Serguéevich Lijutin dio palabra de honor de que aplastaría, aplastaría a la abominable araña; tomada esta decisión, seguía paseando, rojo como un cangrejo, con los puños crispados y extendiendo el brazo musculoso en las curvas; involuntariamente Sofía Petrovna sintió miedo: con los labios abultados entreabiertos, con las mejillas, de las que no había borrado las brillantes lágrimas, ella observaba atenta desde aquí, desde este sillón.

—¿Qué le pasa?

Pero Serguei Serguéevich respondía con voz rígida: en esta voz se oía amenaza y dureza y rabia contenida.

—Nada... no tiene importancia.

En ese instante Serguei Serguéevich sintió hacia su amada esposa algo así como asco; como si también recayera en ella el oprobio de la máscara roja.

—Vete a tu cuarto: duerme... déjame eso a mí.

Y Sofía Petrovna Lijútina, que había cesado de llorar, se fue sin objetar.

Serguei Serguéevich paseaba, y tosía: de una manera muy desagradable, netamente: je-je-je-je. De cuando en cuando el puño, como tallado en una madera dura y olorosa, se elevaba sobre la mesa; y parecía que la mesa iba a saltar en pedazos.

El puño se abría.

Serguei Serguéevich Lijutin se desvistió, se cubrió y la manta salió despedida; Serguei Serguéevich Lijutin clavó su mirada invidente en un punto e inesperadamente para sí mismo susurró en voz alta:

—Le mataré como a un perro...

Entonces de la otra parte del tabique se oyó una voz lastimera:

—¿Qué está diciendo?

—Nada... no tiene importancia...

Serguei Serguéevich se enrolló en la manta: se cubrió con ella para poder suspirar, clamar y amenazar...

Sofía Petrovna se arrancó apresuradamente el vestido; y toda de blanco, desde la pila de prendas que había logrado desordenar en tres o cuatro minutos, se lanzó a la cama y dejó caer sobre las manos la carita de cabellos negros con los labios abultados, sobre los cuales se esbozaba nítidamente un bigotito; en torno a ella había un surtidor de objetos; Mávrushka no hacía más que recoger lo que la señora abandonaba; le bastaba evocar cualquier prenda de vestir, para que la prenda desapareciera; y volaban: las chaquetas, los pañuelos, los vestidos, las horquillas, los alfileres.

Sofía Petrovna escuchaba el incansable pasear de Serguei Serguéevich; y escuchaba el ruido de un piano en el piso de arriba: tocaban la melodía de siempre: una polca-mazurka, a cuyo compás, en broma, la sacaban a bailar, cuando era una niña de dos años. Y bajo el efecto de la melodía, que no sabía nada de estas cosas, la ira de Sofía Petrovna fue dejando sitio al cansancio y a la apatía hacia el, marido, en el cual ella misma había despertado, según ella, los celos hacia *aquél*; el marido se le hizo claramente desagradable por un sentimiento de turbación, como si una mano ajena hubiera hurgado en el estuche secreto de las cartas, cerrado allí, en aquel cajón. En la humillante actitud de Nikolai Apolónovich encontró ella un grato placer: lamento la caída de él allí, en su presencia, de forma tan ridícula; no obstante, le hubiera gustado martirizarle; al marido no le quería ni martirizar ni besar. Comprendió que en todo aquello el marido no tenía nada que ver; y ella se lo había contado todo al marido. La intromisión del marido en un asunto de ella y de Nikolai Apolónovich, antes que nada, se había vuelto humillante; no cabía duda que del suceso el teniente sacaría falsas conclusiones; no cabía duda que él era incapaz de comprender nada de aquello; y Sofía Petrovna escuchaba la melodía de la polca-mazurka y los pasos tras la pared; de la excesividad de las negras trenzas rescató su carita nacarina de mirada azul, como velada, y la reclinó torpemente en las rodillas temblorosas.

Su mirada cayó en el espejo del tocador; y ante el espejo descubrió la carta que debía entregar en el baile de máscaras (se había olvidado de la carta). En un primer instante decidió: devolver la carta. ¡Cómo se habían atrevido a encomendarle a ella tales cartas! La hubiera devuelto si antes no se hubiera inmiscuido en todo su marido (¡por qué no se acuesta de una vez!); ahora, vista a la luz del sentimiento de protesta que provocaba en ella la «injerencia» del marido, la cuestión se simplificaba

totalmente: abriría el sobre para enterarse de los secretos que contenía. ¿Acaso no tenía derecho? (¡cómo se atrevía él a tener secretos!). Un instante — Sofía Petrovna llegó hasta la mesita, tocó la carta ajena; al otro lado de la pared se oyó un murmullo.

—¿Qué está diciendo?

—Nada, no tiene importancia.

Crujió quejumbrosa la cama; todo se tranquilizó. Y Sofía Petrovna, con mano temblorosa, abrió... y, a medida que iba leyendo, los ojitos hinchados se tornaban ojos; su opacidad se volvió brillo cegador; y la cara le iba cambiando de color: primero adquirió el color de la rosa rosada; cuando acabó, su cara era bermeja.

Nikolai Apolónovich estaba por entero en sus manos: surgía la posibilidad de asestarle un golpe irreparable por todo lo que ella había sufrido; recibiría el golpe de estas mismas manitas; quiso asustarla con su grotesco disfraz; pero no había logrado montar debidamente su grotesco disfraz; que ahora se rehabilitara ante sus ojos; ¡y que fuera un Guerman! Sí, sí, sí: asestaría el golpe maléfico entregándole la carta. Por un instante sintió como un vértigo ante el camino elegido; pero ya era tarde para contenerse, abandonar ese camino: ¿sangriento dominó? Si apareció ante ella con el dominó, que se cumpla todo lo demás: ¡que sea un dominó sangriento!

Chirrió la puerta: Sofía Petrovna tuvo tiempo de arrugar la carta; en el umbral del dormitorio estaba su marido, todo de blanco, en calzoncillos. La indecorosa aparición de un extraño le llenó de rabia:

—Antes debería de vestirse...

Serguei Serguéevich quedó desconcertado, salió rápidamente y reapareció: con bata (ella tuvo tiempo de esconder la carta); con una firmeza desagradable e insólita en él, le dijo simplemente:

—Sofi... Prométame: que mañana no irá a la velada...

—Confío en que lo prometerá; se lo aconsejará el sentido común.

Silencio.

—Yo quisiera que usted, después de todo lo ocurrido...

—Yo he dado por usted palabra de honor de oficial, que usted no irá al baile.

Silencio.

—En caso contrario, me vería obligado a prohibírselo sin más.

—No obstante, iré...

—¡¡No, no irá!!

Le asombró la amenaza con que Serguei Serguéevich pronunció esta frase.

—Iré.

Se hizo un silencio, durante el cual Serguei Serguéevich borboteó algo que le hizo llevarse la mano al cuello y sacudir dos veces la cabeza, como si quisiera espantar lo inevitable; con un enorme esfuerzo, aplacando la explosión, se sentó mansamente:

—Usted ve: yo no le apuré, pidiéndole detalles. Usted misma me llamó de testigo.

La idea de lo que acababa de ocurrir le hizo ver un abismo vicioso, hacia el cual rodaba por la pendiente su mujer; ¿qué había de vicioso en el suceso, además de lo

absurdo? El sentía que aquello no era una simple aventura amorosa, no sólo un adulterio y no sólo una caída. No, no: aquí sobre todo esto flotaban aromas de intemperancias, que envenenaban para siempre, como el ácido cianhídrico: al entrar sintió el olor de las almendras amargas y sintió un fuerte ataque de asfixia; él estaba seguro: si Sofía Petrovna, su esposa, fuera mañana a casa de los Tsukátov, si encontraría allí al dominó: sería el fin de todo.

—Oiga. Después de lo que ha... ¿Comprende usted que esto es asqueroso, asqueroso y que, además, yo he dado palabra de que usted no irá allí? Tenga compasión de usted y de mí, y... de él, de lo contrario... yo...

Sofía Petrovna cada vez se indignaba más de la injerencia de aquel oficial, que se había atrevido a aparecer en su dormitorio con su absurda injerencia; levantó del suelo el vestido (observó: deshacilló) y, tapándose, se acurrucó en un rincón; del rincón oscuro movió la cabeza:

—Quizá no hubiera ido, pero ahora, ya ve: ¡iré, iré, iré!

¿Qué pasó? En la habitación sonó un disparo ensordecedor; un alarido inhumano: chilló una voz de falsete; y el hombre de ciprés se levantó; el sillón golpeó al caer; el puñetazo partió la mesa en dos; la puerta batió; y todo quedó en silencio.

La melodía de la polca-mazurka se cortó; sobre el techo se oyeron pisadas; el vecino de arriba golpeaba indignado con la escoba.

Lijútina se encogió y rompió a llorar de despecho; por primera vez en la vida se enfrentaba a la furia; acababa de ver... no a un hombre, ni siquiera... a una fiera, sino a un perro rabioso.

EL OTRO ESPACIO DEL SENADOR

El dormitorio de Apolón Apolónovich: cuatro paredes perpendiculares y la única cavidad de la ventana con un visillo de batista; la blancura definía las sábanas, la toalla y las fundas; el ayuda de cámara rociaba la sábana con un pulverizador.

Apolón Apolónovich de todos los perfumes sólo reconocía la colonia.

Apolón Apolónovich se desvestía él mismo.

Se despojaba rápidamente de la bata; la colocaba con el mayor esmero, posaba en la silla la chaquetita, los minúsculos pantalones; y en paños menores, antes de retirarse a dormir, fortalecía su cuerpo con la gimnasia.

Extendía los brazos y las manos; giraba el torso, hacía genuflexiones doce y más veces; tumbado sobre la espalda, Apolón Apolónovich pedaleaba con las piernas.

Sobre todo, recurría a los ejercicios los días que tenía almorranas.

Después se cubría con la manta para emprender el viaje, porque el sueño es un viaje.

Eso mismo había hecho Apolón Apolónovich hoy.

Cubierto con la manta hasta la cabeza (excluida la punta de la nariz), se quedó suspendido sobre el vacío intemporal.

«¿Acaso era el vacío? ¿Y las paredes, el suelo? ¿Y... lo demás?...»

Apolón Apolónovich siempre veía dos espacios: uno material (las paredes de las habitaciones o del coche), y otro que, no es que fuera espiritual (también era material) ... Pero, cómo explicarlo: sobre la cabeza de Ableújov, los ojos de Ableújov veían destellos y resplandores, y manchas irisadas, inquietas, de centros giratorios; esos centros ofuscaban los límites de los espacios, de tal manera que en un espacio bullía otro espacio; algo así como el cañutillo del árbol de Navidad, con centellas, con chispitas.

Algunas veces cerraba los ojos y al abrirlos las manchas borrosas y las estrellas, inesperadamente, como el hervor de negruras borbollantes, componían imágenes concretas: una cruz, un poliedro, un cisne, unas pirámides invadidas de luz. Y todo saltaba por los aires.

Apolón Apolónovich tenía su secreto: un mundo de siluetas, de trepidaciones, de sensaciones; un *universo* de cosas extrañas que precedía al sueño; Apolón Apolónovich, mientras iba cayendo en el sueño, recordaba todas las inconexiones, los susurros, las figuras cristalográficas, las estrellas desplazándose en la oscuridad (esas estrellas derramaban sobre el senador un agua hirviente dorada que le producía hormigueo en el cráneo): recordaba todo lo que había visto la víspera para no tener que recordarlo de nuevo.

Apolón Apolónovich, al caer en el sueño, antes de agotarse el último instante de la conciencia diurna, veía cómo el remolino efervescente de pronto se transformaba en una galería que se perdía en la inmensidad; lo más asombroso era que la galería comenzaba en la cabeza, es decir, era la prolongación hacia el infinito de la cabeza, como si de pronto el parietal se hubiera abierto hacia la inmensidad; así, el anciano senador, al caer en el sueño, tenía la impresión de que no miraba con los ojos, sino con el centro de la bóveda craneana, es decir, que él, Apolón Apolónovich, no era tal Apolón Apolónovich, sino *algo* alojado en el cerebro, que asomaba de allí, del cerebro; al abrirse el parietal, ese algo podía recorrer la galería: hasta *precipitarse en el abismo*.

Ese era el *otro espacio* del senador.

Tapado con la manta hasta la cabeza, quedó suspendido con la cama; el suelo barnizado se despegó de las patas de la cama hacia lo desconocido; pero hasta el oído del senador llegó un chacoloteo lejano, como si el chacoloteo lo produjeran unos minúsculos cascós.

El chacoloteo se acercaba.

Era una circunstancia extraña,, muy extraña, sumamente extraña; asomó la oreja hacia la luna; efectivamente: el golpeteo era muy probable.

Asomó la cabeza.

Una estrella se desplazó hacia el parietal, y desapareció veloz; a las patas de la cama de hierro acudieron inmediatamente del abismo las tarimas del suelo; y el blanquecino Apolón Apolónovich, semejante a un pollito desplumado, de pronto

apoyó en la alfombra su talón amarillo.

Y salió corriendo al pasillo.

Las habitaciones estaban iluminadas por la luna.

En camisión de dormir, con una vela encendida en la mano, recorrió las habitaciones. Al sobresaltado señor le siguió el bulldog, rabicorto, con tintineo del collar, resollando con su hocico aplastado.

Como una tapa plana, con penosas crepitaciones, se agitaba el pecho velludo; el oído verde pálido estaba atento; el espejo reflejó de una manera extraña al senador: los brazos y el pecho aparecieron en un halo de raso azul; el raso fulguraba con brillo metálico; daba la impresión de que Apolón Apolónovich llevaba una armadura; como un diminuto paladín, en su mano portaba no una vela, sino un fenómeno lumínico.

Apolón Apolónovich se envalentonó; y se lanzó hacia la sala; el chacoloteo llegaba de allí.

—Tra-ta... Tra-ta-ta...

—¿En base a qué artículo del Código de Leyes?

Cuando lanzó la pregunta vio al indiferente bulldog que resollaba pacífico a su lado; pero —¡qué descaró!— de la sala gritaron:

—¡En base a una regla de excepción!

Indignado por la respuesta, se lanzó a la sala.

El fenómeno lumínico se desvaneció en el puño: fluyó entre los dedos, como el aire; cayó al suelo como un rayito; el chacoloteo lo producía al chasquear la lengua un ruin mongol: una cara que él ya había visto en Tokio; resultaba que era Nikolai Apolónovich: visto en Tokio. Eso, Apolón Apolónovich no lo deseaba entender, restregando con los puños los ojos (habían entrado en contacto dos puntos: el espacio de la mano y el espacio de la cara). El mongol (Nikolai Apolónovich) se acercó con un fin interesado:

El senador exclamó por segunda vez:

—¿En base a qué regla?, ¿qué párrafo?

El espacio respondió:

—¡No hay ni párrafos, ni reglas!

Ignorado, insensible, privado de pronto de gravidez y de la percepción de su propio cuerpo, elevó la vista; sus sentidos no podían dar fe de que había elevado la vista (él no podría afirmar que había elevado la vista, pues estaba privado del cuerpo material) hacia el parietal y vio que no tenía parietal: allí donde el cerebro está cubierto de recios huesos, donde ya no hay visión, allí Apolón Apolónovich sólo vio en Apolón Apolónovich un boquete redondo (en lugar del parietal); el boquete era un redondel azul; en el momento fatídico, cuando, según sus cálculos, se acercaba el mongol (impreso en la conciencia, pero ya invisible), algo, con un rugido semejante al del viento en la chimenea, succionó rápidamente la conciencia a través del boquete azul del parietal: hacia más allá del infinito.

Aquello era de escándalo (la conciencia constató que ya había ocurrido algo semejante, aunque él no recordaba cuándo); era de escándalo: el viento había aspirado a Apolón Apolónovich, sacándolo de Apolón Apolónovich.

Apolón Apolónovich salió por el boquete redondo a la oscuridad, por encima de su propia cabeza (que parecía el planeta *Tierra*), y se desintegró en chispas.

Eran unas tinieblas anteriores al tiempo; y enjambraba la conciencia; pero no una conciencia excepcional, mundial, por ejemplo, sino la conciencia elemental.

Ahora la conciencia se volvió hacia atrás y desprendió dos sensaciones, que colgaron como brazos; y tocaron un recipiente (que recordaba el fondo de una bañera), lleno de inmundicia pestilente; las sensaciones chapotearon en la *bañera* de agua estercórea; las sensaciones quedaron pegadas al recipiente; la conciencia intentaba escapar, pero las sensaciones arrastraban detrás de sí algo pesado.

Y la conciencia vio aquello que era su morada: a un viejo amarillo que apoyaba los pies desnudos en la alfombra.

La conciencia resultó ser el propio anciano; el anciano desde la cama prestó oído al lejano chacoloteo.

Y Apolón Apolónovich comprendió que su viaje por el pasillo, por la sala, por la cabeza, había sido un sueño.

Y apenas lo hubo pensado, se despertó: ¡un doble sueño!

No estaba sentado, sino acostado, tapado hasta la cabeza: el chacoloteo resultó ser el golpeteo de la puerta.

Regresó a casa Nikolai Apolónovich.

—Ya...

—Ya...

—Bien...

Pero sintió algo raro en la espalda; un temor a tocar la espina dorsal... ¿Padecería de *tabes dorsalis*?

FIN DEL TERCER CAPÍTULO

CUARTO CAPÍTULO

en el que se quiebra la línea narrativa

Líbreme Dios de volverme loco...

A. PUSHKIN

EL JARDÍN DE VERANO

De cuando en cuando un transeúnte sombrío apresuraba el paso, para perderse definitivamente en el negro vacío: el Campo de Marte no se atraviesa en cinco minutos.

Se enfurruñaba el Jardín de Verano.

Las estatuas se escondieron bajo tablas; las tablas parecían ataúdes puestos de pie; los ataúdes se alineaban a lo largo de los senderos; en ellos se alojaban las ninfas, los sátiros, para que el diente del tiempo no les mordiera con el hielo: el tiempo en todo hinca el diente: roe el cuerpo, el alma y las piedras.

Desde los viejos tiempos aquel jardín se volvió desértico, gris, se empequeñeció, se desplomó la gruta, dejaron de surtir las fuentes, la galería de verano se derrumbó y se secó la cascada; menguó el jardín y se agazapó tras la verja.

Pedro Primero había plantado este jardín, regaba con su propia regadera el berro y la menta; mandó traer cedros de Solikamsk, berberos de Danzig y manzanos de Suecia; construyó fuentes, y los espejados chorros rotos dejaban ver al trasluz las casacas rojas de los gomosos, con pelucas rizadas, las carotas de los criados abisinios y los miriñaques de las damas; apoyado en la empuñadura tallada de su bastón negro y oro, un cano caballero acompañaba a su dama hasta el estanque; de las aguas verdes, efervescentes, una foca asomaba el morro; se alborotaba la dama; el cano caballero sonreía y alargaba el bastón al monstruo negro.

El Jardín de Verano se extendía lejos, restando horizonte al Campo de Marte, con veredas donde crecían el tejo y la filipéndula; de las rocas porosas levantaban sus bocinas rosáceas las enormes caracolas de los mares indios; y un personaje se quitaba la gorra con plumaje y arrimaba el oído a la cavidad: se oía un ruido caótico; tomaban refrescos ante la gruta.

También en épocas posteriores, bajo la pose rebuscada de una estatua de Irelli, que extendía sus dedos hacia la tarde crepuscular, se escuchaban susurros, suspiros, brillaba la perlería de las meninas paseantes. Era en primavera, por la Trinidad; la atmósfera vespertina se hacía más densa; se conmovía con el potente rumor de órgano, emitido por los olmos que dormitaban dulcemente: y de allí de pronto se desparramaba la luz de cohetes chisperos, verde; allí, entre las luces verdes, la banda musical de cazadores, con uniforme de un rojo violento, alzaban sus trompas e

inundaban de melodía los alrededores, conmovía el céfiro el llanto lánguido de aquellas trompas enhiestas: ¿lo oíste tú?

Hubo todo eso; ahora no lo había; corrían los senderos; y una bandada desenfrenada revoloteaba la casita de Pedro Primero; de pronto, se derramó sobre las ramas.

Nikolai Apolónovich, afeitado, caminaba por un sendero escarchado; sus ojos tenían un brillo extraño; hoy, apenas había comenzado a concentrarse en sus estudios, recibió de pronto un mensaje; le citaban en el Jardín de Verano. Lo firmaba «S». ¿Quién podía ser «S»? Era Sofía (había desfigurado su letra).

Nikolai Apolónovich estaba inquieto; sobre el manuscrito de los comentarios a Kant, el polvo llevaba posándose una semana; sentía discurrir dentro de sí una dulce corriente sorda, lejana; descubrió en sí estremecimientos innominados. ¿Sería aquello el amor? Pero él negaba el amor.

Observaba impaciente, buscando en los senderos la figura conocida, con abrigo negro de piel y con manguito negro de piel; pero no había nadie; no lejos, en un banco, se repanchingó una arpía; la arpía se levantó, dio unos pasos en el sitio, se fue hacia él.

—Usted... ¿no me ha reconocido?

—¡Ah!

—Me parece que sigue sin reconocerme. Soy Soloviova.

—¿Varvara Evgráfovna?

—Sentémonos aquí...

Nikolai Apolónovich se dejó caer dolorosamente: la cita estaba fijada precisamente aquí; ¡qué coincidencia tan inoportuna! Nikolai Apolónovich se puso a cavilar en cómo despachar lo antes posible a aquel adefesio; miraba hacia la derecha y hacia la izquierda; la figura conocida no aparecía.

Allí se tendía opaca, recortada sobre un horizonte de acero, la oscura malla de las ramas entrelazadas; unas veces la oscura malla comenzaba a sonar; otras, la oscura malla se cimbreaba.

—¿Ha recibido usted la nota?

—¿Qué nota?

—¡Pues la firmada por «S»!

—¿Pero era usted?

—Claro...

—Entonces, ¿qué tiene que ver la «S»?

—¿Cómo qué tiene que ver? Mi apellido es Soloviova...

Todo se vino abajo.

—Yo quería... quería, yo creía, pensaba si habría recibido usted los versos firmados por un Alma Apasionada.

—No, no los recibí.

—¿Cómo? ¿Será posible que la policía intercepte mis cartas? ¡Oh! Quisiera

hacerle algunas preguntas sobre el sentido de la vida...

—Perdóneme, Varvara Evgráfovna: no tengo tiempo.

—¿Cómo puede ser?

—Hasta la vista. Por favor, perdóneme; fijaremos para conversar un día más adecuado.

Varvara Evgráfovna le tiró de la capa; él se levantó decididamente; tendió con decisión los dedos perfumados. A ella aún no se le había ocurrido nada cuando él ya se alejaba contrariado, arrebujándose con soberbia con las pieles de la esclavina. La hojarasca se agitó; envolvió los bajos de la capa en espirales secas; las espirales se hacían más reducidas e inquietas; el husillo dorado, susurrante, animó su danza. La torva de la hojarasca se trenzaba y trenzaba veloz, o corría, sin girar, al sesgo; una hoja roja palmeada acudió y se aquietó en el suelo. La malla oscura del ramaje se entrelazó y se esparció por el horizonte de acero; él atravesó la malla, y al atravesarla se levantó una volada desenfundada de cuervos y revoloteó el tejado de la casita de Pedro Primero; y la malla comenzó a cimbrarse, a sonar; se escuchaban unos sonidos tímidos y tristes; se fundían en un sonido de voz de órgano. El aire crepuscular se adensaba: parecía que el presente no existía, que la hosquedad de aquellos árboles se iluminaría trepidante con una luz verde clara; los cazadores de rojo violento, alzando las trompas, extraerían melódicamente de los céfiros armonías de órgano.

MADAME FARNOIS

Muy avanzada ya la mañana, el ángel Peri se decidió a abrir desde la almohada sus ojitos inocentes; pero los ojitos volvían a cerrarse; se permitió permanecer otro buen rato soñolienta; bajo los ricitos vagaban turbulencias, zozobras, semialusiones; y el primer pensamiento fue para la velada: ¡qué iba a pasar allí! Cuando intentó desarrollar ese pensamiento, se le cerraron los ojitos; resurgieron las inquietudes, las semialusiones; y sólo se recuperó con la palabra: ¡Pompadour, Pompadour, Pompadour! ¿Por qué Pompadour? Y su alma esclareció esa palabra: ¡hoy ella vestiría el traje de Pompadour, encajes de Valenciennes, zapatos plateados, borlas! Hacía unos días había discutido largo rato con su modista; madame Farnois no quería ni oír hablar de *blondas*. «¿Para qué esas *blondas*?» «Pero ¿acaso es posible sin *blondas*?» Madame Farnois le dijo asimismo: «Entre mi gusto y el suyo, ¡claro, tenía que resultar el estilo de madame de Pompadour!» Sofía Petrovna no quería ceder, y la madame Farnois le propuso que se llevara la tela. «Llévesela a la *Maison Tricotons*: allí, madame, nadie le objetará nada...» «¿Llevarlo a *Tricotons*? ¡Ni hablar! ¡Ni hablar! ¡Ni hablar!» Quitaron las *blondas*, igual que quitaron el *chapeau Bergère*; pero renunciar al miriñaque, eso ella no lo concebía.

Quedaron en eso.

Aunque sumida en reflexiones sobre madame Farnois, el ángel Peri sentía con

desasosiego que las cosas no marchaban como debieran; algo había ocurrido; pero, al amparo de la modorra, se resistía a recuperar el recuerdo huidizo de los sucesos de la víspera; por fin lo recordó: *el dominó y la carta*; y saltó de la cama; y se acordó; pero había una tercera palabra, con la que se había dormido. Esa tercera palabra era: ¡el marido, el oficial!

Con esa palabra antipática ella chocó; se dispuso a abrir la habitación del marido, pensando que él, el teniente Lijutin, como era habitual, se había ido a administrar los víveres, mas de pronto: asombrada encontró la puerta cerrada por dentro: el teniente Lijutin se había hecho fuerte.

Sólo ahora le vino a la memoria la bochornosa escena de la noche anterior. Ella volvió a su dormitorio y se encerró (¿que él se había cerrado con llave?, ¡pues ella también!). Al echar la llave vio la mesita destrozada.

—Señora, ¿le sirvo el café a la habitación?

—No, no hace falta...

—¡Señora, ahí preguntan!

—¿De madame Farnois?

—¡No, de la lavandería!

Silencio.

A mediodía llamó el coracero de Su Majestad con una bombonera de dos libras: de la confitería de Kraft. Aceptó la caja; rechazó la visita.

A eso de las dos llamó el ulano imperial con una bombonera de Baller: rechazóla.

También fue rechazado el húsar de la Guardia.

Al filo de las diez apareció una dependienta de madame Farnois con una caja de cartón; y fue recibida inmediatamente; renacieron las risitas, sonó la puerta del dormitorio y de allí asomó curiosa una cabecita lacrimosa; se oyó un grito enfadado:

—Tráiganlo, dense prisa.

En ese mismo instante del despacho asomó una cabeza: miró y se ocultó.

PETERSBURGO SE DESVANECIÓ EN LA NOCHE

Sobre el Neva se desplazaba un sol enorme y bermejo, y los edificios petersburguenses parecieron diluirse, transformándose en finísimos encajes de vaporosa amatista; los cristales reflejaban un refulgor de oro llameante, y las agujas elevadas tenían destellos de rubí, y los entrantes y los salientes se adhirieron a la ardiente llamarada: los atlantes, las cornisas de los balcones de piedra.

Se ruborizaba sanguinolento el palacio; lo había construido Rastrelli; este viejo palacio entonces levantaba sus paredes entre una bandada de columnas; abría la ventana a las lejanías del Neva la difunta emperatriz Elizaveta Petrovna. Bajo Alejandro Primero el palacio fue repintado de amarillo; bajo el emperador Alejandro

Segundo el palacio fue pintado de nuevo y se tornó rojizo.

Lentamente oscurecía una sucesión de líneas y de muros sobre un cielo violáceo que se iba apagando, y se encendían unos luceros centelleantes, y se encendían unas llamas sutilísimas.

Y se arrebolaba allí el pasado.

Una dama de mediana estatura, gruesa, vestida toda de negro, se movía al pie de las ventanas de la casa amarilla; en la mano le temblaba apenas un bolsillo de un modelo no petersburguense; sentía ahogo; se llevaba con frecuencia los dedos a la barbilla cubierta de vello canoso; con los dedos temblorosos intentó abrir el bolsillo, pero no le obedecía; por fin se abrió el bolsillo y la dama sacó un pañuelo; se volvió hacia el Neva y lloró.

Finalmente, se dirigió decidida hacia el portal; y llamó.

Se abrió la puerta; un viejo de uniforme asomó la calva por la puerta entornada y entrecerró los ojos llorosos ante el resol insoportable que llegaba del Neva.

La dama se puso nerviosa, tal vez de emoción, tal vez por una timidez encubierta.

—¿No me reconoce?

La calva del lacayo tembló, se inclinó sobre el minúsculo bolsillo (sobre la mano):

—¡Ay, Dios mío, la señora!... ¡Anna Petrovna!

—Aquí me ves, Semiónych...

—Pero ¿cómo aquí? ¿De dónde?

—De España... ¡Quise ver qué tal lo pasan sin mí!

—Señora querida... ¡Entre!

—La escalera estaba recubierta con la misma alfombra de terciopelo; brillaba la misma panoplia con las mismas armas: bajo la mirada atenta de la señora, aquí habían colgado un yelmo lituano, allí una espada totalmente herrumbrosa, y ahora brillaba: aquí el yelmo lituano; allí una empuñadura de cruz:

—Sólo que no está nadie: ni el señorito, ni...

Sobre la balaustrada seguía la misma peana de alabastro blanco, igual que antes.

—¿Qué tal sin mí?

—Nada... Sin consecuencias: como siempre... Apolón Apolónovich, el señor, ¿se ha enterado?

—Sí, me he enterado...

—Sí, todas las condecoraciones... ¡Los favores del zar!...

—¿Y qué tal Kólenka?

—Kólenka, es decir, Nikolai Apolónovich, es, permítame que le diga, listísimo. ¡Está muy guapo!...

Junto a las paredes se alineaban las sillas de largas patas; por todas partes entre las sillas asomaban frías peanas; desde las frías peanas observaban fríos personajes de alabastro; allí colgaban los frescos pompeyanos de tonos pálidos; todo lo dominaban los barnices, y los lustres; el corazón se le encogió como antaño: de la vieja aversión;

¡oh, sí!; en la casa lacada las tempestades de la vida transcurrían silenciosas y mortales.

—¿Y qué, señora? ¿Permanecerá con nosotros?

—¿Yo?... Paro en el hotel.

En esta grisez mortecina surgieron en la ventana unos puntos que miraban asombrados, lucecitas; se llenaban de fuerza; se lanzaban en manchas rojizas; y de lo alto se desprendían: azules, liláceas, negras: ¡las noches!

TACONEABAN SUS ZAPATITOS

Sonaron los timbres.

Criaturas con vestidos azules, blancos, rosáceos, agitaban el aire con gasas, abanicos, sedas, esparciendo una atmósfera de violetas, muguetes, tuberosas; los hombros empolvados pronto se cubrirán de sudor; antes de iniciarse el baile, las caras, los hombros y los brazos desnudos parecían más pálidos y delgados que de ordinario; desplegaban sus abanicos blancos, taconeaban sus zapatitos.

Sonaban los timbres.

Entraban semidioses de pechos recios con fracs muy ajustados, con uniformes y capas: juristas, húsares y simplemente lampiños; irradiaban alegría firme y moderación; penetraban en el círculo brillante de gasas; al poco, un ligero abanico de plumas aleteaba como el ala de una mariposa ante el pecho de un jurista; el húsar del pecho recio intercambiaba triviales alusiones. Y sobre el fondo rojizo del uniforme del húsar destacaba un perfil ligeramente rosado.

En realidad, los Tsukátov no ofrecían un baile: no era más que una velada infantil, en la que habían querido participar los adultos; se rumoreaba que habría disfraces; su aparición, francamente, les habría asombrado. Al dueño, poseedor de dos patillas plateadas, le llamaban Cocó. En esta casa danzante él era Nikolai Petróvich, cabeza de familia, padre de dos niñas: de dieciocho y de quince años.

Estas criaturas encantadoras llevaban vestidos de gasa, calzaban zapatos plateados; amenazaban con los abanicos de plumas al ama de llaves, a la sirvienta, a un activista del zemstvo de dimensiones mastodónticas (pariente de Cocó). Por fin sonó el timbre; se abrió la puerta de la sala incandescente, y el pianista contratado, muy embutido en un frac estrecho, que recordaba un pájaro negro y zancudo, tropezó con el camarero que pasaba, e hizo tintinear la bandeja de cartón, toda ella llena de prendas para el cotillón. El modesto pianista alineó unos cuadernos en el atril; sopló suavemente sobre las teclas y, sin una razón visible, pisó varias veces el pedal, recordando a un concienzudo maquinista de locomotora probando la caldera. Persuadido de que el instrumento estaba en orden, el pianista recogió los faldones del frac, sentado en una banqueta pequeña, arqueó hacia atrás el torso y dejó caer sobre las teclas los dedos; y quedó inmóvil; y un acorde sonorísimo hizo vibrar las paredes.

Nikolai Petróvich Tsukátov esponjó con dos dedos el encaje plateado de las patillas; brillaba su calva, su barba bien afeitada; iba de aquí para allá entre las parejas, ya gastando una broma sin malicia a una cándida adolescente, ya tropezando con los dedos en un bigotudo de pecho recio.

Se estremecían los brillos y las vibraciones. Sonaba estentóreo.

—¡Rrekiulé!...

—¡Balansé vo dam!...

Y otra vez.

—¡Rrekiulé!...

La vida de Nikolai Petróvich Tsukátov había sido un baile continuo; ahora Nikolai Petróvich hacía las últimas cabriolas; un baile sin resentimientos, sin vulgaridades; ni una sola nube empañaba su alma, que resplandecía toda ella igual que su calvicie brillante como el sol, o como la barbilla afeitada entre las patillas, semejante a la luna entre nubes.

Toda la vida se mantuvo en su centro.

Comenzó a bailar de niño; bailaba como nadie; cuando terminó el colegio el baile le proporcionó amistades; al finalizar la carrera, con las amistades se formó un círculo de protectores; el trabajo fue para Nikolai Petróvich una auténtica rumbatela; se bailó una finca que tenía; irrumpió en los bailes de sociedad; con notable suerte trajo a casa a la compañera de la vida, Liubov Alekséevna; resultó que la compañera tenía una buena dote, y Nikolai Petróvich bailó en su propia casa; ahora entraban en danza las dos hijas: la educación infantil.

Y él daba sus últimas vueltas.

EL BAILE

Durante el alegre vals, la antesala era un apéndice: el refugio de las mamas. Liubov Alekséevna, aprovechando la bondad de su marido y que su casa era profundamente indiferente a todo y un lugar neutral, dejaba la dirección del baile a su marido; ella dirigía los encuentros de distintos personajes; aquí se reunía: el activista de zemstvo con el funcionario público, los periodistas con el director de un departamento, el demagogo con el antisemita. A aquella casa acudía Apolón Apolónovich; hasta solía almorzar allí.

Y mientras el marido tejía en el salón una contradanza, en la jovial indiferencia de la antesala se tramaba un contubernio.

También aquí bailaban: a su manera.

Aquella noche fueron cruzando el salón los invitados de la antesala: se abrió paso un personaje auténticamente prediluviano, la expresión distraída, los dobleces en los faldones del frac dejaban asomar la trinchera del pantalón; era un profesor de estadística; del mentón le colgaba la mechosa barba, y sobre los hombros le caían las estopajosas greñas.

De cara a los crecientes acontecimientos, se montaba una estrategia de aproximación entre el sector de los partidarios de reformas no violentas, humanitarias con los hombres de espíritu patriótico, una aproximación de conveniencias, motivada por el alud de mítines. Los partidarios de las reformas graduales humanitarias, sumamente preocupados por el fragor del alud, iniciaron una aproximación a los partidarios de la legislación vigente; no obstante, no se daba el paso hacia la fusión; el profesor liberal se mostró decidido a cruzar este, valga la expresión, fatídico umbral; no olvidemos que fue su firma la que figuraba al pie de la última nota de protesta; y que fue su copa la que en el último banquete, con motivo de la llegada de la primavera, la que se levantó para brindar.

Al entrar en la sala el profesor se desconcertó: el belfo se le despegó; vaciló, sacó del bolsillo un pañuelo, para eliminar la humedad del bigote; pestañeó al paso de las raudas parejas que bailaban la cuadrilla.

Cruzó el salón: a la trémula luz de una araña azulada.

Una voz le detuvo en el umbral.

—¿Capta usted, señora, la concatenación existente entre la guerra japonesa, los judíos y la invasión mongola? Las marrullerías de los judíos rusos y las acciones en China de los Boxers están íntimamente ligadas...

—¡Entendido, entendido!

El profesor se detuvo: era un liberal y partidario de unas reformas profundamente humanitarias: era la primera vez que entraba en esta casa, en la que esperaba encontrar al senador Ableújov; pero al parecer éste no estaba: en cambio, estaba el director de un periódico conservador. Y el profesor de estadística comenzó a resollar y a parpadear encolerizado, aventando con resoplidos la barba mechosa.

La doble papada de la dueña giró en dirección al profesor, en dirección al director del periódico conservador; presentó uno al otro con los impertinentes; ambos se desconcertaron y luego introdujeron los dedos uno en la mano del otro.

El profesor turbado reclinó el cuerpo y bufó y optó por sentarse en una butaca, en la que se retrepó con desasosiego; el director se mantuvo tan campechano... Ableújov habría podido salvar la situación, pero Ableújov... no estaba.

Entre tanto, se escuchaba:

—¿Capta usted, señora, el contubernio judeomasónico?

El profesor no pudo contenerse más; dirigiéndose a la dueña, observó:

—Permítame, señora, exponer la modesta opinión de la ciencia: ¡los datos son de un claro origen pogromático!

Y allí, allí...

El pianista, con un elegante golpe fragoso en las teclas bajas, cayó en una danza musical; la otra mano, con un movimiento profesional, hojeó la partitura; la mano le quedó a medio aire, con los dedos arqueados, a mitad de camino entre el teclado y la partitura, volvió el torso especiente hacia el dueño, mostrando el fulgente esmalte de su blanca dentadura.

Y al encuentro del ademán del pianista Tsukátov asomó la barbilla por entre las patillas, marcando la señal al pianista; y después, con la cabeza ladeada, embistiendo el aire, se adelantó apresuradamente a las parejas, ondulando con dos dedos los ribetes de una patilla canosa; tras él, una criatura angelical desfalleciente arrastró su chal heliotrópico; a su vez, Tsukátov se lanzó hacia el pianista y llenó el salón con un rugido de león:

—¡Pa-de katr, sil vu ple!

Y tras él voló la criatura desfalleciente desplegando su chal heliotrópico. Por el pasillo corrieron ágiles los criados; en alguna parte sacaban y metían mesas, banquetas, sillas; portaban una pila de bocadillos recién hechos en un plato, llevaban un pila de frágiles platillos.

Una pareja tras otra aparecieron en el pasillo; se movieron las sillas.

Ascendió el humo de los cigarrillos en el pasillo, en la sala de fumar; se detuvieron en el vestíbulo; un cadete, arrancándose un guante, con la mano en el bolsillo, con el guante oscurecido, abanicaba sus carrillos; dos niñas abrazadas intercambiaban confidencias arcanas, probablemente recién surgidas.

Desde el pasillo podía verse una esquina del sonoro comedor; hacia allí iban los bocadillos, las botellas de vino y las botellas de gaseosa.

En el salón se quedó únicamente el pianista; se limpió los dedos calurosos y, pasando un trapo por el teclado, el pianista, en presencia del cual los criados fueron abriendo todos los ventanos, caminó indeciso hacia el pasillo barnizado, parecido a un negro pájaro zancudo; iba pensando voluptuosamente en el té con bocadillos.

Hacia la puerta marchó campaneándose una dama de cuarenta y cinco años con una papada cayente sobre el pecho. Y observó con los impertinentes.

Más allá el profesor de estadística se tropezó con el activista del zemstvo que se aburría en un pasadizo, le reconoció, le sonrió amistosamente, con los dedos le atenazó un botón de la chaqueta, como quien se agarra a un salvavidas; y ahora se oía:

«Según rezan las estadísticas... El consumo anual de sal de un holandés normal...»

COMO SI ALGUIEN GIMIERA

Los disfrazados se hacían esperar. Tal vez había sido un rumor.

Tintineó la campanilla; alguien, que no había sido invitado, hacía acto de presencia, pretendiendo darse a conocer; pidió entrar para resguardarse de la niebla, de la humedad callejera; nadie respondió; volvieron a llamar.

En el salón brillante y vacío entró una niña de diez años. Golpeó la puerta; osciló el pomo tallado; entre la pared y la puerta asomó el vacío, un antifaz negro introdujo la nariz.

En la puerta surgió una barba negra de encaje rizado; tras la barba apareció el

raso; la niña sonrió alborozada, batió palmas y gritó: «¡Ya están aquí las máscaras!» Echó a correr hacia el fondo de la casa, donde entre los copos flotantes del humo azulado del tabaco, el brumoso profesor se erguía apenas sobre sus piernas rollizas.

El dominó arrastraba al caminar su raso sanguinolento por el parquet; el fulgor rojizo se reflejaba tenue en las tarimas; era como un charquito de sangre que fuera pasando de una tarima a la otra; a su encuentro caminaron unos pies pesados.

El activista del zemstvo se detuvo desconcertado, mesándose un mechón de la barba; el dominó solitario imploró que no le arrojaran a la bruma petersburguense, a la malsana niebla. El activista del zemstvo, probablemente para gastarle una broma, graznó:

—Hum... Ya...

El dominó marchaba hacia él extendiendo el brazo de un rojo brillante:

—¡Por favor!

La máscara rogaba; inclinó el cuerpo hacia adelante.

—¡Vivir para ver!

De pronto, el activista hizo un ademán con la mano, se dio la vuelta y emprendió el regreso hacia donde, bajo la luz eléctrica azulada, permanecía inmóvil el profesor de estadística, dibujándose borrosamente entre los copos del humo del tabaco; a punto estuvo de derribarle un enjambre de señoritas que llegaban abanicando el aire con cintas y prendas de cotillón.

Aquel enjambre iba a contemplar a la máscara errante; se detuvo a la puerta; las alegres exclamaciones se hicieron un murmullo confuso; se apagó el murmullo, se hizo el silencio. De improviso, a espaldas de las señoritas, alguien recitó:

¿Quién es usted, visitante,
dominó fatídico?
Mirad: en su capa roja
el rostro escondido.

Y alguien le preguntó, indeciso:

—Dinos, dominó: ¿eres tú el que huyes por las avenidas?

—Señores: ¿han leído el *Diario de Petersburgo* de hoy?

—¿Qué dice?

—Pues que otra vez apareció el dominó...

—Pero, señores, eso son tonterías.

De pronto, una de las señoritas, la que había mirado con severidad al inesperado visitante, susurró muy expresivamente a su amiga.

—¡Ay, qué tonterías!

—¡No, mujer, no!

—¿El gracioso dominó tiene la boca cosida?

—Con él no hay nada que hacer...

—¡Pues vaya dominó!

—Anda, toma esto.

Así exclamó el cadetillo; y sobre las abigarradas cabezas de las señoritas lanzó el chorro susurrante de una serpentina. La cinta de papel describió en el aire un arco fugaz; el arco de papel se enrolló, desfalleció y cayó al suelo; el dominó no respondió: únicamente extendió los brazos. De pronto, alguien dijo:

—Señores, vámonos de aquí...

Y el enjambre se fue.

Únicamente la más próxima al dominó vaciló un instante, midió con la mirada al dominó, inesperadamente suspiró; y se fue también.

LA FLACA FIGURILLA

Nikolai Apolónovich observó, como entre una bruma, al honorable activista del zemstvo; a lo lejos, en un laberinto de espejos, desfilaron ante él figurillas de señoritas alborozadas, y cuando de aquel laberinto llegaron, con la cinta de papel de la serpentina, lejanos ecos de preguntas, se asombró como se asombran en sueños, como el reflejo se proyecta hacia la realidad; él observaba todo lo existente como si viera apariencias mudadizas; pero las apariencias a él le habían tomado por un espectro: él las dispersó.

Otra vez llegaron lejanos ecos de acontecimientos, y se volvió confusa y fantasmal — por allí, por allí — pasó rápidamente al salón una figurilla, sin pelo, sin bigote, sin cejas. De la tensión que suponía mirar a través de la hendidura del antifaz, Nikolai Apolónovich sentía picor en los ojos (además, padecía miopía); destacaban los contornos de unas orejas verduscas, por allí, por allí. Tenía algo de conocido, de algo íntimamente vivo, y Nikolai Apolónovich se lanzó al encuentro de la figurilla, para verla de cerca; la figura retrocedió, pareció que se llevaba la mano al corazón, y también miró: Nikolai Apolónovich tenía ante sí una cara familiar, toda cubierta de arrugas, que habían dejado surcos en las mejillas, en la frente, en la barbilla: de lejos se le podía tomar por la cara de un eunuco (más bien joven que viejo); pero de cerca era un viejecito enteco que se destacaba por las patillas; en una palabra, vio ante sus narices a su padre. Apolón Apolónovich, mientras iba repasando los anillos de la cadena del reloj, miraba asustado al dominó de raso que se acercaba: tuvo como una sospecha. Nikolai Apolónovich sintió un temblor desagradable: era el miedo a observar por detrás de la careta aquellos ojos, ante los cuales en circunstancias habituales él siempre bajaba la vista, y la sospecha se volvió adivinación: Nikolai Apolónovich creyó que había sido reconocido. No era cierto; Apolón Apolónovich pensó: este bromista importuno quería aterrorizarle con el símbolo del color rojo.

Se tomó el pulso. Nikolai Apolónovich había advertido en más de una ocasión este gesto furtivo (probablemente el corazón del senador estaba cansado de funcionar). Al ver el gesto, también ahora sintió compasión. Pero Apolón

Apolónovich, pese al corazón exaltado, huyó.

De pronto sonó un timbre: la habitación se llenó de disfraces; unos encapuchados negros formaron un corro alrededor de su compañero de rojo, interpretaron en torno una extraña danza; los faldones les aleteaban; se estiraban y caían las puntas de los capuchones; sobre dos tibias cruzadas llevaban bordada una calavera.

El dominó rojo forcejeó y huyó del salón; los capuchinos corrieron detrás de él; así cruzaron el pasillo e irrumpieron en el comedor; todos los sentados a la mesa hicieron sonar los platos en señal de bienvenida.

—Encapuchados, máscaras, payasos.

Se levantaron las bandadas de señoritas, se incorporaron los húsares y los juristas. Tsukátov, con un vaso de vino del Rhin, rugió un viva:

Y alguien observó:

—Señores, esto ya es pasarse...

Se lo llevaron a bailar.

En el salón el pianista, arqueando la espalda, hizo brincar un mechón de pelo sobre los dedos, que al pasear por el teclado, derramaban trinos: comenzó un trino agudo y arrancó lento el bajo.

Una criatura de falda violeta, después de observar a un capuchino negro, que agitaba su faldón de raso, se asomó a la hendidura de la capucha (desde allí le miraba un antifaz), puso la mano sobre la giba de un payaso listado, que levantó una pierna (la azul), y quebró la obra (la roja); no se asustó la criatura: recogió los bajos de su falda, y dejó asomar un zapatito plateado.

Y comenzó — un, dos, tres...

Tras ellos se pusieron a bailar todas las españolas, los monjes y los diablos; abanicos, espaldas desnudas y velos.

LA POMPADOUR

Todo se desplazaba hacia allí, y allí — allí, se difuminaban: las paredes y el suelo; del surtidor de objetos, de la espuma de muselinas y encajes, allí — allí, surgía una belleza de cabellos muy esponjosos y un lunar en la mejilla: ¡la madama Pompadour!

Los cabellos, rizados en bucles, eran canosos; la borla sobre la polvera se aquietó entre los finos dedos; el talle oprimido, de azul pálido, se reclinó con una careta negra en la mano; tras el corpiño escotado, palpitantes, se sombrearon los pechos, de las angostas mangas ebulían los encajes de Valenciennes; en torno al escote y de más abajo del escote ebulían estos encajes; el miriñaque, como inflado por un hálito de céfiros, tornasolaba con las guirnaldas de hierbas plateadas que formaban suaves festones; en los zapatitos brillaba una argentada borla. Pero así engalanada había perdido belleza; le abultaban excesivamente los labios carnosos; le bizqueaban los ojos: algo había en ella de bruja.

Mávrushka le entregó un bastón claro con empuñadura dorada, de la que colgaban

cintas; al tomar el bastón la Pompadour se encontró en sus manos con una nota: «Si se va, no volverá más a mi casa. Lijutin.»

La madama Pompadour sonrió, clavó la mirada en el espejo, en la turbiedad verdosa; del fondo, de la turbiedad, asomó una cara de cera; volvió la cabeza.

A sus espaldas estaba el oficial, su marido; ella sonrió, levantó ligeramente su miriñaque por el festón, se alejó lentamente de él con reverencias; susurraba, se estremecía su miriñaque, y cuando se vio ante la puerta, con la mano, de la que pendía un antifaz de raso, sonriente, le dejó con un palmo de narices; se oyó su sonora carcajada:

—¡Mávrushka, el abrigo!

Entonces el teniente Lijutin, tranquilo y sonriendo al antifaz, taconeó sonando las espuelas; y servicial cogió el abrigo de pieles de ella; aún más servicial, le ayudó a colocárselo sobre los hombros, abrió la puerta de par en par, y con un ademán galante, señaló hacia la oscuridad de la noche; cuando ella pasaba, susurrando, a la oscuridad, el seguro servidor volvió a sonar las espuelas; la oscuridad se abalanzó sobre ella desde todas partes, y la puerta de entrada golpeó; Serguei Serguéévich Lijutin, con los mismos ademanes resueltos, fue pasando de habitación en habitación y apagando las luces en todas ellas.

LO FATAL

El pianista acometió un acorde bronco y retiró la mano; con un movimiento profesional de la otra hojeó la partitura; inesperadamente, Nikolai Petróvich Tsukátov asomó de entre las patillas la barbilla afeitada, y exclamó:

—¡Pa-de katr, sil vu ple!...

Nikolai Apolónovich, que no había reconocido a la madama Pompadour, le ofreció el brazo; la madama Pompadour miró al caballero de rojo con un movimiento del antifaz alzado, le ofreció la mano desfalleciente; con la otra mano (con el abanico aleteante) enguantada en gamuza, la madama Pompadour recogió el ruedo de su falda azul y dejó asomar un zapatito.

Y comenzaron el baile.

Un-dos-tres; ¡y la pirueta con el piececito!

—¿Me has reconocido?

—No.

Uno-dos-tres y una pirueta, y asomó un zapatito.

—Tengo una carta.

Tras la primera pareja —el dominó y la marquesa—, se animaron: los arlequines, las españolas, las criaturas de muselina, los abanicos, las espaldas plateadas y los velos.

Una mano del dominó rojo abarcó el talle azul, y la otra mano, tomando la mano, sintió en la mano una carta; los brazos verdes, negros y de paño de todas las parejas,

junto con los brazos rojos de los húsares, abarcaron todos los finos talles de las danzantes helio trópicas, perlinas, susurrantes.

Apolón Apolónovich mantenía en secreto que padecía del corazón; el ataque de hoy lo había provocado la aparición del dominó rojo: el rojo era el emblema del caos que arrastraba a Rusia a la ruina.

Apolón Apolónovich se sentía avergonzado de su miedo.

Mientras se recuperaba de la debilidad, lanzaba miradas al salón; las imágenes que por él se movían tenían un sabor repugnante: vio a un monstruo con una cabeza bicéfala de águila; cruzó un caballero de cuerpecillo enteco con el filo de la espada rutilante, a imagen y semejanza de un fenómeno lumínico: corría confuso y opaco, sin pelo, sin bigote, destacando por los contornos de unas orejas verduscas y por la cruz de diamantes que le colgaba del pecho; entre las máscaras y encapuchados surgió un ser unicornio que se lanzó contra el cenceño caballero y quebró el fenómeno lumínico; a lo lejos algo tintineó y cayó semejante a un rayo; esta imagen trajo a la memoria de Apolón Apolónovich un suceso ocurrido; sintió su espina dorsal y pensó que padecía de *tabes dorsalis*; dio la espalda al salón; pasó a la antesala.

Al aparecer él, todos se levantaron, y el profesor de estadística farfulló:

—¡En otra ocasión ya tuvimos el placer de encontrarnos! Encantado de verle; tengo un asunto que comunicarle, Apolón Apolónovich.

Apolón Apolónovich respondió secamente:

—Yo recibo de una a dos en el Negociado.

Con esta respuesta él hacía inviable el encuentro con el gobierno... la coyuntura se malograba; al profesor sólo le quedaba abandonar aquella casa y en adelante, libre de trabas, levantar su copa en los banquetes.

El director del periódico conservador sermoneaba:

—Ustedes creen que con la ruina de Rusia se llegará a la igualdad social. ¡De ninguna manera! Nos quieren sacrificar al diablo.

—¿Cómo? —se asombró la dueña.

—Usted se asombra porque no ha leído nada...

—Pero, perdón —intercaló una palabra el profesor—, usted se apoya en las difamaciones de Taxil...

—¿De Taxil? —le interrumpió la dueña.

Sacó una libreta y anotó:

—¿Taxil?

—Se disponen a inmolarnos: las altas esferas de la masonería profesan el palladismo... Ese culto...

—¿Palladismo? —interrumpió la dueña, y volvió a anotar en la libreta.

—Palla... ¿qué?

Pasó una bandeja con zumo de frutas; la colocaron en una habitación entre la antesala y el salón; del ondulante vaho se evadía de cuando en cuando una niña llena de luces, con la carita encendida; se evadía e irrumpía en la habitación vecina, en

zapatillas de seda blanca, con taconeado apresurado, apresuradamente echaba de la jarra el líquido ligeramente agrio: lo engullía.

Tras ella aparecía un jurista con atronadora voz de bajo y erres francesas, que arrebatava a la niña el zumo y sorbía del vaso.

Y la pareja feliz se lanzaba al salón efervescente; el jurista abrazaba con el guante de nieve el talle de la niña; la niña se recostaba sobre el guante de nieve; ambos de pronto por el salón se lanzaban a un vuelo embriagador, a una mecedura embriagadora, movían los pies y rasgaban los vestidos volátiles y los abanicos en torno a sí; ellos mismos se transformaban en fulgente rocío.

—Taxil levantó contra los masones un abominable falso testimonio, y creyeron en la mentira ésa; posteriormente, Taxil reconoció: su declaración al papa sólo pretendía poner en evidencia la ignorancia del Vaticano, y por ello fue anatematizado.

Entró un personajillo inquieto con una enorme verruga junto a la nariz, sonrió al senador, sobándose los dedos; le llevó a un rincón:

—Verá usted... Apolón Apolónovich... el director del departamento N. N., me ha encomendado... hacerle a usted una pregunta delicada.

Se oyó cómo el personajillo susurraba a la oreja pálida y Apolón Apolónovich como aterrado:

—Hable claro...

—De eso precisamente se trata.

—¿Es mi hijo?

—Es lamentable que la broma se haya salido de lugar, que la prensa...

—¿Sabe usted: a la policía de Petersburgo le hemos dado...

—Por supuesto, sólo es por su bien...

El senador preguntó:

—¿Dice usted que un dominó?

—Efectivamente.

El personajillo inquieto señaló hacia la habitación vecina, donde un dominó cargado de hombros, brusco de ademanes, arrastraba su raso por las tablillas del parquet.

EL ESCÁNDALO

El dominó pasó del salón de baile a una habitación; allí, en un rincón, rasgó el papel de un sobre; crujió la cuartilla en las manos susurrantes; el dominó, pretendiendo ver mejor, subió el antifaz hacia la frente: los encajes de la barba bordearon la cara en dos esponjosos pliegues como las dos alas de un sombrero; temblaba la mano y temblaba la nota; brotó el sudor de su frente.

El dominó ahora no veía a madama Pompadour, que le observaba desde un rincón; se enfrascó en la lectura; echó a los lados sus vuelos de raso y dejó asomar un

traje de calle: una chaqueta verde oscuro; Nikolai Apolónovich sacó unas lentes de oro y, aplicándolas a los ojos, se inclinó hacia la nota.

De pronto echó todo el cuerpo atrás; su mirada quedó inmobilizada por el terror; no la veía a ella, y Sofía Petrovna se disponía ya a salir del rincón, porque no podía soportar esas miradas; alguien entró; el dominó ocultó nervioso la nota entre los dedos, pero el dominó olvidó bajar la careta; permanecía con el antifaz levantado, la boca entreabierta y la mirada invidente.

Llegó una niña, se detuvo ante el espejo, ató, colocando el pie en la silla, su zapatito blanco.

De pronto descubrió al dominó con el antifaz levantado y, al verle, exclamó:

—¡Pero si es usted! Nikolai Apolónovich, hola. ¿Quién le iba a reconocer?

Nikolai Apolónovich se estremeció, dio un extraño paso a un lado y se fue corriendo al salón.

Allí estaban dos hileras de danzantes con vislumbres de sedas rosadas, perlinas, heliotrópicas, azules y blancas; chales, velos, mantillas, abalorios.

Allí estaban dos hileras de danzantes vestidos con el paño negro, verdoso y rojo de los húsares, con cuellos dorados y hombros falsos.

Pero ante las máscaras pasó rápido Nikolai Apolónovich, y el raso sanguinolento se arrastraba tras él por el suelo lustroso.

La huida del dominó rojo con el antifaz levantado, con la cara descubierta, provocó un auténtico escándalo; algunos abandonaron sus sitios; se produjeron casos de histeria; las máscaras asustadas mostraron sus caras asombradas; al reconocer a Ableújov en el fugitivo, Shpóryshev le agarró por la manga: «Nikolai Apolónovich, por Dios, dígame, ¿qué le pasa?» Nikolai Apolónovich esbozó una sonrisa dolorosa, en un intento de reír, pero la sonrisa no le salió; desapareció por la puerta.

Las señoritas intercambiaban sus impresiones; las máscaras, que hacía unos instantes se deslizaban misteriosas, los paladines, los arlequines, las españolas, habían perdido su razón de ser; debajo de la máscara del monstruo bicéfalo, que se dirigía corriendo hacia Shpóryshev, salió una voz:

—¿Qué significa todo esto?

Y Shpóryshev reconoció la voz: ¡Werhefden!

La confusión del salón de baile se desbordó a la antesala: en la trémula luz azul los visitantes de la sala, brumosos entre los copos del humo azulenco del tabaco, observaban sobresaltados; destacaba la figurilla enjuta del senador: los labios apretados, las dos patillas y el contorno de las ojeras; así apareció caricaturizado en la portada de una revistucha.

En el salón de baile flotaba una epidemia de conjeturas en torno a la extraña conducta del hijo del senador; se decía, en primer lugar, que la conducta había sido provocada por no se sabía qué drama; y corrió el rumor de que Nikolai Apolónovich era precisamente el dominó que había causado alboroto en la prensa.

¿Y SI...?

Sofía Petrovna Lijútina se detuvo en medio del salón. Ahora tomaba conciencia de su terrible venganza: el sobre había pasado a poder de él; apenas comprendía lo que había hecho; el día anterior tampoco logró comprender lo que estaba leyendo. Ahora se le revelaba en toda su claridad el contenido de la nota: en la nota, a él le conminaban a arrojar una bomba que, al parecer, guardaba en su mesa; al parecer, le proponían que la arrojara contra...

Sofía Petrovna permanecía entre las máscaras con el talle ligeramente inclinado, intentando medir el alcance de todo aquello: indudablemente, se trataba de una broma malvada y canallesca; era una broma para asustarle a él; él era... un cobarde. Pero ¿y si... la carta decía la verdad? ¿Si... Nikolai Apolónovich guardaba en su mesa una bomba? ¿Y si llegara a oídos de alguien? ¿Le detendrían?...

Después se revolvió intranquila; se estremecieron en ella los encajes de Valenciennes, y la falda brillaba con la guirnalda de ligeros festones. Un grupito de matronas cejicanas se disponía a abandonar un baile *tan* divertido; aquélla, estirando el cuello, llamaba a su hija, una *paysanne*; llevándose a los ojos unos impertinentes minúsculos, se tranquilizaba ésta; se respiraba la ansiosa atmósfera del escándalo.

Y se escuchaban lamentaciones y murmullos.

—¿Pero ha visto usted? ¿Pero entiende usted esas cosas?

—No me hable: es horrible...

—Siempre lo he dicho, *ma chère*, que él había hecho de su hijo un malvado; *tante Lise* lo decía, y lo decía también *Nicolas*.

—¡Pobre Anna Petrovna, cómo la comprendo!...

—¡Ahí está él!

—Tiene unas orejas horribles...

—Figura como candidato a ministro...

—Hundirá el país...

—Hay que decírselo...

—Y los Tsukátov le hacen la rosca, que da vergüenza verlo...

—No se atreverán a preguntar por qué nos vamos... La señora Tsukátov procede de familia de popes.

¿Y si... es cierto que Nikolai Apolónovich la guarda en su mesa?... Puede dar un empujón a la mesa (es distraído). Probablemente de noche se siente ante esa mesa a estudiar: con el libro abierto. Sofía Petrovna se imaginó claramente la frente esclerótica de Ableújov con venas azulencas sentado ante la mesa (en la mesa estaba la bomba). Una bomba no se puede tocar. Y Sofía Petrovna Lijútina se estremeció.

De pronto, a Sofía Petrovna se le pegó un señor muy gordo (un español granadino); ella se hizo a un lado y el español granadino también se hizo a un lado:

—Usted no es una señorita: es una pichona.

—¡Lippánchenko! —ella le golpeó con el abanico.

—¡Lippánchenko!, explíquemelo...

Pero Lippánchenko la interrumpió:

—No se haga la ingenua.

—¡Lippánchenko!

—Yo he visto cuando usted le entregaba...

Rió él con voz aceitosa:

—En esta noche maravillosa, venga conmigo...

Se deshizo de Lippánchenko.

A sus espaldas él repiqueteó las castañuelas.

Y si no fuera una broma, si fuera... ¡No, no! Cosas tan horribles no pasan en el mundo; no hay alimañas capaces de obligar a un hijo loco... Son bromas de los compañeros. Qué tonta, mira que asustarme de una broma de los amigos. Pero él, pero él; también a él le había asustado la broma de los amigos; él no era más que un cobardón: corría allí (ante el Canalillo de Invierno); para ella el Canalillo no era un lugar prosaico cualquiera, del que se pudiera salir huyendo...

No se había comportado como un Guerman: resbaló y cayó, enseñando las trabillas de los pantalones; ahora, no había visto la gracia a la broma de sus amigos revolucionarios; no la había reconocido a ella en la portadora de la carta: cruzó corriendo el salón, provocando la carcajada de las damas y los caballeros. ¡No, Serguei Serguéevich Lijutin tiene que darle un buen correctivo a ese descarado y cobarde!... Que le rete a un duelo.

¡Serguei Serguéevich Lijutin!... Desde la tarde de ayer él se comportaba de la manera más indecorosa: se soplabla el bigote y crispaba los puños; aparecer en el dormitorio en calzoncillos; andar paseando al otro lado de la pared hasta la madrugada.

Recordó vagamente los gritos demenciales de ayer, los ojos inyectados en sangre y el puño caído. ¿Se habría vuelto loco? Hacía tiempo que era sospechoso: el silencio de los tres meses; las escapadas sospechosas al trabajo; ella se sentía tan sola y desamparada; ella quería que su marido la abrazara como a una niña y la llevara en brazos...

En vez de eso, se le arrimó el español:

—¡Ah, ah! ¿No se va?...

¿Dónde estaría Serguei Serguéevich? Ella tenía miedo a regresar a su pisito de la Moika, donde él permanecería al acecho como una fiera.

Golpeó con los tacones:

—¡Se va a acordar de mí!...

Y otra vez:

—¡Se va a acordar de mí!...

Sofía Petrovna Lijútina se estremeció cuando recordó el gesto de Serguei Serguéevich al ponerle la rotonda. ¡Qué ademán! Y ella se había echado a reír,

levantando ligeramente el miriñaque por los festones, y se había alejado con reverencias (¡por qué no habría hecho una reverencia al entregar la carta si hacía las reverencias con donaire!). Tenía miedo a regresar a casa.

Pero aún más miedo le daba permanecer aquí; casi todos se habían marchado ya, los jóvenes y las máscaras; el dueño de la casa andaba contando una anécdota; lanzó una mirada triste al salón casi vacío y a la multitud de arlequines.

Pero los arlequines, apiñados, se comportaban de una manera extraña. Uno de ellos se puso a danzar y a cantar:

Los von Sulitz se fueron,
Ableújov se largó
y las calles y plazas
se llenan de un rumor.
Al senador mimaste
tú, mísero adulón,
pero no existen leyes,
no hay reglas de excepción.
Ese perro patriótico
tiene mucho blasón,
pero hoy es cosa fácil
un acto de terror.

Nikolai Petróvich comprendió en seguida que el verso era indecente; se puso muy colorado, observó campechano a un arlequín color zanahoria, y se apartó de la puerta.

Los huéspedes se habían ido casi todos, y Lijútina recorría solitaria las salas; en la crujía desierta vio un dominó blanco surgido de improviso, y

—y alguien, doliente y largo, al que creyó haber visto un sinfín de veces, envuelto todo él en raso blanco, fue a su encuentro por las salas ya casi vacías; tras la hendidura de la careta le observaba la luz serena de sus ojos que se derramaba de su noble frente, de sus dedos huesudos...

Sofía Petrovna se dirigió con confianza al simpático dueño del dominó:

—¡Serguei Serguéevich!...

Sí, no cabía duda: él, arrepentido del escándalo de la víspera, había acudido a buscarla.

Sofía Petrovna llamó al doliente y largo:

—¿Es usted, verdad?...

Pero el doliente y largo movió lentamente la cabeza y le impuso silencio.

Confiada, tendió la mano al dominó blanco. ¡Qué frío era el raso! Y su mano susurró al tocar el brazo blanco, y se colgó de él desfalleciente (el brazo del dueño del dominó era leñoso); bajo el encaje blanco asomó un matojo de barba, como un ramillete de espigas.

—¿Me ha perdonado?

Bajo la máscara respondió un suspiro.

—¿Por qué calla?

El doliente y largo callaba.

Pasaron al vestíbulo: les rodeaba lo inexpresable; aquí lo inexpresable estaba en torno. Ella se quitó el antifaz negro, hundió la cara en las pieles; el doliente y largo se puso el abrigo, pero no se quitó la careta. Sofía Petrovna miró asombrada al largo: se asombró de que no le dieran un capote de oficial, sino un abrigo raído, del que asomaron de una manera extraña las manos. Toda ella se lanzó hacia los lacayos, que observaban la escena; les rodeaba lo inexpresable; lo inexpresable estaba en torno.

En el umbral iluminado el doliente y largo movió lentamente la cabeza y la mandó callar.

El cielo estaba cubierto de nubarrones sucios; descendió a la tierra la niebla, convertida en bruma, entre la que asomaban las manchas rojizas de los faroles; sobre una mancha rojiza, encorvada, se cernía un atlante de la entrada; ¡cómo pendía! Asomó una parte de la casa vecina con las ventanas arqueadas y con talladuras de madera; la silueta del acompañante desconocido se elevaba ante ella.

Agitó la mano en la bruma:

—¡Cochero!

Y lo comprendió todo: la silueta triste tenía una voz dulce

—que ella había oído infinitas veces (hacía tan poco, hoy mismo): en sueños; ¡y ella lo había olvidado!...

Una voz hermosa y dulce, pero... no había duda: no era la voz de Serguei Serguéevich. Y ella habría deseado que este hombre hermoso, extraño, fuera su marido. Pero el marido no había venido.

¿Quién podía ser?

La aparición desconocida elevó la voz: que se volvía más y más recia; y parecía: bajo la máscara se ocultaba Alguien Enormemente Grande. El silencio se abalanzaba sobre la voz; respondió un perro. La calle corría hacia allá.

—¿Quién es usted?

—Todos renegáis de mí, mientras yo velo por todos, renegáis y al final me llamáis...

Sofía Petrovna Lijútina creyó por un instante que había comprendido: las lágrimas le agarrotaron la garganta; sintió deseos de postrarse ante aquellas piernas delgadas y rodear con los brazos las finas rodillas del desconocido, pero en ese instante traqueteó un coche; y el cochero entró en la luz de un farol: la aparición le ayudó a subir al coche; cuando ella extendió implorando los brazos temblorosos, la aparición le impuso silencio.

Arrancó el coche: ah, si se hubiera detenido y dado la vuelta.

OLVIDÓ LO SUCEDIDO

Sofía Petrovna Lijútina olvidó lo que había sucedido, el pasado desapareció en la noche negra; lo irreparable se aproximaba; lo irreparable le rodeaba; hacia el pasado desaparecieron la casa, el apartamento y el marido; no sabía dónde iba; detrás de ella se desprendió el trozo de lo recién ocurrido: el baile de máscaras, los arlequines; y hasta el doliente y largo; ni sabía de dónde venía.

Después de lo reciente se desprendió todo el día aquel; las porfías con madame Farnois por lo de *Maison Tricotons*; se remontó más atrás para hallar un apoyo a su conciencia; a lo vivido el día anterior, pero ese día se desprendió como las piedras del adoquinado; y retumbó al chocar en un fondo oscuro. Y se oyó un golpe que rompía las piedras.

Le pasó por la memoria el amor del verano desdichado y fatídico; y se desprendió de la memoria; y se escuchó un golpe que rompía las piedras; pasaron, y se desprendieron sus conversaciones primaverales con *Nicolas Ableújov*, los años de matrimonio, la boda: así el vacío arrancaba y tragaba su vida trozo a trozo. Y se oían golpes metálicos, que rompían las piedras. Pasó toda su vida y desapareció toda su vida; su vida nunca había existido; como si ella no hubiera nacido a la vida; el vacío comenzaba para ella detrás mismo de su espalda (todo allí se había hundido); el vacío se prolongaba en los siglos; en los siglos sólo se oía un golpe tras otros: eran trozos de vida que caían; un caballo metálico atabaleaba, golpeando sonoro las piedras; tras la espalda de ella él hollaba lo ya desprendido; allí, a su espalda, se lanzó en su persecución el Jinete de metal.

Ella se volvió y contempló el espectáculo: el Poderoso Jinete... Allí dos ollares encendidos atravesaban la neblina con un haz de fuego.

Sofía Petrovna se volvió: un postillón, con una antorcha alzada en la niebla adelantó su coche. Resplandeció un pesado casco de bronce; tras ella, fragorosa, encendida, volaba una brigada de bomberos.

—¿Es un incendio? —preguntó al cochero.

—Dicen que arden las islas...

Eso le contestó el cochero desde la niebla; el coche se detuvo en la Moika.

Todo apareció ante ella con un prosaísmo aterrador; como si no hubieran existido las máscaras danzantes ni el Jinete. Ahora las máscaras se le antojaban unos bromistas, tal vez conocidos, asiduos de su casa; y el doliente y largo quizá fuera alguno de los *compañeros* (le estaba agradecida por haberla acompañado hasta el coche). Sofía Petrovna se mordió disgustada el labio carnosos; ¡cómo pudo confundirle con el marido y susurrarle al oído la confesión de una absurda culpa! Eso iba a suscitar habladurías...

Golpeó la puerta del vestíbulo con indignación; la puerta se estremeció con indignación. Le envolvió la penumbra, lo inenarrable le embargó por un instante; pero Sofía Petrovna Lijútina se puso a pensar: mandarí a Mávrushka encender el

samovar; mientras el samovar hervía ella le pondría las orejas coloradas al marido; cuando Mávrushka pusiera el samovar sobre la mesa, ella se reconciliaría con el marido.

Sofía Petrovna Lijútina llamó; el timbre transmitió la noticia al apartamento nocturno; ahora escucharía los pasos apresurados de Mávrushka; los pasos no se escuchaban. Molesta, Sofía Petrovna repitió la llamada.

Basta que salgas de casa para que esa boba... Y el marido, otro que tal: la está esperando impaciente, ha oído el timbre, se ha dado perfectamente cuenta que la criada se ha dormido. ¡Pero ni se mueve! ¡Como si nada! ¡Está enfadado!

Sofía Petrovna llamaba a la puerta: trepidaban los timbrazos... ¡Nadie! Arrimó la cabecita al ojo de la cerradura; tras la cerradura, a una vara de la oreja, se oía claramente un jadeo entrecortado. Cielo Santo, ¿quién podría jadear de esa manera?

¿Mávrushka? No, no era Mávrushka... ¿Serguei Serguéevich Lijutin? Sí, era él. ¿Por qué callaba, no abría y respiraba entrecortadamente?

Presintiendo algo malo, Sofía Petrovna se puso a aporrear la puerta desesperadamente:

—¡Ábranme!

Tras la puerta seguía entrecortado el terrible jadear.

—¡Serguei Serguéevich! Ya está bien...

Silencio.

—¿Qué le ocurre? ¿Eh?

Tu-tu-tu —se retiró.

—¿Qué será eso? Dios mío: tengo miedo, tengo miedo...

Algo aulló con fuerza y se apartó rápidamente de la puerta, se movía y movía las sillas; crujió sonora una lámpara y traqueteó una mesa desplazada. Todo calló.

Y después se escuchó un horrísono estruendo, como si el techo se hubiera venido abajo y como si se hubiera desprendido el cielo raso; de este estruendo a Sofía Petrovna Lijútina sólo le impresionó un ruido: el de un pesado cuerpo humano al desplomarse.

LA ALARMA

A Apolón Apolónovich Ableújov, hablando trivialmente, le fastidiaba salir de casa; una salida con sentido era la salida para informar al ministro, como en una ocasión le observó el titular del ministerio de Justicia.

A Apolón Apolónovich le fastidiaban las conversaciones directas mediocres, que obligaban naturalmente a mirarse mutuamente a los ojos. De su mesa salían los cables telefónicos: a todas las secciones. A Apolón Apolónovich le producía placer el susurro del teléfono.

Sólo en una ocasión al preguntar de qué departamento llamaban, alguien pegó un manotazo a la membrana del teléfono: Apolón Apolónovich sintió como si le

hubieran dado una bofetada.

Todo intercambio verbal tenía un propósito diáfano y recto como la línea. Todo lo demás servía para las meriendas y las tertulias: él consideraba que los rusos eran unos borrachos y unos consumidores de nicotina (él proponía elevar los impuestos sobre estos últimos productos); al hombre ruso le traicionaba la nariz roja: Apolón Apolónovich arremetía como un toro contra todo lo rojo.

Él estaba dotado de una naricita gris y de un talle fino como el de una dieciseisañera; y se sentía orgulloso de ello.

Apolón Apolónovich fue a casa de los Tsukátov con un solo objetivo: asestar un golpe al departamento que últimamente venía coqueteando con el Partido moderado, sospechoso, no de subvertir el orden establecido, sino de trastocarlo ligeramente. Apolón Apolónovich detestaba las medias tintas.

Apolón Apolónovich disgustado se consideró obligado a permanecer en casa de los Tsukátov, centrándose en la observación de un objeto: en las convulsiones de los pies danzantes y en los sanguinolentos pliegues de los trajes de los payasos; él ya había visto aquellos trapos: en la plaza, ante la catedral de Kazán; allí los trapos se llamaban banderas.

Los trapos rojos en una velada, en presencia de un jefe de Negociado, le parecieron una broma pesada; las convulsiones de los pies danzantes traían a la imaginación una penosa medida para poner fin a la delincuencia.

Apolón Apolónovich se volvió antipático.

Pensaba: si se permiten estas danzas aparentemente inofensivas, las danzas continuarán en la calle.

Apolón Apolónovich había bailado en su juventud: la polca-mazurka, el lancero.

Una circunstancia empeoraba aún más su triste estado de ánimo: el estúpido dominó le había provocado un ataque de angina (aunque tenía sus dudas sobre si era un ataque de angina). Pues, bien: el dominó, el bufón, chocó con él en el salón; haciendo muecas vino corriendo hacia él.

Apolón Apolónovich intentó recordar dónde había visto aquellas muecas: no logró recordarlo.

Apolón Apolónovich permanecía sedente, estirado; y con una taza de porcelana en la mano; perpendicularmente a la alfombra se apoyaron sus piernecitas de magras pantorrillas, las partes inferiores, que con las superiores formaban ángulos rectos de noventa grados; Apolón Apolónovich parecía un egipcio dibujado sobre un tapiz.

Apolón Apolónovich exponía el sistema de prohibiciones al profesor de datos estadísticos, líder del Partido moderado, y al director del periódico revolucionario, de extradición eclesiástica liberal.

El no tenía nada que ver con ambos: ambos tenían barrigas abultadas; ambos, por supuesto, tenían la nariz roja (de las bebidas alcohólicas). Uno era hijo de pope; Apolón Apolónovich tenía una debilidad comprensible: no soportaba a los hijos de pope. Cuando Apolón Apolónovich por razones de servicio hablaba con un pope,

siempre sentía un olor a pies sudados.

De pronto Apolón Apolónovich comenzó a moverse entre las chaquetas pertenecientes al hijo del pope y al traidor moderado; su excitación se debía a una conmoción del tímpano: el pianista volvió a caer de dedos sobre el piano y él captaba los acordes sonoros como si se tratara de un rechinar de cristales.

Apolón Apolónovich observaba las convulsiones de las piernas pertenecientes a los criminales: perdón, a los jóvenes danzantes; su atención fue requerida nuevamente por el dominó.

En vano intentó Apolón Apolónovich recordar dónde le había visto. No podía recordarlo.

Y cuando se le acercó reverente aquel personajillo detestable, Apolón Apolónovich se animó sumamente.

El personajillo detestable era una figura imprescindible de la época de transición, y Apolón Apolónovich en principio criticaba la existencia de esa figura; pero... ¿qué se iba a hacer? La figura existía y había que transigir con ella. El personajillo detestable tenía la virtud de que, sabiendo su valía, no se engalanaba con frases sonoras, como el profesor; y no daba indecorosos puñetazos, como el director del periódico: él, silencioso y modesto, prestaba sus servicios interdepartamentales, aunque estaba subordinado a un departamento. Apolón Apolónovich apreciaba al personajillo, por que él no intentaba situarse en un pie de igualdad; en una palabra, era un lacayo llano. Con los lacayos Apolón Apolónovich era sumamente cortés.

Y Apolón Apolónovich se sumergió en la conversación con el personajillo.

Se enteró de algo que le dejó como fulminado: el dominó sanguinolento, en el cual acababa de pensar, era, según el personajillo... No (Apolón Apolónovich retorció la cara, como si hubiera visto cortar un limón): ¡el dominó era su hijo!...

¿Era *su propio hijo*? El hijo podía muy bien ser hijo de Anna Petrovna, debido a una supremacía casual en él de la sangre materna; y en la sangre materna según las indagaciones... había sangre de pope (Apolón Apolónovich había hecho las indagaciones a raíz de la huida de su esposa). La sangre de pope había *echado a perder* la línea de los Ableújov, regalándole simplemente un hijo *infame*; sólo un abortón podía perpetrar *semejantes cosas* (en la familia de los Ableújov jamás había ocurrido nada semejante).

Lo que más hirió al senador fue que este abominable proceder del hijo había trascendido ya a la prensa judía; Apolón Apolónovich lamentó no haber encontrado tiempo para echar un vistazo al *Diario de Sucesos*.

Apolón Apolónovich se levantó con la intención de pasar a la habitación contigua, pero de la habitación a su encuentro salió un colegial, embutido en un traje; Apolón Apolónovich estuvo a punto de ofrecerle la mano: se fijó mejor y vio: ... Apolón Apolónovich había equivocado la situación de las habitaciones y poco le había faltado para empotrarse en el espejo.

Apolón Apolónovich, excesivamente nervioso, se acercó a las mesas de juego

revelándose inusitadamente cortés y curioso con respecto a distintos temas: al estadista le preguntó sobre la provincia de Ploshchegorsk; al activista del zemstvo le preguntó sobre el consumo de pimienta en la isla de Terranova.

Llegaron hasta él ciertos murmullos y risitas de mala fe; la convulsión de las piernas danzantes de pronto cesó: por un instante su espíritu se serenó. Pero después el cerebro le funcionó con una claridad aterradora; el fatídico presentimiento quedó confirmado: su hijo era un grandísimo malvado, ¡durante varios días consecutivos ponerse el dominó, cubrirse con antifaz, mantener en jaque a la prensa judía!

Con sus danzas Nikolai Apolónovich había llegado a... (no logró precisar claramente *a dónde*).

En cualquier caso Apolón Apolónovich sería relevado del cargo: él no podía mantenerlo sin antes haber lavado las ignominiosas e infamantes manchas del hijo canallesco.

Apolón Apolónovich ofreció el dedo a todos los presentes y salió corriendo del salón, acompañado de los dueños; al cruzar la antesala, miró hacia las paredes, vio: el grupito de las comadres cejicanas murmuraba.

Hasta su oído llegó:

—Polluelo.

Apolón Apolónovich no soportaba los pollos decapitados que se vendían en las pollerías.

LA CARTA

Nikolai Apolónovich salió de casa un cuarto de hora antes que el senador; desconcertado, se encontró de pronto ante la puerta de los Tsukátov: como si estuviera sumergido en una modorra impenetrable, en una oscura humedad, se puso a contar maquinalmente los coches parados y a seguir los movimientos de un personaje doliente y largo que velaba por el orden.

De pronto el doliente y largo pasó delante de sus narices: era el policía del barrio; enojado por la presencia del estudiante con capote, agitó su rubia barbita de lino. En medio de la modorra impenetrable, de la oscura humedad asomó la mancha rojiza de un farol; apareció un trozo de la casa vecina; la casa era negra, de una planta, con esculturas talladas en madera.

Apenas Nikolai Apolónovich dio unos pasos, observó cómo en un charco chapoteaban unas cosas blandas; intentó dominarlas: las cosas blandas no le obedecían; tenían todas las apariencias de piernas, pero él no sentía las piernas (no tenía piernas); y cayó sentado en el zócalo de la casa negra.

En su situación era natural; desabrochó con naturalidad la capa, dejando asomar la mancha roja del dominó; hurgó en los bolsillos y extrajo un sobre arrugado; lo releyó, intentando hallar el indicio de una broma, o la huella de una burla: «Con referencia a su oferta del verano, nos apresuramos, camarada, a poner en su

conocimiento que se le encomienda la consumación del hecho...» Nikolai Apolónovich no pudo seguir leyendo, porque más adelante aparecía el nombre de su padre, y después: «El material necesario, en forma de bomba, le ha sido entregado en fecha oportuna, en un hatillo; hemos de rogar a usted la consumación del hecho en los días próximos...» Seguía una consigna: conocía la consigna y la letra; había escrito la carta el Desconocido.

No cabía duda.

Nikolai Apolónovich sintió cómo le desfallecían los brazos y las piernas, se le desprendió el labio.

Intentó asirse a pensamientos ociosos: sobre el número de libros que cabrían en una balda de la librería, y sobre los festones bordados en la falda de una persona antes amada (que esa persona se llamaba Sofía Petrovna, no le venía a la memoria).

Se esforzaba por no pensar, por no comprender: ¿pero acaso *aquello* requería comprensión? Aquello *había llegado*, le *había aplastado*, *rugía dentro de él*. Sólo de pensarlo era para tirarse al río...

En su interior algo mugió quejumbroso, como un buey bajo el cuchillo del matarife.

Intentó concentrarse en lo que le rodeaba: un hermoso atlante... ¡Pero, no! Jamás había visto nada semejante: colgaba arqueado sobre el fuego. ¿Y aquella casita negra? Una casita de tantas...

¡Mas, no!

¡Aquella casita no estaba allí por casualidad! ¡Que no y que no! Todo dentro de él estaba retorcido, desgarrado; él mismo estaba desgarrado de sí mismo.

Las piernas... — ¡Que no! Aquello no eran piernas; aquello eran unas cosas blandas que colgaban inútiles.

El portal de la casa, en la que poco antes se había comportado tan neciamente, se abría: de allí salían; de allí arrancaban los coches, se ponían en marcha las luces de los faroles. Nikolai Apolónovich se levantó con esfuerzo del zócalo de la casa: hacia el callejón.

El callejón estaba vacío: vacío como su alma. Por un instante quiso recordar que los sucesos del mundo precederо no atentan en absoluto contra el pensamiento y que la materia pensante no es más que un fenómeno de la conciencia; pero el auténtico espíritu contemplativo sería capaz de iluminarle: incluso con *eso*; de iluminarle incluso... en *eso*... *Eso* le rodeaba por todas partes: se levantó formando muros; a sus pies descubrió él: un pasadizo y un charco.

Y la luz no lucía en las tinieblas.

La conciencia se esforzaba por iluminar; y no lo conseguía: ¡la oscuridad era horrible! Lanzando miradas a un lado y a otro llegó hasta la mancha de luz de un farol; bajo la mancha barbotaba el arroyo y navegaba una cáscara de naranja.

Nikolai Apolónovich volvió a leer la carta:

«Con referencia a su ofrecimiento del verano» —releía Nikolai Apolónovich

procurando hallar algo a lo que poner reparos; y no encontraba nada.

«Con referencia a su ofrecimiento del verano...» Él se había ofrecido; lo tenía olvidado: sólo lo recordó en una ocasión, pero después surgió la historia del dominó; recorrió con la memoria el pasado reciente: había allí una mujer: una mujer, nada del otro jueves.

Ni existía el centro de la conciencia: no existía más que el pasadizo; una caverna vacía en el alma; sobre la caverna meditó Nikolai Apolónovich. ¿Dónde y cuándo había estado él en semejante situación? Recordó: así había estado, azotado por el viento del Neva, asomado sobre la barandilla del puente, contemplando el agua infestada de bacilos (todo aquello ya había ocurrido otra vez: muchas veces).

«Nos apresuramos a poner en su conocimiento que...» leyó Nikolai Apolónovich; y se volvió: a sus espaldas sonaron pasos; una sombra inexplicable surgió entre los torbellinos del callejón. Nikolai Apolónovich vio por encima del hombro: un bombín, un bastón, un abrigo, una perilla y una nariz.

Todo aquello pasó sin prestar atención (sólo se oían los pasos y el latir del corazón); Nikolai Apolónovich se volvió, miró a través de la neblina sucia; hacia donde todo pasaba apresuradamente; permaneció un largo rato asomado (como otras veces) y con la boca abierta, ofrecía el aspecto bastante ridículo de un manco (llevaba esclavina) con los bajos de la capa aleteando absurdamente al viento...

«La entrega del material necesario en forma de bomba a Usted ha sido efectuada oportunamente en un hatillo...». Nikolai Apolónovich reparó en la palabra: entregado, ¡no! Todo aquello era una broma... ¿¡Él no tenía la bomba!?

¿¡En un hatillo!?

De pronto recordó: el hatillo, el visitante, aquel día de septiembre; y todo lo demás; él había cogido el hatillo, y el hatillo estaba mojado.

Un terror inexpresable se apoderó de él: sintió una punzada en el pecho: las tinieblas le abrazaron; el «yo» no era más que un recipiente negro; o tal vez un desván estrecho; y aquí, en la oscuridad, en el lugar del corazón, brotó — una chispa... a una velocidad demencial se hinchó como un globo arrebolado; el globo se dilataba y se dilataba y se dilataba; y el globo estalló; estalló todo.

El personajillo detestable de la verruga junto a la nariz se detuvo tan sólo a dos pasos de él ante una vieja valla, a hacer una necesidad; volvió la cara hacia Ableújov:

—Viene del baile ¿verdad?

—Sí, del baile... ¿Qué tiene de extraño?: asistir a un baile no es ningún crimen.

—Ya estoy enterado...

—¿Y qué?

—Por debajo de la capa le asoma un trozo de dominó.

—¡No me diga!

—Y ayer también se le veía...

—¿Cómo?

—Junto al Canalillo de Invierno...

—¡Le ruego, señor mío!

—Ya está bien: ¿el dominó es usted?

—¿De qué dominó me habla?

—De *ese* mismo.

—No lo entiendo: aborda usted a un desconocido...

—Desconocido, no: usted es Nikolai Apolónovich Ableújov: además, usted es el *Dominó Rojo*, del que habla la prensa...

Al personajillo no había quien le detuviera:

—Conozco a su papá: acabo de hablar con él.

—Oígame, créame, no es más que un bulo grosero...

El señor, aliviado, se abrochó el abrigo, y le guiñó el ojo familiarmente:

—¿Qué dirección lleva?

—Voy a la isla Vasílev —mintió Nikolai Apolónovich.

—También yo voy hacia allí.

—Quise decir al Malecón...

—Por lo visto ni usted mismo sabe a dónde va: en tal caso — entremos en el restaurante.

EL ACOMPAÑANTE

Apolón Apolónovich Ableújov con abrigo gris y chistera negra, salió aterrado al zaguán.

Alguien gritó su nombre; la silueta negra del coche se introdujo en el círculo del farol, exhibiendo un blasón (un unicornio empitonando a un caballero); Apolón Apolónovich se disponía a subir al coche para volar en él entre la niebla cuando se abrió la puerta de entrada; el personajillo detestable, que había descubierto la auténtica verdad, apareció en la calle y se alejó, doblando a la izquierda.

Apolón Apolónovich bajó el pie del estribo, rozó con el guante el ala de la chistera; ordenó al cochero que regresara a casa sin él; en los últimos quince años no registraba semejante acontecimiento: parpadeando perplejo, con la mano sobre el corazón, el senador persiguió la espalda del personajillo; agitó la mano.

Señalo este aspecto en la vida del recientemente fallecido personaje únicamente con vista a los que reúnen datos para su biografía, a lo cual se refirió recientemente la prensa.

El viento le arrebató la chistera negra; Apolón Apolónovich se puso en cuclillas ante un charco para rescatar la chistera; gritó a la espalda que se alejaba:

—Hummm... ¡Oiga!

La espalda no atendía.

—Deténgase...

Volvió la cabeza y al reconocer al senador, corrió al encuentro (corría al encuentro no la espalda, sino el propietario de la espalda — el personajillo de la verruga); se acercó, se puso a pescar la chistera del charco.

—¡Excelencia!... ¡Apolón Apolónovich! ¿Usted aquí?... Tenga, haga el favor. (Con estas palabras el detestable personajillo entregó al alto mandatario la chistera, limpiándola previamente con la manga del abrigo.)

—¿Y su coche?

Apolón Apolónovich le cortó:

—El relente me sienta bien...

Ambos marcharon en una misma dirección.

Apolón Apolónovich levantó los ojos hacia su acompañante: pestañeó y dijo — dijo turbado:

—Yo... sabes tusted (Apolón Apolónovich equivocó la terminación de la palabra)

...

—Sabe usted... quisiera tener su dirección, Pável Pávlovich...

—¡Yákovlevich! ...

—Pável Yakóvlevich: tengo mala memoria para los nombres...

Apolón Apolónovich se desabrochó el abrigo, sacó un cuaderno forrado de cuero, se colocaron bajo un farol.

—Mi dirección varía: la más frecuente es en la isla Vasílev, Línea dieciocho, 17. Al zapatero Bessmertni. Para entregar al escribiente del barrio, Voronkov.

Apolón Apolónovich levantó los arcos superciliares: sus facciones expresaron perplejidad:

—Entonces ¿por qué —comenzó—, por qué?...

—¿Mi apellido es Voronkov, mientras que soy Morkovin?

—Mi verdadera casa está en la avenida Nevski...

Apolón Apolónovich pensó: «¡Qué se va a hacer: la existencia de semejantes personajes en una época de transición, rozando los límites de la legalidad —es una necesidad, triste; pero — necesidad al fin».

—En el presente, excelencia, como ve, me dedico exclusivamente a indagar.

—Sí, tiene usted razón...

—Se prepara un crimen de alcance estatal... Cuidado, un charco... Un crimen...

—Ya-a...

—Próximamente se descubrirá... Aquí hay un sitio seco: permítame su mano...

Apolón Apolónovich atravesaba la plaza: se despertó en él el miedo a los espacios abiertos y se arrimaba al personajillo.

Intentaba mostrarse animado, una mano yerta le tocó, le tomó del brazo; y le llevó sorteando los charcos: él caminaba y caminaba: tras la mano yerta; los espacios volaban al encuentro. Apolón Apolónovich lanzó una mirada respetuosa al custodio del orden establecido:

—¿Se prepara un acto de terror?

—Quieren atentar contra un alto funcionario...

Apolón Apolónovich había recibido una carta amenazadora; le notificaban en la carta que si él aceptaba el cargo le lanzarían una bomba; Apolón Apolónovich detestaba las cartas anónimas; rompió la carta; aceptó el cargo.

—Perdóneme, por favor: ¿ahora a quién han tomado por blanco?

Ocurrió algo extraño; de pronto todos los objetos en torno menguaron, parecían más próximos de lo debido; el señor Morkovin resultaba ser un viejísimo conocido; una sonrisa burlona recorrió sus labios:

—¿Cómo que a quién? ¡A usted, excelencia, a usted!

Apolón Apolónovich no podía imaginarse realmente que aquella mano enguantada, aquellos pies, aquel corazón cansado (¡creánme!) bajo los efectos de la expansión de los gases de una bomba...

—¿Cómo es eso?

—Ah, pues nada: muy sencillo...

¿Sencillo? Apolón Apolónovich no podía creerlo: con aire de desafío resolló entre ambas patillas (¡ni siquiera las patillas!) y abultó los labios (¡los labios también desaparecerían!); después se apagó, agachó la cabeza y observó cómo a sus pies se abría camino el sucio reguero de la acera. En torno todo susurraba, murmuraba: era el murmullo de vieja del otoño.

El señor Morkovin sintió lástima de aquella vieja silueta, que se hundía en el barro; y agregó:

—Usted, excelencia, no se asuste; han sido tomadas medidas muy severas; no lo consentiremos: ni hoy, ni mañana habrá peligro... Espérese...

Morkovin pensó involuntariamente: «Cómo ha envejecido: está hecho un carcamal...». Apolón Apolónovich volvió su rostro lampiño, sonrió tristemente.

Apolón Apolónovich un minuto después se rehízo, rejuveneció y caminó, tieso como una vara, entre la sucia turbiedad, recordando con su perfil: la momia de un faraón.

La noche se tornaba ya negra, ya azul, ya liliácea, al llegar a las manchas rojizas de los faroles; se levantaban: los pasadizos, los muros, las tapias, los patios; y de ellos salían unos extraños rumores.

¡Uf! ¡Qué humedad más penetrante!

CHIFLADO

Habíamos abandonado a Serguei Serguéevich en el instante en que él, pálido como la muerte, con una sonrisa irónica se lanzó al vestíbulo tras la esposa indócil; hizo sonar las espuelas, se colocó ante la puerta: cuando Sofía Petrovna Lijútina desfiló con un susurro desafiante ante las narices del enfadado teniente, Serguei Serguéevich con ademanes enérgicos comenzó a pasar de un sitio a otro y a apagar en todos los sitios las luces.

¿Por qué había manifestado su estado de ánimo precisamente de esa forma? ¿Qué relación podía existir entre aquella desvergüenza y la electricidad? Había en ello tan poca relación como la poca relación entre la figura angulosa y triste del teniente con uniforme verde y su vivaz barbilla como tallada en madera olorosa; no había relación; como no fuera la de los espejos: el reflejo anguloso al acercarse a la superficie del espejo, se llevó la mano al cuello finísimo— ¡ay, ay! Mas, la relación no existía.

¡Chas!, chasqueaban los interruptores, sumiendo en la oscuridad al hombre y sus gestos. ¿Acaso era aquél el teniente Lijutin?

Háganse cargo de la terrible situación: reflejarse de manera tan repelente en los espejos porque un dominó hubiere causado un agravio a su casa honesta; y porque la palabra empeñada le obligaba ahora a impedir a su esposa traspasar el umbral. Ustedes háganse cargo de la terrible situación: era el teniente Lijutin: el mismo.

«Chas-chas» — el interruptor chasqueaba ya en la habitación contigua. Igualmente chasqueó en la tercera. Se alteró Mávrushka: y salió chancleteando de la cocina hacia las habitaciones.

Refunfuñó:

—¿Qué ocurre?

Entonces de la oscuridad sonó la tos del teniente:

—Fuera de aquí...

—¿Qué está diciendo, señor?...

—Fuera de las habitaciones.

—Las camas aún están por hacer...

—¡Fuera, fuera!...

Apenas hubo salido ella, se presentó él en la cocina:

—Fuera de esta casa...

—Pero, señor, cómo voy a...

—Fuera de aquí, y pronto...

—¿Dónde me meto yo?...

—Lárguese de aquí...

—¡Señor!

—Fuera, fuera...

Se echó el abrigo al brazo y cruzó la puerta: y rompió a llorar Mávrushka; se asustó mucho, oiga: el señor no estaba muy en sus cabales; ella debió de bajar al portero y de allí a la comisaría de policía, pero con el susto se fue a casa de una amiga.

Terrible destino el del hombre corriente y normal, cuya vida entera se reduce a un glosario de las palabras y de los hechos más cotidianos: esos hechos le arrastran como una navecilla enjarcada con palabras y gestos; si la navecilla chocara contra

los escollos de las incongruencias, zozobraría: y el navegante se iría al fondo... Al menor encontronazo con la vida cotidiana el hombre corriente pierde el juicio; no, al loco no le acechan tantos peligros: su cerebro es más refinado. Al cerebro ingenuo se le hace impenetrable lo que los cerebros penetran: no le queda más que naufragar; y naufraga.

La noche anterior el teniente Lijutin había sentido un repentino dolor de cabeza insoportable, era como si se hubiera dado un golpe sonoro contra un muro de hierro; se detuvo ante el muro y comprobó: el muro no era tal muro: era transparente; allí, al otro lado del muro había una luz invisible, y las leyes de lo absurdo... Lijutin bramaba y sacudía la cabeza, mientras desarrollaba una agudísima actividad cerebral, y por el muro trepaban reflejos: un barquito corría por el Moika, dejando en el agua una estela luminosa.

Lijutin bramaba; sacudió la cabeza: tenía las ideas confusas, todo lo tenía confuso. Se puso a analizar la conducta de su esposa y acabó divagando en torno a la cosa más disparatada: de que la superficie opaca probablemente era impenetrable sólo para él; que tal vez lo que reflejaban los espejos en las paredes eran habitaciones de verdad; que en aquellas habitaciones de verdad vivía la familia de un oficial en tránsito; había que cubrir los espejos: no estaba bien atisbar el comportamiento de un oficial casado: con su esposa; podría descubrir alguna indecencia; Lijutin llegó a la conclusión de que él mismo se complacía en una indecencia; que él mismo hacía indecencias; Lijutin apagó la luz: los espejos le habrían distraído terriblemente; precisaba de toda su voluntad, para hallar algo en sí mismo.

Fue cuando el teniente Lijutin se puso a recorrer las habitaciones; y a apagar la luz.

¿Qué hacer ahora? Aquello había *comenzado* la noche anterior, ¿qué era aquello y por qué había *comenzado*? Aparte el disfraz de Ableújov no hallaba ningún pretexto. Su cabeza se negaba a ayudarle en un asunto tan delicado; la sangre le afluyó a la cabeza: ahora una toalla mojada en las sienes le sería de mucho alivio; Lijutin se puso una toalla en las sienes: y se la quitó de nuevo. ¡Cómo le golpeaban, le martillaban, le palpitaban, le sacudían las venas!

Encendió otra cerilla: unos fulgores rojizos iluminaron la cara del demente, que se pegó al reloj: habían pasado dos horas, o ciento veinte minutos: ¿debía también calcular los segundos?

¡Sesenta por dos, ciento veinte!

Se echó las manos a la cabeza:

—Llevamos uno; uno se estrelló contra un espejo... ¡Hay que sacar los espejos! Doce, llevamos uno, un trozo de cristal... No, un segundo vivido... Los pensamientos se le enredaron: Lijutin paseaba en la oscuridad: tu-tu-tu, sonaban las pisadas:

—Dos por seis, doce: llevamos uno: uno por seis, seis; más uno; agregamos dos ceros; en total, siete mil doscientos segundazos...

Superada esta compleja operación mental, Serguei Serguéevich manifestó un entusiasmo fuera de lugar. De pronto recordó y se le nubló la cara:

—Hace siete mil doscientos segundos que ella escapó: ¡si tardara otros doscientos segundos, todo habría terminado!

Agotados los doscientos segundos, en el doscientos uno comenzaría a cumplir su palabra de oficial; aquellos siete mil doscientos segundos eran como siete mil años. A Serguei Serguéevich le pareció que permanecía desde el primer día de la creación sumergido en esta oscuridad con el dolor de cabeza insoportable y con la idea que renacía espontáneamente. Lijutin se removió en un rincón; se puso a rezar: extrajo apresuradamente de un cajón una sogá; la estiró; hizo en ella un nudo corredizo: la sogá se resistía a deslizarse: se lanzó desesperado al despacho; la sogá fue arrastrándose detrás de él.

¿Qué estaba haciendo?, ¿cumplía su palabra? Perdón, no. Simplemente, sacó el jabón de la jabonera; se puso en cuclillas; enjabonó la sogá sobre la palangana; sus actos adquirieron un carácter fantasmagórico.

¡Juzguen ustedes mismos!

Se subió a la mesa (quitando de la mesa el mantel); puso sobre la mesa una silla, encaramado sobre la silla descolgó con cuidado la lámpara; y la colocó con cuidado a sus pies; en lugar de la lámpara colgó del gancho la sogá muy resbalosa por el jabón; se santiguó y quedó inmóvil; lentamente alzó en las manos su nudo.

Una brillante idea alumbró a Serguei Serguéevich: tenía que afeitarse; además: le quedaban por contar los tercios y los cuartos.

Con esta idea Lijutin pasó al despacho; a la luz de un cabo de vela se rasuró el velludo cuello (pero la piel de su cuello era muy delicada; y la piel se le cubrió de granos). Se afeitó la barbilla y el cuello; inesperadamente la navaja se llevó la mitad del bigote: ahora tendría que afeitárselo del todo (si violentan la puerta, entran y le ven, con medio bigote, y... en tal situación).

Serguei Serguéevich rasuró el bigote; ahora parecía un idiota perfecto.

Bien, bien, ya no lo podía alargar más: el afeitado de la cara había sido total. Precisamente en ese instante en el vestíbulo sonó el timbre: contrariado tiró la navaja, manchándose todos los dedos de pelos, ¿qué hacer, qué hacer? Sólo por un instante pensó en aplazar la empresa: no había tiempo que perder: el timbre; se subió a la mesa y descolgó el nudo del gancho; la sogá no se dejaba manejar entre los dedos jabonosos; se bajó; caminó agazapado hacia el vestíbulo; y observó, que la penumbra negriazul se desvanecía lentamente; el ambiente se tornó gríseo; en la neblina grisácea se perfilaban claros los objetos: la silla encima de la mesa y la lámpara en el suelo; y el nudo mojado.

En el vestíbulo pegó el oído a la puerta; quedó inmóvil; la emoción le producía ese estado de desconcentración que impide llevar nada a cabo; no se percataba que estaba resollando con fuerza; al otro lado de la puerta oyó las exclamaciones de su mujer; gritó desaforadamente; y al gritar vio que todo estaba perdido; se lanzó

apresuradamente a poner en práctica su propósito; saltó a la mesa, estiró el cuello; en el cuello, granujiento, se escurrió rápidamente la soga, introdujo dos dedos entre la soga y el cuello.

Después de eso, inexplicablemente, gritó.

Empujó la mesa con el pie; y la mesa se apartó sobre las ruedas de bronce (ese fue el ruido que oyó Sofía Petrovna).

Y AHORA ¿QUÉ?

Un instante...

Serguei Serguéevich pataleó en el aire; vio claramente el reflejo de un farol en la tapa del respiradero de la estufa; y oyó claramente cómo golpeaban y arañaban la puerta; algo le apretó con fuerza los dos dedos contra la barbilla; no podía rescatarlos; tuvo una sensación de asfixia; oía crujidos (probablemente estallaban las venas en la cabeza); se desprendió la cal; Serguei Serguéevich cayó (a la muerte); y Serguei Serguéevich se reincorporó de la muerte, después de recibir un tremendo puntapié; volvió en sí; y comprendió que no se había reincorporado, sino resentado sobre un cuerpo material (sobre el suelo); sentía un dolor terrible en la espina dorsal, y sentía también los dedos chafados — entre la soga y el cuello; Lijutin quiso rescatarlos de un tirón; y el nudo se aflojó.

Comprendió que había estado a punto de ahorcarse: se había quedado a medio ahorcar. Y suspiró con alivio.

La penumbra de tinta se hizo gris; y se hizo: penumbra gris; Lijutin vio: estaba sentado de una manera absurda; en las paredes griseaban los paisajes japoneses, fundiéndose imperceptiblemente con la noche; y en el techo se disipaban los encajes que proyectaba un farol.

Serguei Serguéevich suspiró de forma inconsciente, como son inconscientes los movimientos que hacen los ahogados antes de ir al fondo. Lijutin (¡no se rían!) tenía el serio propósito de saldar sus deudas con la tierra; y habría llevado a cabo ese propósito; pero, quién se lo iba a imaginar: el techo estaba carcomido (culpen de ello al que construyó la casa); así, pues, el suspiro de alivio no procedía de lo hondo de su espíritu, sino de su envoltura mortal; ella, la envoltura, permanecía sentada en cuclillas y captaba todos los ruidos; mientras, el espíritu de Serguei Serguéevich daba muestras de gran sangre fría.

Se le despejaron las ideas; y se le presentó el dilema ¿qué hacer? Las pistolas estaban guardadas; tardaría mucho en hallarlas... Con la navaja — ¡uuh! ¿Probar acaso con la navaja? No: se tumbaría aquí y que el destino dispusiera todo lo demás; en este caso Sofía Petrovna iría inmediatamente en busca del portero; telefonarían a la policía, se congregaría una muchedumbre; echarían abajo las puertas a empujones; irrumpirían aquí; y le verían a él, al teniente Lijutin, con la soga al cuello, y sentado en cuclillas en medio de la cal.

Tiró la soga debajo del canapé y de la manera más detestable se fue corriendo hacia la puerta.

¡No, no! Jamás llegaría a eso: el honor del uniforme estaba por encima de la palabra empeñada. No le quedaba otra solución: hacer rápidamente las paces con la esposa y darle una explicación sobre la cal.

Abrió jadeante y se detuvo indeciso en el umbral, avergonzado (*de haberse quedado a medio ahorcar*); como si al caer del gancho se hubiera aplacado su ira por el comportamiento de su mujer y el comportamiento de Nikolai Apolónovich. El mismo acababa de cometer un acto incalificable: en vez de ahorcarse había arrancado el gancho del techo.

Nadie entró en la habitación: pero ahí había alguien (él lo veía); irrumpió Lijútina y estalló en sollozos:

—¿Qué pasa? ¿Por qué está todo a oscuras?

Serguei Serguéevich agachaba la vista.

—¿Qué desbarajuste es éste?

Serguei Serguéevich le apretó sus dedos fríos en la oscuridad.

—¿Por qué tienes las manos jabonosas?... Serguei Serguéevich ¿qué ocurre?

—Es que, verás, Sóniushka...

—¿Por qué tienes esa voz ronca?...

—Es que, es que... me puse ante el ventano (es una imprudencia, lo reconozco)... y eso, quedé ronco...

Titubeó.

—Déjalo, déjalo —gritó casi a la mujer, que se disponía a encender la luz— aquí no, ahora no, en esta otra habitación.

La llevó al pequeño despacho.

En el despacho destacaban claramente los objetos; y se perfilaba en la ventana el cielo antes del amanecer; y Sofía Petrovna vio ante sí... lo inenarrable: vio ante sí la cara azul de un idiota desconocido.

—¿Qué ha hecho? ¿Se ha afeitado? ¡Usted no es más que un imbécil!...

—Verás, Sóniushka —sonó su murmullo ronco—, hay una circunstancia...

Pero ella no le escuchaba: presa de una alarma inconsciente comenzó a inspeccionar las habitaciones.

—Allí notarás algún desorden...

—Allí se rajó el techo...

Sofía Petrovna sin escucharle permanecía ante un montón de trozos de cielo raso entre los que destacaba el gancho negro, caído al suelo; la mesa había sido bruscamente desplazada, y debajo del canapé la soga; Lijútina comenzó a encorvarse.

De pronto todo se llenó de luz; penetraron las ondulaciones rosáceas de las nubes, como una malla hecha de destellos nacarados; azulaba ligeramente; todo se llenó de timidez, de una interrogante atónita: «¿Cómo así? ¿Cómo así?». Un estremecimiento recorrió las ventanas, las agujas de las torres; las agujas tenían brillos de rubí. Sobre

el alma pasaron unas voces: se hizo de día; de la ventana cayó un rayo y dibujó un marco de un rosa pálido, de un alfombrado pálido.

Tendió ella la mano hacia la soga: besó la soga, lloró en silencio: le parecía que a su espalda tenía la imagen de la infancia lejana y recuperada; miró hacia atrás y vio a su marido, larguirucho, triste y desgarrado:

—¡Perdóname, Sóniushka!

Ella se arrodilló a sus pies; llorando:

—¡Pobrecito mío! ...

Sólo Dios sabe qué cosas se susurraron: quedó entre ellos.

—Bueno, bueno: Dios perdona...

De la chimenea de un barquito se desprendió y esparció sobre el Moika una nubecilla rosácea; a popa del barco brillaba una estrella verde, se estrellaba contra la orilla y producía fulgores ambarinos; rechazada por la orilla, la estela chocaba con otra estela que venía a su encuentro; y las estelas irisaban como un enjambre de serpientes anuladas; en el enjambre entró una lancha; todas las serpientes quedaron troceadas en cuerdas de alma diamantina; se enrollaban en canutillos briscados de plata, para mecerse en la superficie del agua como estrellas; cesó la agitación del agua y se apagaron todas las estrellas. De la orilla se alzó un edificio verde, de columnas blancas: un retazo del Renacimiento.

EL VULGO

De la oscuridad surgió altivo el costado de una casa, recia; dos egipcios soportaban un balcón. Junto a la casa y a las moles de millones de arrobas Apolón Apolónovich caminaba, superando todas las gravidades; ante él surgió una tapia carcomida.

En esto se abrió una puerta; salió una bocanada de vaho blanco, se oyó una blasfemia, sonó una balalaika y una voz: prestó oído a la voz.

La voz cantaba:

El alma a ti, Padre nuestro,
alzamos hasta los cielos
y el sustento que nos das
mucho te lo agradecemos.

Se cerró la puerta. Apolón Apolónovich sospechaba que el vulgo era algo mezquino, que pasaba al otro lado de las ventanas del coche; ahora todos los espacios se habían desplazado: y la vida del vulgo le tendía un cerco de pasadizos; el propio vulgo había surgido ante él con su voz.

¿Cómo era el vulgo? Apolón Apolónovich sintió interés hacia el vulgo y hubo un momento en que quiso picar, para conocer al hombre vulgar; recordó que a él el

hombre vulgar se disponía a..., se le ladeó la chistera, dejó caer los hombros cansados: —

—Sí, sí: ellos le habían hecho saltar en pedazos: no a él, sino a otro, enviado del destino. Apolón Apolónovich recordó unos bigotes canos, la profundidad verdosa de unos ojos atentos; ambos en alguna ocasión se habían inclinado con Apolón Apolónovich sobre el mapa del Imperio (había sido justamente un día antes de que le)... Ellos con una bomba habían dado muerte al *primero entre los primeros*... Dicen que eso dura un segundo; después, nada de nada... ¿Y bien? Todo hombre de Estado es un héroe, pero — uuuuh...

Apolón Apolónovich Ableújov se arregló la chistera para entrar en la vida maloliente del hombre vulgar, en la malla de muros, pasadizos, tapias viscosas, en un retrete inmundo, pestilente, desnudo y comunitario; le pareció que aquella tapia carcomida también le odiaba; ¿ellos le odiaban? ¿Quiénes eran ellos? ¿Un grupito detestable? En ese instante el juego cerebral elevó rápidamente planos brumosos; se rompieron todos los planos: el inmensurable mapa de Rusia apareció ante él, tan pequeño; ¿serían acaso sus enemigos la gigantesca comunidad de tribus pobladoras de estos espacios? ¿Cómo? ¿Cien millones? No, — ¿más?...

«Desde las gélidas rocas finlandesas hasta la ardiente Cólquida...»

¿Qué? ¿Le odiaban?... No, se extendía a Rusia. ¿A él?... Se proponían... se proponían... No: uuuuh... Era un ocioso juego cerebral.

¡Llegó la hora, amiga!... Mi corazón ansia calma.
Pasan veloces los días. Y cada día se lleva
un trozo de vida. Mientras nos disponemos
los dos a vivir, nos puede llegar la muerte...

¿Con quién se disponía a vivir él? ¿Con el hijo? El hijo era un malvado. ¿Con el hombre vulgar? El hombre vulgar se disponía a... Antes calculaba que pasaría el resto de su vida con Anna Petrovna, cuando se jubilara de funcionario se instalaría definitivamente en una casita de campo en Finlandia, pero Anna Petrovna:

«Se fue, mire usted: no hay nada que hacer...»

Apolón Apolónovich comprendió que no tenía acompañante por la vida (hasta ese instante no había tenido tiempo de pensar en ello); y la muerte en el cumplimiento del deber sería, con todo, cerrar la vida con broche de oro. Sintió una infantil tristeza y silencio, — agradable. Y escuchó el susurro de un charco, como un lamento: por lo que no había sido y pudo ser.

Lentamente se diluía la bruma que ahogaba la noche: la bruma fue engrisándose hasta hacerse gris; después ligeramente gris; se consumieron los rojizos faroles que en torno desparramaban destellos; volviéronse puntos opacos, que miraban asombrados a la niebla grisácea: la hilera gris de líneas y de paredes con ligeros planos de sombras y con las cuencas de las ventanas parecían encajes vaporosos de la

más primorosa ejecución.

A su encuentro corría una adolescente pobremente vestida, una muchacha de unos quince años; entre la niebla le seguía la silueta oscura de un hombre: alcanzó a la niña; pero Apolón Apolónovich se consideraba un caballero; se quitó la chistera:

—Señorita ¿me permite ofrecerle la mano hasta su casa? Para una señorita es un riesgo salir a la calle.

La adolescente vio: la figurilla negra alzó respetuosamente la chistera.

Caminaron en silencio; todo parecía mojado y viejo, sumergido en los siglos; todo esto ya lo había visto antes Apolón Apolónovich de lejos. Ahora estaba aquí: los pasadizos, las casitas, las tapias, la adolescente que se arrimaba a él temerosa, para la cual él no era un senador, sino un anciano caritativo.

Caminaron hasta una casita verde con un zaguán carcomido; el senador levantó la chistera; su boca senil hizo una mueca triste; chupetearon los labios muertos; de alguna lejanía se oyó, como el canto del arco de un violín, el canto de un gallo petersburguense.

En un extremo del cielo brotó una llamarada; de pronto todo se volvió diáfano: entró en la llamarada una rosácea oleada de nubes, como una red de nácar. Se hizo pesada y más precisa la hilera de líneas y de paredes; surgieron unas gravidades: entrantes y salientes; los portales, las cariátides, las cornisas de los balcones de piedra.

El encaje se transformó en el Petersburgo mañanero; se alzaban las casas de color arenoso; el palacio rojizo se arreboló.

FIN DEL CUARTO CAPÍTULO

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO QUINTO

que trata del personajillo de la verruga junto a la nariz y de una lata de sardinas de horrible contenido

Brillará un rayo de sol
y lucirá el día claro
cuando yo vaya bajando
a las sombras del sepulcro.

A. PUSHKIN

EL PERSONAJILLO

De pronto Nikolai Apolónovich se revolvió; se encaró al personajillo:

—¿Con quién tengo el honor?...

—Pável Yákovlevich Morkovin...

No le dijo nada la cara: un bombín, un bastón, un abrigo, una barbita y una nariz.

—Usted, señor, se hace el indiferente...

Brilló una poma luminosa; otra y otra; y una línea de pomas luminosas punteó la avenida Nevski, en la que durante toda la noche los restaurantes exhiben sus sanguinolentos rótulos, bajo los que deambulan las damiselas entre chisteras, gorras y bombines.

Nikolai Apolónovich sabía: las circunstancias que dieron lugar al encuentro con el enigmático Pável Yákovlevich no le permitían cortar la entrevista con dignidad: tenía que sonsacarle de qué habían tratado él y su padre; y demoraba la despedida. Surgió ante ellos el Neva: la arcada de piedra del Canalillo de Invierno; aquí desató su furia el viento; más allá del Neva se levantaron siluetas de islas y de casas; lanzaban a las nieblas sus ojos ambarinos; y parecían llorar.

La plaza: en la plaza se levantaba una roca. Sobre ella un caballo hacía una pirueta: La sombra de la capa del Jinete: el Jinete no estaba; y en el Neva permanecía una lancha pesquera.

Caminaron por el puente.

Delante de ellos marchaba una pareja: un marino de unos cuarenta y cinco años, la gorra con orejeras; de barba pelirroja entrecana. Su acompañante, era un gigante con gorro verde oscuro de oveja, moreno, de nariz pequeña y con bigotito.

—¡Venga, Nikolai Apolónovich: aquí precisamente, aquí!

—Pero, por favor...

—¿Es que se aburre?

—Simplemente, quiero irme a dormir...

Nikolai Apolónovich se encogió ligeramente de hombros, abrió con asco la puerta del restaurante...

Un vaho blancuzco y espeso de buñuelos, mezclado con la humedad; como una quemadura cayó sobre la mano la chapa del resguardo del guardarropa.

—Aquí todos me conocen... Aleksandr Ivánovich, Butíshchenko, Shishigánov, Pepp...

Nikolai Apolónovich sentía curiosidad por tres motivos; en primer lugar, el desconocido insistía en que conocía a su padre (eso quería decir algo); en segundo lugar, había mencionado a Aleksandr Ivánovich; finalmente, el desconocido citaba una serie de nombres (Butíshchenko, Pepp), que le sonaban mucho...

—Está bien ¿eh? —le empujó Pável Yákovlevich para señalarle a una prostituta con un cigarrillo turco entre los dientes...

—¿Usted, qué tal con las mujeres?...

—¿...?

—¡Me callo, me callo!

En torno se oía:

—¿Quién?

—¡Iván!...

—¡Iván Ivánich!...

—¡Iván Ivánich Ivanov!...

—Mentira todo...

—¡Iván!...

—¡Iván Ivánich!...

—¡Ivván Ivvánovich Ivvanov es un cerdo!

Allí de pronto rugió un gramófono: animado por el gramófono Iván Ivánovich Ivanov se levantó.

¿Cómo había caído en un lugar tan abyecto, en unos momentos en que?...

En el salvaje aparato, con estallidos y retumbidos crueles y dolorosos de panderetas, de la misma manera que hasta nosotros llega de las entrañas de la tierra una erupción volcánica, la remota antigüedad se hacía fuerza, sonido y llanto en la sala del restaurante: «Ca-llaa-oos paa-siioones...»

—Duu-ermee coraa-zoón hee-rii-doo...

—¡Ja-ja-ja-ja-ja!...

UNA COPITA DE VODKA

—Reconózcalo... ¡Eh, dos copas de vodka!, reconózcalo... gritaba Pável Yákovlevich; se había vuelto abotargado, adiposo; su cara amarillenta se dilató: aquí le salía un folículo; allí una papila...

—Me apuesto lo que quiera a que soy un enigma para usted.

Allí había una mesa; ante la mesa el marino de unos cuarenta y cinco años (parecía holandés).

—¿Con esencia?...

Al lado del holandés, a la mesa se sentó una mole de piedra.

—A ver, joven.

—¿Qué pasa?

—¿Qué dice usted de mi comportamiento en la calle?

—¿A qué viene aquí eso?

—¿Otra copita?

—Otra...

Pável Yákovlevich se removía preocupado, intentando asaetear con el tenedor tembleante una seta escurridiza:

—¿Allí era algo extraño, verdad?

—¿Dónde era extraño?

—Allí, al pie de la tapia... Camarero, no traiga sardinas.

En torno a las mesas bebía una humanidad bastarda: ni hombres, ni sombras; todos eran habitantes de las islas; y los habitantes de las islas eran la humanidad bastarda, extraña: ni hombres, ni sombras.

Pável Yákovlevich se volvía abotargado, adiposo: aquí le salía un folículo; allí una papila; de ese lado una verruga blanca:

—¿A por la tercera?

—Vamos a por la tercera...

—Bueno ¿y qué me dice de la conversación junto al pasadizo?

—¿Sobre el dominó?

—¡Hombre, claro!...

—Diré lo que he dicho...

Nikolai Apolónovich quiso desviar de los labios olientes la cara, pero venció la repugnancia; le besaron en los labios y sus labios se ensancharon en una sonrisa y temblaron forzadamente: temblaron (así se estremecen las patas de las ranas galvanizadas con una descarga eléctrica).

—Eso ya está mejor; no piense en nada: el dominó, allá él. El dominó me lo inventé yo para conocerle...

—Perdón, se ha manchado con aceite de sardina —le interrumpió Nikolai Apolónovich.

—Usted convendrá conmigo que eso de que el dominó es usted, es un despropósito... Yo me digo: eh, Pavlusha, así que, amigo mío, fue una idea brillante que se me ocurrió al pie de la tapia, cuando realizaba, por así decir, una necesidad fisiológica indispensable... ¡Nada más que un pretexto para conocerle!

Se apartaron de la barra, se fueron hacia el jolgorio de las mesas:

—Camarero: un mantel limpio...

—Y vodka...

Se sentaron, apoyaron los codos en la mesa. Nikolai Apolónovich se sintió

borracho (del cansancio); los colores y los sonidos le golpearon el cerebro.

—Efectivamente: es un punto curiosísimo... Perfecto: para mí, riñones al Madera, y para usted... ¿también riñones?

—¿Qué punto es ese?

—Dos riñones... ¿El punto? Pues bien, me refiero a los vínculos que nos unen...

—¿...?

—Los vínculos familiares.

—¿...?

—Los vínculos de sangre...

Les sirvieron los riñones.

—No vaya a creer que esos vínculos... — ¡sal, pimienta, mostaza! — se refieren a un derramamiento de sangre: ¿por qué tiembla? Se ha puesto colorado; ni que fuera una señorita. Aquí está la pimienta.

Nikolai Apolónovich, igual que Apolón Apolónovich, abusaba de la pimienta.

—¿Qué ha dicho usted?

—Aquí está la pimienta...

—De la sangre...

—¿De los vínculos? Yo entiendo por vínculos de sangre los vínculos familiares.

Pável Yákovlevich se ató la servilleta, bullía dentro de la servilleta como la larva de la mosca en la carroña.

—Perdóneme, tal vez no le haya comprendido: ¿qué entiende usted por vínculos familiares?

—Yo, Nikolai Apolónovich, soy hermano suyo...

Nikolai Apolónovich se incorporó, con temblor nervioso en las aletas de la nariz, el pelo alborotado: el pelo era de un color neblinoso.

—Ilegítimo, por supuesto: soy el fruto del amor de su papá con una costurera...

Los Ableújov siempre tuvieron en estima la pureza de su sangre; también él la tenía en estima.

—Su papá de usted, al parecer, tuvo en su juventud un romance muy interesante...

Nikolai Apolónovich pensó: Morkovin continuará diciendo: «Que dio lugar a mi aparición...».

—Que dio lugar a mi aparición a la luz...

Eso había sucedido hacía mucho.

—Para celebrarlo bebamos una copa.

En el salvaje aparato, con golpes crueles y dolorosos de panderetas el tiempo pasado se dilataba, se hacía más sonoro y lloraba en el restaurante.

—Mi padre...

—Nuestro padre *común*.

—Si lo desea: *nuestro*.

—¡Y el hombro! ¿¡Se estremeció!?! —le interrumpió Pável Yákovlevich—. ¿Por qué se estremeció?

—¿Por qué?

—Porque para usted, Nikolai Apolónovich tal parentesco es una ofensa... Y veo que se ha envalentonado.

—¿Por qué iba a tener miedo?

—¡Ja, ja! Se ha envalentonado porque, en su opinión... ¿le pongo riñones?...

—Gracias...

—¿Salsa?... Perdóneme, que le aplique el método psicológico: le estoy tanteando, amigo mío.

Nikolai Apolónovich entrecerró los ojos; sus dedos tamborilearon en la mesa.

—Le dije lo de nuestro parentesco para tantearle: para ver cómo reaccionaba usted... Debo de absolverle y de darle un disgusto... Sólo me queda decirle... somos hermanos... de padres diferentes.

—¿...?

—Lo de Apolón Apolónovich fue una broma mía: no hubo tal romance; ¡de romances, je, je, je, nada de nada!... ¡Es hombre de una moral intachable!

—Entonces ¿de qué somos hermanos?

—Hermanos de convicciones...

—¿Cómo puede conocer usted mis convicciones?

—Usted es un terrorista convencido, Nikolai Apolónovich.

—¿Un terrorista?

—Terrorista empedernido: tenga en cuenta que no dije los nombres al tuntún: Batíshchenko, Shishigánov, Pepp... Es una sutil alusión. Entiéndalo como sepa... Aleksandr Ivánovich Dudkin, el Inatrapable... ¿Eh? ¿Eh?... ¿Entendido? ¿Lo ha entendido? No se ruborice, hombre. Nuestro teórico es un pícaro. Huy, déjeme que le bese...

—Ja, ja —se recostó Nikolai Apolónovich sobre el espaldar—, ja, ja...

—Ji, ji —le secundó Pável Yákovlevich.

—Ja, ja —prosiguió Nikolai Apolónovich.

—Ji, ji —le acompañaba Pável Yákovlevich.

La mole de la mesa vecina se revolvió airada: observó atenta.

—Oiga lo que le digo —dijo Nikolai Apolónovich totalmente en serio, imponiéndose a la risa (se reía forzosamente)—, usted está equivocado: mi actitud ante el terror es negativa.

—Por Dios, Nikolai Apolónovich ¡Que estoy enterado de todo: del hatillo, de Aleksandr Ivánovich, de Sofía Petrovna!...

—Saberlo es mi deber profesional...

—¿Usted es un profesional?

—Sí, de la policía secreta...

SOY LA PERDICIÓN SIN REMEDIO

Ambos permanecieron inmóviles un instante; Pável Yákovlevich apresó por encima de la mesa un botón de Nikolai Apolónovich; Nikolai Apolónovich con una sonrisa culpable sacó un librito encuadernado, que resultó ser una agenda.

—Haga el favor, déjeme la agendilla... para su inspección... Nikolai Apolónovich no se opuso: su padecimiento había rebasado todos los límites.

Pável Yákovlevich, inclinado sobre la agenda, estiró la cabeza, que parecía sujeta no al cuello, sino a las dos manos; por un momento se convirtió en un monstruo: sobre la mesa una cabeza pestañeante, con pelambreira de perro y sonrisa ratonil — rebuscaba entre las hojas de la agenda, con sus diez dedos, semejante a una araña de diez pies.

Pável Yákovlevich quería asustarle, probablemente quería asustarle haciendo como que indagaba (¡una simpática broma!); carcajeó con aspecto de rata y le devolvió la agenda.

—Dígame ¿por qué tanta docilidad?... Usted ve que no me propongo interrogarle... No se asuste: he sido destinado a la dirección de seguridad por el Partido... no tiene por qué alarmarse.

—¿Se está usted burlando de mí?

—En absoluto... Si yo fuera policía usted quedaría detenido, porque su ademán es digno de atención: usted se ha llevado la mano al pecho; ¿tiene ahí algún documento?... El ademán le ha traicionado... ¿Está de acuerdo?

—Es probable...

—Permítame que le diga: usted ha cometido un fallo: ha sacado una inocente agenda sin que nadie se la pidiera; la ha sacado sencillamente para desviar la atención de alguna otra cosa; usted no ha logrado lo que se proponía; en lugar de desviar, ha atraído; me ha hecho pensar: seguro que en el bolsillo lleva alguno de esos documentos... Es usted un imprudente... Mire esta página: me ha desvelado un pequeño secreto amoroso: aquí está, — fíjese...

—¿Para qué esta tortura? Si es usted la persona por quien se hace pasar — ¡eh, camarero, cobre aquí! — entonces su comportamiento, las muecas — ¡son indignas!

Entre el vaho del humo estaba Nikolai Apolónovich con la boca rasgada sin risa, aureolado con su pelo clarísimo; se revolvió despectivo como una fiera que asoma los colmillos; y arrojó una moneda de cincuenta kopeks: sobre la mesa.

Las mesas vecinas habían quedado vacías; de pronto se apagó la luz eléctrica; apareció la cálida luz rojiza de una vela; las paredes se desvanecieron; se veía el borde de una pared pintarrajeada; desde allí, de la lejanía, a toda vela navegaba el Holandés Errante (Nikolai Apolónovich se sentía mareado con las siete copas tomadas); se levantó de la mesa: el marino de unos cuarenta y cinco años desapareció en la oscuridad.

Morkovin se arregló la chaqueta y miró a Nikolai Apolónovich: con ternura meditativa; durante un minuto no se dijeron una palabra.

Por fin: Pável Yákovlevich pronunció:

—Hombre: a mí me es tan difícil como a usted...

¡Para qué andar con tapujos, camarada!...

—¿...?

—Bien; acordemos la fecha en que cumpliré la promesa... Nikolai Apolónovich, es usted un excéntrico como pocos. ¿Cómo se pudo imaginar por un instante que yo seguía sus pasos: por las calles?...

Después agregó con dignidad: «El Partido, Nikolai Apolónovich, espera la respuesta».

Nikolai Apolónovich descendía por una escalera; los últimos peldaños se perdían en la oscuridad; abajo, ante la puerta, estaban: *ellos*; él no podría precisar exactamente quiénes eran *ellos*: una silueta negra; y una turbiedad muy verde, como la luz mortecina del fósforo; y *ellos* le esperaban.

Y cuando pasaba, a ambos lados sentía: la mirada de alguien expectante; uno era el gigante alumbrado por la luz de un farol — se situó a la puerta como una mole bronceada: miró a Ableújov: una cara metálica, fósforo ardiente; un brazo verde, quintalero, amenazó:

—¿Quién es ése?

—El que nos destruye a todos — sin remedio...

Golpeó la puerta del restaurante.

Volvió a correr el bombín: a su lado, por la pared.

—¿Y si me niego?

—Le detendré...

—¿A mí? ¿Detenerme?

—No se olvide que soy...

—¿Un conspirador?

—¡Un agente de seguridad!

—¿Qué le diría el Partido?

—El Partido me justificaría: valiéndome de mi posición en la Policía yo en usted vengaría al Partido...

De la nube más hinchada comenzaron a descender hilachas de lluvias presurosas; a restallar y susurrar las bullentes burbujas frías al estrellarse en los charcos.

—Nikolai Apolónovich, dejemos las bromas: estoy muy serio; tengo que decirle: sus dudas, su indecisión, a mí me matan; debió de sopesar de antemano todas las posibilidades... Usted pudo negarse (durante dos meses). Usted no se preocupó de hacerlo; le quedan tres caminos a elegir: la cárcel, el suicidio, el asesinato. ¿Ahora me ha entendido?...

¡Petersburgo, Petersburgo!

Envuelta en brumas, me perseguiste: con el juego cerebral. ¡Torturador cruel! y quimera insomne: me perseguiste durante años; por las horribles avenidas corrí para acometer a la carrera ese mismo puente reluciente...

¡Oh, aguas verdes, plagadas de bacilos! Recuerdo el fatídico instante: sobre las húmedas barandillas una noche de septiembre también yo me asomé...

Nikolai Apolónovich se volvió: detrás de sí no vio nada, a nadie: sobre las barandillas húmedas, sobre el agua verdusca, plagada de bacilos, sólo le rodearon quejumbrosas las ráfagas de aire; ¡aquí, en este mismo lugar, dos meses y medio antes Nikolai Apolónovich había hecho una terrible promesa!

La plaza quedaba desierta; y elevaban sus pisos el Senado y el Sínodo. Nikolai Apolónovich levantó con curiosidad los ojos hacia la enorme silueta del Jinete. Poco antes se le había antojado que el Jinete no estaba allí (opacado por una sombra); ahora el metal de la cara se desdobló en una sonrisa.

Se rasgaron las nubes; bajo la luna, las nubes se desvanecían como el humo verde del cobre derretido... Por un instante se iluminó todo: las aguas, los tejados, el granito; se iluminó el rostro del Jinete, la corona de laurel bronceo; y, extendido en un gesto imperioso, el brazo quintalero; se le antojó que el brazo se movía y que los cascos metálicos iban a posarse sobre la roca; y se oiría en todo Petersburgo:

—Ya, ya, ya...

—Aquí estoy...

—¡Soy la perdición: sin remedio!...

Por un instante: para Nikolai Apolónovich de pronto se iluminó todo; sí, lo había comprendido: él tenía el deber.

Con carcajadas se alejó del Jinete de Bronce:

—Lo sé...

—Estoy perdido sin remedio...

A lo lejos se desplazó un haz de fuego: era un coche palaciego negro que pasaba: los faroles de un rojo brillante; la fantasmal silueta de un tricornio y la silueta de las alas de una capa pasaron veloces con fuego: de la niebla a la niebla.

LOS PÁJAROS GRIFOS

... ¡No se puede perder un instante! ¡Hay que emprender!, pero ¿qué emprender? ¿No había sembrado él mismo la semilla de las teorías: sobre la insensatez de la compasión? Ante aquel grupo silente exponía sus ideas sobre la sorda aversión que provocaban las orejas reseca de los ricos; incluido... el cuello... con la yugular subcutánea...

Alquiló un coche tardío.

El Almirantazgo avanzó su fachada lateral que se tiñó de rosa; y se ocultó; en la orilla opuesta los muros de un rancio edificio mostraron su color azafranado; la garita

blanquinegra del centinela quedó a la izquierda; rondaba un granadero encapotado; cambió de un hombro al otro su bayoneta destellante.

La mañana clara y radiante con el resol del Neva, transformó las aguas en honduras de oro de ley, en las que penetró la chimenea de un barquito; de pronto Nikolai Apolónovich vio: en la acera una figurilla enteca apresuraba el paso; la figurilla, que... a la que... en la que reconoció a ¡Apolón Apolónovich! Nikolai Apolónovich se disponía a frenar el coche y dejar a la figurilla distanciarse para..., mas ya era tarde: la cabeza se volvió hacia el cochero. Nikolai Apolónovich metió la nariz en el cuello de nutria para no ser reconocido: sólo asomaban el cuello y la gorra.

Apolón Apolónovich Ableújov oyó a sus espaldas el traqueteo de un coche; cuando el cochero se puso a su altura, el senador vio retorcerse en el asiento a un joven monstruoso, arrebuado de forma repelente en la capa; aquel joven miró al senador, con la nariz hundida en la capa (sólo se veían los ojos y la gorra), y la cabeza del senador se volvió hacia la pared.

Los ojos del joven repelente, al verle, se fueron dilatando más y más llenos de un sobresalto acosador: más y más, sí: le miraron con *aquella misma* mirada; y se dilataron con *aquel mismo* fulgor; y el cochero, al rebasarle, brincaba en el adoquinado, y brincaba el número de la matrícula: mil novecientos cinco.

Nikolai Apolónovich se apeó de un salto y, tropezando en los bajos de la capa, arcaico, enfadado, se apresuró a entrar en el portal, vacilante; y agitando en el aire las alas de la capa, proyectado sobre el arbol de la aurora.

Nikolai Apolónovich sacudió el timbre ¡quería que Semiónich se apresurara a abrir! De la niebla estaba a punto de surgir: aquella figurilla enteca (¿por qué no iba en coche?); y a cada lado del grávido porche de la casa vio ahora: las fauces abiertas de un grifo, rosado por la aurora, sujetando con las garras las argollas para el asta de la bandera; sobre los grifos estaba esculpido en piedra también el blasón de los Ableújov; el blasón representaba un caballero de largo penacho entre volutas del rocócó; pitoneado por un unicornio; por el interior de Nikolai Apolónovich, como el pez que resbala por la superficie del agua, pasó un pensamiento: el Apolón Apolónovich que vivía al otro lado de esa puerta era precisamente el caballero empitonado; tras este pensamiento resbaló confuso, sin subir a la superficie: el blasón familiar correspondía a todos los Ableújov; y él, Nikolai Apolónovich, también era empitonado, pero ¿por quién?

La galimatía mental sólo duró una décima de segundo: y allí, en la calzada, entre la niebla, vio a una figurilla que se apresuraba a llegar a casa ¡se acercaba veloz! Apolón Apolónovich Ableújov parecía la muerte con chistera; Nikolai Apolónovich, hay pensamientos descabellados, se imaginó' a Apolón Apolónovich cumpliendo sus deberes conyugales; y con fuerza renovada sintió unas náuseas ya experimentadas (así había sido concebido él).

La figurilla se aproximaba. Nikolai Apolónovich, para vergüenza propia, comprobó que una turbación ya experimentada le dominaba y...

Nikolai Apolónovich bajó los peldaños del portal; anadeándose, corría inevitablemente al encuentro de su padre, con la mirada huidiza:

—¡Buenos días, papá!...

Apolón Apolónovich pensaba que aquel muchacho de aspecto tímido era un malvado; pero Apolón Apolónovich se turbaba en presencia del hijo:

—Vaya, vaya, buenos días... Mira que, habernos encontrado...

En el porche los grifos rasgaban sus fauces rostradas; y el pétreo caballero de largo plumaje entre volutas de estilo rococó era empitonado por un unicornio. Cuando más cegadores se dispersaban los prenuncios del día, mayor gravidez adquirirían todos los salientes de los edificios; y tanto más cárdeno era el grifo sangriento, de fauces abiertas.

Se quebraron las puertas; el olor de la casa familiar envolvió a los Ableújov.

Los Ableújov pasaron por la puerta entornada de costado, sintiendo embarazo uno ante el otro.

ROJO COMO EL FUEGO

Ambos sabían que les esperaba una conversación: la conversación se incubaba; Apolón Apolónovich entregó al lacayo la chistera, le retuvieron los chanclos; Nikolai Apolónovich no podía adivinar si su padre conocía la historia del dominó rojo; en el brazo del lacayo cayó, con destellos plateados, la exuberante piel de castor; y Nikolai Apolónovich apareció en dominó ante la vista de su padre, que daba vueltas en la memoria a estas estrofas:

Colores de fuego
vertiré en la mano:
que surja a la luz
rojo como el fuego.

Con la mano huesuda se palpó las patillas:

—¿Ah... ah... con dominó?... ¡Vaya!...

—Estuve de máscaras...

—Bien... Kólenka... bien...

Apolón Apolónovich se detuvo mascando los labios: con ironía; su piel se plegó en arrugas; se tersó en el cráneo. La explicación se barruntaba: se notaba que el fruto ya estaba maduro; a punto de caer: cayó y... de pronto:

Apolón Apolónovich dejó caer el lápiz (ante la escalera):

Nikolai Apolónovich, por costumbre, se lanzó a recogerlo; Apolón Apolónovich se lanzó a atajarle; pero tropezó, cayó, tocando con las manos los peldaños; su cabeza se movió hacia abajo y hacia adelante hasta encontrarse inesperadamente entre los dedos de su hijo; Nikolai Apolónovich

vio al padre (en un lado le palpitaba una arteria); las cálidas pulsaciones de la garganta le asustaron; retiró la mano; pero la retiró tarde: al contacto de la mano fría la cabeza del senador se contrajo nerviosa; sus orejas se movieron ligeramente; como un japonés ágil que practicara el jiu-jitsu, se echó a un lado y se incorporó con un fuerte crujir de rodillas.

Todo había durado un instante. Nikolai Apolónovich entregó el lápiz a su padre:

—¡Ten!

Un incidente insignificante les había hecho chocar uno contra el otro; y provocó en ambos un estallido de pensamientos y de sentimientos; Apolón Apolónovich estaba desconcertado: le había asustado el ademán respetuoso (el hombre rojo era carne de su carne; temer a la propia carne era una vergüenza); había estado *debajo* del hijo: en cuclillas; Apolón Apolónovich sentía además despecho: recuperó su dignidad, se engalló, contrajo los labios:

—Gracias. Que descanses bien...

Nikolai Apolónovich sintió la sangre afluir a las mejillas; y cuando se creía ligeramente rosado, ya se había puesto bermejo; Apolón Apolónovich al ver al hijo ruborizante, comenzó a ponerse rosado; para ocultar el rubor él, con gracia fingida: echó a correr escaleras arriba.

Nikolai Apolónovich quedó solo, sumido en profundas reflexiones; pero la voz del lacayo le distrajo:

—Se me fue el santo al cielo... Qué cabeza... ¡Señorito no se imagina qué ha pasado!...

—¿Qué ha pasado?

—Ha pasado una cosa... que no sé por dónde empezar...

Nikolai Apolónovich permanecía en los peldaños de la escalera cubierta de terciopelo gris a la luz de la mañana. De un ventano sobre el lugar en que acababa de tropezar el padre, caía una malla de manchas purpúreas: recordaba la sangre (en un arma antigua).

—¡Quién se lo iba a imaginar! ¡La señora!...

—Nuestra señora, Anna Petrovna...

—¡¡Ha venido!!

Nikolai Apolónovich sintió náuseas y comenzó a bostezar con la boca hacia la aurora; estaba rojo como una antorcha.

—¡Ha venido, señorito!

—¿Quién ha venido?

—Pues Anna Petrovna...

—¿De quién me habla?...

—De su mamá... Usted señorito, ni que fuera un extraño, que ha venido su mamá...

—¿...?

—Sí, señorito, de España, ha vuelto a Petersburgo...

—Mandó una cartita con un botones: que paraba en un hotel... porque... usted ya se hace cargo...

—¿...?

—Acababa de salir su excelencia, Apolón Apolónovich, cuando se presenta el botones: con la carta... Bueno, cojo la carta y al botones, de propina, veinte kopeks... No había pasado una hora y en esto. ¡Dios mío! ¡se presenta ella misma!... De fijo sabía que en casa no había nadie...

Brillaba la maza: la mancha del aire desprendido se arrebolaba: era una columna de la pared al ventano; se agitaban las partículas de polvo; Nikolai Apolónovich pensaba: así se agitaba la sangre en él; el hombre era una columna de sangre humeante.

—En esto que abro la puerta... Una señora desconocida, vestida muy sencillo: de negro toda... Y yo: «¿Qué se le ofrece, señora?». Y ella: «Mitri Semiónich, ¿o es que no me conoces?». Yo, voy y le beso la mano: «Anna Petrovna, querida...»

Con la navaja le das un tajo al primero que encuentres, y se abrirá la piel blanca, sin vello (así se corta el cochinito a la gelatina).

—Anna Petrovna, y que sea por muchos años, miraba: no paraba de mirar. Me miró: y se le soltaron las lágrimas: «Quiero ver que tal os va sin mí...» De un bolsillo —de los que no se ven aquí— sacó el pañuelo...»

—Tengo órdenes muy rigurosas de no dejar entrar a nadie... Sólo dejé a nuestra señora... Y ella...

En lugar de asombrarse, de lamentarse, de alegrarse, Nikolai Apolónovich subió corriendo las escaleras, desplegando en el espacio el raso sanguinolento, como una cola.

Nikolai Apolónovich subió corriendo las escaleras, interrumpiendo a Semiónich, porque se imaginó claramente: las acciones de un malvado; se imaginó al malvado; en los dedos del malvado restallaron unas tijeras brillantes, cuando se disponía a tajar torpemente la arteria de un vejestorio; las pulsaciones estremecían la garganta del vejestorio... semejante a la de un cangrejo; el malvado dio un tijeretazo a la arteria, y una sangre hedionda, pegajosa, salpicó las tijeras; el vejestorio-lampión, arrugado, calvo, se echó a llorar, y clavó su mirada en los ojos de él, se acuclilló e intentó taponar el tajo en la garganta, del que con silbidos apenas audibles borboteaba... la sangre...

Esta imagen se le apareció (porque cuando el viejo se acuclilló, él pudo arrancar la maza de la pared, revolverse y...): sintió miedo.

Por eso echó a correr con fuertes pisadas hacia las habitaciones.

MALA SEÑAL

El sol iluminaba las habitaciones; estallaba en el aire la incrustación de las mesas; todos los espejos reían, porque el espejo que asomaba al salón reflejaba a un monigote; el monigote echó a correr y el espejo envió la imagen a otro espejo; los espejos reflejaron a un monigote, que entró corriendo en el salón, frenó en seco y clavó las miradas en los espejos, porque había visto reflejada en el primer espejo: una osamenta con levita abrochada, de la que a derecha y a izquierda se desviaban una oreja desnuda y una pequeña patilla.

Apolón Apolónovich, que en lugar del hijo vio al monigote en los espejos, se dispuso a esperarle.

Apolón Apolónovich cerró la puerta al salón; la retirada quedó cortada: había que acabar. Consideraba la conversación como una operación quirúrgica. Como el cirujano que se acerca a la mesa de operaciones, en la que se alinean los bisturís, las sierras, los trépanos, Apolón Apolónovich, frotándose los dedos, iba hacia *Nicolas*, se detuvo, extrajo el estuche de las gafas, le dio vueltas entre los dedos, lo guardó otra vez y tosió:

—Así que paseando en dominó.

—¡Sí!... Es que iban enmascarados... Así que decidí yo también... disfrazarme...

Nikolai Apolónovich pensaba que las dos varas del cuerpo de su padre (por doce palmos de contorno, era la periferia de un centro autoconsciente: allí se había instalado el «yo»); pero cualquier tabla desprendida inoportunamente podía aplastar el centro; Apolón Apolónovich percibió ese pensamiento, que se refería a él, se apartó hacia una mesa lejana y tamborileó con los dedos; Nikolai Apolónovich se acercó, riendo:

—No sabes cómo nos hemos divertido... No sabes cuánto bailamos... Mientras, pensaba: no es más que pellejo y huesos, y sangre, sin un solo músculo; esta barrera tiene que estallar en pedazos; si lo rehúyes hoy, mañana por la noche te arrollará...

Apolón Apolónovich, que en el espejo brillante atrapó involuntariamente la mirada, giró sobre sus talones; y captó el final de la frase:

—Después estuvimos jugando a los *petits jeux*.

Apolón Apolónovich no respondió nada; su mirada entornada se detuvo en las tarimas... Apolón Apolónovich recordó: este «monigote» había sido un cuerpecito pequeño, que él paseaba con cariño paternal en brazos; un niño rubito, que se ponía un gorro de papel y se le encaramaba al cuello; y Apolón Apolónovich entonaba con voz ronca, con gorjeos y gallos:

Tontinito, pequeñito
está bailando Kolia:
se ha puesto un gorrito

y cabalga ahora.

Aproximaba aquel cuerpo de niño a este espejo: se reflejaban el viejo y el niño; mostraba al niño la imagen:

—Mira, hijito, aquéllos son gente extraña...

Lloraba Kólenka, gritaba de noche. ¿Y ahora? Apolón Apolónovich veía un cuerpo ajeno, grande...

Y Apolón Apolónovich comenzó de lejos:

—Verás, Kólenka...

Se posó en una butaca mullida.

—Yo, Kólenka, tengo que... Es decir, no yo, sino, espero que los dos necesitamos... una explicación: ¿dispones de tiempo? La cuestión, que yo definiría como candente, consiste en que... — tropezó en mitad de la palabra y retornó al espejo (en ese instante, un carillón dio la hora); de la profundidad del espejo miraba hacia la sala la muerte con levita, y el espejo estalló: a su ancho como un rayo, con un ligero crujir, una línea quebrada fue abriéndose camino, y se detuvo para la eternidad en zig-zag.

Los supersticiosos habrían dicho:

—¡Mala señal!...

Nikolai Apolónovich, evidentemente, quería aplazar de nuevo la explicación: la explicación estaba de más; cada cosa se explicaría por sí misma. Nikolai Apolónovich lamentó no haber escapado de la sala a tiempo.

—Papá: debo admitir que esperaba que tendríamos una explicación.

—¿Estás ahora libre?

—Sí, estoy.

No podía eludir a su padre: se hallaba ante él... Aquí debo hacer una pequeña disgresión:

—Digno lector: describimos el aspecto del portador de la cruz de diamantes sin pizca de humor, tal como lo hubiera visto cualquier observador, no como se nos reveló a nosotros: nosotros ya estamos hechos a él; hemos penetrado en un alma conmovida hasta más no poder y en los torbellinos de su conciencia; no está de más recordar al lector en rasgos generales aquel aspecto: a tal aspecto, tal esencia; si nos fuera dado observar esa esencia, habríamos visto girar los torbellinos de la conciencia, y un silencio que haría reventar el hueso frontal. El observador imparcial habría visto la osamenta de un gorila.

—Kólenka, vete a tu cuarto y pon en orden las ideas. Si encuentras dentro de ti algo que no estaría de más discutir, ven a mi despacho.

—Bien, papá...

—A propósito, quítate esos trapos ridículos... No me gusta todo eso...

—¿...?

—¡Sí, no me gusta! ¡¡Me desagrade sumamente!!

Dos nudillos amarillentos golpearon precisos la mesita de juego.

ANTE LA MESA

Nikolai Apolónovich permaneció sentado ante la mesa; sus miradas recorrieron las cajas y las baldas que sobresalían de las paredes. Sí, aquí había jugado él; aquí pasó largos ratos sentado en esta misma butaca, en la que sobre el raso azul pálido del respaldo se retorcían los ramilletes; seguía allí el cuadro de David «Distribution del aigles par Napoleon Premier», que representaba al emperador con corona y púrpura.

¿Qué decir al padre? ¿Mentirle otra vez? ¿Cuando la mentira era inútil? ¿Mentir en su situación? Nikolai Apolónovich recordó cómo mentía en la infancia.

El piano de época amarillo rozó con las ruedecillas el parquet; aquí se sentaba mamá; las viejas melodías de Beethoven conmovían aquí las paredes.

Asomó el sol: lanzó sus antorchas ensiformes: el titán de mil brazos llegado de la antigüedad iluminaba las agujas de las torres, los tejados, la frente esclerótica apoyada contra el cristal; el titán de mil brazos lloraba mudo allí su soledad: «¡Venid, venid al viejo sol!»

Pero el sol se le antojó a Nikolai Apolónovich una enorme tarántula de mil patas, que con pasión demencial arremetía contra la tierra...

Entrecerró los ojos, porque todo rebrilló; la pantalla de la lámpara derramó amatistas, y centelleó chispeante el ala del Cupido dorado, y resplandecieron las superficies de los espejos; uno se quebró.

—Y nosotros... que...

Nikolai Apolónovich levantó su cara...

—¿Qué va a ser... de la señora?

Vio a Semiónich.

—Pues... francamente no sé...

Semiónich se mordió los labios:

—¿Le informo al señor?

—¿Acaso papá no lo sabe?

—Es que no me atreví...

—Vaya, y dígaselo...

—Pues voy... Se lo diré, bueno...

Y salió al pasillo.

Todo, todo, todo: este brillo del sol, las paredes, el cuerpo, el alma, todo se derrumbará; ya todo se derrumba, se derrumba, y será un bochinche, un boquete, una bomba.

Una bomba, una rápida expansión de gases... La rotundidad de la expansión trajo a su memoria una pesadilla que tenía olvidada.

De niño deliraba en sueños; algunas noches se le apareció una bola elástica, que rebotaba, tal vez hecha de goma o tal vez de una materia de mundos extraños;

producía en el suelo un apagado ruido acharolado: pepp-péppep; y otra vez: pepp-péppep, que se hinchaba pavorosamente, hasta tomar el aspecto de un señor adiposo redondo; el señor adiposo, transformado en un globo fatigante, se dilataba, se dilataba, se dilataba y amenazaba con aplastarle:

—Pepp...

—Péppovich...

—Pepp...

Hasta reventar en pedazos.

Nikólenka comenzaba a desvariar, a gritar, que se redondeaba, de que él era un cero, era nulo; y todo en él se anulaba, anulaba, anulll...

El aya alemana, Karolina Kárlovna, con blusa blanca y rulos en el pelo, le observaba enfadada a través del halo luminoso en torno a la vela, y el halo se dilataba, se dilataba, y Karolina Kárlovna repetía:

—Tú, pequenyito, Kólinka, tranquilen: es el crecimiento...

No charlaba: karlaba, karllaba, karlll...

Pepp Péppovich Pepp...

—¿Estaré delirando?

Nikolai Apolónovich se llevó los dedos a la frente: un bochinche, un boquete, una bomba.

Y en la ventana, más allá de la ventana, en la remota lejanía, donde se humillaron calladas las islas, donde se agazaparon dóciles los edificios de las islas, resplandeció implacable y se clavó en lo más alto del cielo la estridente aguja de la fortaleza de Pedro y Pablo.

Recorrieron el pasillo los pasos de Semiónich. Era imposible demorarlo más: Apolón Apolónovich esperaba.

LOS MAZOS DE LÁPICES

El despacho del senador: se elevaba una mesa; pero no era lo principal; se alineaban por las paredes los armarios; a la derecha el primero, el tercero y el quinto; a la izquierda estaban los pares; los estantes se acombaban bajo los libros colocados en orden sistemático; en el centro de la mesa había un manual de *Planimetría*.

Apolón Apolónovich, antes de quedarse dormido, solía abrir el manual, para calmar la vida mental con las formas felices de paralelepípedos, paralelogramos, paraleloides, conos y cubos.

El respaldo del sillón, tapizado de cuero, invitaba a recostarse en la mañana cansina. Apolón Apolónovich era sumamente rígido; permanecía sentado a la mesa, envarado, esperando al indigno hijo; abrió un cajón; de allí, de la letra «r», sacó un diario, que llevaba por título «Observaciones», y allí, en las «Observaciones», comenzó a anotar los pensamientos tentados por la experiencia.

Le interrumpieron; se oyó un suspiro recatado; aquí Apolón Apolónovich se

revolvió presionando sobre la pluma, y la pluma se rompió.

—Señor, excelencia... Permítame que le comunique (antes se me olvidó)...

Apolón Apolónovich se dibujaba como una sucesión de líneas grises y negras; parecía un aguafuerte.

—Es que la señora nuestra, permítame decirle...

Apolón Apolónovich volvió la enorme oreja...

—¿Qué pasa, eeh?... Hable más alto: no oigo.

Semiónich se inclinó temblando hacia la oreja verde pálida, que le observaba expectante:

—La señora... Anna Petrovna... Que ha regresado...

—¿...?

—De España, a Petersburgo...

—¡¿Cómo así?!

—Para en el hotel...

—Acababa vuestra excelencia de salir, en esto que llega el botones, con una carta...

Bueno, puse la carta sobre la mesa y al botones la propina: veinte kopeks...

A la hora escasa, oigo que llaman...

Apolón Apolónovich puso una mano sobre la otra, arraigando en el sillón con serena impasibilidad, sin un movimiento, sin una idea; la mirada caía sobre los lomos de los libros: «Código de las Leyes Rusas. Tomo primero, tomo segundo». En la mesa, ante los libros, brillaban el tintero, el portaplumas y las plumas; un pesado pisapapeles, en el que un mujik de plata (un súbdito fiel), se llevaba a los labios una jarra.

—Abro, excelencia, la puerta: la señora...

—Y no se me ocurre más que: «¿Qué se le ofrece?» La señora me responde: «Mitri Semiónich...»

—Me dice: «Quiero ver qué tal lo pasáis sin mí...»

Apolón Apolónovich abrió un cajón y sacó una docena de lápices (muy baratos), tomó un par de ellos entre los dedos, y los palillos crujieron bajos los dedos. Apolón Apolónovich exteriorizaba su padecimiento: quebraba los lápices de unos mazos que con tal fin guardaba en el cajón letra «b».

Pero mientras crujía los mazos de lápices, sabía mantenerse impasible, y jamás habría dicho nadie que el señor era rígido...: que la convexidad frontal ocultaba el deseo de circundar la Tierra con una avenida, a semejanza de una cadena.

Semiónich salió. Apolón Apolónovich apartó los trozos de lápiz, rejuveneció, se apresuró a arreglarse la corbata, se incorporó rápidamente y comenzó a caminar de un

lado para otro, inquietillo; de pronto, recordó al hijo: una fotografía de Nikolai Apolónovich de mil novecientos cuatro.

En ese instante, en una habitación lejana, sonaron repetidos golpes, y Apolón Apolónovich se detuvo, sintió deseos de echar la llave a la puerta del despacho, pero... quedó pensativo, porque el golpe lo producía una puerta al cerrarse (el ruido llegaba de la sala); tosía desgarradoramente, arrastrando las pantuflas: el pasado se fortalecía en la memoria con los sonidos de una canción con la que Apolón Apolónovich se había enamorado por primera vez:

Aa-plaa-caa-oos paa-sii-oones...

Duu-ermee-e coraa-zón herii-do...

—¿Por qué, por qué tuvo que ser así?

Se abrió la puerta: en el umbral estaba Nikolai Apolónovich con uniforme de estudiante, hasta con el espadín (el traje que llevaba en el baile, debajo del dominó), pero en babuchas y con un abigarrado bonete tártaro.

—Aquí me tienes, papá...

Apolón Apolónovich, en lugar de hablar del dominó (¿qué importaba ahora el dominó?), se puso a hablar de otra cosa.

—Es que, verás, Kólenka... tu madre, Anna Petrovna, ha vuelto...

Nikolai Apolónovich pensó: «Con que ése es el asunto»; se fingió conmovido:

—Sí, me he enterado...

Efectivamente, por primera vez se había puesto a pensar en que su madre, Anna Petrovna, había regresado, pero volvió a lo de antes: a contemplar el cuello y las orejas del viejo... La turbación y el casto pudor con que el viejo...

—Anna Petrovna, amigo mío, cometió una acción que... digamos, es difícil... me es difícil, Kólenka, con la suficiente sangre fría, calificar...

Chilló un ratón.

—En una palabra, conoces la acción; acción —lo habrás observado— que me he abstenido de comentar en tu presencia, respetando tus lógicos sentimientos...

Ilógicos...

—Sí, papá: le comprendo...

—Indudablemente —Apolón Apolónovich introdujo dos dedos en el bolsillo del chaleco y reanudó su carrera en diagonal (de un rincón al otro)—, indudablemente, el retorno a Petersburgo es una sorpresa.

(Apolón Apolónovich detuvo la mirada en el hijo y se alzó de puntillas.)

—Una absoluta...

—Una sorpresa para todos nosotros...

—¿Quién iba a imaginárselo?...

—Eso mismo digo yo: ¿quién iba a imaginárselo? —Apolón Apolónovich se abrió desconcertado de brazos y alzó los hombros; hizo una reverencia al suelo— que

Anna Petrovna regresaría... —reanudó el paseo—. Esta sorpresa absoluta puede culminar, y te asisten todas las razones para pensar así, en un cambio —Apolón Apolónovich levantó un dedo y elevó la voz hasta el grito— de nuestro status quo doméstico; o bien —dio un giro— todo quedará igual.

—En mi opinión...

—En el primer caso: bienvenida.

Apolón Apolónovich hizo una reverencia a la puerta.

—En el segundo caso...

Apolón Apolónovich parpadeó.

Apolón Apolónovich elevó los ojos, y eran unos ojos tristes:

—Kólenka, francamente, no sé, pero creo... Es difícil explicártelo, tomando en consideración los sentimientos lógicos que...

Nikolai Apolónovich sintió un acceso, ¿se imaginan de qué? ¡De cariño! Hacia el viejo déspota, destinado a volar en pedazos.

Se inclinó hacia el padre: estaba a punto de postrarse ante él de rodillas, de confesarse y de pedirle clemencia, pero el viejo apretó los labios, sacudió con repugnancia las manos:

—¡No! ¡Déjelo, por favor!... ¡Sé qué necesita usted!... Después de oírme, tenga la bondad de dejarme en paz.

Repiquetearon dos dedos; la mano señaló la puerta:

—¡Usted, señor mío, me está tomando el pelo; usted, señor mío, no es mi hijo; usted es un malvado redomado!

Apolón Apolónovich no lo dijo, lo exclamó. Nikolai Apolónovich corrió al pasillo: aquellas dos orejas salientes se volverían una plasta.

PEPP PEPOVICH PEPP

Nikolai Apolónovich tropezó con la puerta; en su carrera arrolló una silla, llegó hasta la mesa:

—Eh... Pero... ¿dónde?

—¿...?

—¡...!

—¡Ah!...

—Ya...

—Bueno...

Nikolai Apolónovich hablaba consigo mismo.

Sí: y tenía prisa..., pero el cajón se resistía; extrajo del cajón legajos de cartas atados, un retrato grande de medio cuerpo; una señora de aspecto agraciado: miraba; el retrato de medio cuerpo cayó a un lado; bajo el retrato había un hatillo; lo sopesó en la mano: algo pesado; se apresuró a dejarlo.

Comenzó a deshacer los nudos de la toalla; inquietillo, recordaba al senador: más

aún, a una fotografía del senador del año sesenta.

Los dedos temblorosos no deshicieron el hatillo; ¿para qué deshacerlo, si todo estaba claro? No obstante, deshizo el hatillo: su asombro fue ilimitado:

—Una caja de bombones...

—¿Cómo?...

—¡Un lazo!...

Desató el lazo y se quebraron sus esperanzas (aún tenía esperanzas): en la caja, bajo el lazo rosáceo, en lugar de los dulces bombones de Ballet, había una lata.

Al mismo tiempo descubrió un mecanismo de relojería, acoplado a un costado: había que girar en el costado una llave metálica, para poner una fina manecilla negra en hora. Nikolai Apolónovich se sentía incapaz de girar la llave: después le habría sido imposible interrumpir la marcha del mecanismo. Y para cortar allí mismo la posibilidad de una retirada, Nikolai Apolónovich introdujo la llave metálica entre los dedos; tal vez porque le temblaron los dedos y sintió un mareo, el caso es que se precipitó al abismo que quería eludir: la llave giró lentamente hacia la una, después hacia las dos, y Nikolai Apolónovich quedó como marginado; miró de reojo la mesa: había una lata de sardinas gordas (desde el día en que sufrió un empacho de sardinas, no volvió a comerlas); era una lata como otra cualquiera: de esquinas redondeadas...

—¡No!

¡Una lata de sardinas de un horrible contenido!

Pero la vida inconcebible ya había iniciado su marcha; y giraron: la manecilla de las horas, la de los minutos; y el inquieto hilillo del segundero comenzó a brincar en redondo hasta el instante en que...

—el horrible contenido de la lata de sardinas comenzara a dilatarse sin límites; entonces, estallaría la lata;

—los gases se expandirían presurosos en círculo: rompiendo con estruendo impetuoso la mesa: y reventarían en ella, con un estallido; el cuerpo reventaría, mezclado con las astillas; junto con los gases salpicaría la plasta;

—en una centésima de segundo se derrumbarían las paredes, y el contenido, dilatándose, saldría con un silbido, aventando al cielo mortecino astillas, piedras y sangre.

Se dilataría veloz el humo desgredado y extendería sus guedejas sobre el Neva.

Una vez hubo girado la llave, debió de colocar la cajita (en la alcoba blanca, por ejemplo), o aplastarla con el pie.

¿Aplastarla con el pie?

Sus orejas se estremecieron; sintió náuseas, como si hubiera tragado la bomba igual que si se tratara de una píldora; se le abultó la boca del estómago.

¡No la aplastaría jamás!

No le quedaba otro recurso que arrojarla al Neva, tenía tiempo para ello: le bastaba dar otras veinte vueltas a la llave; todo se aplazaría; pero él, acurrucado sin fuerzas en una butaca, dejaba pasar el tiempo; el sueño le vencía; la idea debilitada se

separaba del cuerpo, dibujaba disparatadamente arabescos disparatados...

No en vano Nikolai Apolónovich había dedicado sus mejores años a la filosofía: no creía en la magia; la magia ofuscaba, oscurecía la idea sobre el origen de la perfección; para el filósofo la perfección es la Idea, es el Dios, por así decir. Nikolai Apolónovich respetaba, por así decir, a las máximas autoridades de las grandes religiones.

Bien, ¿pero qué tiene que ver la religión? ¿Era el momento oportuno de pensar...? El último esfuerzo hecho por Nikolai Apolónovich para sacudirse la modorra no fue coronado por el éxito; no se acordó de nada; parecía tranquilo... hasta la vulgaridad; la idea debilitada, separada del cuerpo, dibujaba disparatadamente arabescos disparatados.

Nikolai Apolónovich veneraba sobre todo a Buda, pues consideraba que el budismo era superior a las demás religiones en dos aspectos: en el psicológico, ya que enseñaba a amar a los animales; en el teórico: la lógica fue desarrollada por los lamas tibetanos: Nikolai Apolónovich recordó que había leído la lógica de Dharmakirtha con comentarios de Dharmottara...

Eso, en primer lugar.

En segundo: de cuando en cuando, ante las puertas de entrada experimentaba una sensación extraña, muy extraña: como si todo lo que se hallaba al otro lado de la puerta no fuera lo uno, sino lo otro; al otro lado de la puerta comenzaba la nada; la puerta se abriría a la inmensidad cósmica, con lo cual no quedaba... otro recurso que lanzarse de cabeza, para volar entre las estrellas y los globos de los planetas, en una atmósfera de doscientos setenta y tres grados de frío.

EL JUICIO FINAL

En ese estado se hallaba él ante la lata de sardinas: veía sin ver, oía sin oír; y el cuerpo cayó del suelo al cero absoluto; la cabeza se desplomó sin ruido sobre la mesa (sobre la lata de sardinas) y por la puerta abierta del pasillo asomó lo insondable, lo que Nikolai Apolónovich procuró rechazar iniciando un lejano peregrinaje, o un sueño (que, dicho sea, es lo mismo); la puerta abierta ofreció la inmensidad sideral.

De la puerta, de esa inmensidad, le observaron: una cabeza (miró y desapareció) de cierto ser; sus antepasados kirguiz-kaisakos mantenían relación con los lamas tibetanos: bullían bastante en la sangre de los Ab-Lai-Ujov. Sus simpatías por el budismo, ¿no se deberían a ello? La herencia se revelaba; en las venas escleróticas la herencia bullía en millones de glóbulos.

Su sueño se interrumpió: penosamente, mudo, alguien caminaba; allí, allí, la antigüedad, semejante a los alaridos que se abalanzaban sobre nosotros, los clamores del taxis, se hizo fuerza en la vieja melodía de una canción:

Aa-placaa-oos pa-sio-oo-nes...
Due-e-rme corazó-oo-on herii-doo...

—Aaah —se oyó un rugido en la puerta: ¿fue la bocina del taxis? No, era una cabeza ancestral.

Nikolai Apolónovich se incorporó.

¿La cabeza de Kong-Fu-Tseu o de Buda? En la puerta susurraba una bata irisada de seda; recordó su propia bata de Bujará, con iguales plumas irisadas... Una bata, por la que, en un campo de céfiro brumoso, reptaban pequeños dragones dorados de pico agudo, alados. Su gorra piramidal de cinco pisos parecía una mitra; sobre la cabeza ardía una aureola de muchos rayos; en su centro, un rostro arrugado despegó los labios *crónicamente*; un reverendo mongol entró en la habitación, soplaban vientecillos milenarios.

Nikolai Apolónovich pensaba: bajo el aspecto de un antepasado mongol había entrado Cronos; buscó en las manos del Desconocido el filo de la tradicional guadaña; no portaba guadaña: en la mano amarillenta, olorosa como el primer lirio, llevaba un plato oriental, con un montoncito fragante de rosadas manzanas: del paraíso.

El negaba la existencia del paraíso: él no identificaba el paraíso o el Edén, con su interpretación del bien supremo (él era kantiano); él era un hombre nirvánico.

Por Nirvana él entendía la Nada.

Nikolai Apolónovich se entregó a la fantasía; él era un viejo turanio — él — se había reencarnado en la sangre, en la carne linajuda rusa, para cumplir el objetivo más caro: conmover todos los pilares; el viejo Dragón debería nutrirse de la sangre viciada: y devorarlo todo a fuego; el Oriente ancestral bombardeó nuestra época con una lluvia de bombas, y Nikolai Apolónovich, vieja bomba turania, estallaba ahora al ver la patria; y en su cara apareció una expresión de mongol; ahora se asemejaba a un mandarín del Imperio del Medio, que se hubiere puesto levita para viajar a Occidente (viajaba con una misión ultrasecreta).

El antiguo turanio, provisionalmente ataviado con un dominó ario, se precipitó sobre una pila de cuadernos, en los que había formulado las tesis de una metafísica largamente meditada: todos los cuadernos integraban la magna obra de toda la vida: la misión total, mongola, transparentaba en cada nota, en todos sus párrafos: era la misión a él confiada.

El visitante, el venerable turanio, estaba allí: alzaba rítmicamente los brazos, y se agitaban sus vestimentas, como el soplo de unas alas al pasar; el céfiro difuminado de su ropa se despejó, se hizo más profundo y de pronto se transformó en un jirón de cielo, que se asomaba al aire desgarrado del sencillo despacho: una grieta de céfiro oscuro se había abierto en la habitación llena de armarios (la bata se había transformado en una enorme grieta al cielo); los pequeños dragones dorados rutilaban allí como astros... Un aire de índigo, aromatizado con estrellas, soplabá de allí.

Y Nikolai Apolónovich se apresuró a recibir al huésped (un turanio a otro turanio) con un cuaderno en la mano:

—Kant (Kant también era turanio).

—¡El valor como la nada metafísica!

—Las relaciones sociales basadas en el valor.

—La destrucción del mundo ario por un sistema de valores.

—Conclusión: la misión mongola.

El turanio respondió:

—El problema ha sido mal comprendido: párrafo primero, la Avenida.

—En lugar del valor, la numeración: por casas, pisos y habitaciones en los siglos de los siglos.

—En lugar de un orden social nuevo, la circulación reglamentada de los ciudadanos de la Avenida.

—No la destrucción de Europa, sino su estagnación...

—Esa es la misión mongola...

Nikolai Apolónovich estaba condenado; el rostro rugoso se inclinó sobre él: observó la oreja y comprendió que el viejo turanio, que le estaba iniciando en todos los principios de la sabiduría, era Apolón Apolónovich. ¡Sobre él había levantado la mano!

—¿Cómo es... eso? ¿Quién es... eso?

—El padre...

—¿Quién?

Había llegado el Juicio.

El tiempo dejó de transcurrir; todo perecía.

—¡Padre!

—Tú intentaste matarme, y por eso todo se derrumba.

—No fue a ti, sino... a...

—Todo se derrumba: cae sobre Saturno...

Oscurecía el aire tras las ventanas: todo se volvió materia fundida que se dilataba sin límites; giraba terriblemente.

—Cela... tourne... —rugió Nikolai Apolónovich, privado del cuerpo, aunque sin percatarse de ello.

—No, sa... tourne...

Privado del cuerpo, él sentía el cuerpo: un centro invisible, lo que antes había sido conciencia, parecía conservar el aspecto del cuerpo anterior; la lógica se transformó en huesos y los silogismos se enrollaron en torno a ella como ligamentos; el contenido de la lógica se revistió de carne; de esta forma el «yo» volvió a recuperar su imagen corporal; y en el «yo» desintegrado descubrió otro «yo» ajeno, llegado de Saturno; y retornó a Saturno.

El permanecía sentado igual que antes, sin cuerpo, pero en el cuerpo (¡qué cosa más extraña!); al otro lado de las ventanas, en la oscuridad, sonaba: *turno-turno*.

La cronología corría a la inversa.

—¿En qué era estamos?

Pero Saturno, es decir, Apolón Apolónovich, estalló en una carcajada y respondió:

—En ninguna, Kólenka, en ninguna: el tiempo, querido mío, está en punto cero...

—¡Ay, ay! Entonces, ¿qué «soy yo»?

—Un cero...

—¿Y el cero?

—Una bomba...

Nikolai Apolónovich comprendió que él era una bomba; reventó con estruendo.

Despertó de su sueño; comprobó que su cabeza descansaba sobre la lata de sardinas.

Un sueño terrible... ¿Cómo había sido? No lo recordaba; retornaron las pesadillas de la niñez: Pepp Péppovich Pepp, una bola que se hinchaba, estaba en la lata de sardinas.

—Pepp Péppovich Pepp es la bomba del Partido: ella chirría imperceptiblemente: Pepp Péppovich Pepp se dilatará. Y Pepp Peppovich Pepp ¡reventará!

—¿No será... que estoy delirando?

Otra vez la misma idea. ¿Qué hacer? Queda sólo un cuarto de hora. ¿Dar a la llave marcha atrás?

Veinte veces giró él la llave; veinte veces crujió algo: el delirio se desvaneció, para que la mañana fuera mañana, el día día y la tarde tarde; al filo de la noche ya no se podrá frenar el giro de la llave: las paredes se derrumbarán.

FIN DEL QUINTO CAPÍTULO

CAPÍTULO SEXTO

en el que se narran los sucesos de un día gris

A su espalda el Jinete de Bronce
Con retumbar pesado galopaba.

A. PUSHKIN

RETOMÓ EL HILO DE SU EXISTENCIA

Aleksandr Ivánovich entreabrió los ojos pegados: la noche era un acontecimiento de dimensiones gigantescas.

El tránsito entre la vela y el sueño era como lanzarse del cuarto piso por una ventana; las sensaciones abrían una brecha, y él se lanzaba por aquella brecha.

El despertar le precipitaba violentamente de lo alto: tenía todo el cuerpo dolido.

Se sintió estremecido por un terrible escalofrío; pasó una noche intranquila: algo debió de haber ocurrido...

Se prolongaba una huida delirante: tal vez por las avenidas envueltas en niebla, o por los peldaños de una escalera misteriosa; pero probablemente era la fiebre que corría por las venas; la memoria le recordaba algo, pero el recuerdo se desvanecía; había algo que no lograba hilvanar.

Seramente preocupado (vivía solo y temía caer enfermo), pensó: no me vendría mal un descanso.

—Me vendría bien la quinina.

—Y un té muy cargado...

—Con confitura de frambuesa...

Se le escapó un suspiro:

—Debería de observar una abstinencia severa... No leer más la Revelación... No reunirme en la portería... No charlar con Stiopka...

Los pensamientos sobre el té, el vodka, Stiopka y la Revelación le tranquilizaron.

Pero nada más se lavó con el agua fría del grifo sintió otro acceso de estupidez.

Recorrió con la mirada su habitáculo de doce rublos (la buhardilla).

¡Pobre morada!

El lecho era un bastidor rajado, apoyado en caballetes de madera; destacaban en ellos unas manchas secas, probablemente de chinches.

Cubría el camastro un jergón de líber; el cobertor de ganchillo en el que a duras penas se distinguían las rayas: rayas azules y rojas, desdibujadas no por la suciedad, sino por los muchos años de uso (la manta había viajado a la región de Yakutia).

Colgaba una pequeña imagen orante de San Serafín de Sárov (Aleksandr Ivánovich llevaba un crucifijo debajo de la camisa).

Además del lecho, había una pequeña mesa tosca de hechura, una de esas mesas que en las casas de campo se utilizan para poner la palangana; estas mesas se venden en las ferias; también le servía de escritorio y de mesita de noche; faltaba la palangana: Aleksandr Ivánovich utilizaba el grifo, en una lata de sardinas tenía un trozo de jabón de lavar; había también una percha; asomaba la puntera de una zapatilla vieja (en una ocasión soñó que la zapatilla era un ser vivo, como el perro o el gato, que recorría la habitación y hozaba los rincones; probó a darle de comer pan blanco mascado; el ser taconeante le mordió por un agujero un dedo; él se despertó).

Abultaba aquí una maleta marrón, que había perdido su forma inicial.

Pero todo el mobiliario del habitáculo quedaba opacado por el color del empapelado, repelente y descarado, entre amarillo oscuro y marrón oscuro, con manchas de humedad: de noche las cochinillas atravesaban las manchas.

Aleksandr Ivánovich Dudkin observaba su habitación; ansiaba huir de la habitación: a la niebla sucia, para perderse entre los hombros, las espaldas, las caras verdosas que llenan las avenidas de Petersburgo.

A la ventana se pegaban los enjambres de las nieblas de octubre; sintió deseos de sumergirse en la niebla y apagar en ella la absurdidad que traqueteaba en su cerebro, sofocar los brotes del delirio con la gimnasia de las piernas. Tenía que caminar: de avenida en avenida, de calle en calle, hasta embotar el cerebro, y después caer sobre la mesa de una taberna y abrasarse con vodka.

Se puso el gabancete y pensó:

—Me vendría bien la quinina.

Quinina, no...

—¡Lo que ahora me vendría bien es un té cargado, con confitura de frambuesa!...

LA ESCALERA

¡La escalera!

Amenazante, tenebrosa, húmeda, repetía despiadada el arrastrar de los pasos. La noche anterior él pasó por aquí; no fue en sueños.

Un silencio mortal se dilataba; producía susurros, y un papanatas tragaba la saliva sin medida, sin cansancio, con glutinosa precisión; surgían ruidos, trezados del gemir de los tiempos; desde lo alto, desde las ventanas, a veces la bruma se agitaba en siluetas desmadejadas; y el turquí opaco se extendía a los pies sin un solo ruido.

Asomaba la luna.

Pero los enjambres acudían: desmadejados, humeantes, todos hacia la luna: el turquí se opacaba.

Aleksandr Ivánovich recordó: ayer él corría por la escalera, apurando las últimas fuerzas, sin ninguna esperanza de superar ¿qué? Una silueta corría tras él.

Y le perdía sin remedio.

¡La escalera!

En los días grises es una escalera ordinaria; los golpes aquí suenan sordos; unas veces trinchan coles; en las barandillas, extendida, una alfombra medio rota con olor a orines de gato, de los vecinos del tercero; el encerador la sacude con una palmeta; una caradura rubia estornuda en el delantal a causa del polvo.

¡Puertas forradas de hule!

Esta, esa, aquélla... De aquélla se despegó el hule; y la crin asoma hirsuta por los agujeros; en ésta, prendida de un alfiler hay una tarjeta. Dice: «Zakataalkin»... ¿Quién es? ¿Cómo es su nombre? ¿Su profesión? ¡Vaya usted a saber!: «Zakataalkin»; así, sin más.

El arco de un violín aserrucha afanoso una canción conocida; se oye una voz:

—Patria de mis amores...

Barrunto que Zakataalkin es violinista: en una orquestucha de restaurante.

SE ESCABULLÓ Y ECHÓ A CORRER

¡Fuera de aquí! ¡A la calle!

Hay que volver a caminar: caminar hasta embrutecer por completo el cerebro, para no soñar con aberraciones; recorrer a pie Petersburgo; perderse entre los juncos húmedos, entre los humos que cuelgan sobre el litoral, volverse insensible y despreocuparse de todo, recuperarse entre las luces mortecinas de los arrabales petersburguenses.

Bajó la escalera a saltos. De pronto se detuvo; vio a un sujeto con esclavina y con un sombrero torcido de forma inverosímil que corría mientras en la mano giraba desesperadamente un pesado bastón.

El extraño sujeto se dirigió hacia él alocadamente y estuvo a punto de chocar contra su pecho; pero echó la cabeza hacia atrás; Aleksandr Ivánovich Dudkin vio ante sus narices una frente cubierta de sudor . una vena palpitante, por el martilleo de la vena reconoció a Ableújov.

Nikolai Apolónovich le cortó el camino con un bisbiseo amenazador:

—Usted habrá entendido ya: *no puedo, tampoco quiero*; en una palabra, que *no lo haré*.

—¡...!

—Me niego rotundamente. Transmítalo así. Y ruego que me dejen en paz...

Nikolai Apolónovich dio media vuelta; haciendo girar el pesado bastón, se lanzó escaleras abajo.

—Oiga, deténgase —se apresuró Aleksandr Ivánovich y sintió el tableteo de los pasos por los peldaños de la escalera.

—¿Nikolai Apolónovich?

Cogió de la manga a Ableújov, pero éste se escabulló.

Cruzó corriendo el patio.

Aleksandr Ivánovich abrió la puerta, se sentía muy intranquilo; y en dos zancadas le dio alcance.

Atrapó con la mano la punta aleteante de la esclavina; forcejearon un instante entre la leña apilada; Nikolai Apolónovich, jadeando de ira, gritaba en voz alta estúpidos insultos:

—¿A eso llama usted acción, labor de Partido? Espiarme a mí. Seguirme cada paso... Usted, desilusionado de todo... Señor mío, usted..., usted..., usted...

Nikolai Apolónovich logró escabullirse de nuevo y salió corriendo.

LA CALLE

Volaban por la calle:

—Nikolai Apolónovich —no cesaba de gritar Dudkin, excitado— comprenda que no podemos separarnos sin una explicación...

—No hay más que hablar —dijo sin aminorar el paso Nikolai Apolónovich.

—Explíquese mejor —insistía Aleksandr Ivánovich.

Sus facciones reflejaban ofensa y estupor; Nikolai Apolónovich debió de comprender que el asombro era sincero.

Y se volvió, no tan violento, pero con una cólera dolorida:

—¿Qué tengo que explicarle?... Tengo derecho a exigir... El que sufre soy yo, no usted, o uno de sus camaradas...

—¿Qué ocurre?...

—¡Darme el hatillo!...

—¿Y qué?

—Sin avisar, sin explicarlo...

Aleksandr Ivánovich enrojeció.

—Y desaparecer sin dejar huella... Y luego recurrir a un testaferro para amenazarme con la policía...

Aleksandr Ivánovich se estremeció nervioso:

—Oiga usted: ¿de qué policía está hablando?

—¿Qué indecencias dice...? ¿Qué alusiones son esas? ¿Quién de los dos es el irresponsable?

Pero Nikolai Apolónovich exclamó con voz ronca:

—Yo a usted le —se oyó su crepitación (la boca, al cerrarse, apuntaba hacia la oreja)... Yo a usted, aquí, en este mismo sitio...

Allí, allí... —

De aquella casa lustrosa en un anochecer de verano mascaba una vieja desdentada.

Aleksandr Ivánovich sabía que el artefacto primero había sido llevado al desván

de aquella casa.

Se estremeció involuntariamente.

Del desvarío del hijito del senador sobre la policía y sobre su negativa rotunda él sólo había entendido:

—Oiga, todo el problema está en el hatillo...

—Está en *ella*, usted me la entregó para que *la* guardase.

La conversación se desarrollaba ante la *casita*, donde había surgido la bomba: la bomba, transformada en bomba mental, había descrito un círculo completo.

—Nikolai Apolónovich, usted me está ofendiendo: ¿qué encuentra censurable en mi proceder?

—¿Cómo?

—¿El Partido —pronunció las palabras susurrando— le pidió guardarla provisionalmente? ¿Dio usted su conformidad? Nada más... Si le fastidia guardar el hatillo, puedo pasar a recogerlo.

—Déjese de hacerse el inocente... si se tratara únicamente del hatillo...

—¡Chis! Más bajo: pueden oírnos...

—Entonces... yo le hubiera comprendido a usted... no haga como que no está enterado... como que no está al corriente...

—¿Qué ocurre?

—La coacción.

—No hubo coacción...

—Con la vigilancia...

—Le repito que no hubo tal coacción; usted dio su conformidad.

—Sí, en verano...

—¿Qué en verano?

—Sí, en principio di mi conformidad; más exactamente, propuse y... tal vez... prometí, creyendo que no habría coacción alguna, de la misma forma que en el Partido no hay coacción; si en su organización existe la coacción, es que son ustedes una pandilla de intrigantes... Bien... Yo prometí, pero... ¿podía imaginarme que no podría retractarme...

—Un momento...

—¡Acaso podía sospechar qué interpretación darían a mi propuesta!... ¡Que me propondrían eso...!

—Un momento: permítame que le interrumpa... ¿De qué promesa está usted hablando?

—De *esa* promesa...

Recordó que en una ocasión en la taberna, Nikolai Stepánovich Lippánchenko le había dicho que Nikolai Apolónovich... ¡Prefería no recordarlo!... Y agregó rápidamente:

—No me estoy refiriendo a *eso*, la cosa no está en *eso*.

—¿Cómo que no está en *eso*? Todo está en la promesa: en una promesa

interpretada como algo irreversible y de forma *vil*.

—Hable más bajo, Nikolai Apolónovich, ¿qué hay de vil en esto? ¿Dónde está la vileza?

—¿Cómo que dónde?

—Sí, ¿dónde? El Partido le pidió que lo guardara por un tiempo, eso es todo...

—¿Eso es todo?

—Todo...

—Si la cuestión estuviera en el hatillo, yo le habría comprendido: perdóneme...

Hizo un ademán:

—¿No ve usted que estamos dando vueltas a lo mismo, como en el cuento de nunca acabar?...

—Usted no se cansa de hablar de coacción; ahora que me acuerdo y según tengo oído...

—¿Qué?

—Sobre la coacción violenta que usted nos propuso: ¡la idea partió de usted!

Aleksandr Ivánovich recordó (un personaje se lo había contado en la taberna). Nikolai Apolónovich a través de un testaferrero se había ofrecido para eliminar a su padre; recordaba que el personaje había agregado: el Partido se ve obligado a rechazarlo; lo antinatural de la elección de la víctima, el cinismo rayano en la infamia, todo eso producía en un corazón sensible un acceso de repugnancia (aquella vez Aleksandr Ivánovich estaba borracho; toda la conversación con Lippánchenko se le antojó un juego del cerebro embotado por el vino, no de la sensata realidad): eso recordó:

—Francamente...

—Exigirme que yo —le interrumpió Ableújov—, que... con mis propias manos...

—Eso mismo...

—¡Es repelente!

—Sí, repelente: y, Nikolai Apolónovich, yo no lo creí... Si lo hubiera creído, usted habría caído muy bajo... en la opinión del Partido...

—¿Usted lo considera repelente?

—Perdóneme...

—¡Ya ve usted! Usted mismo lo considera repelente, y usted mismo ha tomado parte en ello.

De pronto Dudkin se excitó por algo:

—Alto.

Le sujetó por un botón de la esclavina, y clavó los ojos en un punto:

—Déjese de palabras: estamos acusándonos mutuamente, ambos coincidimos en el calificativo del hecho... ¿Verdad que es una vileza?

Nikolai Apolónovich se estremeció:

—Claro que es una vileza...

Callaron...

Nikolai Apolónovich sacó del bolsillo un pañuelo, se detuvo, se enjugó la cara.

—A mí... me asombra...

—Y a mí...

Los dos se miraron atónitos a los ojos. Aleksandr Ivánovich volvió a tocar el extremo de la esclavina:

—Para deshacer todo este lío, dígame una cosa: la promesa de realizar el atentado con sus propias manos (y lo demás)... ¿partió de usted mismo?

—¡Que no! ¡Que no!

—Por lo tanto ¿usted no es cómplice, ni siquiera con el pensamiento, de este asesinato? Lo pregunto porque a veces un pensamiento se expresa involuntariamente, con gestos, con inflexiones de la voz, con miradas y hasta: con el temblor de los labios...

—No, no... es decir —Nikolai Apolónovich se percató de que se había percatado en voz alta de que sus pensamientos seguían un sospechoso curso; y al percatarse, enrojeció:

—Yo no quería a mi padre... Así lo manifesté en más de una ocasión... Pero de eso a pensar que yo... ¡Eso, jamás!

—Le creo.

Nikolai Apolónovich se cubrió de rubor inoportuno hasta la raíz de las orejas. Al ruborizarse, intentó dar una explicación, pero Aleksandr Ivánovich movió la cabeza para eludir el pequeño matiz de un pensamiento inconfesable, que había surgido en la mente de ambos.

—Déjelo... Le creo... Me refiero a otra cosa; ahora dígame sinceramente: ¿me cree implicado en esto?

Nikolai Apolónovich miró asombrado a su inocente interlocutor: le miró, enrojeció y con un exceso de vehemencia que ahora necesitaba para ocultar su pensamiento, gritó en voz alta:

—Considero que sí... Usted le ayudó a él...

—¿A quién?

—Al Desconocido...

—¿...?

—El *Desconocido* exigía...

—¡...!

—Que se cometiera la vileza.

—¿Dónde?

—En una carta abominable...

—No conozco a esa persona...

—El Desconocido —insistía desconcertado Nikolai Apolónovich— es su camarada de Partido... ¿De qué se asombra? ¿Qué le asombra?

—Le aseguro: el *Desconocido* no está en el Partido...

—¿Cómo? ¿Que en el Partido no está el Desconocido?...

—Hable más bajo... No...

—Llevo tres meses recibiendo cartas...

—¿De quién?

—De él...

Ambos clavaron los ojos en los ojos alzados; y uno los bajó, aterrado. La sombra de una débil esperanza brilló en los ojos del otro.

—Nikolai Apolónovich —una indignación ilimitada, sobreponiéndose al miedo, se extendió en marchas rojas por los pómulos de Aleksandr Ivánovich—, ¡Nikolai Apolónovich!

—¿Qué?

Pero Aleksandr Ivánovich no lograba recuperar la respiración.

—No me tenga en tensión, oiga.

Aleksandr Ivánovich movía la cabeza y callaba; algo inexpresable se derramaba de su frente, de los dedos fríos.

Dijo con dificultad:

—Le doy mi palabra de honor: en este asunto no tengo nada que ver...

Nikolai Apolónovich no le creyó.

—Bien, ¿qué significa esto?

Y miró con ojos invidentes hacia la profundidad de la calle. ¡Cómo había cambiado la calle!

—Eso no es para mí ningún alivio... Me pasé toda esta noche sin dormir.

El techo de un carruaje se alejaba veloz hacia el fondo de la calle. ¡Cómo había cambiado la calle, y cómo la cambiaron los días severos!

Se abalanzó el viento del litoral; cayeron las últimas hojas; y Aleksandr Ivánovich lo sabía todo de memoria:

¡Llegarán, llegarán los días sangrientos, llenos de horror; y después todo se hundirá; oh, girad, elevaos, días últimos!

¡Oh, arremolinaos en el aire, hojas últimas!

LA MANO DE AYUDA

—Entonces ¿él estuvo en el baile?

—Sí, él estuvo...

—Habló con su padre...

—Efectivamente: le mencionó a usted...

—¿Después le encontró en un callejón?...

—Me llevó al restaurante.

—¿Y dijo que se llamaba?

—Morkovin...

Nikolai Apolónovich no cesaba de perorar, inclinaba mucho el perfil, mostraba los dientes, recordando una carátula antigua que no se correspondía con su versatilidad de lagarto.

Siguió explayándose sobre el baile, la máscara, la carrera por el salón, el descanso en el zócalo de una casa, el zaguán, el mensaje y, finalmente, la taberna.

¡Abracadabra! Ellos se habían vuelto locos: *lo que pierde sin remedio* era una realidad.

Por la calle marchó a su encuentro un multitudinario enjambre de bombines; marcharon a su encuentro las chisteras; espumeó: una pluma de avestruz.

Por todas partes aparecían narices.

Narices de águila y de gallo; de pato y de gallina; y más allá, más allá..., verdes, verduscas y rojas. Marchaban al encuentro, absurdas, apresuradas, abundantes.

—Así que, según usted, todo ha sido un error.

Mientras hacía esta tímida sugerencia, Nikolai Apolónovich sentía que por todo su cuerpo se desparramaban a puñados las hormigas. (¿No estaría fingiendo?)

Aleksandr Ivánovich dejó de contemplar las narices.

—No ha sido un error, ha sido un torpe desparpajo; el equívoco ha sido mantenido conscientemente para frenar la acción del Partido.

—Entonces, ayúdeme...

—Es un abuso inadmisible —le interrumpió Dudkin— de bulos y burlas.

Aleksandr Ivánovich tendió la mano a Ableújov; por cierto, en ese instante descubrió que Nikolai Apolónovich era más bajo que él (éste no destacaba por su estatura).

—Bien, dé prueba de sangre fría...

—A usted le resulta fácil hablar de *sangre fría*, y yo no he dormido en toda la noche...

Le tranquilizó:

—Estoy seguro de que lograré desatar los nudos del vil enredo: me pondré inmediatamente a recoger datos, y...

Cortó la frase: los datos los podía proporcionar Lippánchenko; pero ¿se hallaba en Petersburgo?

—¿...?

—Mañana le daré la respuesta.

A Aleksandr Ivánovich le asombró un pequeño detalle.

LA AVENIDA NEVSKI

Todos los hombros formaban una masa que fluía viscosa y lenta; el hombro de Aleksandr Ivánovich se pegó a la masa: y, valga la expresión, quedó pegado;

obedeciendo a las leyes de la inseparabilidad del cuerpo, él siguió al hombro; y así fue lanzado a la avenida Nevski.

¿Qué es una hueva?

Allí el cuerpo del que sale a la vía pública se integra en un cuerpo común, es una hueva del caviar: las aceras de la Nevski son las tapas del bocadillo; su pensamiento se adhirió al proceso mental del ser miriápodo que avanza por la Nevski.

Y en silencio observaron ellos los muchos pies y la masa fluía; reptaba y rumoreaba con los piecillos transitantes; los segmentos constituían la masa; y cada segmento era un cuerpo.

En la Nevski no había hombres; sólo un miriápodo reptante y vociferante; el espacio húmedo desparramaba una polifonía de voces y una polifonía de palabras; todas las palabras, confundidas, volvían a trenzarse en una frase; y la frase parecía absurda; quedaba suspendida sobre la avenida Nevski; flotaba el humazo de las patrañas.

Y con estas patrañas el Neva se hinchaba y rugía y se agitaba encerrado entre el recio granito.

El miriápodo reptante es horrible: por la avenida Nevski lleva corriendo siglos; allí arriba, sobre la Nevski, se desplazan los tiempos. Allí las secuencias cambian; aquí son invariables; a los períodos de tiempo les han puesto un límite. No hay límite para el miriápodo humano; todos los segmentos cambian; él siempre es el mismo; más allá de la estación tuerce su cabeza; introduce la cola en la calle Morskaya; por la avenida Nevski rumorean los segmentos artropódicos.

¡Es una auténtica escolopendra!

DIONISIO

—Compréndame —insistía Nikolai Apolónovich—, compréndame, Aleksandr Ivánovich....

—Le comprendo...

—En la lata... —volvía a repetir Nikolai Apolónovich—, hormigoneaba la vida: tictaqueaba el reloj de una forma muy rara...

Aleksandr Ivánovich pensó:

—¿A qué lata se referirá?

Prestó mayor atención y cayó en que se trataba de la bomba.

—La accioné: estaba, nada, muerta— Di vueltas a la llavecita, comenzó a gemir, le aseguro, como un cuerpo en sueños...

—¿Que le dio cuerda?

—Sí, por veinticuatro horas...

—¿¡Qué ha hecho usted!?! ¡¿! Tírela rápido al río ¡?! —batió palmas Aleksandr Ivánovich.

—Me hizo una mueca...

—¿La lata?

—A decir verdad, me embargaron sentimientos muy abundantes, que cambiaban sin cesar, sobre ella, pero muy abundantes... Diablos... Sentía asco... Se me ocurrían tonterías y, *ella* me producía asco: algo incomprensible: la forma de la lata, la idea de que, probablemente había estado llena de sardinas (no puedo ni verlas); sentía un asco como si se tratara de un insecto de tegumento duro, que me crujiera al oído sus tonterías; ¿cómo se atrevía a chirriarme algo?

—¡Hum!...

—Algo como las cazuelas de hierro sin estañar... Me producía arcadas, náuseas... Bueno como si... me la hubiera tragado...

—¿Tragado? Qué asco...

—Me convertía en bomba: sentía el tictaqueo en el vientre.

—¡Más bajo: pueden oírnos!

—No entenderán nada: es imposible...

—Sabe usted —se interesó también Aleksandr Ivánovich— el tictaqueo..., si presta oído al ruido, verá que parece que es y no es. En una ocasión a un neurasténico le saqué de quicio; me puse a tamborilear con los dedos al ritmo de la conversación; y no se imagina usted: el hombre quedó pálido, calló y de pronto me pregunta: ¿Qué es eso? Le contesto: Nada y sigo tamborileando... Oiga: se puso frenético, se enfadó y después no respondía a mi saludo...

—No, no, lo mío es imposible de entender... Recordé, no sé qué cosas absurdas...

—¿La infancia, tal vez?

—Era como si de todas las sensaciones se hubiera caído la venda... Sentí que algo se movía sobre mi cabeza. ¿Se imagina? Los pelos se me erizaron; sé qué quiere decir eso: no son los pelos; lo comprendí anoche; tenía el cuerpo erizado como los pelos; los pies y las manos y el pecho, con un pelo invisible; otras veces me pasó esto: es como si te sumergieras en una bañera de gaseosa; y el gas carbónico asciende en burbujas por la piel, cosquillea, late y corre, cada vez más rápido, cada vez más rápido; y se convierte en una poderosa sensación, como si te descuartizaran, como si tiraran de ti en direcciones opuestas: por delante te arrancan el corazón y por la espalda, como se saca del cesto un mimbre, te extraen tu propia espina dorsal.

—Y usted, Nikolai Apolónovich, era atormentado como Dionisio... Pero, bromas aparte: ahora utiliza usted otro lenguaje... No el de Kant.

—Ya le he dicho que se me cayó la venda de todas las sensaciones... Cierto, cierto, no es el lenguaje de Kant: ha dicho usted bien... ¡Kant queda lejos de esto!

—Eso, Nikolai Apolónovich, o bien es la lógica imbuida en la sangre, o bien se trata de un éxtasis mortal; usted ha sido sacudido por la vida: la sangre se le subió al cerebro; en sus palabras se escucha la pulsación de la sangre...

—Y me hincho todo, hace tiempo que me hincho: tal vez hace ya centenares de años; y me muevo como un monstruo hinchado... es horrible.

—No son más que ilusiones sensoriales...

—¿Yo... no me nota que...?

—Al revés: usted ha adelgazado.

—Permanecí allí sobre *ella*... Pero no estaba yo, sino un gigante con cabeza de idiota, con el parietal abierto; me pinchó el cuerpo; ¡y sentí claramente un pinchazo desde una distancia a un cuarto de vara del cuerpo!... ¡Imagínese!... Yo estaba vuelto del revés.

—Dicho de otra manera, usted estaba fuera de sí.

—Es fácil decir «fuera de sí»; para usted la explicación es una alegoría, que no se apoya en unas sensaciones corporales; *fuera de sí* es absolutamente telúrico, fisiológico, valga la expresión. Las sensaciones de mis órganos se desparramaron, se propagaron bruscamente, se expandieron por el espacio como una bomb...

—¡Chist!

—¡En añicos!...

—El otro día, cuando fui a su casa, con el hatillo, le pregunté que por qué Yo era Yo. Usted no me entendió...

—Ahora lo he entendido *todo*: es horroroso, verdaderamente horroroso...

—No es horroroso, es una vivencia auténtica: no verbal, por supuesto...

—¡El diablo sabe qué es!

—Cálmese, Nikolai Apolónovich, usted está terriblemente fatigado; no es extraño: ¡ha sufrido tanto! Eso no lo hubiera soportado ni otro más fuerte que usted. —Aleksandr Ivánovich sentía necesidad de poner fin al parloteo. Quería reflexionar con calma sobre lo ocurrido.

LA REVELACIÓN

Caminar; volver a caminar para abatir la cabeza sobre la mesa de una taberna, cavilar y beber vodka.

Debía entregar una carta —se lo había encargado *cierto personaje*: y entregársela a Ableújov.

Cuando fue a casa de Ableújov, con el hatillo, llevó la carta consigo; y se olvidó de entregar la carta; se la entregó a Varvara Evgráfovna, que le dijo que se vería con Ableújov. La carta bien podía ser... fatal.

—¡Pero, no!

No era tal cosa; la carta, según palabras de Ableújov, se la dieron en un baile: una máscara...

Aleksandr Ivánovich se tranquilizó: aquella carta no era *ésta*; que había recibido de Lippánchenko.

Puso en orden todas estas ideas y cuando intentaba cruzar el torrente de carruajes, una voz...

—¡Aleksandr Ivánovich!

Nikolai Apolónovich, jadeante, se abría paso entre la muchedumbre, temblando y sudoroso:

—Un momentito...

¡Dios!

—Aleksandr Ivánovich, me es difícil separarme de usted... Mire que le digo, además... —lo apartó hacia un escaparate próximo.

—Además he descubierto...

—Nikolai Apolónovich, debo de irme; y precisamente en relación con su asunto...

—Un segundo, un tercio...

Nikolai Apolónovich tenía aspecto de encontrarse verdaderamente inspirado.

—Verá usted, yo crecía hacia el infinito y, junto conmigo iban creciendo todos los objetos; la habitación y la aguja de la fortaleza de Pedro y Pablo: de este modo no había hacia dónde crecer; llegabas al final, al término, parecía un nuevo comienzo: es probable que sea sumamente absurdo y disparatado, carezco de un órgano sensorial capaz de examinar esa idea; en sustitución de los órganos de los sentidos yo tenía un «cero»; de esta forma, lo que no era cero lo percibía como *cero menos algo*, menos cinco, por ejemplo.

—Oiga —le interrumpió Aleksandr Ivánovich— dígame: ¿recibió usted la carta por mediación de Varvara Evgráfovna...

—La carta...

—Que no es eso, no me refiero a la *nota*: una carta que llegó a través de Varvara Evgráfovna...

—¿Ah, usted se refiere a los versos firmados por «Un Alma Apasionada»?

—Bueno, tanto como eso no sé...

—Sí, sí, la recibí, la recibí... Por eso le digo que *cero menos algo*...

—¡Dios mío: vuelta con lo mismo!... Con lo bien que estaría en casa, leyendo algo para tranquilizarse.

—Esta bien, está bien: ahora me pongo a leer; usted me tranquilizó con respecto a *todo eso*, y siento que en mí se despierta el interés por la lectura... me iré a casa, me tomaré bromuro y me pondré a leer el Apocalipsis; aún me queda algo de anoche; todo eso está bien, pero hay algo..., fíjese: el escaparate... en el escaparate los reflejos: pasa un señor, fíjese... Ahí estamos usted y yo ¿ve? Es tan extraño...

—Sí, es extraño —asentó con la cabeza Aleksandr Ivánovich: él también era un especialista en cosas *extrañas*.

—O, por ejemplo: los objetos... El diablo sabe qué son: son lo mismo y, no obstante, no son lo mismo..., por ejemplo, una lata como otra cualquiera; resulta que no, que no es una lata, sino...

—¡Chist!

—¡Una lata de un contenido horrible!

—Tire la lata rápidamente al Neva; y todo se arreglará; todo volverá a su sitio...

—No, las cosas ya no volverán a su sitio...

Francoemente, Aleksandr Ivánovich no sabía cómo comportarse ante tal verborrea: ¿tranquilizarle, cortar la conversación?

—Nikolai Apolónovich, usted estuvo estudiando a Kant en una habitación cerrada sin ventilar; se abalanzó sobre usted una tromba y usted prestó oído; y se escuchó a sí en ella... Sus sensaciones ya han sido descritas; y son objeto de estudio...

—¿Dónde, dónde?

—En la novela, en la lírica, en los manuales de *psiquiatría*.

Aleksandr Ivánovich sonrió ante la ignorancia de aquel escolástico adelantado mental; y prosiguió:

—El psiquiatra...

—¿...?

—Lo definiría...

—Como — como — como...

—Bueno, *es eso y no es eso*; defínalo por ejemplo como una pseudoalucinación...

—¿...?

—Es decir, como una especie de sensaciones simbólicas, unas sensaciones que no se corresponden con el estímulo.

—Pero, bueno: decir eso, es como no decir nada.

—Sí, tiene razón...

—No, no me satisface...

—Por supuesto: un modernista lo definiría como una sensación del abismo; y hallaría para la sensación simbolista la imagen correspondiente.

—Una alegoría, en suma.

—No confunda la alegoría con el símbolo: la alegoría es un símbolo convertido en literatura pedestre; por ejemplo, la interpretación de su *No-Yo*; el símbolo es la misma apelación a lo experimentado por usted allí, ante la lata; un término más apropiado sería la vibración de un cuerpo astral. Eso es lo que usted ha experimentado...

—¡Lo experimenté tal como lo he contado!

—En cuanto a lo ocurrido, sólo me queda agregar que, según Platón, ese género de sensaciones son para usted la vivencia del instante de la muerte; Platón, remitiéndose al testimonio de los bacantes... Hay un enfrentamiento de la experiencia que consiste en suscitar conscientemente las sensaciones y la pesadilla se transforma mediante el ejercicio en ley de armonía, gracias al estudio de los ritmos, los movimientos, las vibraciones, gracias a la introducción de la conciencia lúcida en la sensación de la dilatación, por ejemplo... Pero, qué hacemos aquí parados: vaya manera de charlar... Usted tiene que ir a casa, y... tirar la lata al río; quédese en casa, y no salga a ninguna parte (probablemente esté usted vigilado); tome bromuro; está usted muy extenuado... Aunque, es mejor prescindir del bromuro: quienes abusan del bromuro se vuelven incapaces para todo... Yo también tengo que hacer unas

gestiones sobre su asunto.

Aleksandr Ivánovkh se sumergió en el torrente de bombines; en medio de la corriente se volvió y gritó:

—¡Y la lata, al río!

Su hombro se pegó a otros hombros: fue arrastrado aceleradamente por el miriápodo acéfalo.

Nikolai Apolónovich se estremeció: nada más llegar *la* metería en el bolsillo lateral; ¡y al Neva!

Nikolai Apolónovich sentía que se dilataba y al mismo tiempo sentía que comenzaba a llover.

EL ATLANTE

Enfrente una encrucijada; allí pendía un atlante.

El *Negociado*, dirigido por Apolón Apolónovich, se levantaba allí.

El barbudo atlante de la entrada clavó impetuoso la pezuña en la pared; ¡parecía a punto de desprenderse y romperse!

Lo que él veía era cambiante, inexplicable, impreciso: pasaban las nubes.

Y bajo sus pies veía el transcurrir del miriápodo de la calle, donde los pies al andar producían un rumor apagado y donde los rostros eran verdes; a través de ellos era imposible adivinar que en alguna parte retumbaban los acontecimientos.

Contemplando el desfile de bombines nadie habría dicho que los acontecimientos retumbaban en la ciudad de Ak-Tiuké, en el teatro de Kutaisi; en Tiflis un policía descubrió la fabricación de bombas; la biblioteca de Odesa fue clausurada; las universidades de Rusia eran un mitin; se pusieron farrucos los de Perm; la acería de Reval agitaba banderas rojas...

Viendo desfilar los bombines nadie habría dicho: comenzaba la huelga en el ferrocarril Moscú-Kazán; en las estaciones rompían los cristales; saqueaban los tinglados de mercancías; estaba interrumpido el movimiento en las líneas de Kursk, Vindava, Nizhni Novgorod y Múrom; se detuvieron los vagones; y nadie lo habría dicho; en Petersburgo bullían los acontecimientos; los tipógrafos de todas las imprentas eligieron delegados y se reunieron; estaban en huelga las fábricas: la naval, la de Aleksandr.

La circulación no se interrumpía: desfilaban mortecinos los bombines.

El atlante gris se inclinó y observó; a esa misma muchedumbre; el desprecio no tiene límite; tampoco tiene límite la desesperación.

El extendería los brazos musculosos; lanzaría adelante la cabeza trazada a cincel; con un rugido fragoroso se rasgaría la boca; el vaho de su resuello envolvería la calle en vapor; la propia cornisa del balcón se desintegraría en recios bloques; y, describiendo un arco, en un alud de piedras, se abatiría sobre la calle el viejo titán...

Aquel día gris se abrió el pesado portón: un lacayo gris y afeitado, con galones dorados, hizo señas al cochero; los caballos subieron la rampa de la entrada y el lacayo se atontó y se puso firme; Apolón Apolónovich Ableújov, cargado de hombros, encorvado, desafeitado, con la cara abotargada y el labio caído, se llevó a la chistera color de ala de cuervo el guante color de ala de cuervo.

Apolón Apolónovich miró lleno de indiferencia al lacayo, al coche, al cochero, al gran puente negro, a las vastedades del Neva, donde se dibujaban difusas las brumosas lejanías de múltiples chimeneas y donde se levantaba cenizosa la imprecisa Isla.

El lacayo cerró la portezuela del coche con el blasón del unicornio; el coche se adentró rápido en la niebla, pasó ante la mole negruzca de la catedral de San Isaac y ante el monumento a Nicolás Primero, en dirección a la avenida Nevski, donde zapateaban al viento banderas rojas; la silueta del coche y el contorno del tricornio del lacayo y las alas de la capa se adentraron en la hirsuta muchedumbre; los gorros manchurianos, las viseras, las gorras, cantaban unidos una canción.

El coche se detuvo.

¡LARGO DE AQUÍ, TOM!

—Mais j'espère que oui —sonsoneteó la voz de un extranjero.

Aleksandr Ivánovich no era amigo de escuchar detrás de la puerta.

Oscurecía: azuleaba.

No oyeron los pasos. Aleksandr Ivánovich traspasó el umbral.

Un aroma cargado, mezcla de perfumería y de farmacia.

Zoya Zajárovna se empeñaba en sentar al extranjero.

—Espero que de Rusia se lleve una hermosa impresión... ¡Qué entusiasmo jamás visto!

—Mais j'espère...

Zoya Fleish dirigió su mirada un tanto desconcertada al francés, a Aleksandr Ivánovich; sus ojos saltones se desorbitaban; parecía una morena cabezuda de unos cuarenta años; los polvos se le caían de las mejillas.

—¿Es a *él* a quien quiere ver usted? —preguntó ella inesperadamente; él adivinó en la breve pregunta hostilidad; tal vez odio; pero el odio quedó oculto bajo una sonrisa: así se oculta lo sucio en esos caramelos pegajosos dulzones que venden en los puestos callejeros.

—No obstante, *le* esperaré.

Aleksandr Ivánovich estiró la mano para alcanzar una pera; Zoya Zajárovna retiró el frutero.

Las peras no tenían que ver con su asunto.

En alguna parte cantaba una voz completamente descoyuntada, con un deje

insoportable: es imposible cantar así y así no se canta; se le antojó que el cantante era moreno; que tenía un pecho así, hundido; y ojos de cucaracha; probablemente estaba tuberculoso: un tipo de Odesa o incluso un búlgaro de Varna; es propagandista de algo y rencoroso.

Mientras, Zoya Fleish:

—Cierto, cierto, vivimos acontecimientos de magnitud histórica... los ánimos y el ímpetu de la juventud... los historiadores se encargarán de narrarlo...

—Pardón, madame, ¿Monsieur viendra-til bientôt?

Aleksandr Ivánovich estuvo a punto de tropezar con un San Bernardo que roía un hueso.

La casita de campo daba con sus ventanas al mar: azuleaba.

El ojo del faro guiñó, «un-dos-tres» y se apagó; la capa oscura de un transeúnte; se rizaban las crestas de las olas; se desparramaron como garbanzos las luces de la orilla; el litoral de múltiples ojos estaba erizado de juncos; aullaba una sirena.

—Aquí tiene el cenicero...

Pero Aleksandr Ivánovich era un hombre susceptible, a tal punto que apagó la colilla en el florero.

—¿Quién es el que canta ahí?

—¿Cómo? ¿No lo sabe?... Pues, entérese: Sichnarfnev... Eso le pasa por vivir como un ermitaño...

—Es de un artistismo excepcional...

Unicamente preguntó:

—¿Es búlgaro?

—No, no...

—¿Persa?

—De Chemaha, estuvo a punto de perecer en una masacre: en Isfahan...

—Y...

Sofía Zajárovna se volvió hacia el francés.

Aleksandr Ivánovich pensó que los rasgos faciales de la Fleish habían sido tomados de mujeres bellas: la nariz de una, la boca de otra, las orejas de una tercera beldad.

Pero juntos, irritaban.

El francés le cortó:

—Excusez, dans certains cas je préfère parler personnellement...

Se veían espumearse las olas; se balanceaba un buque, crepuscular y azul; cortaba la penumbra con velas de alas agudas; en el velamen se comprimía lentamente la noche azulenca.

Al jardincillo se acercó un coche; y el cuerpo de un gordinflón pesado y corto de fuelle se volcó lentamente, lastrado por media docena de paquetes: la mano comenzó a hurgar en el monedero de cuero; una bolsa resbaló de debajo del sobaco y cayó a un charco, rasgándose el papel; unas manzanas rodaron por el barro. La cabeza siniestra,

que se cubría con un gorro de orejeras, se inclinó hacia el pecho; los ojillos hundidos no se movían, se detuvieron cansados en las ventanas.

A Aleksandr Ivánovich le dio tiempo para descubrir (¡imagínense!) la alegría, la alegría animal de cenar después de un trabajo agotador. Así la alimaña, al volver a su guarida, parece dócil, y despliega toda la bondad de que es capaz; olisquea amistosamente a la hembra; lame a los cachorros.

¿Aquél era el *personaje*?

Sí: aquél era el *personaje*.

—¡Lippánchenko!...

—Hola...

El perro saltó y apoyó las patas en el pecho del *personaje*.

—¡Largo de aquí, Tom!...

El *personaje* protegía desesperadamente sus compras, en su cara cuadrada se reflejó una mezcla de humor y de ira impotente.

—¡Otra vez me has babeado!

La lengua del perro le lamió la punta de la nariz; el *personaje* chilló impotente:

—¡Pero, Tomka!

Dejó de reír, cortó sin ninguna consideración:

—Un momento, ahora yo...

Tembló el labio belfo; el labio expresó:

—Tampoco aquí me dejan en paz...

El *personaje* forcejeaba en el rincón: no lograba quitarse los chanclos; estaba en el rincón, dilatando el instante de quitarse el abrigo y rebuscando en el bolsillo; la mano extrajo del bolsillo un muñequito tentetieso:

—Y esto para la Maruja, la de Akulina...

Ella se dirigió al francés:

—Por favor... Pase por aquí...

Espetó a Dudkin;

—Espérese...

LOS HUESOS FRONTALES

—Zoya Zajárovna...

—¿Diga?

—Shichnarfnev, un revolucionario de la Persia Joven con temperamento artístico; pero ¿qué pinta aquí el francés?

—El que sabe mucho, se queda pronto viejo —dijo en un ruso incorrecto y sus senos exorbitantes se agitaron bajo el corpiño.

Se oyó el tenue silbido del pulverizador y el aire se impregnó de un aroma molesto, mezcla de perfume y de muela anestesiada (el que estuvo en casa de un

dentista lo conoce: no es un olor muy agradable).

—¿Y usted... sigue su vida de ermitaño?...

—Aunque yo deje de ser ermitaño, siempre quedaría alguien que...

Aleksandr Ivánovich se corrigió:

—Es cierto: no me va ser distraído.

—¿Y por eso ha llenado el mantel de ceniza?

Pero Aleksandr Ivánovich estiró la mano para coger una pera y dijo:

—Qué tacaña...

Le gustaban las peras, pero en la mesa ya no estaba el frutero con las peras.

—Aquí tiene el cenicero...

—Lo que busco es una pera...

Zoya Zajárovna no le ofreció peras.

El observó por la puerta entornada: se veían siluetas. El francés le daba a la lengua y el *personaje* hablaba con voz monótona y echaba mano de uno u otro objeto de escritorio; se rascaba la nuca; Aleksandr Ivánovich vio en ello un ademán de autodefensa.

Sobre la rodilla a cuadros del *personaje* Tom recostó lentamente el morro; el *personaje* le acarició distraídamente el pelo; Zoya Zajárovna interrumpió sus observaciones:

—Ha dejado usted de venir por aquí.

—Bah, usted mismo ha dicho que soy un anacoreta...

Pero el oro del empaste brillaba:

—¿Está enfadado con él?

—En absoluto... —y le salió poco convincente.

—Todo el mundo se ofende. Ese *Lippánchenko*. Lo echa a perder... Compréndalo: *Lippánchenko* es un papel asumido... Sin el *Lippánchenko* ya le habrían echado mano... Con el *Lippánchenko* él nos protege a todos...

Le olía mal la boca —Aleksandr Ivánovich dio un paso atrás.

—Dígame —dijo ella y echó mano del pulverizador—, ¿dónde encontrará a otro que trabaje tanto como él?... ¿Quién estaría dispuesto, dígame, a renunciar a los sentimientos y ser simplemente *Lippánchenko*...?

Aleksandr Ivánovich pensó: en el personaje hay un exceso de *Lippánchenko*.

—Le aseguro a usted que...

Pero ella le cortó:

—¿No le da a usted vergüenza abandonarlo *así*, ocultarse *así*, esconderse; tratándose de Kólechka romper unas relaciones íntimas...

Aquí Aleksandr Ivánovich recordó que el *personaje* se llamaba Kólechka.

—Y si en ocasiones bebe o tiene algún amorío... ¿qué? Hasta los mejores fueron bebedores y libertinos...

Aleksandr Ivánovich sonrió:

—¿Qué?

—No..., nada...

—Recuerde Helsingfors y los paseos en barca... —la voz de Zoya Zajárovna tenía un acento triste—. Además; esas habladurías...

—¿Qué habladurías?

Él se estremeció.

—¡Las habladurías sobre Kólechka!... Usted tal vez piense que él no sufre, no grita de noche (Aleksandr Ivánovich tomó nota — *de noche grita*); lo que dicen de él: no toman en consideración que el hombre sacrificó... El calla, sufre..., le asaltan pensamientos sombríos... Tiene mal aspecto —y en la voz de Zoya se escuchó el llanto—. Con este..., con este... desdichado aspecto. Créame: es un niño...

—¿Un niño?

—¡Un niño! Fíjese: un juguete — un muñeco tentetieso —apuntó hacia el juguete con la mano, en la que brilló una pulsera...— usted se irá, después de decirle un montón de cosas, pero él, él...

—¿...?

—Sienta en sus rodillas a la hijita de la cocinera y se pone a jugar con ella a las muñecas... Le acusan de perfidia... Dios mío, ¡pero si juega a los soldados!...

—¡Vaya, vaya!...

—A los de plomo: hace pedidos de cajas a Nuremberg... ¡Ya ve cómo es!...

Aleksandr Ivánovich se convencía cada vez más: el *personaje* estaba comprometido; él, francamente, no sabía nada de eso; lo tendría en cuenta, desplazó la mirada hacia donde estaban sentados los dos hombres...

Caía prominente la cabeza de frente estrecha; los ojitos penetrantes, que saltaban de un objeto a otro se ocultaron; su labio se estremecía y chupeteaba ligeramente; aquella visión despertaba en Aleksandr Ivánovich una aversión irreprimible, él percibía aquella cara como un *todo extraño* que su memoria trasladaría a la buhardilla, y que a la noche le haría pasear, murmurar, resollar, divagar y expresar ideas inexpresables, ilusorias.

El observaba detenidamente aquellas facciones toscas, deprimentes.

Aquel hueso frontal...

La frente sobresalía en un esfuerzo obstinado por comprender: como fuera y costara lo que costara, comprender o... estallar en pedazos; aquella frente no expresaba ni ira ni traición; sino únicamente un esfuerzo, sin pensamiento: por comprender... Pero no lograría comprenderlo: estrecha, surcada de arrugas, le confería a él la expresión del que llora.

Los ojos penetrantes y escrutadores...

Si se levantaran sus párpados, los ojos se habrían vuelto..., bah..., ojillos...

Y estaban tristes.

Y el labio chupeteante recordada ¡en serio! el labio de un mamón: si le pusieran en los labios un chupete, no asombraría el chupete; sin él el chupeteo causaba una impresión desagradable.

Así que: a los soldaditos ¿eh?

Este examen de la monstruosa cabeza llevaba a una sola conclusión: era la cabeza de un engendro, con un cerebro enclenque cubierto prematuramente de enormes excrecencias óseas; al mismo tiempo el frontal sobresalía con sus arcos superciliares (obsérvese el cráneo de un gorila), bajo el hueso tal vez ya se desarrollaba un proceso desagradable, llamado comúnmente reblandecimiento cerebral.

La combinación de la debilidad con la obstinación de rinoceronte había engendrado una quimera: la quimera crecía de noche: sobre un trozo del empapelado amarillo sucio y se transformaba en un auténtico mongol.

ESTÁ MAL...

¡Qué cosa más rara!

Hasta los últimos tiempos la actitud del *personaje* hacia Aleksandr Ivánovich se había expresado en una serie de misiones, misiones fastidiosas; el *personaje* había estado muchas veces engatusando a Aleksandr Ivánovich con lisonjas...

Y él daba crédito a las lisonjas.

Aleksandr Ivánovich sentía una repugnancia fisiológica; todos aquellos últimos días atravesaba una dolorosa crisis de desengaño de todo y había estado rehuyendo al *personaje*. Pero el *personaje* siempre daba con él; Aleksandr Ivánovich le había lanzado un claro desafío; el *personaje* aceptó el desafío con cínica risa.

Aleksandr Ivánovich sabía que el *personaje* hacía burla de su causa común.

Repetía al *personaje*, que el programa del Partido era inaplicable, y éste le daba la razón; él sabía: el *personaje* había participado en la redacción del programa.

Intentó sorprender al *personaje* con su credo y con la afirmación de que la Revolución es una hipóstasis; el *personaje* no tenía nada contra la mística: escuchaba atentamente; y se esforzaba por comprender.

Pero no lograba comprenderlo.

El *personaje* acogía con un silencio sumiso todas las protestas y todas las deducciones extremistas de Aleksandr Ivánovich; daba palmaditas en el hombro a su interlocutor y se lo llevaba a la taberna: bebían coñac; y el *personaje* decía:

—Yo soy una lancha y usted un acorazado.

No obstante, enclaustró a Aleksandr Ivánovich en la buhardilla; y allí lo ocultó; el acorazado permanecía en el dique, sin tripulación, la navegación se limitaba a ir recalando de taberna en taberna.

Pero él se había hecho a la idea de que, si llegara a necesitar una ayuda seria, el *personaje* debería de prestarle esa ayuda.

Hoy era el momento.

El *personaje*, él confiaba en ello, pondría todas las cosas en su sitio.

Pero el *personaje* cambió de tono: su tono se volvió desagradable, denigrante, forzado (el tono con que el jefe de una oficina acoge al solicitante).

¡Para que aprenda!...

Cuando terminó de hablar con el francés (el francés se fue) el *personaje* no salió del despacho, permaneció sentado a la mesa: como si Aleksandr Ivánovich no existiera, como si no fuera un conocido.

Y oscurecía.

En la menguante semipenumbra del pequeño despacho, la chaqueta lanzaba un vislumbre amarillo sobre el personaje; agachó la cabeza cuadrada (por encima de la espalda sólo asomaba un mechón teñido), ofreciendo la ancha espalda con el pescuezo sin lavar; la espalda arqueada no aparecía como es de rigor, no de manera decorosa... sino insultante; de la semipenumbra se desmadraron burlones el hombro y la espalda; sintió asco, escupió.

Un profundo pliegue del pescuezo entre la espalda y la nuca se comprimó en sonrisa sin rostro: el pescuezo se antojaba rostro; como si en la butaca estuviera un monstruo de jeta sin nariz y sin ojos; y el pliegue del pescuezo se antojaba la rasgadura de una boca desdentada.

Allí, sobre las piernas retorcidas, se arqueó un monstruo patizambo.

Aleksandr Ivánovich sintió un estremecimiento de los hombros y dio a la espalda su espalda; pellizcó el bigote con aire de independencia; quiso aparecer ofendido; pero sólo apareció independiente: pellizcaba el bigote como si anduviera a su aire; por su gusto habría dado un portazo y se hubiera largado; no podía marcharse: de la conversación dependía la tranquilidad de Nikolai Apolónovich; por tanto: él dependía del *personaje*.

Aleksandr Ivánovich dio a la espalda su espalda; pero la espalda, aún con el pliegue del pescuezo, era una espalda con hechizo; él se volvió hacia ella; el *personaje* se revolvió a su vez y miró fijamente la cabeza de frente estrecha inclinada, semejante a un jabalí, dispuesto a hincar el colmillo; el ademán de aquella vuelta proclamaba un clarísimo deseo: de ofender; y la mirada de los ojillos expresó sarcástica:

—Con que esas tenemos ¿eh?

Aleksandr Ivánovich apretó el puño en el bolsillo; se dio la vuelta.

Carraspeó dos veces para que al oído del *personaje* llegara su impaciencia (tenía que mantener su dignidad, aunque sin ofender excesivamente al *personaje*)... Pero el carraspeo se asemejó al espasmo amedrentado de un párvulo ante el profesor. ¿Qué le pasaba? ¿De dónde tanta timidez? El no temía al *personaje*: temía las alucinaciones en el empapelado...

Carraspeó de nuevo: el *personaje* se hizo eco:

—Sosiégúese...

¿Por qué le hablaba con ese tono?

Por fin el *personaje* se incorporó: su mano describió en el aire un ademán de invitación.

Aleksandr Ivánovich quedó desconcertado; su ira se tradujo en un olvido nervioso

de las palabras usuales:

—Es que..., verá usted..., he venido...

Pero el *personaje* se repanchingó en el sillón, tamborileó sobre la mesa con el dedo roído; y refunfuñó sordamente:

—Le rogaría, querido, mayor brevedad...

El personaje clavó la barbilla en la nuez y puso la mirada en la ventana:

—¿Y bien?

Entornó los ojillos.

Aleksandr Ivánovich enrojeció y sintió: era incapaz de expresar una sola frase.

Callaba el *personaje*.

Mientras, las hojas rojas tras los cristales, susurraban al caer; y el ramaje formaba una brumosa malla; la malla negruzca se cimbreaba, y la malla negruzca comenzaba a rumorear. Sin lógica, penosamente, embrollándose en las frases, Aleksandr Ivánovich expuso el incidente con Ableújov, y el *personaje* se tornó más severo; cuando en el relato apareció el provocador Morkovin, el *personaje* arrugó la nariz de manera muy expresiva: como si hasta ese momento hubiera estado intentando llegar a la conciencia del narrador, y como si desde ese momento el narrador rebasara los límites de la impudicia; en ese momento el *personaje* explotó:

—¿No ve?... Y luego dirá...

Y Aleksandr Ivánovich chilló:

—¡Lo he dicho todo!

Y el *personaje* murmuró apenas:

—Eso está muy mal... ¡Cómo no le da vergüenza!...

En la habitación contigua apareció Sichnarfnev; exageraba su acento de joven persa; Sichnarfnev se hallaba oculto de las miradas tras una maceta con una palmera.

Por su parte, Aleksandr Ivánovich estaba horrorizado; las palabras del terrible interlocutor encubrían una amenaza. Se removió con desasosiego en la silla.

Y el hueso frontal se aproximó a su frente:

—Debo de apagar sus fuegos. La carta de Ableújov la escribí yo.

Pronunció la frase con una dignidad que se sobreponía a sí misma, y condescendiente hasta la docilidad.

—¿Cómo?

—Y llegó a su destino a través de usted. ¿Lo ha olvidado?

El *personaje* pronunció la palabra «olvidado» como si Aleksandr Ivánovich conociera todo eso, pero fingiera ignorarla.

—Le aseguro que no la entregué a Ableújov, sino a Varvara Evgráfovna...

—Está bien, Aleksandr Ivánovich, querido: la carta llegó a su destinatario... Lo demás no pasa de excusas...

—¿Entonces es usted el autor de la carta?

—¿Por qué se asombra?

—¿Por qué me...?

—Perdón: podría asegurar que su asombro raya en la hipocresía...

Aleksandr Ivánovich exclamó, inclinándose hacia el *personaje*:

—O yo me he vuelto loco, o usted...

El *personaje* le guiñó un ojo:

—Anda, te he visto fisgar... ¿Acaso te crees que está bien eso?...

El *personaje* hizo como que reprimía su carcajada, con ademán grave colocó su pesada mano sobre el hombro del otro; y agregó:

—Eso está mal... Rematadamente mal...

Aleksandr Ivánovich se sintió embargado por aquella misma sensación extraña, angustiosa, de perdición irremediable que experimentaba ante el trozo del empapelado amarillo sucio, en el que surge lo infernal: se sintió culpable.

El *personaje* aproximó su cabeza de frente estrecha:

—Está mal...

Se hizo un silencio.

—La acusación es muy grave; la acusación, le diré con franqueza, es tan grave, que... —el *personaje* suspiró.

—¿Qué pruebas tienen?

—Contra usted: se reúnen pruebas...

¡Era lo que faltaba!

El *personaje* se incorporó y cortó la punta de un puro habano, murmuró algo ambiguamente y pasó al comedor.

Gritó en dirección a la cocina:

—Me muero de hambre...

Regresó de nuevo.

—Las tertulias en la portería... Su amistad con la policía, con el portero..., con el escribiente del barrio Voronkov...

El *personaje* lanzó una mirada interrogante, llena de horror, y prosiguió con un susurro:

—¿Sabe usted quién es Voronkov?

—¿Quién es? ¿Qué más da?...

Lippánchenko soltó una carcajada:

—¿Así que se cita con un policía? ¿Así que bebe con un policía?

—¡Un momento!

—Su participación en la provocación no está aún probada; le prevengo como un amigo: usted, querido, trama algo que no puede ser...

—¿...?

—¡Desista!

Se imaginó claramente que lo de «desistir» era una condición de *cierto personaje* de que no insistiera en el esclarecimiento del incidente; y comprendió: el *personaje* había sido blanco de ciertos ataques.

Apenas Aleksandr Ivánovich recordó todo esto, pasó fugaz la misma expresión siniestra —la alucinación—, y los huesos frontales se tensaron en un firme propósito de quebrantar su voluntad: o... saltar en pedazos.

Y los huesos frontales quebrantaron su voluntad.

Aleksandr Ivánovich quedó como amodorrado, mientras el *personaje* volvía a la carga; su cabeza cuadrada se inclinó:

Sus ojillos quisieron decir:

—Ah, ah, ah... ¿Con que esas tenemos?

Y la saliva se le espumó en la boca:

—Todo Petersburgo lo sabe...

—¿Qué sabe?

—El fracaso de T... ..

—¿Cómo?!

—Sí...

Si lo que se proponía el *personaje* era disipar las sospechas de Aleksandr Ivánovich e impedir que descubriera el comportamiento del *personaje*, lo había logrado plenamente: la noticia del fracaso de T. T. le fulminó como un rayo.

—¡Dios mío!

—¡Dios mío! —El *personaje* se mofaba—. Usted sabía eso... Hasta que no se pronuncien los expertos, consideraremos que... Pero: ni una palabra a Ableújov.

Aleksandr Ivánovich tenía aspecto de idiota, y el *personaje* le desafiaba, enseñando los dientes en la boca abierta:

—No pretenda hacer creer que usted desconocía el papel de Ableújov y las razones que nos obligaron a neutralizar a Ableújov encomendándole tal misión: ese miserable canalla ya ha tenido ocasión de desempeñar su papel; y calculó bien, su cálculo se basaba en la gente blandengue como usted, —se suavizó el *personaje*: al acusar a Aleksandr Ivánovich de blandenguería retiraba magnánimamente la acusación lanzada contra él un minuto antes; al oír la palabra «blandenguería», Aleksandr Ivánovich se sintió aliviado; intentó persuadirse a sí mismo de que se había equivocado con respecto al *personaje*.

—Era un cálculo bien hecho: el hijo noble aborrece supuestamente al padre y está supuestamente dispuesto a quitarle de en medio; entretanto andaba entre nosotros desarrollando sus tesis y reunía documentos, y regalaba una colección de ellos a su papá...

—Nikolai Stepánovich, él lloraba...

—No sea usted ingenuo: las lágrimas son el estado normal del chivato intelectual. También usted llora... Con ello no quiero decir que usted también sea culpable.

(Mentía: el *personaje* insinuaba que Aleksandr Ivánovich era culpable; la mentira le causó por un momento pavor y en su subconsciente brilló: «Es una transacción; me propone creer en la calumnia divulgada o, aun sin creerla, aceptarla como buena: a cambio yo quedaría eximido de la calumnia que pesa sobre mí...» Todo esto brilló en

su mente más allá del umbral de la conciencia: la verdad estaba encerrada al otro lado del umbral; y él cayó en la cuenta de que estaba dando crédito a esa calumnia.)

—Aleksandr Ivánovich, usted es un hombre puro, pero en lo que se refiere a Ableújov: en este mismo cajón se guarda un expediente: lo presentaré a un tribunal del Partido. Había en su tono un sincero disgusto (la transacción había sido un éxito).

—A mí, créame, me comprenderán más tarde: ahora la situación requiere acabar rápidamente con la plaga...; actúo con un solo deseo...: créame: sentiré dolor al firmar el veredicto, pero... los nuestros están cayendo por docenas... por culpa de su... hijito de senador. Péppovich y Pepp también han sido detenidos... Recuerde que usted mismo ha estado a punto de perecer. Recuerde la región de Yakutsk... ¿Usted sale en su defensa? Pues llore, llore. ¡¡¡Los nuestros están cayendo por docenas!!!

Se espesaba la oscuridad; los armarios, las butacas, las mesas; todo desapareció en la oscuridad; aquí estaba sentado Aleksandr Ivánovich solo: la oscuridad había penetrado en su alma, lloraba. El *personaje* había salido.

Aleksandr Ivánovich recordó los matices de lo dicho por el *personaje*; el *personaje* probablemente no había mentido; las sospechas tal vez se debieron al estado enfermizo de Aleksandr Ivánovich: una pesadilla casual podía identificarse casualmente con una expresión ambigüa; ello desataba su enfermedad mental originada por el alcohol; la alucinación del mongol y el «enfranchis» habían hecho el resto. ¿Qué era el mongol?, ¿en la pared? Un delirio.

—Enfranchis, enfranchis... —¿qué significaba eso?

Era cierto que el *personaje* le era antipático; pero también era cierto: estaba obligado al *personaje*; y su repugnancia, su horror, no estaban justificados por nada.

Se encontraba enfermo...

La oscuridad seguía espesándose, espesándose y rodeándolo; se sumergieron la mesa, la butaca, el armario; la oscuridad había inundado su alma —él lloraba.

Entonces recordó: Nikolai Apolónovich había leído una ponencia en la que se subvertían los valores; la opinión no fue muy positiva. Había más: Nikolai Apolónovich, justo era reconocerlo, se había mostrado interesado en conocer los secretos del Partido; con su aspecto distraído aquel degenerado puntillista metía las narices en todo: la distracción bien podía ser fingida; un provocador de altos vuelos bien podía ofrecer el aspecto que ofrecía Ableújov, un aspecto triste y abstraído, la expresión de rana de los labios; Aleksandr Ivánovich se iba convenciendo: cierto, cierto, Nikolai Apolónovich se comportaba de una manera extraña.

Conforme se convencía de la complicidad muy directa de Ableújov en el fracaso de T. T., se desvanecía su sensación de malestar y angustia; y algo semejante a la despreocupación invadió su espíritu. El odiaba particularmente al senador; en ocasiones sentía cariño por Nikolai Apolónovich; pero ahora también el hijo del senador junto al padre le provocaba repugnancia y el deseo de extirpar aquel nido de tarántulas:

—¡Miserable, miserable!... ¡Oh...! Mientras, caían por docenas...

Eran preferibles las cochinillas, el trozo del empapelado amarillo sucio; incluso era preferible el *personaje*: el *personaje* tenía la grandeza del odio; con el *personaje* él podía fundirse en el deseo de exterminar.

Pronto retornó a la habitación el *personaje* y dejó caer sobre su hombro la mano.

—Bien, vámonos a cenar... Cene conmigo... Pero durante la cena, de todo esto ni una palabra...: no es nada divertido... Además, Zoya Zajárovna no tiene por qué saberlo, ella está cansada... Y yo también... Todos estamos bastante cansados... Son los nervios... Somos gente nerviosa... Bien, a cenar, a cenar...

Durante la cena bebieron.

DE NUEVO EL DOLIENTE Y LARGO

Aleksandr Ivánovich se cansó de llamar, pero el portero no abría; al otro lado del portón al timbre sólo respondía el perro: se hizo eco un gallo de medianoche; y enmudeció; y la calle se perdía allí, en el vacío.

Aleksandr Ivánovich experimentaba algo semejante a la satisfacción: demoraba el regreso a casa; entre aquellas paredes de llanto se escuchaban susurros, crujidos y chillidos.

Además tenía que superar en la oscuridad doce peldaños helados; y después volver la cabeza y recontarlos.

Así hasta cuatro veces.

Noventa y seis retumbantes peldaños; permanecer ante la puerta forrada con fieltro: introducir con temor la llave herrumbrosa. Era arriesgado encender una cerilla, la luz siempre podía iluminar alguna cosa abyecta (un ratón, por ejemplo)...

Por eso él demoraba su estancia ante el portón.

Y — he aquí... —

alguien, a quien Aleksandr Ivánovich había visto en más de una ocasión, volvió a aparecer al final de la Línea Dieciocho; entró pausadamente en el círculo luminoso de un farol, mas parecía que la luz fluyese de su cabeza, de sus dedos entumecidos...—

Y Aleksandr Ivánovich recordó: en una ocasión una viejecita con sombrero de paja llamó al simpático habitante de la Línea Dieciocho. Y le llamó Misha.

Aleksandr Ivánovich se estremecía cuando pasaba el doliente y largo; al pasar, siempre volvía hacia él su mirada invidente, sus mejillas hundidas.

—¡Oh, sí...!

—¡Si me escuchara...!

Pero el doliente y largo, sin mirar, sin detenerse, pasó.

Aleksandr Ivánovich se volvió y quiso llamar al desconocido en voz queda.

Pero el lugar hacia donde aquél se había ido sin retorno, estaba vacío.

Desde allí parpadeaba la luz amarilla de un farol.

Llamó; y en el zaguán gemía el viento; en la casa de enfrente descargó su ímpetu contra un rótulo de hojalata; y la hojalata zangoloteó sonora en la oscuridad.

MATVEI MORZHOV

Chirrió el portón.

Y el portero Morzhov le dejó pasar al patio: la retirada quedaba cortada.

—Trasnochando, ¿eh?

—Los asuntos...

—¿Sigue usted buscando sitio?

—Eso es, sitio...

—Naturalmente: ahora no hay sitios... Como no sea en la comisaría...

—En la comisaría a mí no me admiten...

—Naturalmente.

Morzhov solía mandar a su mujer, que andaba mal de los oídos, con un trozo de empanada y una invitación para Aleksandr Ivánovich; los días de fiesta bebían juntos, en la portería.

Aleksandr Ivánovich odiaba su buhardilla; alguna vez pasó semanas sin salir de allí cuando le parecía arriesgada la salida.

Se unían a la tertulia el escribiente Voronkov, el zapatero Bessmertni; últimamente en la portería paraba mucho Stiopka.

Al patio llegaba perfectamente: en la portería cantaban:

Yo quiero
a un oficinista.
Y es mi gran
pasión...
La gente instruida
tiene
mucha
conversación...

—¿Otra vez visitas?

Morzhov se rascó la nuca:

—Pasando el rato...

Aleksandr Ivánovich recordó que allí se repetía con insistencia el nombre del escribiente Voronkov; no sabía por qué el *personaje* conocía al escribiente Voronkov.

Cómprame,
mamita mía

satén gris
para un vestido:
para que
Vasia Alekséev
quiera ser
amigo mío...

Morzhov cortó lúgubre:

—¿Qué... pasamos a la portería?...

Le habría gustado entrar: había allí calor y vino; en la buhardilla se iba a sentir solo y frío; pero no, prefería no entrar, estaba allí el escribiente Voronkov; ¡vete tú a saber!

Cantaban:

Cómprame
mamita mía
satén azul
para un vestido:
para que
el hijo de Vasia
quiera ser
amigo mío...

—¿Le apetece una copa?

—No.

Morzhov, al marcharse, abrió de par en par la puerta de la portería: un vaho de ruido, de olores; y ¡paf! se cerró la puerta.

La luna iluminaba el preciso patio y las pilas de leña, que Aleksandr Ivánovich fue sorteando, cuando iba hacia su portal.

De la portería le llegaba la letra de una canción:

Los raíles de la vía
la señal en mala hora:
por culpa de un socavón
cayó la locomotora
¡Cuántos coches destrozados!...
¡Cuántas víctimas humanas!...

Se apagó la voz.

Ellos le estaban acechando... La cosa había comenzado así: un día que regresaba a casa, vio bajar por la escalera a un desconocido, que le dijo:

—Usted está ligado a Él...

¿Quién era él? ¿A quién ligaba? Aleksandr Ivánovich se apartó apresuradamente del desconocido; éste no le siguió.

En otra ocasión tropezó en la calle con un hombre de una cara horrible (inexplicable); una señora desconocida, completamente asustada, le sujetó de la manga:

—¿Qué horror... ¿Lo ha visto?... ¿Qué es eso?...

Pero el hombre pasó de largo.

Poco después en el descansillo unas manos le agarraron: le empujaban hacia la barandilla, intentando tirarle. Aleksandr Ivánovich logró escabullirse: la escalera estaba desierta...

Últimamente él escuchaba un grito inhumano... en la escalera: ¡ay!... Un solo grito y nada más.

Los vecinos no oían el grito.

Sólo en una ocasión escuchó aquel grito, allí, al pie del Jinete: allí también gritaron así; era un automóvil; Stepán, que pasaba las noches charlando con él, en una ocasión oyó... un grito; Aleksandr Ivánovich insistió en sus preguntas, y él respondió sombrío:

—¿Es a usted a quien *ellos* buscan?

Ni una palabra más. Stiopka comenzó a rehuir a Aleksandr Ivánovich; de quedarse a dormir, ni hablar... Stiopka no dijo una palabra ni al portero ni al zapatero. Aleksandr Ivánovich tampoco.

¿Quiénes eran *ellos* y por qué *ellos* le buscaban?

Aleksandr Ivánovich lanzó una mirada por el tragaluz de la buhardilla; se veía: una sombra angulosa se movía inquieta en el tragaluz; palpó el bolsillo en busca de la llave; tenía la llave allí. ¿Quién podía estar entonces en su habitación cerrada?...

¿Se trataría de un registro?... Ah, si hubiera aparecido durante el registro. Le habrían puesto a la sombra en la fortaleza de Pedro y de Pablo.

—Ellos le buscan a usted...

Aleksandr Ivánovich se había prometido de antemano no aterrarse: los acontecimientos que pudieran suceder no eran más que un juego cerebral.

UN RAYO LÍVIDO PENETRABA POR LA CLARABOYA

Así, así: allí estaban *ellos*; así estaban *ellos* la última vez que regresaba a casa. Y *ellos* le estaban esperando. ¿Quién es? Dos siluetas; el rayo caía del segundo piso.

Unas manchas blancuzcas se extendían con una calma terrible.

El pasamanos penetraba en una mancha; junto al pasamanos estaban dos siluetas; le dejaron pasar, permaneciendo una a la derecha y otra a la izquierda; no se movieron, no se estremecieron; se sentía que en la oscuridad unos ojos le observaban sin pestañear.

¿Y si se aproximara a *ellos*, y les gritara el exorcismo:

—enfranchis, enfranchis...?

¡Qué difícil se hacía entrar en esa mancha blancuzca y exponerse a la luz, sintiendo a cada lado la mirada atenta de un observador, sentir a los observadores a tus espaldas, y no acelerar el paso!

Bastaría que Aleksandr Ivánovich se lanzara escaleras arriba, para que ellos se lanzaran en pos de él.

Las manchas blancuzcas se diluyeron (una nube negra tapó la luna). Y

... Aleksandr Ivánovich no resistió más.

Ganó el descansillo corriendo: ¡Qué falta de tacto!

Se asomó por la barandilla y lanzó una mirada temerosa hacia abajo, adonde previamente había dejado caer una cerilla encendida: fulguraron los barrotes de la barandilla; entre el centelleo vio diáfananamente unas siluetas.

Una era de Majmudka, inquilino del sótano; a la luz de la cerilla descendente Majmudka susurraba algo a la oreja de un personajillo de aspecto vulgar, cubierto con un bombín natural, de cara oriental y nariz aguileña.

La cerilla se apagó.

Pero había sido suficiente para delatar la presencia de Aleksandr Ivánovich: unos pasos rumorearon escaleras arriba; de pronto una voz le gritó a la oreja con desparpajo:

—¿Andrei Andréevich Gorelski?

—No, Aleksandr Ivánovich Dudkin...

—Sí, pero en su documentación...

Aleksandr Ivánovich se estremeció; vivía con documentación falsa; su nombre, su patronímico y su apellido eran Aleksei Alekséevich Pogorelski, no Andrei Andréevich.

—¿Qué se le ofrece?...

—Su apartamento, hum, estaba cerrado... Y hay alguien dentro... he preferido esperarle a usted a la entrada... Además, esta escalera de servicio...

—¿Quién está allí?

—Desde dentro me respondió una voz que parecía de paleta...

Gracias a Dios: era Stiopka...

—¿Qué se le ofrece a usted?

—Tenemos amigos comunes... — Nikolai Stepánovich Lippánchenko, en casa del cual soy recibido como un hijo... Me tomé la licencia..., en realidad vivo en Helsingfors; suelo pasar por aquí; mi patria es el sur...

Aleksandr Ivánovich comprendió; su visitante le mentía; la historia ya se había producido en otra ocasión (tal vez le había ocurrido en sueños).

—Aquí hay gato encerrado; pero no debo de descubrir que lo sé.

—¿Con quién tengo el honor?

—Sichnarfné... Ya nos hemos visto antes...

—¿Sichnarfnév?...

—No, Sichnarfné: la terminación en *uve* me la pusieron para rusificar el apellido... Hoy hemos coincidido allí, cierto, cierto: en casa de Lippánchenko; estuve dos horas esperando a que usted terminara de hablar de sus asuntos; y me tuve que ir antes... Pero Zoya Zajárovna me dio su dirección. Busco una entrevista con usted... *Hace mucho que le busco...*

—¿Nos vimos antes alguna vez?

—Sí... ¿recuerda?... En Helsingfors...

Aleksandr Ivánovich recordó: le había visto en un café de Helsingfors; aquella cara no apartaba de Aleksandr Ivánovich sus ojos desconfiados.

—Sí, sí: ¿recuerda?

Precisamente: en Helsingfors se habían manifestado todos los síntomas de una inminente enfermedad: el juego cerebral sugestionado.

En ese período, hubo de desarrollar la ultraparadójica teoría sobre la necesidad de destruir la civilización; el período del humanismo superado había terminado; la historia era carroña fosilizada: llegaba la época de la sana barbarie, que se abría paso desde abajo, desde arriba (la insurrección de las artes contra las formas establecidas y el exotismo), desde la burguesía (las modas femeninas); sí, sí: Aleksandr Ivánovich llamaba a incendiar las bibliotecas, las universidades, los museos, a invitar a los mongoles (más tarde se asustó de ello).

Entonces predicaba todo eso en un café de Helsingfors; y alguien le preguntó cómo juzgaría el satanismo.

En una mesa de al lado estaba sentado Sichnarfné.

Su propaganda en favor de la barbarie acabó inesperadamente (en el propio Helsingfors); Aleksandr Ivánovich vio (en sueños) cómo le arrastraban por algo que, para simplificar, definiría como espacios interplanetarios, para perpetrar una infamia; todo eso ocurría en un sueño, pero en un sueño abominable, que le incitó a suspender su propaganda; Aleksandr Ivánovich no recordaba si había llegado a consumir el *acto*; aquel sueño había sido el comienzo de la enfermedad; no le gustaba recordar el sueño.

La cita de Helsingfors surtió efecto; pensó involuntariamente: ahora comprendo por qué estas últimas semanas he estado repitiendo sin ninguna razón: Hel-sing-fors, Hel-sing-fors...

—Sichnarfné... me suena ese nombre...

Sichnarfné prosiguió:

—¿Me permite que pase a verle mañana?... Sinceramente, me cansé esperándole...

En un acceso de pavor involuntario Aleksandr Ivánovich gritó:

—Estaré encantado...

Y pensó:

—Stiopka me ayudará a salir del apuro...

—¿Cómo pudo entrar él si tengo aquí la llave?

Se llevó la mano al bolsillo y comprobó: no tenía la llave, lo que creyó la llave de la puerta era la llave de la maleta.

PETERSBURGO

Stepán se sentó sobre el bastidor del camastro con un cabo de vela al lado: ante un libro con caracteres eslavos antiguos.

Aleksandr Ivánovich recordó ahora la promesa de Stiopka: de traer un devocionario (le interesaba el sermón de San Basilio el Grande: una admonición a los demonios).

—Stepán: ¡cuánto me alegro!

—Aquí le traigo, señor... —pero al ver entrar al visitante, Stiopka agregó: lo que pedía...

—No te vayas, quédate... Este es el señor Sichnarfné...

En esto se consumió el cabo de vela: fue encendiendo un papel de estroza, y las paredes bailotearon entre el fuego.

—No, señor, lo lamento, tengo que irme —se apresuraba Stepán, con la vista entornada y desviando la mirada del visitante.

Se llevó consigo el devocionario.

¿Qué hacer con Stepán?

Stepán no se lo perdonaría; y Stepán ahora estaría pensando:

—Si aquí entra gente *así*, el devocionario está de más... No todo el mundo está dispuesto a recibir a gente *así*.

Entonces, entonces, Stepán debe de suponer que... ¿Qué hacer sin Stepán?:

—Stepán, quédate.

—El viene a verle a *usted*, no a mí... Es a usted a quien *él* busca...

Y la puerta se cerró tras Stepán. Aleksandr Ivánovich quiso gritarle que dejara el devocionario, pero... sintió reparo. Mientras, las llamas cesaron su bailoteo y murieron en las paredes; se consumió el papel, y todo se volvió verdusco...

Invitó al visitante a sentarse ante la mesa; él se apostó ante la puerta: si llegara el momento, ganaría la escalera antes que el visitante.

El visitante se apoyó en el alféizar, encendió un cigarrillo; su silueta se recortó sobre el fondo de los verduscos espacios al otro lado de la ventana (allí corría la luna)

...

—Tengo la impresión de que le molesto...

—No se preocupe, estoy encantado —le tranquilizaba Aleksandr Ivánovich, y probaba con la mano el pomo de la puerta.

—Pero... hace tanto tiempo que quería venir... Más, porque parto a la madrugada.

—¿Parte?

—Sí, voy a Finlandia, a Suecia... Mi patria es Chemaha; este clima *me* sienta mal...

—Sí —respondió Aleksandr Ivánovich—, Petersburgo fue levantado sobre una ciénaga...

La silueta se puso a gesticular:

—Para el imperio ruso, Petersburgo es un puntito... Tome el mapa... Nuestra capital, adornada de monumentos...

—Dice usted nuestra capital..., pero no es suya; *su* capital creo que es Teherán... Usted, hombre oriental...

—No, he estado en París y en Londres... Así que *nuestra* capital —hablaba apresuradamente la silueta— pertenece al país de los sueños; es algo que no suelen tomar en consideración al confeccionar las guías turísticas; también lo silencia Karl Baedeker; el provinciano, que no está al corriente, no se apercibe más que de la administración visible; él carece del salvoconducto para el Petersburgo de las sombras.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo: en el país de los papuas sé qué me espera: ¡los papúas! Karl Baedeker me lo advierte. ¿Qué pasaría si, camino de Kirsánov, me topara con una horda papua acampada; aunque, dicho sea, Francia les concede armas subrepticamente y les introduce en Europa; ya verá, ello va a servir para confirmar su teoría sobre la destrucción de la cultura: ¿lo recuerda?... ¡En un café de Helsingfors le escuché con interés!

Esta referencia a la vieja teoría disgustó a Aleksandr Ivánovich; después de su terrible sueño había descubierto que aquella teoría guardaba relación con su delirio.

La silueta dibujada contra la ventana se hacía más delgada; parecía apenas una hoja de papel negro pegada al marco; la voz provenía del centro de la habitación; Aleksandr Ivánovich sentía perfectamente cómo se desplazaba de la ventana hacia él, convertido en un centro autónomo, ¡invisible!

—El papúa es un ser terrestre. Con el papúa uno se entiende por medio del alcohol, al que usted ha rendido honores todos estos últimos días y que ha dado lugar a nuestro encuentro; además, en Papuasias existen algunas instituciones aprobadas por el parlamento papúa...

El visitante se hizo capa de hollín sobre el cristal iluminado por la luna; mientras, su voz arreciaba hasta asemejarse al grito ronco del gramófono:

—La biología de los sueños no ha sido aún estudiada; no comprendes sus exigencias; penetra en el cuerpo con los bacilos engullidos con el agua del grifo...

—Y con la vodka —agregó por su cuenta Aleksandr Ivánovich, y pensó voluntariamente—: ¿Qué digo? ¿Me habré dejado llevar por el delirio? ¿Me habré hecho eco?

Mentalmente decidió desprenderse del galimatías; si la conciencia no fuera ahora

capaz de poner fin a este galimatías, la conciencia quedaría destruida por el galimatías...

—Eh, no; usted me introduce en su cuerpo con la vodka... Con el agua usted engulle los bacilos, y yo no soy un bacilo. Ya ve usted, desde sus primeros días en Petersburgo el estómago le funciona mal, le amenaza la colerina. Se producen hechos que usted no lograría evitar ni aun denunciándolos en el juzgado de guardia de Petersburgo; la angustia, las alucinaciones, la hipocondría, todo es consecuencia de la colerina; ¡váyase al Farsistán! ...

—Esto es una tomadura de pelo —pensó.

—En una palabra, las denuncias que usted presente en el mundo visible, no tendrán consecuencias, como toda denuncia... Lo trágico está en que nosotros pertenecemos al mundo invisible, al mundo de las sombras.

—¿Existe ese mundo? —exclamó Aleksandr Ivánovich, mientras se disponía a escapar de su tabuco y a encerrar dentro al visitante, que cada vez se hacía más fino: el hombre que había entrado en la habitación tenía tres dimensiones; después se acercó a la ventana, se convirtió en silueta (en bidimensional), se hizo capa fina de hollín, semejante a la que produce el quinqué; ahora aquel hollín negro se había consumido para formar una ceniza que brillaba a la luna; la ceniza se volatilizaba, y ya no quedaba la silueta; toda la materia se había transformado en una sustancia acústica, que charlaba — ¿desde dónde? Aleksandr Ivánovich tenía la impresión de que el charloteo ya se producía dentro de él mismo.

—Señor Sichnarfné —decía Aleksandr Ivánovich, dirigiéndose al espacio (pero Sichnarfné no estaba).

Y charlaba, respondiéndose a sí mismo: «Petersburgo es una cuarta dimensión que los mapas señalan únicamente por medio de un punto. Ese punto es a su vez el lugar de tangencia de la existencia con la superficie esférica de un gigantesco cosmos astral. Este punto en un abrir y cerrar de ojos podría enviarnos aquí a un habitante de la cuarta dimensión, del cual no nos preservaría ninguna pared; hace un instante yo me hallaba en unos puntos al pie del alféizar, y ahora he aparecido...»

—¿Dónde? —quiso exclamar Aleksandr Ivánovich, y no logró exclamarlo, porque lo exclamó su garganta:

—He aparecido... del fondo de su laringe...

Aleksandr Ivánovich miró desconcertado a su alrededor, mientras su garganta seguía:

—Aquí se requiere un pasaporte... Aunque usted esté inscrito entre nosotros, el pasaporte está circunscrito dentro de usted; usted se describirá a sí mismo mediante un acto extravagante; él llegará, él llegará.

Si en ese instante se hubiera podido observar desde fuera, Aleksandr Ivánovich habría quedado horrorizado, se habría visto sujetándose el vientre con las dos manos y gritando hasta desgañitarse al vacío, ante sí.

—¿Cuándo fui inscrito ahí?

—Aquella vez, después del acto —le respondió la boca.

Y de pronto se rasgó un velo, y recordó... aquel sueño, en Helsingfors, cuando ellos cruzaban unos... ¿cómo definirlos?... espacios.

Y realizó el acto.

El se incorporó a ellos; Lippánchenko era tan solo una alusión a aquello; penetró en él la fuerza de ellos; pasaba de un órgano a otro órgano y, buscando en el cuerpo el alma, poco a poco esa fuerza se apoderó de todo él.

Y mientras *ese acto* se producía, él creía que ellos le estaban buscando a él, mientras que ellos estaban en él.

—Sí, nuestros espacios son distintos a los vuestros; allí todo transcurre a la inversa... Ivanov es un japonés: un tal Vonavi.

Y entonces comprendió él: Sichnarfné — Sich-nar-fné...

Del fondo de la laringe salió la respuesta:

—Tú me has llamado... Aquí me tienes...

Enfranchis había venido por su alma.

Al Ivan escapó de su propia habitación, y cerró con llave.

—Sí, sí... Soy yo... Yo mato irremisiblemente...

La luna alumbraba la escalera; y de la más completa oscuridad surgieron apenas, tenuemente trazadas, unas manchas grisáceas, grises, blancuzcas, pálidas, fosforescentes.

EL DESVÁN

El desván no estaba cerrado con llave; hacia allí se lanzó Dudkin.

De noche el desván se vuelve extraño: por el suelo hay tierra desparramada; vas pisando sobre blando; de pronto: una viga se lanza a tus pies, y te sienta en cuclillas; las franjas transversales de la luna se extienden como si fueran vigas blancas: las traspasas.

De pronto...

Una viga te golpea la nariz.

Unas manchas blancas, inmóviles: de calzoncillos, toallas y sábanas; a la menor brisa — se estiran silenciosas las manchas: los calzoncillos, las toallas y las sábanas.

Aleksandr Ivánovich prestó oído: ¿Qué podía oír? Lo que tú ya sabes: el preciso crujir de la viga al quebrarse; el espeso silencio, o la malla, trenzada únicamente de murmullos: el susú y el runrún en un rincón; los pasos inaudibles en la atmósfera tensa, y el atragantón de la saliva: de un papanatas.

En fin, — todos son ruidos cotidianos, no hay por qué temerlos.

No quería bajar del desván: caminaba entre calzoncillos, toallas y sábanas; asomó la cabeza por entre los trozos de cristal; se respiraba calma, sosiego y tristeza

beatífica.

Se esclarecían nítidos, con una sencillez cegadora: todo el preciso cuadrado del patio, que se le antojó pequeño, de juguete; las pilas plateadas de leña; en la portería seguía la juerga; una canción ronca llegaba de la portería:

Veo Dios el terror de mi vida:
traicionó la mentira a mis ojos,
la mentira deslumbró mi vista...
Tuve pena de mi cuerpo blanco,
Tuve pena de mi traje hermoso,
Tuve miedo a quedar sin manjares
y yo, Poncio, temí a los prelados
yo, Pilatos, temí al fariseo.
Quedará para siempre esta mancha:
a la cruz envié a un inocente...

Cantaban: el escribiente Voronkov y el zapatero del semisótano Bessmertni. Aleksandr Ivánovich pensó: «¿Y si bajo con ellos?»

El cielo se despejaba: un chorro cegador de plata anegaba un tejado de paja a sus pies.

Se agitaba el Neva.

Y gritaba el río desesperado con la sirena de un barquito tardío, del cual se veía el ojo de un fanal que se distanciaba; se extendía el malecón, sobre los cajones amarillos, grises y marrones rojizos de las casas, sobre las columnas de los palacios grises y marrones rojizos, sobre el rococó y el barroco, se erguían los muros oscuros de una enorme catedral: San Isaac, que apuntaba hacia el mundo de la luna con sus cúpulas doradas y sus columnas...

Bajo el cielo se desplazó como una flecha el Almirantazgo.

La plaza estaba desierta.

Contra la roca cayeron y tintinearón los cascos metálicos; el caballo, dilatando los ollares, resollaba en la niebla incandescente; la silueta del Jinete se incorporó sobre la grupa del caballo; una espuela tintineante arañó el costado de la cabalgadura.

El caballo saltó de la roca.

Su chacoloteo sonoro y recio retumbó sobre el puente en dirección a las islas. Pasó el Jinete de Bronce; se tensaron los músculos de sus brazos metálicos; se escuchó el carcajeo del caballo, semejante al zurrido de una locomotora; el vaho de los ollares, un vapor luminoso, envolvió toda la calle. A su paso los caballos relinchaban y se desbocaban, y los transeúntes cerraban los ojos.

Desfilaban las Líneas, una tras otra, un trozo de la orilla izquierda, con atracaderos y chimeneas, pilas de sacos llenos de cáñamo; pasaron volando descampados, gabarras, tapias, lonas y muchas casitas; de la niebla asomó un costado

de aquella taberna inquieta.

Aquí el holandés más viejo se agachó al cruzar el umbral, y salió a la fría tremolina; una linterna oscilaba suavemente bajo la cara azulenca que cubría un chubasquero negro de cuero; el oído del holandés oyó aquel trotar, porque el holandés acababa de dejar a otros navegantes como él, que se pasaban empinando el codo de la noche a la mañana.

El sabía bien que la juerga se prolongaría hasta rayar el alba; sabía bien que al filo de la madrugada al tintineo de los vasos acudiría al galope el recio Huésped: para echarse al colete un vaso de abrasador aguardiente: estrechar la mano bicentenaria, que desde el puente de mando sabe gobernar la nave y eludir la fortaleza enemiga de Kronstadt; desde allí, apuntando contra la popa, que no respondió a la señal, la boca de un cañón lanzaría su rugido.

Pero ya será imposible hacer blanco en la nave: entrará en una nube flotando muy a ras del mar.

El holandés sabía todo eso: escrutaba la silueta del jinete volante... Se escuchaba el chacoloteo; resoplaban los ollares que penetraban la niebla con un haz incandescente de luz.

Aleksandr Ivánovich se apartó de la ventana, sosegado, apaciguado, helado; se movieron las manchas blancas de calzoncillos, toallas y sábanas.

Decidió volver a la habitación.

POR QUÉ PASÓ ESO...

Aleksandr Ivánovich, sentado en la cama, se recuperaba de la pesadilla: aquí había estado el visitante, y aquí se arrastró una cochinilla: ahora el visitante ya no estaba; a la alucinación delirante le sucedía un estado de lucidez.

Igual que la luna, su conciencia alumbraba: hacia adelante y hacia atrás.

Entre las cuatro paredes se imaginaba a sí mismo preso, si el preso no siente la libertad con más fuerza que nadie y si aquel angosto espacio entre paredes no equivalía al espacio universal.

¡El espacio universal está desierto como su habitación!... El espacio universal es lo último que se puede comprar con la riqueza... El tabuco de un pordiosero se antojaría suntuoso comparado con los míseros avíos del espacio universal.

Aleksandr Ivánovich, que se recuperaba del delirio, soñaba, igual que si se hubiera elevado sobre un espejismo sensorial.

Pero una voz le objetaba:

—¿Y la vodka?

—¿Y el tabaco?

—¿Y las pasiones eróticas?

Agachó la cabeza; eso era la causa de sus enfermedades, miedos y manías persecutorias: el insomnio, los cigarrillos, el abuso de la bebida.

Su crisis de locura se le apareció desde un ángulo nuevo; él conocía la naturaleza verdadera de la locura; su locura era como el rendimiento de cuentas de sus sentidos enfermos al «yo» autoconsciente. Sichnarfnév no era más que un anagrama; no era Sichnarfnév quien le acosaba y perseguía, eran sus propios sentidos los que acosaban a su «yo»; el alcohol y el insomnio iban royendo su complexión corpórea; el cuerpo estaba en relación con los espacios; cuando él comenzaba a desintegrarse, los espacios se agrietaban; por las grietas de las sensaciones penetraban los bacilos; en los espacios se agitaban los fantasmas... ¿Quién era Sichnarfné? Era el reverso de un abracadabra, un Enfranchis; una pesadilla originada por la vodka; así, Enfranchis y Sichnarfné, sólo eran estados de la borrachera.

—Tendría que dejar de beber y de fumar.

De pronto se sobresaltó.

Él era un traidor: por miedo había puesto a Nikolai Apolónovich en manos de Lippánchenko; recordó la infame compraventa; no lo creía, pero sin creerlo, lo creyó; ello constituía una traición; el más traidor era Lippánchenko; Aleksandr Ivánovich sabía que él les traicionaba, pero se ocultaba a sí mismo ese saber (Lippánchenko ejercía poder sobre el espíritu); ahí estaba la causa de su enfermedad: en la certeza de que el traidor era Lippánchenko; el alcohol y la depravación sólo eran una consecuencia; las alucinaciones sólo eran los últimos eslabones de la cadena que Lippánchenko forjaba. ¿Por qué? Porque Lippánchenko sabía que él lo *sabía*; y por eso Lippánchenko no le soltaba.

Lippánchenko se había apoderado de su voluntad; ese poder se debía a que Aleksandr Ivánovich se había empeñado en ahuyentar su terrible sospecha; sospechando de su sospecha, Lippánchenko no le dejaba apartarse un solo paso; así se mantenían mutuamente ligados; él instilaba su misticismo en Lippánchenko, y Lippánchenko en él el alcohol.

Aleksandr Ivánovich recordó en todos sus detalles una escena con Lippánchenko; el cínico, el canalla — le había rebasado, y recordó el cogote de Lippánchenko con el abominable pliegue; el cogote reía descaradamente, hasta que Lippánchenko atrapó la mirada de Aleksandr Ivánovich puesta en su cogote, al ver aquella mirada sobre un cogote lo comprendió todo.

Lippánchenko intentó asustarle: le lanzó un ataque por sorpresa; confundió todas las cartas; después le ofreció una salida: dar crédito a la traición de Ableújov.

El lo creyó. Todo quedó consumado. La misión había sido cumplida.

De ahí provenía su pesadilla.

Aleksandr Ivánovich tradujo aquella pesadilla al lenguaje de sus sensaciones; la escalera, el tabuco, el desván eran su cuerpo: el habitante febril de los espacios, que ellos perseguían y que escapaba, era el «yo» autoconsciente, que arrastraba pesadamente los órganos desprendidos; Enfranchis era un cuerpo extraño, que había penetrado en su cuerpo con la vodka: transformado en bacilo, recorría el cuerpo

trasladándose de un órgano a otro; suscitaba la sensación de persecución, hasta que chocaba con el cerebro y provocaba allí una exacerbación.

Recordó su primer encuentro: con Lippánchenko; la impresión no había sido muy agradable; Lippánchenko había mostrado curiosidad por todas las debilidades de los miembros del Partido en contacto con Aleksandr Ivánovich; un provocador muy bien podía parecer desgarbado y tener un par de ojillos que parpadeaban sin expresión.

Cuanto más profundizaba en Lippánchenko, cuanto más detenidamente analizaba las partes de su cuerpo, sus hábitos, costumbres, risitas, mejor comprendía que ante sí tenía a una auténtica tarántula.

Algo duro como el acero penetró en su alma.

—Ya sé lo que debo hacer.

La cosa iba a acabar: ¿cómo no se le había ocurrido antes?; y vio su misión trazada con claridad.

De pronto... —

EL HUÉSPED

Aleksandr Ivánovich oyó: un gran ruido que sonó abajo y se repitió en la escalera: sonaba un golpe tras otro; golpes de un metal que machacara la piedra, cada vez más arriba, cada vez más cerca: un titán, demoledor, conmovía la escalera; escuchó por si se abría la puerta para poner freno a aquel desmán.

Alguien metálico, con recio estruendo quintalero, intentaba subir a la buhardilla: se derrumbaban los peldaños; de pronto, se quebró el descansillo ante su puerta.

Un crujido impetuoso; la puerta saltó de sus goznes; unas volutas opacas ascendían en bocanadas de vapores verduscos; desde la puerta abatida, al pie mismo del descansillo, se abrían las vastedades lunares, y la habitación oscura se asomaba a lo inexplicable; en medio del umbral, entre las paredes que dejaban filtrar los espacios de color de caparrosa, inclinando su vercosa cabeza coronada, y extendiendo el quintalero brazo verdoso, se erguía un cuerpo gigantesco con destellos fosforescentes.

Era Pedro Primero, el Jinete de Bronce.

De los hombros, sobre la loriga escamada; caía reluciente la onerosa capa intransparente; por segunda vez se repetía la suerte de Eugenio. Las paredes se derrumbaban en los espacios de caparrosa. El pasado se abrió, y Aleksandr Ivánovich exclamó:

—Ahora ya me acuerdo... Le estaba esperando...

El coloso cupricéfalo había cabalgado de época en época hasta el instante presente, con lo que cerraba el círculo. Los siglos habían pasado; subió al trono Nicolás; después subieron los dos Alejandros; y Aleksandr Ivánovich, sombra, superaba sin mostrar cansancio las épocas, remontaba los días y los años por las húmedas avenidas petersburguesas, — en sueños y en la realidad: y, persiguiéndole,

persiguiéndonos a todos — sonaba en el empedrado el golpe de metal que trituraba las vidas.

Yo escuché aquellos golpes; ¿los escuchaste tú?

Apolón Apolónovich era uno de esos golpes retumbantes sobre las piedras; Petersburgo también era un golpe sobre la piedra, y el atlante a punto de caer era un golpe; era imposible escapar a las persecuciones, y era imposible escapar a los golpes metálicos; en la buhardilla no lograría ocultarse; toda la buhardilla pertenecía a Lippánchenko; y la buhardilla era una trampa; había que destruirla, destruirla a fuertes golpes... ¡sobre Lippánchenko!

Bajo los golpes, Lippánchenko quedaría hecho añicos; la buhardilla se derrumbaría; quedaría destruido Petersburgo, y también el atlante, y la cabeza desnuda de Ableújov se partiría en dos.

El Huésped de Bronce le dijo:

—¡Hola, hijito!

Dio tres pasos: tres veces las vigas crujieron: el emperador macizo posó sonoro su trasero metálico en la silla, y su codo verdusco con todo el peso del bronce cayó sobre la mesa con tañido de campana; lentamente el emperador se quitó su corona de bronce; los laureles entrechocaron con ruido metálico.

Con retumbos y tintineos, la mano sacó de entre los pliegues de la capa una pipa al rojo vivo; el Huésped señaló con los ojos la pipa e hizo un guiño:

—Petro Primo Catherina Secunda...

Introdujo la pipa entre sus labios y el humillo azul del bronce derritiéndose se elevó a la luz de la luna.

Aleksandr Ivánovich, un nuevo Eugenio, comprendió ahora por primera vez que un siglo había transcurrido inútilmente: un siglo entre un diciembre y un octubre: y que todos los golpes recios que le habían perseguido por pueblos, campos, vestíbulos y escaleras no significaban ira; él estaba perdonado; todo lo pasado, junto con todo lo que ocurría, no era más que una sucesión de sufrimientos ilusorios hasta la trompeta del Ángel.

En las cavidades broncíneas del Jinete fulguró una idea broncínea: cayó incandescente el brazo quebrantapiedras, y — se fracturó una clavícula:

—Sopórtalo todo y muere...

El huésped metálico, incandescente a la luz de la luna, permanecía sentado ante él; abrasador, bermejo; fue adquiriendo calor hasta llegar al rojo vivo; y se derramó sobre Aleksandr Ivánovich: en torrente incinerador y deslumbrador, el Caballero de Bronce se derramó por sus venas.

LAS TIJERAS

—¿Qué ocurre?

Una mancha roja se fue alejando por la almohada. ¡Uyy!, surgió en su conciencia:

—Una chinche...

Se incorporó, apoyándose en el codo:

—¿Eres tú, Stiopka?

Vio: una tetera, y una taza.

—Estupendo: té.

—¿Estupendo?: usted está ardiendo...

Comprobó con asombro que no se había desvestido; ni siquiera se había quitado el abrigo.

—¿Cómo viniste aquí?

—Entro; le veo acostado y quejándose; dando vueltas por toda la cama... arde — como el fuego.

—Stiopka, estoy sano.

—¡Me río de la salud!... ¡Aquí le traigo té!

De noche por sus venas corría agua hirviendo (lo recordó).

—Sí, amigo, esta noche tuve una fiebre de las buenas...

—Ya verá: se va a cocer en alcohol.

—Vi diablillos, los vi...

—Con estas borracheras terminará viendo a la Culebra verde...

—Y toda la Rusia también la verá, amigo...

—¿Qué?

—Que también verá la Culebra verde...

—La Rusia es de Cristo...

—Mientes...

—Si sigue bebiendo así, acabará en la fiebre blanca... viendo a la Mujer...

Se aproximaba el delirio — alucinatorio: no había dudas.

—Por favor, llégate a la farmacia... Si me compraras quina: agrisalada...

—Bien, voy...

—Ah, Stiopushka, y de paso, frambuesa: confitura de frambuesa para el té.

Mientras, pensaba:

—La frambuesa es un excelente sudatorio.

Apenas terminó de lavarse, dentro rebrotó de nuevo, confundiendo la realidad con el delirio.

Mientras hablaba con Stiopka se le antojó que al otro lado de la puerta estaba algo conocido de tiempo inmemorial, ¿Allí, tras la puerta? Hacia allí salió él; tras la puerta se abrió el descansillo; el pasamanos de la escalera colgaba sobre el vacío; y Aleksandr Ivánovich chasqueó la lengua reseca, unos escalofríos sacudían su cuerpo. En la boca sentía un gusto a bronce.

—No, *ello* me espera en el patio...

Pero en el patio: nadie, nada.

Recorrió todos los vericuetos, los pasillos (sorteando las pilas de leña); plateaba el asfalto; plateaban los álamos temblones: y nadie, nada.

—¿Dónde está *ello*?

—En un sitio de metal...

Ello volvería a aparecer.

Quedaba el recuerdo del recuerdo; y de una acción que no admitía dilaciones.

Corrió con paso elástico hacia la encrucijada brumosa de dos calles; unas ventanas desparramaban destellos...

Y fulguraban los objetos.

Efectivamente: en la esquina de la encrucijada había una pobre ferretería: vendían cuchillos, tenedores, tijeras.

Entró:

De detrás de una sórdida caja hacia el bruñido mostrador de acero se acercó una jeta somnolienta (era el propietario de los taladros y los serruchos); caía plana la cabeza de frente estrecha:

—Querría, querría...

Y sin saber qué comprar, Aleksandr Ivánovich agarró por los dientes un serrucho: el serrucho chirrió. El dueño le observaba a hurtadillas; no era extraño: Aleksandr Ivánovich, tal como se levantó de la cama, con el abrigo puesto, así salió a la calle: tenía el abrigo arrugado y manchado de barro; no llevaba gorro; con la cabeza desgreñada era para asustar a cualquiera.

Y el dueño borbotó con dificultad:

—¿Un serrucho?

—Oiga, no, el serrucho es incómodo... Mejor, un puñal...

Pero el hombre le cortó:

—Puñales no tenemos.

Como si los ojillos hubieran dicho:

—Si le doy un puñal... sería capaz de todo...

Le asombró cierta semejanza; el dueño le dio la espalda; y le lanzó una mirada capaz de apuntillar a un toro.

—Da igual: unas tijeras...

El se disponía a hacer una cosa muy simple: ¡zas!

Al coger las tijeras, le temblaron las manos:

—No las envuelva, no, no... vivo ahí mismo, a dos pasos... Déjelo: las llevaré así...

Dijo esto y se metió en el bolsillo las tijeras diminutas, como las que utilizan los gurruminos para cortarse las uñas; y se fue.

La cabeza cuadrada de frente estrecha (tras el brillante mostrador) miró asombrada, asustada, en un recio empeño de comprender lo que fuere, a toda costa: comprender, o...

El hueso frontal era incapaz de comprenderlo todo; la frente era estrecha, surcada de arrugas transversales; parecía llorar.

FIN DEL SEXTO CAPÍTULO

SÉPTIMO CAPÍTULO

o: continúan los sucesos del día gris

Estoy cansado, amigo:
el corazón pide calma.
Pasan volando los días...

A. PUSHKIN

LAS INMENSIDADES

Habíamos dejado a Nikolai Apolónovich en el momento en que Dudkin, después de estrecharle la mano, buceó rápidamente en el torrente negro de bombines, mientras Nikolai Apolónovich experimentaba la sensación de que su cuerpo se dilataba.

Hasta ese instante en su alma se habían agolpado macizos de alucinaciones; enormes Gorisankares de acontecimientos habían caído sobre él — en veinticuatro horas: el Jardín de Verano, el disfraz de seda roja, el baile de máscaras (los arlequines y los payasos), el Pierrot de joroba, el antifaz azul, el mensaje, la carrera hasta el retrete, el personajillo repelente y, — Pepp Péppovich Pepp o: la lata de sardinas, que... seguía... tictaqueando.

Una lata de sardinas capaz de convertir todo lo que le rodeaba en...; resumiendo, en plasta.

Habíamos dejado a Nikolai Apolónovich ante el escaparate de una tienda; pero le abandonamos; entre el hijo del senador y nosotros se habían interpuesto las gotas de una lluvia principiante.

Se desplegaron los paraguas.

Nikolai Apolónovich permanecía ante el escaparate y pensaba: aquella vil canallada no tenía nombre: la canallada ya duraba veinticuatro horas, ochenta mil segundillos, puntos en el tiempo: cada instante avanzaba; y también avanzaban sobre él: el instante, que se extendió presto en círculos, se transformaba lentamente en un globo hinchable; el globo estallaba y el pie resbalaba al vacío: así el caminante por el tiempo se precipitaba, no se sabía adonde hasta... un nuevo instante.

¡Cierto, la vil canallada no tenía nombre!

Se agitaron en él unas ideas, surgidas no en el cerebro, sino en el corazón.

Se perfilaba un plan muy ingenioso; un plan — relativamente— seguro, pero... mezquino: sí... mezquino!

¿Pudo Nikolai Apolónovich elaborar aquel plan?

Las últimas horas estuvieron brincando ante sus ojos retazos de ideas, que hacían visos chispeantes, como los alegres cañutillos en el árbol de Navidad: cruzaban sin cesar un espacio iluminado por la conciencia — pasando de una oscuridad a otra

oscuridad — tan pronto aparecía dando volteretas la figurilla de un payaso, como cruzaba galopante un Pierrot amarillo — de una oscuridad a otra oscuridad — a través del espacio iluminado por la conciencia; la luz de la conciencia alumbraba impasible; pero cuando los retazos de ideas se juntaron y formaron un todo, la conciencia imprimió en ellos un sentido brutal, inhumano; Nikolai Apolónovich escupió, contrariado:

—Soy un malvado redomado...

Pero ésa era también la conclusión de su padre.

¡No, no!

Surgían enjambres de pensamientos que se pensaban ellos mismos: él los pensaba, pero... los pensamientos se pensaban a sí mismos...: —ello se pensaba, se trazaba, se elevaba; brincaba en el corazón, taladraba el cerebro; surgía sobre la lata de sardinas; abandonaba, arrastrándose, la lata de sardinas; él había guardado la lata — si no recordaba mal, en un cajón de la mesa; y salió huyendo de la maldita casa: deambuló por las calles.

Pero en las calles ello aún seguía levantándose, dibujándose, trazándose; cuando se ponía a pensar, la cabeza también se transformaba en una lata de sardinas, en la que... tictatequeaban las ideas.

Así, en el campo de la conciencia apareció un plan elaborado — en un momento inoportuno, cuando Nikolai Apolónovich entró en el vestíbulo de la Universidad (donde está la iglesia), se apoyó despreocupado en la columna y se puso a conversar con un profesor: en su alma reventó (revienta la muñeca hinchada con hidrógeno en trozos flácidos de goma); se estremeció al echarse hacia atrás, se escabulló, sin saber él mismo hacia adonde, porque se había descubierto:

— el autor del plan era él...

Se dirigió rápidamente hacia la isla Vasíliev, en dirección a la Línea Dieciocho; a la espalda del cochero se oía un susurro entrecortado:

—¿Qué le parece?... ¿Eh?... Hipócrita... embustero... asesino...: salvar su pelleja...

Saltó del coche, cruzó el patio de asfalto y las pilas de leña, pasó allí bajo la escalera. No sabía para qué iba; probablemente por curiosidad: para mirar a los ojos de Dudkin, que había traído el hatillo, porque la «*negativa*» que él había preparado era — indudablemente — un pretexto.

Y aquí tropezó con Dudkin: lo demás ya lo conoce el lector.

Sí, pero — su corazón, calentado por todo lo que le había ocurrido, comenzó a derretirse lentamente; se agitaban en él los sentimientos; — ellos conmocionaron y dieron un vuelco al alma.

La mole de la casa, que se alzaba sobre la calle formando un macizo, él hubiera podido, cruzando la calle, tocarla con la mano; nada más comenzó a lloviznar, en la

neblina se diluyó aquel costado.

Y la mole de piedra se fue destrabando; elevaba entre la lluvia — los encajes de contornos y de líneas apenas señaladas — de rococó: el rococó se pierde en la nada.

Un brillo húmedo se esclareció en los escaparates, en las ventanas, en los canalones; y el primer chorro surtió de un canalón; las aceras se cubrieron con pequeños lunares; se amarronaron, y unos neumáticos susurraron al pasar.

Y fue a más.

Tapado por los paraguas de los transeúntes, entre la humedad, permanecía Nikolai Apolónovich; sintió un mareo: se recostó contra el escaparate, y surgió ante él un trozo de su infancia.

El lo ve: tiene la cabeza apoyada en el hombro de su aya; la anciana lee:

Wer reitet so spät durch Nacht un Wind?

Es ist der Vater mit seinem Kind...

Tras las ventanas, empellones de la tormenta: allí se rebela la bruma; allí persiguen a alguien.

Otra visión... —

Apolón Apolónovich —pequeño, canoso, viejito— enseña a Kólenka la contradanza francesa, cuenta los pasos, marca palmeando el ritmo; y en lugar de la música, recita:

¿Quién corre, quién vuela en la niebla fría?

Un jinete tardío llega con su hijo...

Los perseguidores les dieron alcance:

Llevaba en los brazos el cuerpo del niño...

LAS GRULLAS

Nikolai Apolónovich sintió deseos de retornar a la patria lejana, al cuarto de los niños. Tenía que despojarse de todo, de todo; comenzar a estudiarlo todo desde el principio, igual que se estudia en la infancia; se oyó algo que recordaba la infancia. Eran las grullas que volaban muy altas — el fragor callejero impide a la gente de la ciudad oír las, pero ellas sobrevuelan la ciudad. En algún sitio, en la Avenida, entre los coches y el ruido de los vendedores de periódicos, donde un automóvil se desgañita — aquí, en la calzada, como plantado, un hombre del campo — se detiene; reecha hacia atrás su cabeza barbuda:

—¡Chis!...

—¿Qué ocurre?

—Escuche...

—¿Qué?

—Allí... gritan... las grullas.

Al comienzo no oyes nada; después oyes: una voz entrañable, olvidada: extraña...

Gritan las grullas.

Se levantan las cabezas: un tercero, un quinto, un décimo.

A través del añil destaca algo familiar: hacia el norte... vuelan... las grullas.

Un anillo de curiosos; y la acera se entapona; se abre paso un policía: no pudo contener la curiosidad; también él levantó la cabeza:

—¡Las grullas!

Así, el gruír de las grullas sobre los pesados tejados suena de tarde en tarde. Igual la voz de la infancia.

Y alguien, doliente, a quien Nikolai Apolónovich no había visto jamás, pareció penetrar en él; atravesó la luz clara de sus ojos. Nikolai Apolónovich se estremeció:

—¡Todos renegáis de mí!

—¿Qué? —intentó él escuchar aquella voz:

—Yo os protejo a todos vosotros...

Nikolai Apolónovich recorrió con la mirada el espacio, como si esperara ver al dueño de la voz.

El dueño de la voz no estaba.

¿Quién es aquél? ¿En la otra acera? ¿Ante la mole del edificio? ¿Bajo la hilera de balcones?

Está parado.

Igual que él, ante el escaparate de la tienda: con el paraguas abierto... contempla... como sí; es imposible verle la cara; ¿qué tiene de particular? En esta acera está — Nikolai Apolónovich. Aquél — nada de particular: lo mismo: un transeúnte casual; observa con aspecto independiente: como diciendo: ¡aquí estoy yo!

...

La silueta del gabancete recuerda algo, pero... ¿qué?

Y una gorrita.

¿Y si se acercara al dueño de la gorrita?

Mirar los objetos allí expuestos... en el escaparate... al otro lado del cristal...

Para, en el momento apropiado, lanzarle una mirada falsamente distraída, a él.

Caer de rodillas en la calzada.

—¡Estoy enfermo, estoy sordo... Consuélame!

Y oír en respuesta:

—¡Levántate!... Anda... No peques más...

No, claro que no, no habrá respuesta.

Y no responderá nada el doliente: no habrá respuestas; llegarán una hora más tarde, un año, cinco años más tarde, o probablemente pasados los cien años, los mil;

¡pero la respuesta llegará!

En un abrir y cerrar de ojos cambiará todo esto. Y todos los desconocidos transeúntes, — los que desfilaron unos ante otros (en algún callejón) en el momento mortal de peligro, ¡todos ellos se encontrarán!

Nadie podrá arrebatarse la alegría del encuentro.

YO VOY, VOY... TAN TRANQUILO, SIN METERME CON NADIE

—¡Qué me ocurre! —pensó Nikolai Apolónovich—. Comencé a soñar tan inoportunamente.

El tiempo pasa, y la lata de sardinas tictaquea; debería de acercarse a la mesa, envolverlo todo cuidadosamente en un papel: meterlo en el bolsillo y al Neva...

Y ya apartaba la vista de la mole del edificio, donde estaba el desconocido del paraguas abierto.

Y volvió a mirar.

El desconocido no se movió del sitio; esperaba: a que cesara la llovizna; de pronto penetró en el torrente humano — entre aquellas parejas, entre aquellos cuartetos.

—¡Que se vaya al cuerno el desconocido — me tiene sin cuidado!

Apenas lo pensó, la curiosa gorrita volvió a surgir ante él con riesgo de ser arrollada por un coche; cruzó la calle, con el paraguas, que el viento intentaba arrebatarse.

¿Cómo darle la espalda? ¿Cómo alejarse de él?

—Pues ahí está.

De lejos el desconocido parecía más apuesto, más triste, más lento.

—¡Vaya aspecto más absurdo! La gorrita le brinca: el gabancete se agita, tiene el paraguas hecho girones, y los chanclos le quedan grandes...

Nikolai Apolónovich sintió aversión: se disponía a hacerse a un lado, cuando el desconocido (a punto estuvieron de darse de narices) se llevó la mano a la gorrita:

—¡Ah, Niko-lai A-po-ló-no-vich!

Nikolai Apolónovich observó: el sujeto (tal vez era un pequeño burgués), llevaba el cuello vendado: probablemente tenía un divieso en el cuello.

—¿No me reconoce, verdad?

—¿Con quién tengo el honor?... —comenzó Nikolai Apolónovich, pero se fijó mejor, retrocedió unos pasos, se quitó el sombrero y exclamó, con la cara retorcida:

—¿Cómo por allí...?

Probablemente quiso decir: «¿Cómo por aquí?...»

En aquel transeúnte casual, de aspecto menesteroso, era difícil reconocer a Serguei Serguéevich: Lijutin vestía de paisano, y Lijutin estaba afeitado: asomaba un vacío granujiento que hacía desconocida la cara conocida.

—O la vista me engaña, o... usted es... Serguei Serguéevich...

—Efectivamente: voy de paisano...

—No es eso... No es por eso... Es que me asombra...

—¿Qué?

—Está usted tan cambiado: perdóneme...

—No tiene importancia...

—Usted se ha vuelto... Quería decir que usted se ha afeitado...

—Bah, ¿por qué no? Me he afeitado... ¿y qué?

—Y qué —insistía Lijutin—. He abandonado el servicio...

—¿Cómo?... ¿Y eso?...

—Por razones personales.

Lijutin se fue acercando.

Nikolai Apolónovich fue retrocediendo claramente:

—¿Tiene usted algún asunto, Serguei Serguéevich?

—Unos asuntos, muy señor mío...

Nikolai Apolónovich oyó claramente una nota siniestra en la voz ronca del teniente; Ableújov tuvo la sensación de que Lijutin intentaba agarrarle del brazo.

Y se salió de la acera.

Serguei Serguéevich le siguió, para... para... para... Algunos transeúntes observaban:

—Le he estado persiguiendo, no para charlar de cuellos...

Se detuvo un tercero, un quinto, un décimo, creyendo que habían atrapado a un ratero.

—¿Qué ocurre?

¿Dónde estaba su memoria?

Nikolai Apolónovich se había olvidado del *dominó*.

Sofía Petrovna Lijútina, sin duda, se había ido de la lengua, y le había contado lo ocurrido a orillas del Canalillo de Invierno:

—Lo que me faltaba... Es tan inoportuno...

Y Nikolai Apolónovich quiso eludir la mirada de Lijutin, y se pegó al escaparate.

Mientras tanto, Serguei Serguéevich Lijutin, que se había hecho con el brazo de Ableújov, le interrumpía sin descanso:

—Yo... yo... yo... tengo el honor de notificarle: que yo, desde por la mañana... yo... yo... yo...

—¿...?

—Le sigo los pasos... Por cierto: estuve en su casa, me hicieron pasar a su habitación... estuve allí... y — le dejé una nota...

—¡Qué lástima...!

—No obstante —le cortó el teniente—, debo de tratar con usted un asunto urgentísimo...

—Ya empezamos —pensó Ableújov, y se vio reflejado en el gran escaparate de la

tienda.

Mientras, en la avenida de Nevski, se había desatado una turbonada que con gotas duras y frecuentes golpeaba, traqueteaba, chisporroteaba en los paraguas, y mojaba las manos nudosas de los pequeñoburgueses y de los obreros; silbaba en la Nevski la turbonada para dispersar allí enjambres de nubes: de Petersburgo — por los yermos de Samara, de Tambov y de Sarátov — por cárcavas, arenales, cardales, ajenjos, despeinaba los almiarés puntiagudos y ablandaba en las eras el barro pegajoso.

LA CONVERSACIÓN TUVO CONTINUACIÓN

—Tengo un asunto para usted... Indagué en todas partes cómo podría encontrarle, y fui a casa de una conocida común, Varvara Evgráfovna...

—Con Varvara Evgráfovna tuve sobre usted una penosa explicación... ¿Usted me entiende?... Soloviova me dio una dirección: la de su amigo... ¿Dudkin?... Bueno, igual da... Yo, claro, me dirigí a esas señas; le vi en el patio... Usted huía de allí... No iba solo. Tenía un aspecto inquieto, muy enfermizo... No me atreví a interrumpir su conversación.

—Serguei Serguéevich...

—No me atreví a interrumpir su conversación: les seguí a cierta distancia, para no oír la conversación; no soy amigo de meter las narices...

Aquí Lijutin quedó pensativo, contemplando la vastedad de la avenida Nevski.

—Escuche...

—¿Qué ocurre?

—Suena una nota — que acaba en «u»... Allí... allí... suena...

Nikolai Apolónovich volvió la cabeza; ocurría algo extraño: pasaban a su lado los coches, y todos en la misma dirección; aceleraron el paso los transeúntes; volvían la cabeza atrás.

—Usted me miraba todo el tiempo fijamente, pero hacía como si no me conociera...

—Es que no le reconocí...

—Yo le saludaba con una inclinación...

¿Qué ocurría?

Se detenían los transeúntes; la anchísima avenida estaba vacía de coches; no se oía el chisporroteo de las llantas, ni los cascós.

—¡Fíjese!

Desde la lejanía de la avenida llegaba un rumor creciente de miles de voces: desde allí pasó al galope un coche; semiincorporado en él iba un señor demacrado sin gorra, sujetando en la mano un asta muy pesada: y causaba extrañeza ver la bandera ondeante; pasó el coche y todos los bombines, los tricórnios, las chisteras: las gorras, los plumajes, las viseras, los gorros peludos, arrastraron los pies, se empujaron, desbordaron la acera y se desparramaron por la calzada; mientras, entre los girones de

nubes, un pálido disco solar derramó por un instante una luz tenue.

Separados por un par de codos, ambos corrieron con los demás; aprovechándose de los apretujones, Nikolai Apolónovich quiso evitar la explicación inoportuna y marchar a su casa: porque la bomba... en la mesa... tictaqueaba.

Pero el teniente Lijutin no le perdía de vista, y hacía esfuerzos desesperados por acercarse a él.

—No me pierda... Nikolai Apolónovich; aunque, da igual... no perderé contacto...

—Así es —se convenció Ableújov—. Me persigue: no me dejará escapar...

Sintió cómo el teniente volvía a cogerle del brazo; se detuvo como clavado, simulando indiferencia.

—Una manifestación...

—Lo mismo da: tengo que tratar un asunto con usted.

Desde lejos se derrumbaba en paquetes un traqueteo; se arremolinaron los rojas banderas, y se aquietaron rápidamente.

—Serguei Serguéevich, hablemos en el café... ¿Por qué no entramos en un café?

—¿Cómo en el café?

—Entonces, dónde?...

—Yo también me digo... Tomemos un coche, vayamos a mi casa...

—Serguei Serguéevich — usted comprenderá que por determinadas circunstancias su casa no sería apropiada...

—No se preocupe.

—Como hombre culto, humanitario, usted comprenderá... Es decir, es decir... me refiero a Sofía Petrovna.

Se embarulló y cortó la frase.

Tomaron un coche: a tiempo: allí donde habían ondeado las banderas y se derrumbaban los paquetes con estrépito, ya no estaba la bandera; se congregó tal muchedumbre, que los coches apiñados allí se lanzaron por la avenida Nevski en dirección contraria.

Todo desapareció: se desviaron de la avenida; a su encuentro se lanzó un nubarrón del que colgaban guedejas de lluvia; una franja azulenca les cubrió — y otra vez comenzaron a traquetear, a chasquear las gotas que hinchaban en los charcos sus burbujas; Nikolai Apolónovich marchaba arrebujaado en su capa; se olvidó a dónde iba; sentía una sola sensación: le llevaban a la fuerza.

Una penosa confluencia de circunstancias volvió a caer sobre él.

Una penosa confluencia de circunstancias o: una pirámide de acontecimientos. La pirámide es una aberración de la geometría: una aberración incomparable con nada; es el satélite de un planeta; es amarillenta y muerta, como la luna.

O una aberración expresada en cifras.

Treinta ceros: es espantoso; pero: tachen la unidad y los treinta ceros quedarán en nada.

Será cero.

La unidad no produce espanto; la unidad es la nada: ¡la unidad!... Pero la unidad más treinta ceros configura la absurdidad del quintillón. Oh, oh, oh — cuelga de un palote delgado; la unidad de quintillón se repite a sí misma más que mil millones de millones repetido mil millones de veces.

Sí, —

como una unidad humana, es decir, como un palote delgado vivía Nikolai Apolónovich, realizando carreras por el tiempo —

—Nikolai Apolónovich en traje de Adán era un palote; se avergonzaba de su delgadez y jamás había estado en los baños públicos con nadie —

—¡en los siglos de los siglos!

Y sobre aquel palote había caído toda la fealdad del quintillón (más de mil millones de millones, repetido más de mil millones de veces); el algo impresentable había ingerido la nada: y se hinchaba en los siglos de los siglos:

—así se meteoriza el vientre por acumulación de gases, algo que todos los Ableújov padecían —

—en los siglos de los siglos.

Se hinchaban simplemente auténticos Gorisankares.

En un abrir y cerrar de ojos volvió a transcurrir lo que había transcurrido por la mañana: por la cabeza le pasó su plan.

EL PLAN

Ponerle la lata de sardinas; metérsela debajo de la almohada; no: debajo del colchón. Y —

—¡Buenas noches, papá!

En respuesta:

—¡Buenas noches, Kólenka!...

Marcharse a su habitación.

Desvestirse con impaciencia: encerrarse con llave, y taparse con la manta hasta la cabeza.

En la cama de plumón, estremecerse sacudido por los latidos del corazón; sentir angustia y aguzar el oído: en espera del instante en que allí... estalle..., explote, rompiendo naturalmente el silencio, rompiendo el lecho, la mesa y la pared, y rompiendo, tal vez...: rompiendo, tal vez...

Y escuchar el cotidiano susurro de las zapatillas que se dirigen... a un lugar inefable.

Dejar el libro francés y tomar el algodón, para taparse con el algodón los oídos: meter la cabeza debajo de la almohada; y convencerse de que nadie podrá ayudar. Y asomar la cabeza — al abismo del susto.

Y esperar, esperar.

Media hora: el verdoso esclarecer del alba; se vuelve azul, después gris, y — se desprecia la llama de la vela; sólo quince minutos; se apaga la vela; y transcurren lentos: no los minutos, la eternidad; raspa una cerilla: pero — han pasado cinco minutos... Tranquilizarse a sí mismo de que — no será pronto, dentro de diez lentas vueltas del tiempo, engañarse:

—el irrepitible, el único, el atrayente ruido, por fin...

—¡¡sonará!!

Entonces: —

introducir los pies desnudos en los calzoncillos (¡qué calzoncillos!) — o incluso en la camisa de dormir, y con la cara blanca desencajada —

—¡sí, sí, sí! —

abandonar la cama caliente, llegar, pisando con los pies descalzos al pasillo negro; y lanzarse como una exhalación: hacia el ruido irrepitible, aspirando un olor especial: una mezcla de chamusquina y de gas con... con otra cosa, más terrible que la chamusquina y que el gas, y...

Aunque, probablemente, no haya olor.

Entrar, asfixiándose de la fuerte tos, para asomarse al boquete negro de la pared, originado después del ruido.

Allí: al otro lado del boquete... —

en el lugar del dormitorio destrozado, alumbrará una llama sombría... una nadería: el humo que sube en bocanadas.

Pese a ello...

Traspasar esa cortina: la mitad roja de la pared, y — se escurre: las paredes están mojadas; por lo tanto, viscosas, viscosas...: ésa será la primera impresión de la habitación; y la última; quedarán grabados: la cal, las astillas del parquet y los girones de los tapices chamuscados; arden lentamente; ¿una tibia?

¿Por qué quedó íntegra: y las demás partes no?

Y a su espalda, un rumor idiota de voces, pisadas desiguales de los pies al final del pasillo; y los lloros de la fregona; y el chirriar del teléfono (llamando a la policía)

...

Dejar caer un candelabro... Ponerse de cuclillas, dar tirones a la camisa de noche, hasta que el lacayo piadoso

—con lo que será más fácil echarle la culpa,

—hasta que te lleve a la habitación contigua y te derrame en la boca agua fría...

Al incorporarte del suelo — observar: — la plasta despachurrada aquí: después del fuerte ruido a través del boquete — con girones de la piel arrancada... (¿de qué parte?) a la pared — se había pegado...

Perder de pronto el conocimiento.

Fingir hasta el final.

Al segundo día, encargar un acatista: inclinarse con el cirio en la mano.

Al tercer día, ocultando en la sobrepelliz de la capa la cara con expresión beatífica, seguir al catafalco, a la calle: con aspecto angelical; y estrujar entre los guantes de gamuza blanca la gorra — acompañado de un séquito de altos dignatarios...; aquel montón lo descenderían por la escalera unos viejos de pecho dorado y calzas blancas.

¡Ocho viejecitos calvos!

¡Sí, sí!

Hacer declaraciones a la instrucción, de forma que... sobre alguien (sin ninguna intención, por supuesto)...: recaiga la sospecha.

Tontiño, pequeñito,
está bailando Kolia:
se ha puesto un gorrito
y cabalga ahora.

Cuando Nikolai Apolónovich se condenó a perpetrar la ejecución — en aras de un ideal... fue aquel instante el que creó el plan — no la avenida gris, por la que había deambulado toda la mañana; sí: una acción en aras del ideal iría unida al fingimiento y, tal vez, a la calumnia: de gente completamente inocente (el ayuda de cámara).

Al parricidio se asociaba la mentira y, lo más importante, la infamia:

Noble, pálido y esbelto,
pelo de lino, de ideas
rico, en pasiones pobre;
N. A. A. ¿No aciertas?

Él era un malvado...

Todo lo ocurrido, eran hechos: un hecho era un monstruo: ¡una bandada de monstruos! Sí: Nikolai Apolónovich, cuando dormía, leía, hasta cuando comía, anhelaba a Sofía Petrovna.

¡Pero, pero!...

Él comía, de forma distinta a los demás, y amaba de forma distinta a los demás: sus sueños eran obtusos, y la comida se le antojaba insípida; aquello era lo que le arrastraba, y lanzaba una luz especial sobre todas sus funciones naturales.

¿Qué?

¿La promesa al Partido? El no había contraído promesa, pero... aquí eran otros los que pensaban (pensaba Lippánchenko).

Así ocurrió con la promesa contraída sobre el Puente — allí, allí: azotado por el viento del Neva, cuando a su espalda vio un bombín, un bastón, unos bigotes (los habitantes de Petersburgo se distinguen —hum, hum— ¡por sus peculiaridades!...).

Sí, su presencia en el Puente era una consecuencia; lo que allí le llevó era el deseo vehemente; él vivía las pasiones *de otra manera*.

Cuando llamaban a Kólenka engendro de su padre, sentía vergüenza: el sentido de «engendro» se le reveló al observar el comportamiento de los animales; y Kólenka lloraba; hizo al padre responsable de la infamia del engendramiento.

Comprendió que todo lo existente era «engendrado»: que no había gente; todos eran «engendrados»; Apolón Apolónovich era un «engendrado» — una desagradable suma de sangre y de piel: la carne suda, y se corrompe al calor.

El alma no existía.

Odiaba la carne; anhelaba la ajena. Así, desde niño había estado alimentando larvas de monstruos, y cuando maduraron, surgieron, en veinticuatro horas.

¡Aquel viejo recipiente de barro tenía que estallar; y había estallado!

EL NEGOCIADO

El Negociado...

El torso de un atlante con patas de cabra: a la entrada se detuvo un coche tirado por dos caballos, y un lacayo, con el tricornio encasquetado en la cabeza, taconeó y abrió la portezuela, ocultando a la vista un blasón con timbre (un unicornio atravesando con su defensa a un guerrero); la mano, con guante de piel, saludó rozando el ala de la chistera.

Se irguieron los párrafos.

Me asombra el signo ortográfico del párrafo: dos ganchos copulados; sí, el párrafo es un papirófago natural: ¡una filoxera! El párrafo tiene algo de místico: es el décimo tercer signo del zodiaco.

En Rusia el párrafo se multiplicaba: por las salas y por los peldaños de paño rojo circulaban los párrafos, dirigidos por Apolón Apolónovich.

Apolón Apolónovich era el funcionario más popular de Rusia; exceptuando a... Konshin (cuyo autógrafo está en vuestros billetes de banco).

En el Negociado es Apolón Apolónovich: más exactamente, era, porque ha muerto...

—recientemente visité su tumba: sobre una lápida de mármol negro se levanta una cruz: bajo la cruz, una cabeza en alto relieve, te taladra: una boca demoníaca, mefistofélica. Al pie dice: Apolón Apolónovich Ableújov, senador... el año de su nacimiento y el año de su fallecimiento... ¡Es una tumba abandonada!...

En el Negociado hay despachos...

Y hay simplemente locales; mesas en cada sala; escribientes; ante cada uno: una

pluma y tinta; una buena pila de papel; cada uno de ellos escarabajea, rellena folios, parlotea;

—sobre la tumba se oía el susurro de los abedules; se desprendían sus amentos: sobre la cruz de mármol negro; y — ¡descanse en paz!

A su despacho Ableújov acude a diario, se sienta con la vena de la sién abultada, las piernas cruzadas y la mano venosa debajo de la solapa; la indudable copulación de los ganchos inspira la vida de este anciano de sesenta y ocho años: y esa inspiración cruza las vastedades de Rusia; sí, sí: Apolón Apolónovich, inspirado por una idea feliz, pierna sobre pierna, pone los carrillos tersos como una vejiga: sopla (es una costumbre); y unas brisas frías atraviesan las salas sin calefacción; se alza el viento, y en los suburbios se desata un huracán.

¡Apolón Apolónovich: sopla!

Sí, sí: Apolón Apolónovich es hombre de ciudad, un señor educado: permanece en su despacho; pero su sombra, penetrante... se abalanza sobre los transeúntes; y se desplaza con un silbido por los espacios de Samara, de Saratov, en las cárcavas, en los arenales, en los cardales, en el ajenjo, en el nazareno, descubre las calvas de arena, aviva el fuego en los graneros.

Algún bromista, en vez de Apolón Apolónovich, le habría llamado Aquilón Apolónovich.

YA NO JUEGA

Apolón Apolónovich está solo.

No tiene tiempo para nada: las flechas de las circulares no logran penetrar en las provincias: se quiebran; sólo en algún que otro sitio queda destituido un Ivanchevski cualquiera, o algún Kozlorodov. Apolón Apolónovich de cuando en cuando dispara desde San Petersburgo una andanada de papel; — y (últimamente) — yerra el tiro.

Arquero solitario — en vano disparaba sus rayos; la historia ha cambiado; ya no creen en los viejos mitos; y Apolón Apolónovich no es el dios Apolo: es un funcionario.

La circulación de papel menguó; pero un papel virulento, con olor a tinta tipográfica, comenzaba ya a socavar el Negociado provocando instancias, recursos, amenazas y quejas.

La ciudadanía estaba dando a los altos cargos un trato verdaderamente infame. Se había impuesto el estilo propagandístico.

¿Qué consecuencias traía aquello?

Muy graves: el inaccesible asesor Kozlorodov se había desmandado; y desde su provincia se atrevía a atacar a los Ivanchi-Ivanchevski.

De Apolón Apolónovich llegaban proyectos, consejos, órdenes: permanecía en el despacho con la vena de la sién abultada; y las órdenes, una tras otra, se perdían

inmediatamente: en la oscuridad provinciana.

En Petersburgo, en la avenida Nevski, ya había aparecido una muchedumbre de gorros manchurianos; el cinturón de fábricas de múltiples chimeneas dejó de desprender humo.

Apolón Apolónovich era el que hacía girar la rueda del mecanismo; había estado impulsando la rueda sólo durante cinco años.

Pero se sentía osamenta de la que se había desprendido Rusia.

Sí, muchas decenas de catástrofes, los torbellinos de papel arrastrados por el Flégeton chocaban contra la rueda de la enorme máquina que giraba el senador; en el Negociado fue descubierta una fisura.

Y estalló el escándalo: el cuerpo mortal del portador de la cruz de diamantes había sido abandonado por el genio (había perdido el juicio), y rodó por los peldaños del escalafón abajo.

Cayó en la opinión de muchos.

A la velada de los Tsukátov había acudido como alto dignatario; pero cuando se descubrió la fuga de su hijo se pusieron en evidencia los defectos del senador: no cabía duda.

Apolón Apolónovich fue tachado de la lista de candidatos a un cargo de máxima responsabilidad.

Aquí comenzó el ocaso de Ableújov.

LAS PASTILLAS DE CARBÓN

La verdusca luz matinal; Semiónich carraspeaba en su tabuco, se revolvía, trasteaba; y le atacaban: el bostezo, el picor y el estornudo.

El bostezo podía más que él.

Silbó la chimenea de Tetiurin (de la fábrica de Tetiurin); silbaron los barquitos; se apagó la electricidad... Se incorporó Semiónich.

Susurraba.

Excelencia, señoría, ocurre esto y esto...

—No hace caso...

—Y el señorito, ya me dirá: ¡Dios nos pille confesados!

—Más que señores son unos bichos raros...

Golpeó allí la puerta del pasillo: han robado el comercio de Avguiev, han robado el comercio de Agniev:

Han apuñalado al moldavo Jája.

Asomó la cabeza, introdujo las piernas en los calzoncillos, saltó con la mandíbula mascante de la cama caliente; caminó descalzo hacia el pasillo en la penumbra.

Crujió el pestillo del... water: era su excelencia, Apolón Apolónovich, ¡el señor!

—¡Han robado el comercio de Avdiev!... ¡Han robado el comercio de Agnieev! ... ¡Y han apuñalado a Jája, el de la farmacia!...

Apolón Apolónovich se hizo un lío con los cordones carmesí de la ajada bata acolchada, de color ratonil, y entre las solapas carmesí asomó la barbilla rasposa (aún ayer rasurada), como escarchada.

Permanecía sentado con la boca abierta, el pecho velludo, introduciendo en los pulmones el aire penetrante, y — se tomaba el pulso.

Le atormentaba no poder expulsar un hipo...

No pensaba ni en la serie de telegramas, ni en el puesto que para siempre se le iba de las manos, ni —¡siquiera! — en Anna Petrovna; — pensaba en lo que se piensa ante una caja de pastillas negruzcas.

Pensaba que el hipo, las punzadas, las extrasístoles, que siempre provocan pinchazos y comezón en la palma de la mano, no se debían al corazón, sino a la acumulación de gases.

—¡Sí: es sólo cuestión del tubo digestivo!

En cierta ocasión intentó explicárselo al ayuda de cámara Sapozhkov, al que murió de angina de pecho.

—Verá usted: los gases presionan sobre el estómago: ello produce una contracción del diafragma... Eso es lo que origina las punzadas y el hipo...: el flato...

Hacia poco, en el senado, Apolón Apolónovich, al que el análisis de un informe — le sacó de sus casillas, empalideció, tuvo estertores, y fue evacuado.

—Eso, le aseguro, son los gases...

La pastilla a veces le ayudaba, absorbiendo los gases de forma natural.

—Sí, son los gases —y se levantó a... a...: las ocho y media.

Ese fue el ruido que oyó Semiónich.

Apolón Apolónovich apartó la manta, se incorporó, abrió esa puerta, para ante la misma puerta chocar:

—¿Usted?

—Sí, señor...

—Ah, ya...

—Hay que estar en todo...

—¿...?

—El ruido...

—¿Qué?

—Que detonó...

Diez minutos antes de esto, Semiónich había observado con asombro: por la puerta de la habitación del señorito asomó una cabeza rubia; observó y se ocultó de nuevo.

Y el señorito se coló como una lagartija.

Quedó un rato inmóvil, respiró, movió la cabeza, se revolvió y descubrió a Semiónich en el rincón oscuro del pasillo; y se puso a fisgar por el agujero de la

llave: cosa que no está bien en un señorito.

¿Un mirón?

Que no se trataba de un lacayo cualquiera — que era hijo de un general y educado a la moda francesa:

—Son unos bichos raros, oiga... Por Dios... ¡fisgar por el agujero de la llave!

—¿...?

—Nikolai Apolónovich...

—¿Qué?

—Al salir dio un portazo.

Y Apolón Apolónovich Ableújov, mascando los labios, se disponía a preguntar a Semiónich:

—Así que, viejito, has visto a Anna Petrovna...

—Anna Petrovna ha cambiado, la encontré envejecida y canosa: con más arrugas... Me gustaría preguntarle.

La cara del señor de sesenta y ocho años se desintegró de manera innatural en arrugas, y la nariz se hundió en los pliegues.

Y el de los sesenta años se volvió milenario; con una voz tomada, que le obligaba a gritar, aquel vejestorio intentó hacer un juego de palabras:

—Me-me-me... ¿Usted... me... está descalzo?

—Excelen...

—Yo... me-me-me... no me refiero a eso.

No le salió el juego de palabras:

—Eh... dígame...

—¿...?

—¿Verdad que usted tiene la planta del pie amarilla?

Semiónich se molestó:

—Yo no tengo la planta del pie amarilla, señor; para eso, los chinos...

—Ji-ji... Entonces la tendrá... ¿color de rosa?

—Como la de cualquiera...

—¡Digo que amarilla!

Apolón Apolónovich golpeó con el tacón el suelo.

—¿Qué más le dará la planta del pie?... El viejo carcamal se pasa la noche... Ella rondando por ahí cerca... El hijo hecho un bicho raro... ¡Y aún tiene humor para pensar en la planta del pie!... Que si es amarilla... Para amarillas, las de él...

Apolón Apolónovich siempre que se disponía a hacer un juego de palabras se volvía pesadísimo: iba de aquí para allá, inquieto, impertinente, burlón como esos moscones empeñados en taladrarte los ojos — en los días de calor bochornoso, cuando un nubarrón azulenco, anunciador de tormenta, se cierne tedioso sobre los tilos; a esos moscones se los aplasta.

—Las señoritas, ji-ji...

—¿Qué pasa con las señoritas?

—Que tienen...

—¿Qué?

—Los talones... rosados...

—No lo sé...

—Usted fíjese...

Y sin acabar la frase, Apolón Apolónovich, consejero privado numerario, catedrático, entró con pisadas recias a su habitación: a descansar.

¡Estaba que daba lástima, menudito! Y qué forma de encorvarse. Como si tuviera hombros disparejos.

De la periferia llegaban noticias alarmantes... Oiga, — ¡el hijo, el hijo! Una situación verdaderamente terrible, oiga...

¡No importa!... ¡Saldremos como sea!...

Una insurrección, la ruina de Rusia... Y ya se disponen: lo intentaron... Un alumno de bachiller cualquiera.

¡Y para colmo, los gases!...

Tomó una pastilla...

El muelle sobrecargado de peso pierde su elasticidad; a la vejez el cerebro humano se reblandece.

Apolón Apolónovich Ableújov de niño estuvo a punto de congelarse: tanto más recio, más fuerte parecía el pecho brillante, — autoluminiscente, que se alzaba sobre la noche boreal — hasta el viento miasmático, causante de la muerte de su amigo.

Solitario y orgulloso se mantenía ante la boca del huracán — yerto y recio; pero también el platino se derrite...

Apolón Apolónovich se encorvó en una noche; en una noche se derrumbó, humilló la cabeza.

Y sobre el fondo llameante del Imperio Ruso ardiendo, en lugar de un dignatario de uniforme dorado, estaba un viejo hemorroidal, mal afeitado, sin peinar, sudoroso, — ¡en bata con borlas!

¿Han conocido ustedes a dignatarios chocheantes, pero aún famosos, que durante medio siglo resistieron a los embates?

Yo sí los conocí.

En las asambleas, en los congresos, se encaramaban a la cátedra con sus fracs lustrosos, la barbilla desprendida, desdentados.

Los vi —

—¡Por costumbre seguían enterneciendo los corazones!

Y también los vi a domicilio.

¡Con vanidad senil me susurraban al oído chistes mórbidos, obtusos, llegaban arrastrando los pies hasta el despacho para vanagloriarse babeantes del estante con

sus obras completas, con pastas marroquinadas!...

SÉ LO QUE HAGO

A las diez en punto Apolón Apolónovich tomaba el café.

Entraba al comedor — gélido, rígido, rasurado, oliendo a colonia; arrastrando las zapatillas por el suelo: hoy se había presentado al desayuno en bata: sin colonia, desafeitado.

No miró la correspondencia, no respondió al saludo de los criados:

Mi Delvig entrañable me reclama,
amigo de la infancia alegre,
amigo de la infancia triste —

—Oiga: llévese a ese perro...

A las once y media Apolón Apolónovich cazcaleó, como pugnando por acordarse de algo, y, semejante a un ratón gris; recorrió con pasos menuditos la habitación, dejando asomar por debajo de la bata los calzoncillos.

Apareció un lacayo para recordarle que el coche estaba a la puerta.

Asombrado observó cómo Apolón Apolónovich empujaba la escalerilla plegable sobre las alfombras de paño de un estante a otro; se encaramaba a la escalera con riesgo de su vida; una vez arriba con el dedo probaba si había polvo sobre los volúmenes.

Pidió una bayeta.

Dos lacayos tomaron cada uno una vela de estearina y se colocaron a ambos lados de la escalera.

—Levante más la luz... Así no... Así tampoco... Más alto, hombre, más alto...

Entre la nube de polvo se movía el vuelo de color de ratón, se agitaban las borlas carmesí.

—Para qué se molesta...

Apolón Apolónovich Ableújov, consejero privado numerario, entre una nube de polvo, ni caso. Olvidado de todo el mundo, limpiaba con la bayeta los lomos, estornudaba:

—El polvo, el polvo...

—¡Vaya... vaya!...

—Vamos a ver... una pasadita con la bayeta.

—Perfecto...

Llegó un timbrazo alarmante del teléfono: llamaban del Negociado; de la casa amarilla contestaron:

—Sí... El señor está desayunando... Le informaremos... Sí... El coche está dispuesto...

Y chirriaba el teléfono; a la segunda llamada del teléfono contestaron:

—Pero ya se lo hemos informado... Le informaremos...

Respondieron también a la tercera llamada:

—Está ordenando los libros...

—Déjeme que le de una pasada...

—Vaya, vaya, vaya... ¿Quiere echarle un vistazo?

Sonaron los timbres: habló el silencio de algo olvidado.

Y se volvió la cabeza:

—¿Escuchan?... Escuchen...

Podía ser Nikolai Apolónovich, el malvado; podía ser Guerman Guérmanovich, con documentos, Kotoshi-Kotoshinski, el conde Nolden, — me-me o Anna Petrovna...

—Excelencia, cómo no van a oír: ya abrirán...

Al repiqueteo se hacían eco los lacayos:

—¡Permítame decirle: están llamando!...

Cada uno elevaba la vela — rozando casi el techo; a ras del techo apareció de pronto una cabeza envuelta en polvo.

—Ya, ya, ya...

—Sabe usted...

—Suenan... los timbres...

Olfatearon lo inefable, se estremecieron: se apresuraron, — vengan — vengan — corran!

—Es la señora...

—¡Anna Petrovna!...

Apolón Apolónovich —un montón de ratonado— con hormiguillo en los ojos, bajó como pudo, cargando el pecho velludo sobre los travesaños de la escalera: y taconeó hacia la entrada con la bayeta en la mano, respiró y se tomó el pulso.

Mientras, por la escalera subía un señor con patillas, de uniforme entallado, con una estrella en el pecho, precedido de Semiónich.

Apolón Apolónovich se cruzó la bata, ajustándola al cuerpo, y asomó tras la estatua de Niobe.

ESTARÁS COMO LOCO

Si has estado en Petersburgo conocerás el portal: allí las puertas son de roble y los cristales biselados.

Brilla una maza tras los cristales.

Un hombro inclinado, de ochenta años, se aparece en sueños a los transeúntes,

para quienes todo es un sueño; cae sobre el hombro del anciano el bicornio; el portero sigue corruscante con los galones de plata, recordando a un empleado de pompas fúnebres.

La maza descansa muy pacífica en el hombro; lleva años dormitando sobre el «Diario de la bolsa». A la hora que pases ante la puerta: de día, de mañana o de tarde — verás los galones, la maza, el bicornio.

Y te detienes ante la visión. Han transcurrido cinco años: se agitaron los acontecimientos; cayó Puerto Arturo; inundan aquella comarca los amarillos; resurgieron las leyendas sobre los jinetes de Genjis Kan.

Pero la visión de los años es inmutable: el hombro, el bicornio, los galones, la barba.

Si la barba blanca se moviera, la maza se inclinara y los galones rebrillarían, tú, alocado, comenzarías a correr como loco por las avenidas de Petersburgo.

Escucha, presta oído al golpear de cascos... de las estepas uraleñas.

Son los jinetes.

Inmóvil durante años sobre la entrada de una casa de muchas columnas pende el atlante de la entrada: un coloso.

Viejo pétreo barbudo.

Sonrió muchos años; alzado sobre el ruido callejero, sobre los veranos, los inviernos y las primaveras, con las volutas de la moldura ornamental.

Se encorvó desde su estagnación, como sobre la línea del tiempo, y en su barba se posó una corneja: la avenida mojada rebrilló; y los adoquines tristemente iluminados, reflejan: las caras verduscas de los transeúntes.

¡Qué día!

Comenzaron a golpear, traquetear, susurrar las gotas; se aproximaba un fieltro brumoso: pasaban los escribientes; les abría el portero; colgaban sus sombreros en las perchas y subían corriendo los peldaños rojos: por el vestíbulo de mármol blanco; atravesaban las salas sin calefacción — hacia las mesas gélidas; mas no tenían qué escribir; del despacho del director no llegaban papeles; allí no se hallaba nadie.

Apolón Apolónovich no había hecho su aparición.

Se cansaron de esperar; revoloteaba de un lado para otro un murmullo de perplejidad y se antojaban tenebrosidades y crujía el teléfono:

—¿Ha salido?... ¿No puede ser?...

—¿Le informaron?... ¿Está sentado a la mesa?...

El subdirector con un altísimo sombrero de copa descendió los peldaños de terciopelo.

Veinte minutos después, al subir las escaleras, vio como Apolón Apolónovich Ableújov, su jefe, con la bata ajustada, asomaba detrás de una estatua:

—Apolón Apolónovich ¿usted estaba aquí? Pues nosotros a usted, nosotros con usted hemos llamado, hemos telefonado. Esperábamos...

—Yo... me-me —rumió—, estoy ordenando mi biblioteca... Perdón —añadió— que le reciba así, en ropa de casa.

Y apuntaba con las manos hacia la bata gastada.

—Ah, usted parece hinchado... ¿Está abotargado?

El senador dejó caer la bayeta al parquet.

—Le felicito: hay huelga general...

—¿Cómo lo sabe usted?... Yo... me-me... —la cara del anciano se deshizo involuntariamente en arrugas:

—¿El polvo?

—Sí, lo limpio con la bayeta.

El subdirector se inclinó respetuoso ante el vejestorio; e intentó...

Pero Apolón Apolónovich volvió a interrumpirle:

—Mire usted: el polvo contiene microorganismos de enfermedades...

El canoso vejestorio se sentó en el sillón imperio y, acodándose en el brazo, pegó los ojos al papel:

—¿Cómo?

—Ya se lo había informado yo...

—No, perdón... —se inclinó obstinado sobre el papel.

—¡Un momento!... ¿Esa gente se ha vuelto loca?...

—Apolón Apolónovich...

—¿Cómo se les pudo pasar por la cabeza? Una cosa es el poder administrativo y otra es la inadmisibles violación del orden legal.

—¡Apolón Apolónovich!

Pero Apolón Apolónovich comenzó a voltear el lápiz, se ató las borlas de la bata, le temblaba la mandíbula.

—Yo he sido formado en la escuela de Pleve... Sé lo que me hago...

—Me-emme... Me-emme...

Hinchó los carrillos como una vejiga...

La carrera que el senador Ableújov se había ido creando año tras año, se venía abajo. El subdirector regresó al Negociado y Apolón Apolónovich paseó entre los sillones imperio; poco después salió: y apareció de nuevo: trajo una abultada carpeta con expedientes a la mesa de nácar.

Sobre los nota bene, signos de interrogación, párrafos, subrayados, se elevaba una cabeza muerta.

—Nada de particular...

Se levantó sobre la chimenea con la boca sonriente, al imaginarse cómo huía de él por el barro el arribista que le había propuesto a él, a Ableújov, una transacción.

—¡Yo, muy señores míos, estoy formado en la escuela de Pleve! ...

El lápiz afilado cayó en enormes bandadas de signos de interrogación sobre el papel: su último expediente.

No se movió el atlante, ¡el viejo y pétreo barbudo!

El año mil ochocientos doce le había retirado los andamios; el año veinticinco descargó sobre él su furia, con los días perturbadores de diciembre; rugieron las jornadas de enero de mil novecientos cinco.

¡Oh, barbudo de piedra!

Lo que él vio, no lo contará.

Frenaba el cochero, y un general de bicornio saltó del coche recibido con gritos de «hurra».

El Barbudo también ocultó este nombre.

El Barbudo le conoce y le recuerda; pero no lo contará, ¡no!

¿Llegó la hora, amiga!... Mi corazón ansía calma.

Pasan veloces los días. Y cada día se lleva

Un trozo de vida. Mientras nos disponemos

los dos a vivir, nos puede llegar la muerte...

Pero el portero, con la maza, dormitando sobre el «Diario de la Bolsa», le conocía bien: a Viacheslav Konstantinovich Plevé le recordaban aún en el Negociado, mientras que al emperador Nicolás I de grata memoria ¡ya no le recordaban!

En el mundo no hay dicha, pero hay paz y libertad...

Esclavo cansado hace tiempo

que anhelo escapar

a un lugar remoto de trabajos y de ocios puros.

Se incorpora la cabeza calva, — la boca desvaída sonrío a los destellos; los ojos llameantes, pétreos, azules, con ojeras verduscas. La vida entera no es más que una tenebrosidad:

—Yo, señores, míos, pertenezco a la escuela de Plevé... Yo, señores míos...

En el Negociado revoloteaba un susurro; de pronto se abrió la puerta:

—Apolón Apolónovich se jubila...

Rompió a llorar el jefe de sección Legonin; del despacho del subdirector — una voz diáfana y el sonar de un teléfono, el subdirector con la barbilla temblorosa; Apolón Apolónovich no era el jefe del Negociado.

EL REPTIL

Dominaba aquel lugar un majestuoso palacio; con su torre esbelta recordaba un caprichoso castillo: de piedra rosácea, de recia sillería. Pero no era obra de ahora, y aquel monarca ya no existía.

La parte más elevada del palacio rosado se alzaba sobre una maraña de ramaje deshojado; y — aquellas ramas se inclinaban hacia él en sordos embates y, al mecerse, atrapaban las nubes que pasaban; con un graznido, levantó el vuelo una corneja; aleteó sobre los copos; y se posó de nuevo.

Un coche cruzó aquel lugar.

Y una estatua ecuestre se ennegrecía confusa sobre la plaza; los visitantes de Petersburgo no dedican atención a aquella estatua: excelente estatua.

A su gran bisabuelo levantó esta estatua el autócrata; vivía en el castillo rosado; sufrió poco.

Probablemente en más de una ocasión asomó por las aspilleras de alguna ventana la cabeza respingona con rizos blancos. Y la cabeza respingona rizada vigilaba los espacios al otro lado de los cristales; se hundían los ojos en las vaguedades rosáceas del cielo, o tropezaban en el juego plateado y en el hervor de los fulgores lunares en los árboles copudos; a la entrada estaba un centinela con tricornio y presentaba armas a un general de pecho dorado con banda de San Andrés que se dirigía a un coche dibujado con acuarela; se elevaba un cochero de un rojo encendido; y en el pescante se erguían postillones negros de labios abultados.

Y el zar Pablo I, observado todo eso, retornaba a la conversación sentimental con una dama remilgada; la dama sonreía; destacaban los picaros hoyuelos, el lunar.

Aquella noche la luna desparramaba la plata sobre los muebles del dormitorio del emperador, doraba pícaramente a un Cupido; sobre la almohada se recortaba ya el perfil del yacente; lejos un carillón daba las horas; y — se hicieron más rotundos unos pasos... Habían transcurrido apenas tres instantes, cuando ya la cama aparecía en desorden y las sábanas aún conservaban el calor; el durmiente ya no estaba; un grupito de oficiales de rizos blancos, con los sables impetuosamente desenvainados, inclinaron sus cabezas sobre el lecho vacío; alguien intentaba penetrar por una puerta lateral y se lamentaba una voz de mujer; la mano de un oficial de labios rosados alzó la cortina de la ventana y bajo la muselina bajada, sobre un fondo plateado — se ennegreció una sombra temblorosa.

Lejos un carillón daba las horas; y allí, a los lejos, se perdían unos pasos.

Nikolai Apolónovich observaba con mirada inexpresiva aquel lugar lúgubre, sin percatarse de que la fisionomía afeitada del teniente se volvía de cuando en cuando hacia él; la mirada que el teniente Lijutin lanzaba a su víctima parecía llena de curiosidad; le golpeaba en el costado.

En esto una ráfaga de viento arrancó de la cabeza de Ableújov el sombrero italiano con alas, que recuperó sobre las rodillas de Lijutin; por un momento rozó los dedos de Lijutin; los dedos temblaron con pavor repugnante. Lijutin había experimentado el contacto de un reptil, al que... aplastan... en el sitio...

Y Ableújov se volvió macilento.

—Yo, Serguei Serguéevich, le aconsejaría se levantara el sobrecuello, usted

padece de la garganta, y con este tiempo es muy fácil...

—¿Qué, qué?

—Coger una angina.

—Y por causa suya —de pronto borbotó Lijutin.

—¿...?

—No me refiero a la garganta... Que he abandonado el trabajo por *causa suya*; aunque no por causa suya, sino gracias a usted.

—Es una indiscreta —estuvo a punto de exclamar Nikolai Apolónovich y captó de nuevo su mirada.

Y en aquella mirada había repugnancia: los reptiles no provocan indignación — además, los aplastan, con lo que sea... con lo que haya a mano, en el sitio...

Eso ocurrirá... — Nikolai Apolónovich sintió verdadero miedo; se removió intranquilo y — diez dedos, temblorosos, yertos, se engarfiaron en la manga del teniente.

—¿Eh?... ¿Qué?... ¿Por qué hace usted eso?

En esto surgió una casita de color crema, envuelta en espirales de rococó.

—Yo, Serguei Serguéevich... debo de reconocer... Ah, lo lamento tanto...; es lamentable mi actitud... Me comporté... Serguei Serguéevich... de una manera ridícula... Serguei Serguéevich, eso tiene justificación: ¡sí, sí! Usted no es uno de esos, Serguei Serguéevich, usted sabrá comprenderlo todo... No he dormido en toda la noche, tengo insomnio... Los médicos me han encontrado —se humillaba hasta la mentira— un cansancio cerebral con pseudoalucinaciones.

Serguei Serguéevich no dijo nada, miró sin ira, los reptiles no provocan ira, pero... los aplastan... en el sitio...

—Pseudoalucinaciones... —afirmó suplicante Ableújov, asustado, menudo, patizambo, introduciendo los ojos en los ojos:

—Yo..., yo..., yo...

—Bájese, hemos llegado...

Y el teniente Lijutin permaneció ante el coche esperando al hijito del senador; éste se retrasó.

—Serguei Serguéevich, yo llevaba un bastón... ¿He dejado caer el bastón?

Nikolai Apolónovich miraba a la niebla con ojos de estaño, sin pestañear: ¡sin moverse!

Serguei Serguéevich respiró enfadado, impaciente; agarró a Ableújov de la manga y comenzó a sacarle del coche, como un saco abarrotado de mercancías.

Una vez fuera, Nikolai Apolónovich se clavó en el brazo de Lijutin: el brazo podía adoptar una postura indecente: producir un movimiento del cuerpo que cubriría de oprobio el abolengo de los Ableújov.

El teniente Lijutin (¡vaya genio!) agarró con la mano libre el cuello de la esclavina.

—Ya voy, ya voy, Serguei Serguéevich...

Instintivamente apoyó el tacón en la contrahuella de un peldaño de la entrada; pero cedió inmediatamente.

Golpeó la puerta de entrada.

COMO BOCA DEL LOBO

—Yo... estaba aquí parado: aquí, aquí... Estaba como si tal...

—¿Con que eso, eh? ¿Nikolai Apolónovich?... ¿Eso?...

—Completamente presa de un ataque de nervios, obedeciendo a asociaciones de imágenes...

—¿A las asociaciones?...

—El médico dijo... Oiga, ¿por qué me empuja? No me empuje que sé caminar solo...

—Y usted ¿para qué me agarra del brazo?... No me agarre, por favor.

—El médico dijo, el médico dijo que era un trastorno muy raro, el dominó y todo eso... Un trastorno mental... —se oía una voz de falsete desde arriba.

Desde más arriba aún una voz cebada exclamó:

—¡Hola!

—¿Quién es eso? —preguntó Nikolai Apolónovich con alivio; sintió: la mano que le sujetaba le soltó.

—Yo estaba como si tal y... Llama que te llama y que no abren... Hombre: voces conocidas.

Cuando se encendió la cerilla, apareció un ramo de espléndidos crisantemos; y tras ellos la figura de Werhefden.

—¿Serguei Serguéevich?

—¿Sin bigote?...

—¡Cómo!... De paisano...

—¿También Nikolai Apolónovich está aquí?... ¿Qué tal esa salud?

—Después de la velada de anoche, sinceramente... ¿Se sintió usted mal?... Usted desapareció...

Werhefden apremió:

—¿No estorbo?... Vengo sólo por un instante... Ando con prisas... Tenemos mucho que hacer... Apolón Apolónovich, su padre de usted, me espera... Se espera una huelga general...

Por la puerta asomó una cofia de lienzo con exceso de almidón.

—Pasen, la señora está en casa...

—No, Mávrushka... Entregue las flores a la señora... Es una deuda —sonrió a Serguei Serguéevich, encogiéndose de hombros como hace un hombre ante otro cuando aluden a una mujer.

—Es mi deuda con Sofía Petrovna por las fucas...

Y se apresuró.

—Adiós, amigo. Nikolai Apolónovich, parece usted cansado, nervioso...

Sus pasos rodaron como perdigones; ya desde el último rellano volvió su voz:

—Que los libros no lo son todo...

Nikolai Apolónovich estuvo a punto de gritar:

—Yo, Guerman Guérmanovich, también voy... Debo irme... ¿Llevamos igual dirección?

Bum: golpeó la puerta.

Nikolai Apolónovich se sintió atrapado: atrapado en presencia de Mávrushka. En su cara se dibujó el susto; en la cara del teniente se dibujó claramente una auténtica alegría satánica; cubierto de sudor, sacó del bolsillo su pañuelo, mientras con la otra mano apretujaba, arrimaba contra la pared, arrastraba, empujaba la figurilla del estudiante.

La figurilla se escurría como una anguila, en un empeño natural de no dejarse introducir por la puerta; empujaba hacia adentro, la puerta retornaba, retrocedía.

Finalmente, Nikolai Apolónovich fue introducido: pero, preservando las últimas migajas de su independencia, observó:

—Vengo... francamente... sólo por un ratito...

Conculcando todas las reglas de urbanismo, Serguei Serguéevich introdujo de un empujón el sombrero de ala ancha en la habitación de los Fujiyamas: huelga decir que bajo el sombrero, bajo la capa, fue introducido el dueño de la capa.

Nikolai Apolónovich traspasó la habitación de los Fujiyamas sin advertir en la alfombra listada restos de cal (que las pisadas redujeron a polvo; más tarde fueron limpiadas las alfombras).

Allí se abrió una puerta y Nikolai Apolónovich vio dos ojos en medio de una cascada de cabellos.

Sonó una exclamación:

—¡Ay!

—Trr —traqueteaban por la alfombra los tacones arrastrados.

Nikolai Apolónovich volvió la cabeza, vio a Sofía Petrovna y le gritó:

—Déjenos, Sofía Petrovna: esto es cosa de hombres —su capa se deslizó y se posó en el canapé como un ente de dos alas.

—Trr —se arrastraban por la alfombra los tacones.

Tras una enorme sacudida en el espacio, quedó en suspenso, agitando los pies, y... — el sombrero de ala ancha se separó de la cabeza y cayó suavemente. El propio Nikolai Apolónovich, agitando los pies — en parábola, se estrelló contra la puerta del pequeño despacho; la puerta se abrió: desapareció en lo ignoto.

EL FILISTEO

Apolón Apolónovich se levantó.

Se incorporó de las pilas de carpetas: de los signos de interrogación y de

admiración; temblaba la mano con el lápiz — sobre la mesa de nácar.

Lo comprendió.

El coche del escudo ya no se detendrá al pie del atlante; a su encuentro ya no se moverán el hombro de ochenta años, el bicornio y la maza; ya no se recuperará Puerto Arturo; se levantará insurrecta China; y — los jinetes de Gengis Kan.

Apolón Apolónovich prestó oído: un lejano trotar; no era un trote: era Semiónich; entró, pasó.

A Apolón Apolónovich no le gustaban las perspectivas del Neva, pasaban en verdosos enjambres las nubes; se condensaban en humo, que descendía en el litoral; allí la ola del Neva era acero que golpeaba el granito; entre la neblina verdusca se desplazaba una aguja... Apolón Apolónovich miró en torno con zozobra: estas eran las paredes, la vida familiar; las actividades se habían acabado.

¡Qué se iba a hacer!

¡Las paredes eran más bien nieve! Algo frías... ¡Qué se iba a hacer! La vida familiar, pues la vida familiar; es decir: Nikolai Apolónovich — era un terrible, valga la expresión...; y Anna Petrovna, que a la vejez se volvió...

—Me-emme...

¡Un juego cerebral!

Iba más allá de los límites de la conciencia; y recordó: Nikolai Apolónovich — breve de estatura con miradas escrutadoras y con una maraña (justo es reconocerlo) de variadísimos intereses intelectuales.

Y recordó a una muchacha (haría unos treinta años); un enjambre de admiradores y un hombre relativamente joven, un consejero privado, que suspiraba por ella.

Y la primera noche: la expresión de repugnancia, disimulada con una sonrisa sumisa; aquella noche Apolón Apolónovich, consejero privado, perpetró un acto infame, formalmente justificado: violó a una muchacha; esa violación se prolongó durante años; Nikolai Apolónovich había sido concebido entre sonrisas: lujuriosas y sumisas; ¿debe de asombrarnos esa combinación de repugnancia, de sobresalto y de lujuria que era Nikolai Apolónovich? La educación debió de consistir en superar el horror que ellos habían engendrado: en humanizar el horror.

Pero ellos lo avivaron más aún...

Y, avivado el horror hasta el límite, huyeron del horror; Apolón Apolónovich a dirigir el negociado; Anna Petrovna a satisfacer su deseo sexual con Mantalini (con el artista); Nikolai Apolónovich a la filosofía, a las asambleas, al bigotillo. Su hogar quedó convertido en un albañal.

Ahora retornar a aquella cloaca; pero en lugar de Anna Petrovna encontraría la puerta cerrada que conducía a las habitaciones de ella; la llave de allí la tenía él (a aquella parte de la casa entró sólo dos veces: allí contrajo un resfriado).

En lugar del hijo verá unos ojos añilados parpadeantes, huidizos; mitad rufianescos, mitad asustados; se ocultará el horror.

Etcétera, etcétera.

Cuando deje el puesto oficial se cerrarán los salones para las visitas; quedará el pasillo con las habitaciones suyas y del hijo; y la vida se limitará al pasillo: por allí chancleteará; y le quedará leer el periódico, hacer las necesidades orgánicas, el lugar inefable, las memorias premortuorias y la habitación que conduce a las habitaciones del hijo.

Mirar por el ojo de la cerradura y — apartarse rápidamente o: mejor, agujerear con una lezna la pared; la vida paredaña se le revelaría con la precisión de un mecanismo de reloj; hallaría nuevos intereses desde aquel puesto de observación.

—¡Papá!

—¡Buenos días, Kólenka!

Y cada uno se iría a su habitación.

Y entonces, cerrada la puerta con llave, él pondría el ojo en el agujero para observar, alguna vez estremecerse, — ante el secreto descubierto; escuchar: cómo se sinceran mutuamente — Nikolai Apolónovich y el desconocido; y de noche, destapándose, asomaría la cabeza sudorosa y daría vueltas en torno a lo oído y, asfixiándose de los latidos del corazón, correría... al lugar inefable: chancleteando por el pasillo.

¡La vida del filisteo!

Un afán incontenible le arrastró hacia la habitación del hijo; aquí chirrió una puerta y se abrió el recibidor; se detuvo en el umbral, todo él pequeñito, viejecito, maltrataba las borlas carmesí de la bata, observando el desbarajuste: la jaula con papagayos verdes, el escabel árabe de marfil y cobre; vio la absurdidad, desde el escabel se esparcieron por el suelo los bajos de un dominó al alcance de un leopardo moteado, estirado, rechinante; permaneció un rato parado, mascó, rascó la barbilla que parecía plateada por la escarcha; y escupió con asco (él conocía la historia del dominó); burlesco y acéfalo, el dominó extendió sus bajos de raso y sus mangas sin brazos; de la herrumbrosa flecha sudanesa colgaba el antifaz.

Apolón Apolónovich sintió bochorno: en la atmósfera no había aire, sino plomo derretido; como si aquí se incubaran pensamientos horribles, insoportables... ¡Una habitación desagradable!... Y una atmósfera cargada.

Una boca con sonrisa dolorosa, unos ojos de añil, los pelos como un halo al contraluz: embutido en el uniforme muy entallado y apretando en la mano un guante de cabritilla blanca, Nikolai Apolónovich, muy pulcramente rasurado (tal vez perfumado), con espadín, sufría dentro del marco; y Apolón Apolónovich observó detenidamente el retrato pintado la primavera pasada; pasó a la habitación siguiente.

El escritorio abierto llamó la atención de Apolón Apolónovich: un cajón estaba sacado; Apolón Apolónovich mostró una curiosidad instintiva; se acercó y cogió de encima de la mesa un retrato olvidado, al que dio vueltas sumergido en sus pensamientos (la distracción le impidió reparar en el contenido del cajón); en el retrato aparecía una mujer morena...

La distracción era resultado de reflexiones trascendentales que abrieron al pensamiento un camino por el que el senador se adentró; después bajó maquinalmente la vista y vio: lo que tenía entre sus manos ya no era un retrato, sino un objeto pesado; mientras que el pensamiento analizaba a ese tipo de hombres de Estado, llamados vulgarmente arribistas.

El senador extrajo el objeto; cogió maquinalmente el retrato, — y cuando abandonó aquel pensamiento — tenía en las manos un objeto de esquinas redondeadas; en él se produjo un ruido metálico; era lo que menos podía pensar el senador (con frecuencia al borde del abismo tomamos café con natillas); prestó la máxima atención al objeto de esquinas redondeadas, escuchando el tic-tac del reloj: era ¡un mecanismo de relojería! ¿En una lata de sardinas?

El objeto no le agradó...

Se llevó el objeto para examinarlo con más detalle — al salón — inclinando sobre él la cabeza, con lo que se asemejaba a un revoltillo de ratones; iba pensando en esa misma especie de personajes; esa especie de personajes siempre se escudan con estas frases: *como es sabido*, cuando nada se sabe, o: *la ciencia enseña*, cuando la ciencia no enseña nada.

Apolón Apolónovich corrió al extremo del salón, donde sobre unas garras de león se alzaba el bronce zancudo; colocó el pesado objeto en una bandeja china, inclinando la pesada cabeza calva, sobre la que la pantalla de la lámpara se ampliaba en cristal violáceo primorosamente dibujado.

El cristal se había opacado con el tiempo; el primoroso dibujo se opacaba con el tiempo.

ALGO QUEDÓ SIN ACLARAR

Nikolai Apolónovich irrumpió en el pequeño despacho de Lijutin y puso los pies en el suelo con un fuerte taconazo; la conmoción se transmitió a la nuca; involuntariamente cayó de rodillas.

Cayó y...

se incorporó, respirando trabajosamente y cojeando; del susto se lanzó hacia el sillón de roble, ofreciendo el aspecto de una figura torpona con la mandíbula temblorosa, con un indudable temblor de los dedos y con el único afán instinto de asirse a tiempo del sillón, para, en caso de ser atacado por la espalda, girar en torno al sillón, moviéndose de un lado para otro para huir del enemigo implacable que se movería de un lado para otro.

O, valiéndose de ese mismo sillón, volcarlo y lanzarse rápidamente hacia la ventana (mejor tirarse directamente a la calle, haciendo saltar en añicos los cristales, todo menos quedarse a solas con..., con...).

Se lanzó hacia el sillón.

Nada más llegó, una respiración caliente le abrasó el cuello; aún le dio tiempo

para distinguir una figura pentadáctila, dispuesta a caer sobre su hombro; y la cara bermeja del vengador con las venas abultadas. La garra pentadáctila cayó sobre su hombro; pero él saltó oportunamente por encima del sillón.

Y la garra pentadáctila cayó sobre el sillón.

Se resquebrajó el sillón; se produjo un sonido irrepetible, inhumano.

—Porque... yo... me inmiscuí... ¿entendido?... En todo el asunto... El asunto... ese... ¿entendido?... Eso... no me incumbe... Es decir, me incumbe... ¿entendido?

Sobre la figurita encogida en espera de una bofetada levantó el teniente ambas manos; la figurita con la boca abierta se retorció y hacía reverencias, protegiendo con la mano el carrillo:

—Lo entiendo, claro que lo entiendo... Serguei Serguéevich, hable más bajo, le imploro, más bajo; le imploro...

Se disponía ya a cerrar los ojos, a taparse los oídos, para no ver la cara bermeja, para no oír la estridente voz sin voz:

—Un asunto... en el que toda persona decente... ¿Cómo he dicho? Sí, decente...

El puño se estrelló contra la pared, por encima de la cabeza de Ableújov.

Nikolai Apolónovich sólo vio dos piernas (separadas, ya que él estaba acucillado); un pensamiento — y: sin reparar en las consecuencias, Nikolai Apolónovich pasó rápidamente entre las piernas; se incorporó — y sin un pensamiento se lanzó hacia la puerta; pero... las garras pentadáctilas le atraparon ignominiosamente por el faldón de la levita: crujió la tela cara.

El trozo de faldón rasgado se desplazó hacia un costado:

—Escúcheme..., escúcheme... Yo..., yo... no le pienso matar...

Nikolai Apolónovich empujado se golpeó contra un rincón; estaba a punto de llorar ante su situación ridícula; sus ojos habitualmente de añil parecían negros del gran susto y del frío; comprendió que el que le martirizaba no era Lijutin, no era un enemigo, sofocado por la cólera vengativa, sino... un demente agudo, con una fuerza colosal en sus músculos.

El demente agudo se volvió de espaldas, se acercó silencioso a la puerta; sonó el pestillo; del otro lado de la puerta llegaron unos ruidos — llantos, susurro de zapatillas; se hizo el silencio.

Ella se arrimó al ojo de la cerradura: miró y vio: un par de pies y... las trabillas de los pantalones; los pies se dirigieron pisando fuerte hacia un rincón, desaparecieron; escapaban estertores borbollantes y el glu glu de una garganta; y el ruido metálico de un pestillo al cerrarse.

Sofía Petrovna rompió a llorar, se retiró de la puerta; vio a Mávrushka, que lloraba:

—¿Qué pasa?... ¿Señorita, querida?...

—¿Qué es lo que pasa?... ¿Qué están haciendo, Mávrushka?

Mientras, el demente iba a grandes trancos de un rincón al otro, Nikolai Apolónovich pegado a la pared, desde el rincón observaba los movimientos del demente.

El demente dejó de perseguirle, apoyó los codos en las rodillas; suspiró hondo; quedó pensativo.

Exclamó:

—¡Dios mío!

Gimió:

—Sálvanos y perdónanos.

Nikolai Apolónovich aprovechó cautelosamente la tregua.

El paroxismo de rabia se había desatado, ahora iba disminuyendo; Nikolai Apolónovich, renqueando, salió del rincón; ofrecía un aspecto bastante ridículo con el uniforme... el faldón rasgado, los chanclos y la bufanda puesta.

Se detuvo ante la mesita, escuchando los latidos del corazón, con un movimiento inaudible se apoderó del pisapapeles.

Pero un susurro le traicionó; una pila de papeles al deshacerse; el paroxismo, que iba menguando, se redobló; la cabeza giró, vio a Ableújov armado con el pisapapeles; Nikolai Apolónovich saltó hacia atrás sin soltar el pisapapeles.

Serguei Serguéevich volvió a las andadas:

—Oiga, hágame el favor, no me tema... ¿Por qué tiembla?... ¿Acaso le doy miedo?... Yo..., yo..., yo... le rasgué el faldón, pero... fue involuntariamente.

—Créame, el dominó se debe a un agotamiento nervioso; no pretendí incumplir la promesa, yo estaba en el portal no por deseo propio, sino...

—Perdóneme lo del faldón —volvió a interrumpirle el teniente—. El faldón, se lo coserán; yo mismo tengo aguja e hilo...

—Eso, Serguei Serguéevich, es una nimiedad...

—Cierto, cierto, una nimiedad...

—Una nimiedad en relación con el fondo del problema, en relación con la permanencia en el portal...

—¡Que no se trata de la permanencia en el portal! —hizo un gesto contrariado el teniente y reemprendió su zaqueo.

—Bueno, se trata de Sofía Petrovna.

—¿De qué?

—Bien, le diré cuál es el problema —y el teniente acercó sus ojillos inyectados de sangre...—, el problema está en que usted se halla encerrado con llave...

—El se ha trastornado —pensó Nikolai Aleksandrovich. Se ha olvidado, su cerebro no funciona más que por asociaciones, no obstante, él se dispone... —pero Serguei Serguéevich se apresuró:

—Usted aquí está fuera de peligro... Aquí tiene el faldón...

—Me está tomando el pelo —pensó Nikolai Apolónovich.

—Créame: usted no saldrá de aquí... Y yo..., yo saldré con una carta que yo le dictaré y que usted firmará... Iré a su casa, a su habitación, donde ya he estado esta mañana y donde no he descubierto nada... Lo pondré allí todo patas arriba; si mi registro resultara infructuoso, prevendría a su padre... porque —se frotó la frente— la cosa no depende de su padre; la cosa depende de usted; sí, sí, sí, señor — sólo de usted.

Apuntó con su dedo al pecho de Nikolai Apolónovich y así permaneció, arqueando una sola ceja.

—¡Esto jamás ocurrirá!

La cara bermeja expresó:

—¿...?

—¡...!

—¿...?

¡Estaba tocado!

Lo más extraño era que Nikolai Apolónovich prestaba oído a aquel delirio. Había algo que le hacía vacilar: ¿era aquello verdaderamente un delirio? ¿No eran más bien unas alusiones, expresadas de forma incoherente? Pero ¿a qué aludía?

—Serguei Serguéevich, ¿de qué me está hablando?

—¿Cómo de qué?... De la bomba...

Cayó el pisapapeles: el horror rebasó todos los límites, las cargas quintillonescas volviéronse gases.

Las cargas se inflamaron; los adoquines que lastraban su cuerpo, convertidos en masas gaseosas, brotaron por todos los poros; de nuevo se remolinaron las tortuosidades de los acontecimientos, pero se remolinaron en sentido contrario; y remolinaron el cuerpo entero en espiral, la sensación se convirtió en sensación *cero*; los rasgos de su cara se hicieron más acentuados, cobraron sentido y revelaron a un joven con rostro de un anciano de setenta años.

—Usted, Serguei Serguéevich, me deja estupefacto... ¿Cómo pudo creer que yo..., que yo... atribuirme mi conformidad a cometer una maldad... No soy un malvado... Yo, Serguei Serguéevich, — me parece que no soy un granuja redomado...

Nikolai Apolónovich era incapaz de proseguir.

Del ángulo oscuro, como enjambrada, asomaba una figura cargada de hombros, con una sonrisa dolorosa en los labios, los ojos de añil y los pelos rubios como el lino formaban un círculo nimbar sobre la frente reluciente y despejada; él mantenía los brazos en alto, indignado, ofendido, como destacado sobre el fondo del empapelado: el empapelado era de color rojo.

El teniente Lijutin sintió que, a pesar de su fuerza, a pesar de su sentido común (creía poseer sentido común), con su nobleza, era únicamente — una tenebrosidad

entenebrecida; y el teniente se batió en retirada.

—Si yo a usted, si yo le creo —agitó las manos desconcertado.

—Mire usted —dijo definitivamente turbado— no lo dudaba... A mí, lo juro... Me lo contó mi esposa... Alguien le pasó furtivamente la carta. La leyó, abriéndola por error —mintió y enrojeció; y bajó la mirada...

El hijo del senador aprovechó la ocasión para pasar al ataque:

—Pues, bien, una vez que la carta fue abierta, entonces... —se encogió de hombros—, entonces, Sofía Petrovna estaba en el derecho de comunicarle a usted, como esposo, el contenido —dijo entre dientes Nikolai Apolónovich, manteniéndose a la ofensiva.

—Yo..., yo... me excité —se defendía Lijutin; su mirada se posó en el desdichado faldón arrancado; y volvió al tema del faldón.

—Del faldón no se preocupe: yo mismo se lo coseré...

Nikolai Apolónovich agitó los brazos en el aire en un gesto desaprobatorio:

—No sabía lo que hacía.

Y sus ojos de un azul oscuro expresaban una hermosa pena:

—¡Denúnciame, si no me cree!...

Y volvió la cabeza...

Nikolai Apolónovich lloraba a lágrima viva; Nikolai Apolónovich liberado del vulgar miedo, se sintió seguro del todo; quería sufrir; tenía los sentimientos rotos; también tenía roto su «yo»; de la ruptura del «yo» —esperaba— brotaría una luz cegadora, y desde dentro una voz entrañable proferiría, como siempre — proferiría dentro de él mismo: para él mismo.

—Tú has padecido por mí; yo velo por ti.

Pero no sonó la voz. Ni se hizo la luz. Había tinieblas. ¿Por qué no sonó la voz resignada: «Tú has padecido por mí»? Porque él no padecía por nadie, sólo padecía por sí mismo... El, valga la expresión, pagaba los platos que él mismo había roto mientras guisaba hechos tan abominables. Por eso la voz no sonó. En el lugar de su «yo» no había más que tinieblas.

Se volvió: lloraba.

—Hombre —escuchó a su espalda una voz conciliadora y tímida—, fue mi error, no lo comprendí...

—Haciendo uso de su superioridad física, usted... en presencia de una señora me arrastró como...

Serguei Serguéevich cruzó con la mano extendida el pequeño despacho; pero Nikolai Apolónovich, con una voz tomada por la rabia y por ¡ay! un amor propio demasiado tardío, pronunció tajante:

—Como... como... a un chucho...

Si él le hubiera tendido la mano, Serguei Serguéevich se habría considerado el hombre más feliz: su cara habría expresado un humor excelente; pero su acceso de nobleza, como su anterior acceso de rabia, quedó frustrado inmediatamente.

—¿Usted, Serguei Serguéevich, quería cerciorarse?... ¿De que yo no era un parricida?... No, Serguei Serguéevich, no: debió de haberlo pensado antes... Pero usted, como si... como a un chucho, vamos. Y me arrancó el faldón...

—¡El faldón se puede coser!

Y antes de que Ableújov se recuperara, Serguei Serguéevich se lanzó hacia la puerta:

—¡Mávrushka!... ¡Hilo negro!... ¡Una aguja!...

La puerta al abrirse estuvo a punto de golpear a Sofía Petrovna, que escuchaba detrás de ella.

—¿Ah... Sónechka?...

—¡Sofía Petrovna!...

—Oye, mira... Nikolai Apolónovich... Verás... se ha arrancado un faldón... Tendría que...

—No se preocupen, Serguei Serguéevich, Sofía Petrovna...

Y Nikolai Apolónovich, con la boca torcida ante tan estúpida situación, limpiándose las pestañas con la manga, y cojeando de una pierna, apareció en la habitación de los Fujiyamas... con la levita arrugada y un faldón colgando; levantó la cabeza y al ver el artesonado del techo, dirigió la boca torcida a Lijutin:

—Fui yo, Nikolai Apolónovich, estuve... haciendo obra en el techo...

Pero Nikolai Apolónovich, silencioso, cruzaba renqueando el salón; pendiendo de un hombro, se arrastraba tras él la fantasmagórica capa...

EL SOLITARIO

Desde el anaquel brillaba, como un espejo, un samovar limpísimo; en cambio el samovar que hervía sobre la mesa no lo habían limpiado; el nuevo se utilizaba cuando había visitas; los de la casa se valían de aquel otro armatoste deforme; sobre la mesa bolitas de migas de pan blanco; los manteles con manchas se arrugaron; bajo un vaso de té a medio beber (agrio del limón) se extendía un redondel húmedo; y un plato con sobras de comida.

¿Qué había sido de la exhuberante cabellera? Asomaba una escuálida trenza.

Sin duda: cuando había visitas Zoya Zajárovna se ponía peluca; probablemente se maquillaba desafortunadamente (cuando la conocimos era una morenaza de generosos cabellos, de una piel tersa, como esmaltada; ahora teníamos ante nosotros a una mujer vieja con la nariz rezumando sudor); llevaba una blusa, también sucia (probablemente dormía con ella puesta).

Lippánchenko estaba sentado a la mesa de medio lado, ofreciendo la espalda cuadrada, encorvada, al mugriento samovar. Hacía un solitario: Lippánchenko se dedicaba a su habitual pasatiempo después de la cena cuando fue molestado: apartó las cartas; surgió una conversación, que le hizo olvidar el solitario y todo lo demás.

Después de esa conversación, Lippánchenko volvió la espalda, la espalda a la

conversación.

Estaba sin chaqueta, aflojado el cinturón que le oprimía la barriga, y entre el chaleco y el pantalón desabrochado la incómoda camisa asomaba traicionera su lengua.

Lippánchenko observaba meditabundo cómo se arrastraba susurrante la mancha de una cucaracha, enorme, negra; las cucarachas eran una plaga.

—Bueno... ¿Qué ocurre?... ¿y por qué ocurre?

—¿Qué?

—¿Acaso una mujer fiel, una mujer de cuarenta años, una mujer como yo...?

Tenía el codo roto: se veía la piel ajada; en ella, probablemente, la picadura de una pulga.

—¿Qué está rezongando, señora mía, explíquese mejor...

—¿Una mujer como yo no tiene derecho a hacer preguntas?

Lippánchenko se revolvió en el sillón.

Al parecer las palabras de ella le molestaron; por un instante en su cara apareció algo semejante a un remordimiento opresivo: parpadeó con ambos ojos; probablemente quería decir algo; y probablemente no se atrevía a decirlo discurría lentamente.

Pero sus ansias de sinceridad se habían agotado.

—Hum, cierto, cierto... sobre el seis el cinco... ¿Dónde está la sota?... Aquí está la sota... El caballo está tapado...

De pronto lanzó a Zoya Zajárovna una mirada escrutadora; sus dedos cortos, cubiertos de vello dorado, trasladaron una pila de cartas a otra pila de cartas.

—Vaya un solitario...

—¿Por qué enfadarse?

Ella recorrió la habitación arrastrando las zapatillas; y se oía el chancleteo (las antenas de la cucaracha se habían ocultado en una rendija).

Y, con la barriga desbordando el flojo corsé, mecía al caminar el papo colgante:

—¿Usted haría mejor preguntándome por qué se lo pregunto?... Porque todos me lo preguntan... Todos se encogen de hombros... Así que creo —se recostó sobre el sillón con la barriga y los senos—, que yo lo sabré mejor...

Pero Lippánchenko, mordiendo los labios mientras hacía el solitario, abría una hilera tras otra.

El pensaba en la terrible jornada que le esperaba al día siguiente: si no lograra liberarse del alud de documentos, que pesaban sobre él, estaba perdido:

—¡Vaya!... Un sitio libre... metemos el rey al sitio libre...

—¿Usted responde cuando le preguntan?...

—¿Usted creía que no?

Lippánchenko tiró las cartas:

—No sale: los doses están bloqueados...

Del dormitorio de Lippánchenko llegó un ruido como de una ventana que se abre:

¿Quién podría ser?

Sería Tom, el San Bernardo.

—Comprenda usted de una vez que sus preguntas —Lippánchenko se incorporó con un profundo suspiro— son una violación... —dio un sorbo al té agrio— por así decir, de la disciplina del Partido...

Se desentumeció y pasó por la puerta abierta — a la oscuridad...

—Pero, Kólenka, — ¿qué disciplina se me puede pedir a mí? —y Zoya Zajárovna bajó la cabeza y permaneció al lado del sillón vacío...

Ella calló; el sillón se fue vaciando; Lippánchenko pasó al dormitorio.

—No había entre nosotros secretos... —se dijo ella a sí misma.

Inmediatamente volvió la cabeza hacia la puerta, a su encuentro, y dijo excitada:

—Usted no me había advertido (Lippánchenko apareció en la puerta) que ahora usted tenía secretos.

—Bien, en el dormitorio no hay nadie —le interrumpió él...

Un bostezo desgarró su boca abúlica; mientras iba desabrochando el chaleco farfullaba algo en voz baja:

—¿Para qué montar estas escenas?

—Pero ¿qué he hecho yo, Kólenka?... ¿Acaso no te quiero?... ¿Acaso no temo por ti?...

Le pasó los brazos por el cuello.

Él vio en su cara la nariz porosa de ella; los poros brillaban de sudor: la piel no era fresca. Los ojos saltones sobresalían descaradamente, parecían botones negros: no brillaban.

—Déjeme... Ya está bien... Zoya Zajárovna... Suélteme... Me va a ahogar...

La agarró los brazos y los descolgó del cuello:

—Usted sabe hasta qué punto soy sentimental, y nervioso... yo...

Callaron.

En el penoso silencio, que siguió a la conversación larga y sin alegría, cuando ya no quedaba nada por decir, — ella se puso a lavar el vaso, el plato, las cucharillas.

Él estaba sentado, de medio lado a la mesa, ofreciendo a Zoya Zajárovna y al samovar su espalda cuadrada.

Los ojos inquietos de Zoya Zajárovna recorrieron inquietos el mantel, treparon por el pecho carnoso; cuando él se volvió, penetraron en los ojos parpadeantes y ¡qué había hecho el tiempo con aquel hombre!

Aquellos ojillos de color castaño claro, que brillaban vivarachos y picaros a los veinticinco años, aparecían opacos, hundidos, empañados por un velo torvo; había absorbido humos de atmósferas impuras de colores de amarillos oscuros y azafranados; cierto, veinticinco años no son pocos, pero ¡desvaírse de tal manera, arrugarse a tal punto! Los veinticinco años abolsaron los párpados; el color de la cara se hizo más amarillento, lardoso, macilento — producía horror su cadavérica palidez grisácea; la frente había sido invadida por el pelo; y las orejas se agrandaron; mas

¿acaso no hay viejos agradables? Y él aún no era viejo...

Lipenski, rubio estudiante parisino, a los veinte años — se hinchó hasta el delirio, en un veintenio quedó transformado en un indecente barrigudo de cuarenta años: en Lippánchenko.

PENSAMIENTOS INEFABLES

En la orilla arenosa el viento arrugaba una charca de agua salada.

Del golfo llegaban franjas de crines blancas; la luna las alumbraba; una franja tras otra brotaba a lo lejos; rugía a lo lejos; después se derrumbaba y llegaba a la orilla en espuma guedejosa; y se abría por la orilla plana, lamía la arena, la segaba, la alisaba; corría como una cuchilla fina por la arena; para verterse en la charca salada; depositaba en ella una solución salina.

Y refluía apresurada.

A cierta distancia del mar extendían los brazos nudosos unos matorrales; se estremecían en el espacio en braceo silbante; entre ellos corría una figurilla negruzca sin gorro; de aquel lugar surgían crujidos, lamentos; unos troncos destacaban de la bruma y de la humedad; se quebraba nudoso un brazo, cubierto de varas como de pelambre.

La figurilla se inclinó sobre la oquedad de un madero — entre la humedad negra y densa.

—Alma mía, me has abandonado... ay de mí...

Subía del corazón:

—Recuérdame: ay de mí...

Tintileaba un punto claro cerca del horizonte marino; una goleta mercante se aproximaba a Petersburgo; granaba una lucecita, se llenaba de luz, igual que la espiga bigotuda se llena de sol.

Se fue alargando hasta convertirse en una franja extensa, en el oscuro casco del buque; y sobre él un bosque de mástiles.

Se agitaron bajo la luna los brazos de madera, ramosos; la cresta de un arbusto mecía en el aire una malla de ramas negruzcas; la luna quedó enredada en la malla; entre las ramas los espacios de aire llenos de fulgor brillaron aún más cegadores; las ramas integraron un cuerpo enorme, que fosforescía arrastrando una capa sulfurosa, que en vapores se elevaba hacia la bruma; un brazo autoritario, que señalaba al porvenir, apuntaba hacia la lucecita del jardín de un chalet, donde las cimbreantes varas de los matorrales golpeaban la verja.

La figurilla se detuvo y se inclinó, implorante sobre el enorme cuerpo fosforescente que se perfilaba entre las ramas.

—¡Cómo es posible que en base a una simple sospecha, sin una explicación...!

Pero el brazo imperioso señalaba hacia la ventana.

La figurilla echó a correr, se golpeó con el pecho contra la verja del jardín, saltó

la verja y se deslizó muda, trabándose los pies entre las hierbas cargadas de rocío, hacia el chalecito gris.

Llegó a hurtadillas hasta la terraza; y en dos saltos se colocó ante la puerta; se pegó a la ventana; allí se ampliaba la luz.

Allí estaban sentados...

Lippánchenko se apoyó sobre la mesa; extendió el otro brazo y abrió la mano; asomaban los dedos cortos, que parecían cercenados, estropeados por los respingones, con pintura en las uñas...

La figurilla se apartó bruscamente de la puerta y rodó entre los matorrales; se sintió embargada por un arrebató de pena.

—¡Cómo es posible que, así, sin más ni más!

EL CANTO DEL CISNE

Lippánchenko se volvió con todo el cuerpo y de pronto estiró la mano — ¡imagínense!— hacia un violín que colgaba de la pared:

—Llegas a casa, a descansar, y aquí...

Sacó la colofonia; se lanzó ferozmente sobre el trozo de colofonia; y con una mueca de culpa, incompatible con su posición en el Partido, se puso a frotar las cerdas del arco del violín.

—Te reciben con lloros...

Arrimó el violín a la barriga y se inclinó sobre él, apoyando en las rodillas la parte inferior de la caja; clavó el extremo del mástil en la barbilla; con una mano afinaba las cuerdas, con la otra extraía el sonido:

—¡Don!

Retorció y ladeó la cabeza; y con una expresión interrogante, entre cómica y triste, miraba a Zoya Zajárovna, como preguntándole:

—¿Escucha?

Ella se sentó en una silla: con cara enternecida; observó el dedo de Lippánchenko; el dedo pellizcaba la cuerda; y las cuerdas resonaban.

—¡Eso ya está mejor!

Se hicieron mutuamente un ademán con la cabeza; él con un reto rejuvenecido; ella, turbada.

—Es usted...

—Tren-tren...

—¡Es un niño incorregible!

Y pese a que Lippánchenko era lo más parecido a un rinoceronte, hizo un ágil movimiento y con la muñeca izquierda dio vuelta a su violín; y en el ángulo formado por el hombro y la cabeza reclinada ahora quedó introducido la parte inferior de la tapa; mientras el mástil pasó a los dedos diligentes:

—Vamos a ver.

Se elevó la mano con el arco y quedó en suspenso; con un movimiento suavísimo rozó las cuerdas; se desplazó el arco; tras el arco se fue todo el brazo; al brazo le siguió la cabeza, el grueso tronco: todo se desplazó hacia un costado.

El sillón crujía bajo Lippánchenko, empeñado firmemente en extraer un sonido suave; una voz ronca y no obstante agradable inesperadamente llenó la habitación:

—No me provo-o-o-que-es —cantaba Lippánchenko.

—En va-a-a-a... —le secundaron las cuerdas del violín.

—no —cantaba a un lado Lippánchenko.

De joven solía cantar aquella vieja romanza.

—¡Chis!

—¿Oye?

—¿La ventana?

—Hay que ir; a ver.

La luna se levantó detrás de una nube; todo lo que aparecía tenue se delimitó; se delinearon los esqueletos de los arbustos; en guedejas greñosas cayeron sus sombras; las manchas de aire se integraron en un cuerpo fosforescente, que extendía las manos hacia la ventana; la figurilla corrió hacia la ventana; la ventana no estaba cerrada; al abrirse tintileó ligeramente.

En las ventanas se movieron sombras; dentro de las ventanas encortinadas alguien pasaba con una vela; se iluminó la ventana abierta; se descorrió un visillo; una figura gruesa permaneció quieta un instante observando: parecía que observaba con la barbilla (no se veían los ojos); negreaban dos órbitas, dos arcos supraciliares sin cejas brillaron a la luna. El visillo se corrió; alguien, grueso, pasó tras las ventanas acortinadas de vuelta; poco después se tranquilizó. Del chalecito llegaba el temblor de un violín y voces.

Del madero hueco volvió a separarse la figurilla; se acercó por segunda vez a la ventana.

—Dese-e-enca-a-antado-o-o dete-e-esto... lo que anta-a-año-o-o... a-a-ado-o-ore-e-é... No creo... ya-a-a... en... las prome-e-e-sas...

—No cre-e-e-o... ya-a-a... en el a-a-amo-o-or...

¿Sabía él que estaba cantando? No, el hueso frontal no lo sabía, la frente era pequeña, con arrugas transversales, parecía que él lloraba.

Lippánchenko entonaba su canto del cisne.

Por fin, tomó una vela y se dirigió al dormitorio, pero en el umbral se detuvo indeciso, suspiró y quedó pensativo; toda la figura de Lippánchenko expresaba una tristeza inefable.

La vela irrumpió en la habitación; se rasgó la oscuridad total; por la periferia de un centro que brincaba ardiente giraban trozos de oscuridad; tras las jambas oscuras, sombras de objetos — una sombra, un oscuro enorme gordinflón, que salía debajo de

los pies de Lippánchenko, con un movimiento inquieto comenzó a girar en círculo.

Entre la pared y la mesa, el gordinflón, feo, mudo, se quebró reiteradamente, se doblaba en las jambas, se rompía dolorosamente.

Así, arrojando como lastre innecesario el cuerpo — el alma suele ser arrastrada por los huracanes de los movimientos espirituales; corre por los espacios espirituales; y el cuerpo es un barquito, que por el océano espiritual navega hacia algún continente.

Así... —

Imagínese usted que amarran su cuerpo por la cintura con una maroma, que comienzan a girar la maroma a una velocidad indescriptible; usted volará en círculos dilatables cabeza abajo, de espaldas — en movimiento de traslación; usted será impelido hacia las inmensidades del universo, superando los espacios — y convirtiéndose en espacios.

Usted será arrastrado por un huracán y el cuerpo se desprenderá como un lastre inútil.

Imagínese usted: un punto del cuerpo muestra tendencia a propagarse sin medida, a propagarse hasta el pavor (y a ocupar un diámetro igual a la órbita de Saturno); imagínese usted que siente de manera consciente no sólo un punto, sino todos los puntos; ellos se hincharon, se rarificaron hasta un estado gaseoso; los planetas comenzaron a circular libremente en los vacíos de las moléculas corpusculares; ha desaparecido la sensación centrípeta, nos hemos partido en pedazos; lo único íntegro es la conciencia sobre las sensaciones rotas.

¿Qué habríamos sentido?

Habríamos sentido: que nuestros órganos desligados se hallaban, distanciados entre sí por horribles millones de leguas; pero la conciencia en la futilidad simultánea teje un escándalo flagrante; en la espina dorsal sentimos la efervescencia de las masas saturnianas; en el cerebro penetran las estrellas de las constelaciones, en el centro del corazón palpitante sentimos los latidos dolorosos de todo el sol; una vez se haya instalado en el corazón, los torrentes de fuego desprendidos del sol no lograrán subir a la superficie de ese centro ígneo que late torpemente.

Si fuéramos capaces de imaginarnos eso, habríamos conocido las primeras etapas de las presensaciones de Lippánchenko, que se hallaba en el umbral entre dos habitaciones.

LAS CUCARACHAS

Lippánchenko se detuvo con la vela en la mano: con él se detuvieron las bandadas de sombras; el obeso de sombra (el alma de Lippánchenko) colgaba del techo cabeza abajo; pero Lippánchenko no mostró interés por su propia sombra. A él le interesaban unos susurros que no tenían nada de enigmáticos.

Le daban asco las cucarachas; ahora, susurrantes, corrían hacia sus rendijas,

sorprendidas por la luz de la vela.

Lippánchenko se puso furioso.

Fue pisando fuerte hacia un rincón: en busca del cepillo.

Dejó la vela en el suelo; cepillo en mano se subió a una silla, y su cuerpo pesado rebasó los márgenes de la silla; reventaban del esfuerzo los vasos, se erizaron sus pelos; con el extremo cerdoso del cepillo perseguía a los puñados: que escapaban por el techo, por la pared:

—Ocho... Diez... Once —caían las manchas crujiendo al suelo.

Todos los días, antes de acostarse, aplastaba cucarachas. Cuando tenía espachurrado un montón se iba a dormir.

Entró en el pequeño dormitorio, cerró la puerta con llave, miró debajo de la cama (desde hacía algún tiempo aquella costumbre era un hábito suyo); colocó ante sí la vela goteante.

Se desvistió.

Ahora estaba sentado sobre la cama, velludo y desnudo, con las piernas separadas; unas formas redondeadas femeninoides destacaron en el pecho velludo.

Lippánchenko dormía desnudo.

A un lado de la vela, entre la pared de la ventana y el pequeño armario, en una oscura hornacina de sombra, — la caprichosa silueta de los pantalones allí colgados; Lippánchenko había cambiado varias veces de sitio los pantalones; y siempre resultaba algo semejante a un hombre que miraba desde allí.

Sopló la vela, la silueta tembló y se hizo más precisa; Lippánchenko estiró la mano para alcanzar la cortina de la ventana; el hule susurró al separarse: y la habitación brilló con la luminiscencia del bronce: un disco de estaño blanco entre las nubes irrumpió en la habitación y...

Recortándose sobre la pared verde, como de caparrosa — apareció una figurilla, con un gabancete; sonreía con unos labios blancos de payaso. Lippánchenko, estremeciendo la barriga y los senos, se estrelló contra la puerta (olvidó que la había cerrado); un chorro hirviente le bajó por la espalda desnuda desde los omoplatos al trasero; cuando caía comprendió: le abrían la espalda (así se abre la piel sin vello del lechón frío con mostaza); apenas experimentó eso, sintió cómo un chorro hirviente le fluía por debajo del ombligo.

De allí salió un silbido; y pensó — alguien, que eran los gases (le habían abierto la barriga en canal); inclinó la cabeza sobre la barriga sacudida por convulsiones, se deslizó, sintiendo cómo unos chorros viscosos escurrían por la barriga a la sábana.

Esta fue su última impresión consciente de la cotidiana realidad; la conciencia se dilataba; la monstruosa periferia de la conciencia succionaba planetas; los percibía como órganos mutuamente separados, el sol flotaba en las dilataciones del corazón; y la espina dorsal se caldeaba al contacto con las masas de Saturno; de la barriga brotó un volcán.

El cuerpo parecía absurdamente sentado, con la cabeza reclinada sobre el pecho y

con los ojos fijos en la barriga abierta; de pronto cayó de vientre sobre la sábana; el brazo colgó sobre la alfombra ensangrentada, a la luz de la luna ofrecía un matiz de lana rojiza; la cabeza con la mandíbula desprendida se reclinó hacia la puerta; miraba a la puerta con la pupila sin pestañear; en el blanco de la sábana destacaba la huella de cinco dedos ensangrentados; y asomaba un pie gordo.

Cuando entraron por la mañana Lippánchenko ya no estaba; en su lugar había un charco de sangre; había un cadáver; y una figurilla que reía con la cara blanca; el hombre con un bigotito, retorcido; extraño: estaba sentado a horcajadas del muerto; en la mano apretaba unas tijeras; extendía el brazo y por su cara —por la nariz y los labios— trepaba la mancha de una cucaracha.

FIN DEL CAPÍTULO SÉPTIMO

CAPÍTULO OCTAVO

y último

Desfila ante mí el pasado.
Hace poco tan convulso,
agitado como el mar.
Ahora en reposo y mudo:
pocos nombres conserva el recuerdo,
pocas palabras retiene el oído.

A. PUSHKIN

PERO ANTES...

¡Esas veinticuatro horas!

— en estas veinticuatro horas los relatos se dilataron y desparramaron los espacios espirituales; en los espacios espirituales se extravió la mirada del autor.

Los juegos cerebrales, plúmbeos, se desplazaban lentamente por un campo visual cerrado, por un círculo que habíamos trazado cuidadosamente nosotros mismos.

— ¡en esas veinticuatro horas!...

La noticia del retorno de Anna Petrovna surgió de algún sitio. Olvidábamos que Anna Petrovna había vuelto.

¡Esas veinticuatro horas!...

Veinticuatro horas es un concepto relativo, donde el instante

— es decir, la medida mínima de un acontecimiento espiritual, puede ser una hora, o un cero: las vivencias del alma aumentan o cesan: en un instante.

El regreso de Anna Petrovna es un acontecimiento enorme; nosotros, el autor, habíamos olvidado a Anna Petrovna; y, como ocurre en tales casos, también los protagonistas de la novela se olvidaron de Anna Petrovna.

Pues, bien...

Anna Petrovna estaba de vuelta; pero ella no sospechaba qué estaba ocurriendo: sólo le preocupaba una cosa: no recibía mensajes, no llegaban los botones; ni Nikolai Apolónovich, ni Apolón Apolónovich habían dedicado atención al acontecimiento.

Un hotel de gran lujo la tenía encerrada en su pequeña habitación; Anna Petrovna permanecía horas enteras sentada en una silla y con la mirada fija en las insolentes manchas del empapelado; desviaba los ojos hacia la ventana; la ventana daba a una pared de color aceitunado, en la que en lugar del cielo se veía humo; sólo por una ventana en diagonal se veía una pila de platos sucios y una palangana.

Ella llamaba y aparecía una camarera pizpireta.

Y Anna Petrovna pedía:

—Thé complet.

Aparecía un camarero de frac negro, almidonado, con corbata brillante — portando una enorme bandeja, que apoyaba en la palma de la mano y en el hombro; él miraba de reojo la habitación, el traje de hechura descuidada, los trapos de España, tirados sobre la cama doble, la deteriorada maletita; arrancaba del hombro la enorme bandeja: y posaba el «thé complet». Y se retiraba.

Y nadie, nada: las mismas carcajadas, el alboroto en la habitación contigua; el coloquio de dos camareras en el pasillo; dirigía la vista a la ventana; la ventana daba a una pared de color aceitunado, donde en lugar del cielo había humo

—(de pronto se oyó un golpe en la puerta; y Anna Petrovna azorada derramó su té sobre la servilleta de la bandeja)

—allí, en la ventana en diagonal se veían pilas de servilletas sucias y una palangana.

Una camarera le entregó una tarjeta de visita; Anna Petrovna se levantó de la mesa; su primer gesto fue un rápido movimiento de la mano para arreglar el cabello.

—¿Dónde está él?

—En el pasillo.

—Hágale pasar.

Se oía el alboroto de la habitación contigua, el coloquio de dos camareras en el pasillo; y unos pasos que se aproximaban rápidos a la puerta; Apolón Apolónovich Ableújov antes de traspasar el umbral, intentó orientarse en la penumbra; primero vio la pared de color aceitunado tras la ventana; y humo en lugar del cielo; en la ventana diagonal se veía una pila de platos sucios, una palangana.

Primero saltó a su vista el pobre mueblaje de la habitación; ¿cómo podía haber una habitación así en un hotel de lujo?

¿Qué tenía de particular? No debe extrañarnos; en todos los hoteles de primera categoría de las capitales hay habitaciones como aquella. Sí, sí: «Hôtel de premier ordre, depuis 3 francs». ¡Apiádese Dios de nosotros!

La cama, una mesa, una silla; sobre la cama el bolso, correas, un abanico de encaje negro, una jarra de cristal veneciano tallado, boca abajo, imagínense, dentro de una media (de pura seda), un ovillo de retales de color limón, todo aquello eran recuerdos de Granada y de Toledo;

—ella no había recibido los tres mil rublos de plata, que le giraron hacía poco a Granada — una dama de su *posición* se avergonzaba de llevar consigo aquellos viejos trapos.

Apareció su silueta; a él se le encogió el corazón: sentada en la silla

—no ¡no estaba sentada!, vio a Anna Petrovna más pequeña, más gruesa, canosa; lo primero que él advirtió fue la doble papada que asomaba por el escote; y el vientre abultado; en la cara que fue bella dos ojos llenos a rebosar de añil, brillaban como antes.

Apolón Apolónovich sobaba el sombrero en la mano; pasó la mirada por la habitación, en la que estaban desparramados — las correas, el abanico de encaje negro, la media, el ovillo de retales de un color limón muy amarillo, españoles.

Los dos años y medio le habían cambiado a él; hacía dos años y medio ella vio ante sí una cara tallada en piedra inclinada sobre la mesa de nácar (durante su última conversación); ahora su rostro carecía totalmente de rasgos.

Hacía dos años y medio Apolón Apolónovich era un anciano, pero... había en él... algo que está por encima de los años; tenía aspecto de marido. ¿Ahora? ¿Qué había sido de la férrea voluntad, de la pétrea mirada? Ahora destacaba sobre todo lo demás el anciano: asombraba su delgadez; asombraban su espalda encorvada, el temblor de la barbilla y de los dedos y el color del abrigo: cuando ella estaba, él jamás se había hecho un abrigo de aquel color.

Por fin Apolón Apolónovich levantó la cabeza y dijo inseguro:

—¡Anna Petrovna!

Se despejaron los rasgos de ella, todo su ser se lanzó hacia él; pero ella no se movió del sitio.

Apolón Apolónovich corrió a su encuentro — con el abrigo y el sombrero en la mano; la superficie del enorme cráneo, lisa como una rodilla, y las dos orejas abultadas recordaban algo; los labios rozaron la mano.

Cuando volvió a estirarse, la figurita ante ella destacaba por los pantaloncitos, el gabancete y las arruguitas; los dos ojos saltones ya no parecían de piedra.

Apolón Apolónovich buscaba las palabras.

—Ve... —pensó y acabó—: rá usted...

—¿...?

—He venido a formularle mis respetos...

Y Anna Petrovna captó una mirada desconcertada, suave, cariñosa — de color añil.

—Aquí...

—Pronto estallará una huelga...

SE AGITABA SOBRE UNA PILA DE OBJETOS

La puerta de entrada se abrió de par en par.

Nikolai Apolónovich apareció en el vestíbulo, del que había huido tan apresuradamente; en las paredes rebrillaba la panoplia con viejas armas: se cubrían de orín las espadas; allí las alabardas inclinadas, Nikolai Apolónovich parecía fuera de sí; con un movimiento brusco de la mano se arrancó el sombrero de ala italiana; secas y gélidas aparecieron ahora las líneas de la cara blanca, semejante a un icono, cuando por un instante quedó pensativo, lanzando la mirada allí, donde bajo el escudo cubierto de cardenillo brilló el yelmo lituano y centelleó la empuñadura de una

espada de hombre de armas.

Enrojeció; con la capa arrugada, renqueante, subió rápidamente los peldaños de la escalera alfombrada; se asfixiaba; un temblor febril recorría su cuerpo: era la consecuencia de haber permanecido bajo la lluvia; tenía un girón en la rodilla del pie del que cojeaba y el desgarrón aleteaba de una manera muy cómica; entre el faldón entero y el rasgado brincaba la trinchá; Nikolai Apolónovich parecía cojo, jorobado y rabudo; subió a toda velocidad la escalera de suave pendiente, con la pelambreira de lino rubio alborotada — ante la pared, en la que se entrecruzaron el cachorrillo y la maza.

Entró demudado en su habitación abigarrado: los periquitos verdes gritaron desesperadamente y aletearon en la jaula; el grito le obligó a interrumpir su carrera; por un instante miró fijo ante sí; y vio: a un abigarrado leopardo a sus pies con las fauces abiertas; hurgó en los bolsillos (buscaba la llave del cajón de la mesa).

—¿Eh?

—Diablos...

—¿La habré perdido?

Recorrió desorientado la habitación, en busca de la pérfida llave olvidada, revolvió los muebles, agarró el dorado narguile tripoidal y mientras, murmuraba para sus adentros: «Nikolai Apolónovich», igual que Apolón Apolónovich solía hablar consigo mismo.

Pasó a la habitación contigua, al escritorio, tropezó con el escabel árabe y lo volcó, se asombró al comprobar que la mesa no estaba cerrada; y sobresalía con perfidia un cajón; estaba a medio cerrar; se le cayó el alma a los pies: ¡cómo pudo olvidarse de cerrarlo! Tiró del cajón... Y-y-y...

¡No, que no!

En el cajón se apilaban en desorden los objetos: el retrato de medio cuerpo; pero la caja de sardinas no estaba; sobresalían los rasgos de un rostro de ojos ennegrecidos: por las pupilas dilatadas; Nikolai Apolónovich se detuvo entre la butaca y un busto: huelga decir que de Kant.

Sacó el cajón; estaban en orden los legajos de cartas, los papeles; lo volcó todo sobre la mesa; pero... la lata de sardinas no estaba...; Se le doblaron las rodillas; con su capa italiana, los chanclos puestos, — cayó de rodillas, su cabeza enfebrecida se hundió en las manos húmedas; así permaneció inmóvil: la maraña de pelo aparecía extrañamente inmóvil, como una mancha en la semipenumbra de la habitación.

¡De pronto se incorporó! ¡Se lanzó hacia el armario! Se abrió el armario; y rodaron por la alfombra objetos: la lata de sardinas no estaba; recorrió como un torbellino la habitación, la celeridad de sus movimientos recordaba a su egregio padre; era una broma del destino; de la cama (allí estuvo hurgando debajo de las almohadas) pasó a la chimenea; se manchó todas las manos; buscó en las baldas inferiores de la librería; metió las manos entre los libros; muchos tomos cayeron con ruido de hojas.

La lata de sardinas no estaba.

La cara tiznada de ceniza y de polvo se mecía alocadamente sobre una pila de objetos amontonados, removidos por unos dedos largos de araña que se agitaban en las manos; las manos asomaban de la capa italiana y palpaban el suelo; temblando y sudoroso, cualquiera lo hubiera comparado a una araña panzuda, devoradora de moscas; era como cuando el observador rasga la finísima telaraña y ve este espectáculo: el enorme bicho importunado, desciende trepidante del techo, toca el suelo y echa a correr.

Nikolai Apolónovich fue sorprendido:

—¡Nikolai Apolónovich!...

Nikolai Apolónovich, en cuclillas, se volvió; al ver a Semiónich, cubrió con la capa la pila de objetos; recordaba una clueca empollando los huevos:

—Permítame que le diga...

—¡Ve usted que estoy ocupado!

Dilató la boca hasta las orejas y todo él recordó la cabeza del leopardo que se extendía con la boca abierta en el suelo:

—Estoy ordenando los libros.

Y Nikolai Apolónovich se incorporó automáticamente: tenía la cara manchada de ceniza y polvo; como un rayo se encendió en su cara el rubor, y Nikolai Apolónovich ofrecía un aspecto ridículo, — con su levita estudiantil de un solo faldón — y la trinchera asomando.

—¿Mamá? ¿Anna Petrovna?

—Está con Apolón Apolónovich, allí: en el salón... Acaban de llegar...

Hacía muy poco en esta habitación Nikolai Apolónovich se iba transformando en un centro abandonado a su propia suerte, en una sucesión de premisas lógicas emanantes de ese centro, y que predeterminaban todo: el espíritu, el pensamiento y hasta esa misma butaca; hacía muy poco él era aquí el único centro del universo; pero diez días después su autoconciencia se hallaba penosamente enredada en la pila de objetos; así, la mosca libre, al recorrer el borde del plato sobre sus seis patas, queda de pronto irremediamente atrapada con las patas y las alas en la pegajosa viscosidad de la miel.

—Eh, Semiónich, Semiónich, escúcheme —Nikolai Apolónovich apareció zarandillo en la puerta; para dar alcance a Semiónich brincó sobre el escabel volcado y agarró de la manga al viejo (¡qué dedos más tenaces!).

—¿Ha visto usted aquí — es que, verá... —farfulló mientras se agachaba y apartaba al viejo de la puerta del pasillo— he olvidado... ¿No ha visto usted un objeto así? Aquí, en el despacho... Un objeto así: un juguete...

—¿Un juguete, señor?

—Sí, un juguete para niños... una lata de sardinas...

—¿Una lata de sardinas?

—Sí, un juguete (en forma de lata de sardinas) —que pesa mucho, de cuerda: con un relojito que hace tic-tac... lo puse aquí: el juguete...

Semiónich se volvió lentamente, recuperó la manga de los dedos que la prendían y por un instante puso la mirada en la pared (en la pared colgaba un escudo africano: de piel de un rinoceronte hacía mucho abatido), y, después de meditarlo, le cortó desconsideradamente:

—¡No!

No dijo «no, señor»: simplemente, «no»...

—Pues yo había creído...

Para que veas: en la familia hay bienestar, alegría; el propio señor está en la gloria, es todo un *menistro*... Y éste: a vueltas con la lata de sardinas... pesada... con cuerda... ¡un juguete!: ¡Y el faldón roto!...

—Si me permite, voy a anunciar que sale.

—Voy al instante, al instante...

Y la puerta se cerró: Nikolai Apolónovich estaba allí, sin comprender dónde se hallaba, — ante el escabel volcado, ante el narguile; en la pared de enfrente colgaba un escudo, africano, de cuero negruzco de un rinoceronte abatido, de un costado del cual pendía una flecha herrumbrosa del Sudán.

Sin comprender lo que hacía, se apresuró a cambiar la levita delatora por una levita nueva; pero antes se lavó las manos y la cara tiznadas; mientras se lavaba y vestía, no cesaba de repetir:

—¿Pero cómo puede ser, cómo puede pasar?... ¿Dónde la habré metido?...

Nikolai Apolónovich no se hacía aún una idea cabal de su terrible situación con la casual desaparición de la lata de sardinas; afortunadamente para él, aún no comprendía el alcance de ese hecho: *en su ausencia habían entrado en su habitación, habían descubierto la lata de horrible contenido y se la habían llevado precavidamente.*

LOS LACAYOS QUEDARON SORPRENDIDOS

Allí se levantaban casas exactamente iguales, y por allí pasaban los torrentes humanos de gris uniformidad, y allí se extendía la misma niebla verdeamarilla; pasaban allí caras ensimismadas; las aceras susurraban, y chancleteaban — bajo la pandilla de moles de piedra — las casas; a su encuentro venía una avenida tras otra; y la superficie esférica del planeta parecía ceñida, como por anillos de serpiente, por los cubos negruzcos de las casas; y la malla de avenidas paralelas se prolongaba hacia los abismos siderales con las superficies de los cuadrados y cubos: un cuadrado por habitante.

Apolón Apolónovich no contemplaba los cuadrados, su figura predilecta; no se extasiaba involuntariamente observando los paralelepípedos y cubos de ladrillo; bamboleándose en el mullido asiento de un coche de alquiler, miraba emocionado a

Anna Petrovna, a la que él mismo llevaba — a la casa lacada; su diálogo mientras tomaban el té en la habitación quedó en el mayor secreto; después de aquella conversación decidieron: al día siguiente Anna Petrovna se instalaría en la casa del Malecón; hoy Apolón Apolónovich llevaba a Anna Petrovna a ver a su hijo.

Anna Petrovna se sentía cohibida.

En el coche no hablaban; Anna Petrovna miraba por la ventanilla: hacía dos años y medio que no veía aquellas grises avenidas; allí, tras la ventanilla, se divisaba la numeración de las casas; y transcurría la circulación; allí, de allí, en los días diáfanos, en la remota lejanía, brillaban, cegadores, la aguja dorada, las nubes, los rayos arrebolados del ocaso; allí, en los días de niebla — nadie, nada.

Apolón Apolónovich, circunscrito dentro del cubo, se recostó con evidente complacencia en las paredes del coche; paseaba la vista; en ocasiones Anna Petrovna captaba su mirada desconcertada y perpleja — una mirada suave, de un azul puro, de niño y hasta ingenua (¿habría caído en el infantilismo?).

—He oído, Apolón Apolónovich, que se habla de usted como de futuro ministro.

Apolón Apolónovich le interrumpió:

—¿De dónde viene usted ahora, Anna Petrovna?

—Pues vengo de Granada...

—Bien, bien, bien... Se sonó y agregó: —Es que, verá, las cuestiones de trabajo, verá, hay algún problema...

¿Qué ocurría? Sintió él en su mano una mano cálida: le había acariciado la mano... Hum-hum-hum: Apolón Apolónovich quedó desconcertado, cohibido y hasta le produjo sorpresa, incluso desazón... Hum-hum: hacía quince años que no le trataban así... Le había acariciado... Francamente, él no lo esperaba de una señora... hum-hum... (Apolón Apolónovich durante estos dos años y medio había tenido a aquella mujer por una... mujer... de ligeras... costumbres...).

—He solicitado la jubilación...

¡Carreras, fragor de coches traqueteantes! ¡Melódicos clamores de bocinas de automóvil! ¡Y una ronda de policías!...

Allí, donde sólo se extendía el vaho de un gris pálido, primero apareció desdibujada la catedral de San Isaac, un manchón negruzco... Y volvió a desaparecer en la niebla. Y se abrió la vastedad, la profundidad, la bruma verdinosa, hacia donde se perdía un puente negruzco, donde la niebla opacó las frías vastedades de múltiples chimeneas y de donde avanzaba una oleada de nubes.

¡Los lacayos quedaron sorprendidos!

Así lo contaba el recadero Grishka, que hacía guardia a la entrada:

—Estoy sentado, echando cuentas de la fiesta del Manto de la Virgen hasta la Navidad... Resulta... De la Natividad de la Virgen hasta San Nicolás...

—¡Explícate de una vez, tú, Manto de la Virgen!

—Así que, echo cuentas...; y en esto que llegan; me voy hacia la puerta. Abro la

puerta: ¡qué veo!, a ver si me entiendes. El señor, en un coche de alquiler; la señora de edad avanzada con una trinchera barata.

—Que no se dice trinchera, demonio: que las mujeres no llevan trinchera.

—Bueno, con abrigo. El señor se bajó; le dio la mano a la señora: le ayudaba como un caballero.

—Mira, tú...

—También es...

—Llevaban como dos años sin verse —se oyeron voces en torno.

—Bueno, pues la señora se baja del coche; pero la señora no tiene buen aspecto que se diga; se agarra del cuello; y los guantes los lleva con agujeros; a lo mejor es que en España no zurcen los guantes.

—¡Está bien!...

—Nuestro señor, Apolón Apolónovich, con los humos rebajados: se paró junto al coche, en medio de un charco y bajo la lluvia. — ¡Si no lo veo, no lo creo! Y cuando la señora se cargó de su brazo al señor a poco le derrenga. ¡Me imagino lo que es sostener a una mujer tan pesada!

—¡Anda, déjate de bobadas!

—No digo más; para qué hablar... ¡Aquí Mitri Semiónich lo sabe bien!

—¿Y qué tal?

—Está más vieja... Al principio no la conocí, después sí la reconocí, porque me acordaba de cuando me daba dulces.

¡Así era!

Anna Petrovna y Apolón Apolónovich habían quedado conmocionados después de las explicaciones; entraron en la casa lacada sin revelar sus sentimientos; Apolón Apolónovich comenzó a sonarse... bajo la herrumbrosa alabarda, a resoplar entre las patillas. Anna Petrovna correspondió benévola a los saludos de los lacayos; abrazó a Semiónich; se la vio como si quisiera llorar, pero... pero no sacó el pañuelo.

Apolón Apolónovich mantenía un tono de indiferencia: ¡aquí no ha pasado nada! Todo va bien.

Estaba allí un lacayo; que recordaba cómo la señora había emprendido su viaje al extranjero: con un maletín en la mano; la víspera de salir ella se encerró en la habitación para que no entrara el señor: en la habitación estaba *aquel tipo de bigote*; ¿cómo se llamaba, hombre? Amigdalini, que solía cantar: «Tra-la-la...» Y que no daba propinas.

El salón; aquí la estufa se encendía sólo de tarde en tarde; Apolón Apolónovich pasaba la mayor parte del tiempo en su despacho; ahora pensó que ya no estaba solo: aquí pasearía él... con Anna Petrovna, pisando los sonoros cuadrados barnizados del suelo.

Apolón Apolónovich pocas veces paseó con Nikolai Apolónovich: ¡casi nunca!

Doblando el brazo recorrió con ella el salón; al poco Anna Petrovna le detuvo

para llamarle la atención sobre una pintura pálida:

—¿Recuerda, Apolón Apolónovich, este fresco?

—¡Cómo no!

—¿Dónde?

El recordó una laguna brumosa, un aria que gemía a lo lejos: haría de ello unos treinta años. También a ella le embargaron los recuerdos; se desdoblaron: hacía de ello unos treinta años; y Kólenka...

—Kólenka...

Entraron en la sala; saltaron a la vista los aparadores con objetos de porcelana y las hojitas de las incrustaciones de nácar y bronce.

—Pues Kólenka, bien... vive bien... a su manera —y se hizo a un costado.

—¿Por qué no vino a verme?

—El, Anna Petrovna... mme-emme... por su parte estaba, muy-muy —se aturulló el señor, sacó un pañuelo: se sonó un largo rato.

—Se alegró mucho.

Guardaron silencio. La cabeza calva se movió bajo el bronce zancudo.

Al timbre acudió Semiónich:

—¿Está Nikolai Apolónovich en casa?

—Sí, señor...

—Mm... oiga, ¡dígame que Anna Petrovna está aquí!

—¿No sería mejor que nosotros fuéramos a su habitación? —se azoró Anna Petrovna, pero Apolón Apolónovich se volvió hacia Semiónich y la interrumpió:

—Me-emme... Semiónich: oiga qué le digo...

—¡Dígame, señor!...

—La esposa del caldeo, me parece que tiene que ser.

—Caldea, señor...

—¡No, caldera! ...

—Je-je-je...

—Kólenka se comporta, no se asuste, se comporta, pero no se asuste, de manera extraña...

—¿...?

Los espejos dorados en los entrepaños engullían el salón con las superficies de cristal.

—Kólenka se ha vuelto reservado... ejem... ejem —al toser Apolón Apolónovich tamborileó en la mesa; recordó algo, —frunció el ceño, comenzó a frotarse el entrecejo; pero se recuperó rápidamente, y con una alegría exagerada exclamó:

—Pero, bueno, no es nada... Tonterías.

Nikolai Apolónovich, venciendo el fuerte dolor en el tibial posterior (se había hecho daño), — recorrió cojeando el pasillo.

Un torbellino de ideas y de sentidos le embargaban; aunque más bien era un torbellino de contrasentidos, si el torbellino que giraba en la cabeza de Ableújov fuera frenado por un instante, los contrasentidos habrían quedado transformados en ideas.

En estas: —

La idea acerca de su horrible situación; la terrible situación surgía ahora (al extraviarse la lata de sardinas); la lata de sardinas, es decir, la bomba — se había perdido: alguien se había llevado la bomba, y le detendrían; pero eso no era lo más importante: la bomba se la había llevado el mismo Apolón Apolónovich; se la llevó en el preciso momento en que él había decidido arreglar todas sus cuentas con la bomba; y su padre lo sabía todo.

¿Qué significaba ese *todo*? No había nada. No existía un plan de asesinato; Nikolai Apolónovich lo negaba enérgicamente: lo del plan era una vil calumnia.

Quedaba el hecho de la bomba como tal.

Pero si el padre le llamaba, si la madre estaba aquí — es que él no sabía nada, no podía saberlo: él no había sacado la bomba de la habitación... ¿Los lacayos?... si hubieran sido ellos, todo se habría descubierto hacía tiempo. Pero nadie decía nada. No, lo de la bomba no lo sabían. Entonces, ¿dónde se encontraba la bomba, dónde? ¿Estaba seguro de que la había guardado en aquella mesa? Por casualidad ¿no la habría puesto debajo de la alfombra maquinalmente?

Cosas así ya le habían sucedido otras veces.

De todas formas, dentro de una semana como máximo la bomba aparecería por sí sola... Aunque, no: hoy mismo ella revelaría su presencia — con un terrible estruendo (los Ableújov no soportaban los estruendos).

Estallaría tal vez bajo la alfombra, bajo la almohada, en un estante, tenía que encontrar la bomba; pero no había tiempo para buscarla: Anna Petrovna estaba en casa.

Ay, qué lío: giraban los torbellinos de ideas con rapidez extrahumana y zumbaban en los oídos de forma que no le quedaban ideas.

Y con ese hervidero mental, Nikolai Apolónovich echó a correr, cargando el cuerpo sobre la pierna derecha, en la que le dolía el tibial posterior.

LA MADRE

Lo primero que vio fue... fue... ¡Para qué palabras! : la cara de la madre envejecida, le temblaban las manos (a la luz de los faroles dorados que acababan de encenderse tras las ventanas).

—¡Kólenka, hijo mío, querido mío!

No pudo contenerse: se lanzó todo él a su encuentro:

—Eres tú, pequeño mío...

No pudo contenerse: se arrodilló ante ella, la abrazó; se recostó sobre las rodillas de ella, y estalló en sollozos convulsivos, ¡quién sabe por qué! : se estremecían sus anchos hombros (en estos últimos años él no había recibido cariño de nadie):

—Eres tú, mamá...

Y lloraba.

Apolón Apolónovich se mantenía en la penumbra de una hornacina; tocaba con los dedos una estatuilla de porcelana — un chino: el chino asentía con la cabeza; Apolón Apolónovich salió de la penumbra de la hornacina; carraspeó suavemente; avanzó a pasos breves, e inesperadamente dijo, con voz baja:

—¡Sosegaos, queridos!

Francamente, él no sospechaba que hubiera tales sentimientos en su hijo frío, reservado, cuando en estos dos años en su cara no había visto más que muecas; la boca rasgada hasta las orejas y la mirada — clavada en el suelo; preocupado, Apolón Apolónovich salió del salón — en busca de algo.

—Eres tú, mamá...

—Hijo mío, querido.

Se repuso al contacto de unos dedos sobre su mano:

—Anda, Kólenka, toma un sorbo de agua.

Y cuando levantó de las rodillas su cara arrasada en lágrimas, vio la mirada infantil de un anciano de sesenta y ocho años: Apolón Apolónovich estaba allí con su chaquetita, ofreciéndole un vaso de agua; le bailoteaban los dedos, y no tanto daba palmadas como intentaba dar palmadas en la espalda, los hombros, las mejillas de Nikolai Apolónovich; de pronto, acarició sus cabellos rubios como el lino. Anna Petrovna sonreía, y con la mano arreglaba sin motivo el cuello.

Nikolai Apolónovich se levantó del suelo:

—Perdóname, mamá: es que me he...

—Ahora...

Bebió un sorbo de agua.

Apolón Apolónovich colocó el vaso sobre la mesa de nácar; de pronto, rió con risa senil, como los niños ríen las travesuras de un mayor.

—Bien...

Nikolai Apolónovich permanecía ante el espejo coronado por el ala de un Cupido de mejillas doradas: bajo el Cupido, los laureles y rosales atravesaban las llamas macizas de las antorchas; pero le saltó a la memoria: ¡la lata de sardinas! ...

Se quebró su ímpetu:

—Ahora... En seguida vuelvo...

—¿Qué te pasa, hijo mío?

—Déjele, Anna Petrovna... Te aconsejo, Kólenka, permanecer a solas... unos cinco minutos... Sí, así... y luego vuelves...

Y subrayando ligeramente la recién revelada emoción, Nikolai Apolónovich se tambaleó y ocultó teatralmente la cara entre las manos: y su cabello se marchitó de manera tan extraña.

Así, tambaleante, salió.

—Sí, sí... Sinceramente, está desconocido... Esos... Esos, diríamos, sentimientos —y Apolón Apolónovich corrió: del espejo hacia el alféizar...—. Esas, esas... pasiones —y se pellizcó las patillas—. Muestran... —giró bruscamente, levantó la punta de los pies, balanceó sobre los tacones y recostó todo el cuerpo sobre la punta de los pies, que rápidamente volvieron a tocar el suelo—. Muestran... —cruzó las manos tras la espalda (por debajo de la chaquetita), agitó una mano tras la espalda (y la chaquetita rabeó), y parecía que Apolón Apolónovich corría por el salón meneando el rabo—: Muestran una autenticidad de sentimientos y, valga la expresión —se encogió de hombros—, buenas inclinaciones naturales... Yo de ninguna manera lo esperaba...

La tabaquera sobre la mesa acaparó rápidamente la atención del notable personaje; en un deseo de concederle una mayor simetría con respecto a la pequeña bandeja que también estaba sobre la mesa, Apolón Apolónovich se aproximó a la mesa y agarró... de la bandeja una tarjeta de visita, que volteó entre los dedos; en ese instante le vino una profunda idea, que se desplegaba en un laberinto huidizo de descubrimientos ajenos a la tarjeta. Pero Anna Petrovna, sentada en la butaca, observó:

—Yo siempre dije...

—Pues sabrás...

Apolón Apolónovich se levantó, pasó corriendo de la mesa al espejo:

—S-usted...

Y del espejo al rincón:

—Kólenka me ha asombrado: y tengo que reconocer que su actitud me ha devuelto el sosiego —arrugó la frente— en lo referente... en lo referente —retiró las manos de la espalda; tamborileó sobre la mesa con la mano:

—Bueno.

Cortó la frase:

—Nada.

Y adoptó un aire pensativo.

Y SONABA LA MÚSICA

Nikolai Apolónovich entró en su habitación; puso los ojos en el escabel árabe: los paseó por las incrustaciones de marfil y de nácar; se acercó lentamente a la ventana que ofrecía las vastedades: allí corría el río, y se balanceaba una barca; y rompía la ola; del salón, de lejos, un torrente de arpegios llenó el silencio; así sonaban antes: al son de aquellas melodías él solía conciliar el sueño.

Nikolai Apolónovich se puso a recapacitar amargamente sobre la pila de objetos: —¿Dónde está eso?... ¿Cómo puede ser eso?... Pero, bueno, ¿dónde la habré metido?

No lograba recordarlo.

Y sombras, sombras: verdeaban allí sillones de sombras; y de las sombras destacaba un busto: naturalmente, de Kant.

Sólo en ese instante descubrió un papel doblado en cuatro pliegues; las visitas en ausencia del dueño dejaban una nota sobre la mesa; maquinalmente tomó la hoja; vio una letra conocida, de Lijutin. Había olvidado por completo que en su ausencia aquí había estado Lijutin: hurgando y buscando.

Removiéndolo todo en la habitación.

Se le escapó un suspiro de alivio. Todo quedaba aclarado: ¡Lijutin! Efectivamente, él había estado hurgando y rebuscando, hasta que dio con ella, y al dar con ella se la llevó; vio la mesa sin cerrar; rebuscó en la mesa, y le llamó la atención la lata de sardinas: por su peso y su aspecto, y por el mecanismo de relojería, el teniente se había llevado la lata de sardinas. De ello no cabía duda.

Se dejó caer con alivio en la butaca: un torrente de arpegios llenó el silencio; igual que antes, de allí llegaban los arpegios: haría de esto nueve años; y haría diez años tocaba a Chopin (no a Schumann) Anna Petrovna. Ahora le parecía que no había sucedido nada: todo tenía una explicación muy sencilla: el teniente Lijutin se había llevado la lata de sardinas (quién otro pudo ser, salvo que se admitiera que... — mas ¡para qué admitirlo!); Aleksandr Ivánovich se había encargado de todo lo demás (recordemos que a esas mismas horas Aleksandr Ivánovich tenía una explicación con el difunto Lippánchenko en la pequeña casa de campo); en suma, que no había sucedido nada.

Al otro lado de las ventanas, Petersburgo perseguía con el juego cerebral y con las lejanías plañideras; el viento húmedo y frío se lanzaba a empellones; se empañaban los nidos enormes de brillantes bajo el puente. Y nadie, nada.

Corría el río, se estrellaba la corriente, se balanceaba una lancha, y se oían arpegios.

LA SANDÍA ES UNA HORTALIZA...

Después de dos años y medio comían juntos.

Cantaba el cuco; un lacayo introdujo una sopera humeante; Anna Petrovna irradiaba satisfacción; Apolón Apolónovich... — por cierto: si hubieras visto aquella misma mañana, sin ir más lejos, a Apolón Apolónovich, un viejo achacoso, no le habrías reconocido en este varón sin edad, — recio, apuesto, que con movimiento desenvuelto manejaba la servilleta; comían la sopa; aquí una puerta lateral chirrió: Nikolai Apolónovich, ligeramente empolvado, rasurado, pulcro, entró renqueante y se unió a la familia, vistiendo uniforme de estudiante, de un cuello muy alto (que

recordaba aquellos cuellos de los viejos tiempos de Alejandro III).

—Mon cher —Anna Petrovna, con ademán afectado, se llevó las lentes a la nariz —, observo que cojeas.

—¿Eh?... —Apolón Apolónovich lanzó a Kólenka una mirada y cogió el pimentero—. Efectivamente —y comenzó a pimientar la sopa.

—Verás, *maman*; es que tropecé... Y me duele la rodilla...

—¿Y si te pusieras unos fomentos?

—Ah, Kólenka —Apolón Apolónovich se llevó la cuchara a la boca, miró de reojo—, los golpes en el tibial posterior no son para tomarlos en broma: tales golpes pueden derivar...

Y engulló la cucharada de sopa.

—Es el sentimiento materno —y Anna Petrovna agrandó sus ojazos de niña, recostando la cabeza en el cuello—; es asombroso: ya es todo un hombre y sigo desvelándome por él...

Naturalmente, fue pasada por alto su ausencia de dos años y medio sin preocuparse por Kólenka; Kólenka quedó relegado por un hombre de largos bigotes, con unos ojos como dos ciruelas pasas; al hombre ajeno allí en España ella le anudaba todos los días la corbata de seda color violeta y le purgaba con agua de Hunyadi-Janos.

—El instinto maternal, ¿te acuerdas cuando la disentería?...

—Efectivamente...

—Me parece que las consecuencias de la disentería —ahuecó la voz desde el plato Apolón Apolónovich— aún las sigues acusando, ¿cierto?

—Me permito decirle que... la fruta... sigue haciéndole mal —se escuchó la voz de Semiónich; él no servía a la mesa, pero observaba desde la puerta.

—¡La fruta! —dijo, con voz de bajo, Apolón Apolónovich, y de pronto se volvió con todo el cuerpo hacia Semiónich.

—La fruta —mascó los labios él.

El lacayo que servía (no Semiónich) sonrió de antemano como si quisiera advertir a todo el mundo:

—¡Veréis la que se va a armar!

—Dígame, Semiónich, ¿la sandía es una fruta?

—La sandía, excelencia, no es una fruta, es una hortaliza.

Pero Apolón Apolónovich se volvió con todo el cuerpo y soltó —¡vaya, vaya!— esta quarteta improvisada:

Al parecer, a Semiónich,
ese viejo monigote,
se le ocurrió tal idea
cuando rascaba el cogote.

Después de comer solía pasear por el gran salón sumergido en la penumbra: apenas alumbrado por la luna y por los destellos de los faroles; también hoy paseaba midiendo las tarimas del suelo Apolón Apolónovich, y a su lado Nikolai Apolónovich; pasaban de la sombra a los encajes trazados por la luz de los faroles; pasaban del encaje claro a la sombra. Con una inhabitual dulzura, inclinando mucho la cabeza, Apolón Apolónovich hablaba un poco para el hijo y un poco para sí mismo:

—Sabe — sabes: el hombre de Estado se halla en una posición difícil.

Daban la vuelta.

—Les tengo dicho a todos ellos: ¡no! Favorecer la importación de máquinas gavilladoras americanas no es cosa baladí; en ello hay más humanismo que en los más extensos discursos... El derecho constitucional nos enseña...

Retornaban por los sonoros cuadrados del parquet; pasaban de la sombra al brillo lunar de las jambas.

—Por lo tanto, estamos necesitados de principios humanitarios; el humanismo es una gran empresa, en aras de la cual padecieron pensadores tales como Bruno, como...

Así estuvieron paseando un largo rato.

Apolón Apolónovich hablaba con voz muy cascada; en ocasiones sujetaba al hijo, con dos dedos: por el botón del uniforme, arrimaba los labios a su oreja.

—Esos, Kólenka, no son más que unos charlatanes; ¡tanto hablar de humanismo...! En las gavilladoras hay humanismo: ¡necesitamos las gavilladoras! ...

Con la mano libre rodeó el talle fino del hijo, atrayéndole hacia la ventana — a un rincón; borbotaba y movía la cabeza; a él no le tomaban en consideración, a él ya no le necesitaban:

—¿Sabes? ¡Soy víctima de un enjuague!

Nikolai Apolónovich no daba crédito a lo que pasaba: todo había ocurrido de manera natural — sin explicaciones, sin borrascas, sin confesiones: ese susurro en un rincón, ese cariño paternal...

¿Por qué, entonces, en todos estos años él...?

—Pues bien, Kólenka, amiguito, te hablaré con toda sinceridad...

—¿Qué es lo que pasa? No entiendo...

Ante las ventanas cruzó estridente el silbido demencial de un barquito; el fanal llameante, de popa, era arrastrado como al sesgo a la niebla; y los anillos de rubí se dilataban. Así, con dulzura, la cabeza inclinada, Apolón Apolónovich hablaba un poco para el hijo, otro poco para sí mismo. Pasaban: de la sombra al encaje que dibujaba la luz del farol; pasaban: de este claro encaje a la sombra.

Apolón Apolónovich — pequeño, calvo y viejo — iluminado apenas por el resplandor de las brasas a punto de extinguirse, se puso a hacer un solitario sobre la mesa de nácar; llevaba dos años y medio sin hacer solitarios; así le recordaba Anna

Petrovna; hacía de aquello dos años y medio: antes de la fatídica conversación, la figurilla calva permanecía sentada ante aquella mesa y hacía aquel mismo solitario.

—Un diez...

—No, amigo, está bloqueado... En la primavera veréis qué propongo: ¿por qué no nos vamos a Proliótnoe? (Proliótnoe era una heredad de los Ableújov: Apolón Apolónovich no había estado en Proliótnoe hacía unos veinte años.)

Más allá de los hielos, de las nieves, de la línea dentada de los bosque, él, por una estúpida casualidad, estuvo a punto de helarse — haría de ello unos cincuenta años; en el instante de la congelación unos dedos yertos le acariciaron el corazón; la mano de hielo le solicitó; detrás de él corrían los años hacia la inmensidad; delante, la mano helada abría inmensidades; las inmensidades volaron a su encuentro. ¡La mano de hielo!

Ahora la mano se deshela.

Apolón Apolónovich, libre ya de su trabajo, recordó por primera vez las tristes lejanías provincianas, el humo de las aldeas; y una corneja; sintió deseos de ver el humo de las aldeas y una corneja.

—Vamos a Proliótnoe: allí hay tal abundancia de flores...

Anna Petrovna volvía a animarse y hablaba de la fascinante belleza de los palacios de la Alhambra, y, llevada por el entusiasmo, olvidaba la táctica inicial, así que en lugar de «yo» decía «nosotros»; «nosotros» significaba «yo» y Amigdalini (o Mantalini, tal vez).

—Llegamos por la mañana en un coche maravilloso, tirado por asnos; los asnos, Kolia, llevaban unos penachos así de grandes; y figúrese, Apolón Apolónovich, nos habituamos...

Apolón Apolónovich escuchaba y pasaba las cartas; lo abandonó: no llegó a terminar el solitario; se encorvó, se volvió cargado de hombros, alumbrado por la resplandeciente púrpura de las brasas; varias veces apoyó la mano en el brazo de la butaca imperio, en un ademán de levantarse; en el último momento pensaba que sería una descortesía; e interrumpiendo el torrente de palabras, caía en el sillón: bostezaba.

Finalmente dijo, con voz cariñosa:

—Sinceramente, me encuentro fatigado...

Y pasó del sillón a la mecedora.

Nikolai Apolónovich propuso a su madre acompañarla al hotel; al salir del salón él volvió todo el cuerpo hacia su padre; de la mecedora — vio (así le pareció) — le dirigía una mirada afligida; sí, Apolón Apolónovich, sentado en la mecedora, movía la mecedora con un balanceo de la cabeza y un movimiento del pie; fue la última impresión consciente; en rigor, no volvió a ver a su padre; pero en el mar, — en las montañas, en las ciudades, — en las salas esplendorosas de los famosos museos europeos — recordaba aquella mirada; y le parecía: Apolón Apolónovich se despedía conscientemente con un balanceo de la cabeza y un movimiento del pie: una cara vieja y el suave crujir de la mecedora; y— ¡la mirada, la mirada!

EL RELOJ

Acompañó a su madre al hotel; después se dirigió hacia el malecón del Moika; las ventanas del pequeño apartamento permanecían oscuras: los Lijutin estaban fuera; no le quedaba otro remedio: se fue a su casa.

Entró renqueando en su dormitorio; permaneció inmóvil un momento en la oscuridad: sombras, sombras y — el encaje de la luz de un farol; como de costumbre, se quitó el reloj, lo miró: eran las tres.

Y todo resurgió de nuevo.

Comprendió que sus temores no estaban superados; la seguridad que había sentido durante la noche, ahora se había esfumado; y todo se volvió inestable; quiso tomar bromuro, pero no había bromuro; quiso leer el *Apocalipsis*; no tenía el *Apocalipsis*; en ese instante llegó a su oído un sonido inquietante: tic-tac, tic-tac; se escuchaba muy suave: ¡la lata de sardinas!

Aquel pensamiento cobraba cuerpo.

No era eso lo que le atormentaba, le atormentaba otra cosa: aquello viejo, delirante, que había olvidado durante el día, y que reaparecía de noche.

—Pepp... Péppovich... Pepp...

Hinchándose hasta transformarse en una mole gigantesca, probablemente desde la cuarta dimensión, él penetraba en la Casa Amarilla; se extendía por las habitaciones; se adherían las superficies a su alma, y el alma se volvía superficie: de una enorme vejiga que se dilataba rápidamente hasta alcanzar la dimensión de la órbita de Saturno... Oh, oh: Nikolai Apolónovich se quedaba frío: los vientos azotaban su frente, y todo reventaba.

Nikolai Apolónovich se aproximaba al sonido impertinente: buscaba el lugar del sonido; haciendo crujir las botas se dirigía hacia la mesa y entonces lo impertinente se hacía más audible; pero ante la mesa desaparecía.

Tictaqueaba el reloj.

«Tic-tac», salía suavemente del rincón oscuro, y se desplazaba de la mesa al rincón; sombras y más sombras, y un silencio sepulcral...

Nikolai Apolónovich, jadeante, con la vela en la mano, irrumpía en la danza de las sombras; quería atrapar el sonido revoloteante (así los niños persiguen a una mariposa amarilla).

Tomó la dirección correcta; el extraño sonido se hacía más nítido, halló en seguida aquel punto, y el tic-tac sonó preciso: un instante más y lograría tapanlo (la mariposa no podía escapar).

¿Dónde, dónde, dónde?

Y cuando se puso a buscar más metódicamente el punto del que partía el sonido, inmediatamente halló aquel punto: lo encontró en su propio vientre; en efecto, una enorme pesadez lastraba su estómago.

Se vio ante la mesita de noche; y al nivel del vientre, en la superficie de la mesa,

tictaqueaba... el reloj que él mismo se había quitado; lo miró distraídamente: eran las cuatro.

Volvió a sus casillas (sí, sí — el teniente Lijutin se había llevado la maldita bomba); el sentimiento delirante desaparecía, y desaparecía la terrible pesadez en el estómago; se despojó del traje; desabrochó con deleite los almidones: el cuello, la camisa; se quitó los calzoncillos: de la pierna con la rodilla hinchada; y las piernas penetraron: en la sábana nivea; pero quedó pensativo, apoyado en la mano.

La vela se apagó.

El reloj seguía tictaqueando; la más absoluta oscuridad le rodeaba; y en la oscuridad el tictaqueo volvió a revolotear, como la mariposa que despega de la flor: aquí mismo; allí; y tictaqueaban las ideas; en distintos sitios del cuerpo congestionado — todos los pensamientos martilleaban como pulsaciones: en el cuello, en la garganta, en las manos, en las sienes; y hasta en el plexo solar.

Se separaban del cuerpo y se mantenían fuera del cuerpo: crearon alrededor de todo el cuerpo un halo consciente: de media vara; o — más; comprendió que no era él quien pensaba; es decir, que no pensaba el cerebro, sino aquel halo consciente que se formaba fuera del cerebro, palpitante; en el halo, todo, todo se transformaba en pensamientos pensantes: las pulsaciones y las proyecciones de las pulsaciones; sí, sí: en el globo ocular transcurría una vida agitada; aquí los simples puntos de la retina se volvían chispas; saltaron de sus órbitas al espacio, y danzaron en torno, formando fastidiosos cañutillos, un capullo enjambraba luces; de media vara; o — más; precisamente eso era la pulsación: la pulsación se inflamó.

—Tictaquea, tictaquea...

Pasó otra pulsación...

En su pensamiento resurgió la certeza que el cerebro rechazaba y combatía con obstinación: la lata de sardinas estaba aquí; sí, la lata de sardinas estaba aquí; por ella se desplazaba una aguja; la aguja ya estaba cansada de correr, y llegaría al punto fatídico (aquel punto estaba próximo)... Las pulsaciones lumínicas, revoloteantes, se desparramaron frenéticas, igual que se desparraman las chispas de la hoguera golpeada con una estaca — así se desparramaron; debajo de ellas se reveló un vacío inmaterial azul; el centro brillante de ese vacío penetró instantáneo la cabeza sudorosa del hombre allí mismo acostado, con sus luces agujeantes y temblorosas que recordaban una gigantesca araña, llegada de otros mundos, y — reflejándose en el cerebro: —

—y se oirán estruendos insoportables, que a ti tal vez no te dé tiempo a oírlos, porque antes de que te golpeen en el tímpano del oído ya tendrás reventado el tímpano (y algo más) —

—el vacío inmaterial azul desapareció, y con él el centro fulgurante instigado por los cañutillos luminosos; pero en un acto demencial, Nikolai Apolónovich saltó de la cama: inmediatamente un tropel de pensamientos no pensados por él se transformó en pulsaciones, y las pulsaciones descargaron: en la sién, en

la garganta, en el cuello, en las manos... en ellos, no fuera de ellos...
Caminó con los pies descalzos; y se acurrucó en un rincón.
Amanecía.

Se puso los calzoncillos, salió al pasillo en penumbras: ¿por qué, por qué? Simplemente porque tenía miedo... Sintió un temor irracional por la vida; no quería volver del pasillo; le faltaba valor para examinar sus habitaciones; ya no tenía fuerzas para buscar la bomba; y todo se confundió; él no recordaba ni el minuto, ni la hora, porque cada instante podía ser fatídico.

Se acurrucó de cuclillas en un rincón.

Los instantes se agotaron en él lentamente; y los minutos parecían horas; pasaron muchos cientos de horas; el pasillo se volvió azul; el pasillo se volvió gris: y llegó la mañana diáfana.

Nikolai Apolónovich se convencía de que los pensamientos que se pensaban a sí mismos eran una estupidez; el cerebro había cumplido; y cuando él ya había llegado a la conclusión de que el plazo había vencido hacía tiempo, la versión según la cual la lata de sardinas se la había llevado el teniente se desparramó en torno en efluvios de imágenes placenteras; Nikolai Apolónovich, acurrucado en el pasillo, tal vez por razones de seguridad o por cansancio — acabó durmiéndose.

Le despertó un roce viscoso en la frente; abrió los ojos y vio el morro baboso del bulldog: el bulldog resollaba y meneaba la cola. Apartó con mano indiferente al bulldog, quería volver a lo interior: continuar allí aquello; quería remolinar hasta el final unas tortuosidades y hacer un descubrimiento. Y de pronto comprendió: ¿por qué estaba en el suelo?

¿Por qué — en el pasillo?

Se fue vacilante a su habitación: cuando se acercaba al lecho terminaba de remolinar las tortuosidades del sueño...

—se produjo la explosión y lo comprendió todo.

Más tarde, en las largas noches de invierno, Nikolai Apolónovich solía rememorar el pesado estallido: fue un estallido especial, no comparable a nada; ensordecedor y sordo: con un matiz metálico, grave, abrumador; después todo quedó quieto.

Pronto se oyeron voces, pisadas de pies descalzos, el suave aullar del bulldog; y sonó el teléfono: él entornó su puerta; y entraron ráfagas de viento frío; unas volutas de humo amarillo limón invadieron la habitación; en medio de una ráfaga de viento tropezó inoportunamente con algo astilloso: era un trozo de la puerta rota.

Vio un montón de ladrillos fríos y unas sombras que huían del humo; y girones de alfombras chamuscados. ¿De dónde habían salido? Una de las sombras le chilló, ruda:

—Eh, ¿tú qué haces ahí? ¿No ves que en la casa hay una desgracia?

Se oía:

—¡A todos esos canallas había que colgarlos!

—He sido yo —intentó decir él.

Pero le interrumpieron:

—Una bomba...

—¡Ay!

—Ella misma... estalló...

—¿...?

—En el despacho... de Apolón Apolónovich...

—¡Gracias a Dios!

Recordaremos al lector: Apolón Apolónovich, por descuido, se había llevado sin ruido la lata de sardinas a su despacho; y se olvidó de la lata: de más está decir que ignoraba el contenido de la lata de sardinas.

Nikolai Apolónovich se acercó al lugar en que hacía un instante se hallaba la puerta; allí no había puerta: había una enorme sima de la que subían bocanadas de humo; el que se asomara a la calle vería: se congregaba una muchedumbre; un municipal desalojaba la acera; los mirones observaban, reclinando la cabeza, cómo de las negras cuencas de las ventanas y de una grieta que surcó la casa escapaban al exterior siniestras volutas de color amarillo limón.

Nikolai Apolónovich, sin saber él mismo para qué, se retiró de la sima y corrió, sin saber él mismo adonde...

—En la cama (¡sobre la misma almohada!) estaba Apolón Apolónovich, recogiendo sobre el pecho las amarillentas piernecitas desnudas; llevaba camisón de dormir; abrazaba las piernas con los brazos; y gemía; en medio del estruendo total, no tenía quien le consolara; estaba solo, solito... desgañitándose, zollipando...

—Nikolai Apolónovich se lanzó hacia el impotente cuerpecillo: así se lanza la niñera hacia la meona de tres años, bajo su custodia que patalea; pero el impotente cuerpo —la meona—, al ver al que venía corriendo, se incorporó rápida de la almohada y agitó las manos desafortadamente: con un horror indescriptible y con una presteza nada infantil.

¡Escapó de la habitación y salió corriendo al pasillo!

Al grito de «¡sujétenle!», Nikolai Apolónovich se lanzó tras él: tras la figurilla; ambos corrieron hacia el final del pasillo (allí apagaban algo); era espeluznante ver pasar a las figurillas con sus gritos extraños: aleteaba en la carrera el camisón; pataleaban presurosos sus pies; Nikolai Apolónovich le perseguía a saltitos, cargando el cuerpo sobre la pierna derecha y sujetando con la mano una pernera de los calzoncillos; con la otra mano pugnaba por atrapar el borde aleteante del camisón del padre.

Corría y gritaba:

—Espere...

—¿Adónde va?

—Deténgase.

Al llegar a la puerta del lugar incomparable, Apolón Apolónovich, con una habilidad inverosímil, dio un tirón a la puerta; se encontró en aquel lugar: se coló dentro.

Nikolai Apolónovich se apartó momentáneamente de la puerta; se le quedaron grabados el movimiento de la cabeza, la frente sudosa, los labios, las patillas y los ojos como la piedra fundida; y la puerta se cerró; todo estaba perdido; se había colado en aquel sitio.

Nikolai Apolónovich aporreó desesperadamente la puerta, y rogó desgañitándose y zollipando:

—Déjeme entrar...

Y:

—Aaah... aaah... aaah...

Se desplomó al pie de la puerta.

Hundió la cabeza en las manos; se desmayó: acudieron corriendo los lacayos. Le trasladaron a su habitación.

Y aquí ponemos punto.

No describiremos cómo fue sofocado el incendio, cómo el senador, al que le sobrevino un fortísimo ataque de corazón, declaró en la policía: después de declarar celebraron consulta los médicos: los médicos dictaminaron una dilatación de la aorta. No obstante, durante todos los días que duró la huelga acudió a las oficinas, a los despachos y a casa de los ministros — agotado, flaco; su potente voz grave sonaba convincente — en las oficinas, en los despachos, en casa de los ministros — con un matiz sordo y agobiante. Por lo visto logró demostrar algo. Detuvieron a alguien, y después le soltaron; entraron en juego las amistades, y echaron tierra al asunto, no tocaron a nadie. Durante todos esos días el hijo permaneció bajo los efectos de una fiebre nerviosa; no recobraba el conocimiento; cuando lo recobró, vio: estaba con su madre; en la casa lacada no había nadie. Apolón Apolónovich se había trasladado al campo; estuvo aquel invierno sin salir, rodeado de nieves, con unas vacaciones sin plazo, y de las vacaciones pasó al retiro; al hijo le proporcionó un pasaporte extranjero y dinero. Anna Petrovna Ableújov acompañó a Nikolenka. Ella regresó sólo en el verano: Nikolai Apolónovich no retornó a Rusia hasta después de la muerte de su padre.

FIN DEL OCTAVO CAPÍTULO

EPÍLOGO

El sol de febrero declina. Los cactus hirsutos crecen en todas partes. Pronto, pronto, del golfo a la orilla arenosa arribarán las velas; vuelan ellas: de alas puntiagudas, se mecieron; una breve cúpula quedó oculta entre los cactus.

Nikolai Apolónovich, vistiendo una gandura azul, con una fez de un rojo violento, permanece quieto en cuclillas; de la chechia cae una borla larguísima: su silueta se proyecta precisa de la techumbre plana; a sus pies está el zoco del poblado, y los golpes de un tam-tam repercuten en el oído con un matiz sordo y agobiante.

Por todas partes surgen los cubos blancos de las casitas, y allí un bereber se desgañita arreando con gritos a un burro; y una carga de ramaje argénteo sobre el burro; el bereber es de tez aceitunada.

Nikolai Apolónovich no oye los sonidos del tam-tam, no ve al bereber; ve ante sí a Apolón Apolónovich, enteco, viejito, sentado en la mecedora, mece la mecedora: con un balanceo de la cabeza y un movimiento del pie; recuerda aquel movimiento...

A lo lejos roseaba el almendro; aquella cima ondulante era de un brillante color lila y ámbar; aquella cima era el Zaghouan; y el promontorio era Cartago. Nikolai Apolónovich había alquilado a un árabe una casita en la orilla, cerca de Túnez.

Cargadas de nieve, se curvan las ramas hirsutas del pino; ante él, un edificio de madera con cinco columnas; más allá de la balaustrada de la terraza se amontona la nieve; sobre los montones rebrilla el rosa suave de un amanecer de febrero.

Una figurilla encorvada — con botas de fieltro y manoplas, camina apoyada en un bastón, levantado el sobrecuello; el gorro calado hasta las orejas; marcha por un sendero despejado de nieve; su acompañante le lleva del brazo; la acompañante porta en la mano una manta de abrigo.

Apolón Apolónovich comenzó a usar en el campo unas gafas enormes; al frío se empañaban y a través de ellas se hacía imposible divisar las dentadas siluetas grises de los bosques lejanos, y el humo de las aldeas, y a las cornejas: a través de ellas sólo se veía el brillo lunar de las jambas y los cuadrados del entarimado; Apolón Apolónovich — cariñoso, atento, solícito, — la cabeza muy agachada, pasa de la sombra a los encajes del farol; pasa de estos encajes a la sombra.

Por la noche el anciano permanece ante su mesa, rodeado de marcos ovales; en los marcos ovales, los retratos: de aquel oficial con su calzón de cuero de alce; aquel oficial era su padre; y la viejecita con cofia era su madre, de soltera Svárgina. El viejo escribe sus memorias para su publicación en el año de su muerte.

Y vieron la luz.

Son las memorias más penetrantes: toda Rusia las conoce.

El fulgor del sol es impetuoso: se torna bermejo ante los ojos; si te vuelves, golpea rabioso la nuca; por eso el desierto parece verdusco y mortecino; aunque la

mortecina es la vida; le gustaría quedarse allí para siempre.

Cubierto con un grueso salacot con cubrenuca, Nikolai Apolónovich está sentado sobre un montón de arena; ante él, una enorme cabeza: se inclina en milenaria roca arenisca; — Nikolai Apolónovich se halla en presencia de la Esfinge.

Ya lleva aquí dos años; estudia en el museo de Bulaq. Sí, sí: el *Libro de los muertos* y los textos de Manethon han sido mal interpretados; sí, sí: Nikolai Apolónovich se perdió en Egipto; en el siglo veinte él profetiza el retorno al Antiguo Egipto; la cultura es una testuz carcomida: en ella todo está muerto; no ha quedado nada; se producirá una explosión: todo será barrido.

Qué bien, que está ocupado: en ocasiones, apartados los esquemas, va al fondo de las cosas; y le parece que no todo está muerto; se oyen unos sonidos; estallan en el Cairo; es un estallido especial; recuerda aquel otro ruido, ensordecedor y sordo, con un matiz metálico, grave, agobiante; y Nikolai Apolónovich se siente atraído por las momias; a las momias le había llevado aquel «suceso». ¿Y Kant? Kant estaba olvidado.

Declina el día: en el crepúsculo sin ocaso los túmulos de Gizeh se yerguen amenazantes; sí, sí: todo en ellos se dilata; todo de ellos se dilata; y en el polvo suspendido ahora rebrillan unas luces pardas; y el calor es sofocante.

Se apoyó meditabundo en el costado muerto de una pirámide; él mismo era una pirámide, la cúspide de una cultura que se derrumbaría.

Sentado en una butaca, en la solana, un viejecito permanecía inmóvil; observaba con sus grandes ojos azules a una anciana; una manta envolvía sus piernas (las tenía paralizadas); en el regazo le pusieron olorosos racimos de lilas; el viejo se inclinaba hacia la anciana, sacando todo el cuerpo de la butaca:

—¿Dice usted que ha terminado... que vendrá?

—Está dando los últimos toques a su trabajo...

En algún lugar de Egipto, Nikolai Apolónovich había terminado su monografía:

—¿Cómo se titula?

El viejo se iluminó:

—La monografía se llama... me-emme... *Las enseñanzas de Kheti de Daouf*.

Apolón Apolónovich se olvidaba de todo, hasta del nombre de los objetos más usuales; pero recordaba firmemente las palabras Kheti de Daouf; sobre *Kheti de Daouf* escribía Kólenka. Basta reclinar hacia atrás la cabeza, y el oro de las hojas verdes allí: se agita impetuoso, y hay azul, y borreguillos; y por el sendero le precede brincando un aguzanieves.

—¿Dices que en Nazaret?

¡Qué abundancia de campánulas! Las campánulas abrían sus fauces liláceas; rodeada de campánulas aparecía la pesada butaca transportable; un Apolón Apolónovich lleno de arrugas, con una rasposa barba plateada en las mejillas, bajo una sombrilla de lona, estaba sentado en la butaca.

En el año 1913, Nikolai Apolónovich se pasaba los días recorriendo los campos, los prados, los bosques, observando con taciturna indolencia la marcha de las labores campestres; llevaba gorra visera; y un sobretodo color camello; crujían sus borceguíes; se dejaba crecer la barba dorada, que había transformado por completo su fisonomía; y en el pelo alborotado destacaba una guedeja de plata; la guedeja le había salido inesperadamente; en Egipto se dañó la vista y comenzó a usar lentes ahumados. Su voz se hizo más ronca, y tenía la cara quemada por el sol; sus movimientos habían perdido agilidad; vivía solo; no recibía visitas ni visitaba a nadie; solían verle en la iglesia; últimamente leía al filósofo Skovorodá.

Sus padres habían muerto.

FIN